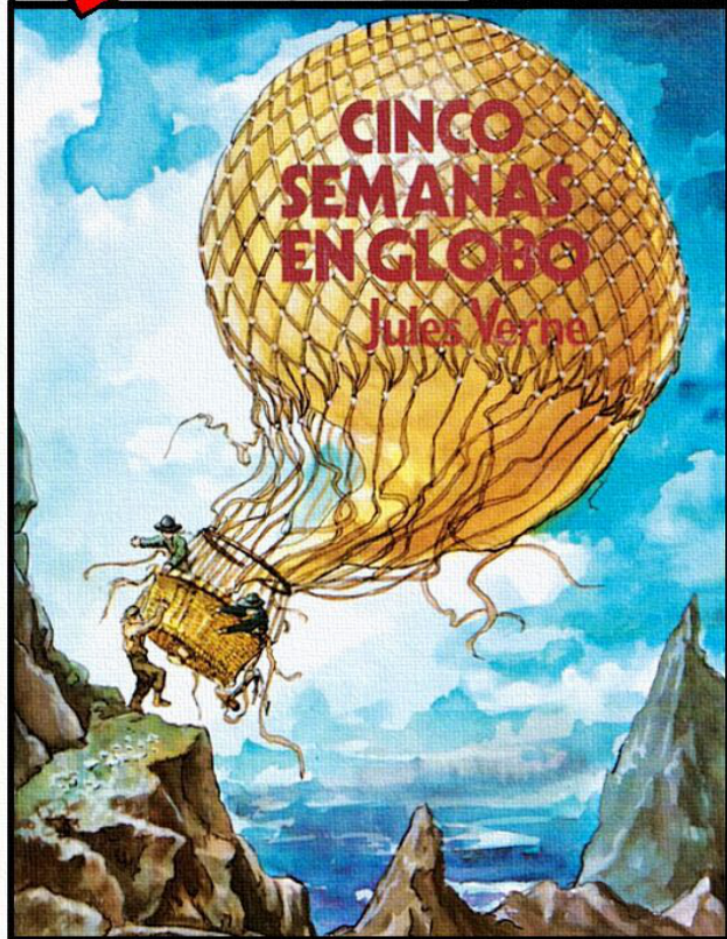


**TUS
LIBROS**



se

Cuando la pasión por la aventura domina a un hombre como el doctor Fergusson, cabe la posibilidad de montarse en un globo aerostático e intentar la travesía de África. Así lo hará, acompañado de su amigo Dick y del criado Joe.

Novela típicamente de aventuras, la sucesión de arriesgadas peripecias mantiene la tensión del lector hasta ese límite preciso que no puede rebasarse sin que se resienta el equilibrio y la verosimilitud de la historia.

Con este título, avalado por un éxito triunfal, dio Verne principio a la serie de sus Viajes extraordinarios e inició una carrera novelística tan copiosa como interesante.



Jules Verne

Cinco semanas en globo

Tus libros - 88

ePub r1.0

Karras 27.11.2019

Título original: *Cinq semaines en Ballon*

Jules Verne, 1863

Traducción: Juana Salabert

Apéndice: Miguel Salabert

Ilustraciones: Édouard Riou & Henri de Montaut

Editor digital: Karras

ePub base r2.1



Índice de contenido

Capítulo I	
Capítulo II	
Capítulo III	
Capítulo IV	
Capítulo V	
Capítulo VI	
Capítulo VII	
Capítulo VIII	
Capítulo IX	
Capítulo X	
Capítulo XI	
Capítulo XII	
Capítulo XIII	
Capítulo XIV	
Capítulo XV	
Capítulo XVI	
Capítulo XVII	
Capítulo XVIII	
Capítulo XIX	
Capítulo XX	
Capítulo XXI	
Capítulo XXII	
Capítulo XXIII	
Capítulo XXIV	
Capítulo XXV	
Capítulo XXVI	
Capítulo XXVII	
Capítulo XXVIII	
Capítulo XXIX	
Capítulo XXX	
Capítulo XXXI	

Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
Capítulo XLIV
Apéndice
Bibliografía
Sobre el autor



JULES VERNE (1828-1905)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés en su primera edición, Cinq semaines en Ballon, publicada en Ed. Hetzel, París, 1863.

Las ilustraciones, originales de Édouard Riou y Henri de Montaut, que aparecen en esta edición, acompañaron al texto de la primera edición ilustrada, publicada por Hetzel, París, 1867.

Nota preliminar: Teniendo en cuenta la ambientación británica de la novela, Verne respeta las medidas inglesas de longitud, capacidad y peso, y, aunque a veces las traduce a medidas francesas, no siempre facilita la rapidez de comprensión para el lector español actual. Damos, pues, aquí todas las equivalencias: *Milla:* 1. 609, 34 m. *Yarda:* 91, 44 cm. *Pie:* 30, 48 cm. *Pulgada:* 2, 54 cm. *Línea:* Duodécima parte de la pulgada, equivalente a unos 2 mm. *Galón:* unos 4, 54 litros. *Pinta:* 0, 568 litros. *Libra:* 453, 6 gr. *Toesa:* antigua medida francesa de longitud equivalente a 1, 94 m. La *legua* francesa andaba en torno a los 4 km. Por último, recordar que la temperatura se expresa en grados Fahrenheit, aunque el propio Verne se encarga de traducirla a grados centígrados.

LES VOYAGES EXTRAORDINAIRES

Couronnés par l'Académie française.

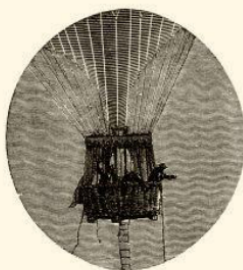
JULES VERNE

CINQ SEMAINES
EN
BALLON

VOYAGE DE DÉCOUVERTES EN AFRIQUE

PAR TROIS ANGLAIS

ILLUSTRATIONS PAR MM. RIOU ET DE MONTAUT



BIBLIOTHÈQUE
D'ÉDUCATIO ∞ ET DE RÉCRÉATIO ∞
J. HETZEL ET C^{ie}, 18, RUE JACOB

PARIS



I

Final de un discurso muy aplaudido. Presentación del doctor Samuel Fergusson. «Excelsior». Retrato de cuerpo entero del doctor. Un fatalista convencido. Cena en el «Traveller's Club». Numerosos brindis de circunstancias.

El 14 de enero de 1862, había una gran afluencia de oyentes en la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, Waterloo place, 3. El presidente, sir Francis M..., presentaba a sus honorables colegas una importante comunicación en un discurso frecuentemente interrumpido por los aplausos.

Ese arrebató de elocuencia concluía con algunas frases rimbombantes en las que el patriotismo se desbordaba a raudales:

—Inglaterra ha marchado siempre a la cabeza de las naciones (porque, como se ha observado, las naciones marchan universalmente a la cabeza unas de otras), por la intrepidez de sus viajeros en la vía de los descubrimientos geográficos. (*Numerosos gestos de asentimiento*). El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no romperá esta tradición. (*Por todas partes: ¡No! ¡No!*). ¡Esta tentativa, si triunfa (*¡triunfará!*), unirá, completándolas, las nociones dispersas de la cartografía africana (*vehementes muestras de aprobación*), y si fracasa (*¡nunca!*, *¡nunca!*), quedará al menos como una de las más audaces concepciones del genio humano! (*Frenéticos pataleos*).

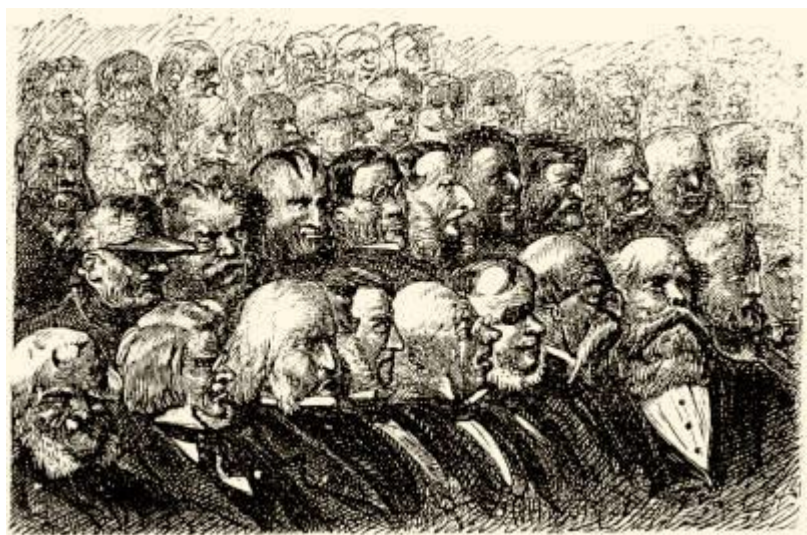
—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó la asamblea, electrizada por tan emotivas palabras.

—¡Hurra por el intrépido Fergusson! —exclamó uno de los miembros más expansivos del auditorio.

Resonaron gritos entusiastas. El nombre de Fergusson estalló en todas las bocas, y tenemos fundadas razones para creer que mejoró singularmente al pasar por los gatzates ingleses. La sala de sesiones

se venía abajo.

¡Allí estaban, en gran número, envejecidos y cansados, esos intrépidos viajeros cuyo temperamento inquieto les había llevado a las cinco partes del mundo! ¡Todos ellos, quién más quién menos, física o moralmente, habían escapado a naufragios e incendios, a los tomahawks[1] indios, a los rompecabezas de los salvajes, al poste del suplicio, a los estómagos polinesios! Pero nada pudo reprimir los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M..., y desde tiempos inmemoriales, ciertamente, fue aquél el más hermoso éxito oratorio de la Real Sociedad Geográfica de Londres.



Pero, en Inglaterra, el entusiasmo no se queda sólo en palabras. Fabrica dinero aún más rápidamente que el volante de «The Royal Mint»[2]. Acto seguido se votó una subvención de apoyo a favor del doctor Fergusson, que alcanzó la suma de dos mil quinientas libras[3]. La importancia de la suma[4] era proporcional a la importancia de la empresa.

Uno de los miembros de la sociedad interpelló al presidente para saber si el doctor Fergusson sería presentado oficialmente.

—El doctor está a disposición de la asamblea —respondió sir Francis M...

—¡Que entre! —gritaron—, ¡que entre! Queremos ver con nuestros propios ojos a un hombre de una audacia tan

extraordinaria.

—¿Quizás esa increíble proposición —dijo un viejo comodoro apoplético— no sea más que una burla!

—¿Y si el doctor Fergusson no existiera? —gritó una voz maliciosa.

—Habría que inventarlo —respondió un jocoso miembro de tan formal sociedad.

—Hagan pasar al doctor Fergusson —dijo simplemente sir Francis M...

Y el doctor entró en medio de una tormenta de aplausos, sin dar muestras de emoción alguna.

Era un hombre de unos cuarenta años, de talla y complexión ordinarias; su temperamento sanguíneo se revelaba en la intensa coloración de su rostro; tenía un semblante frío, de rasgos regulares, una nariz pronunciada, en forma de proa de buque, la nariz del hombre predestinado a los descubrimientos; sus ojos, de dulce mirada, más inteligentes que atrevidos, prestaban un gran encanto a su fisonomía; sus brazos eran largos, y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo del hombre andariego.

Una tranquila gravedad emanaba de la persona del doctor, y hacía inimaginable que pudiera ser el instrumento de la más inocente de las bromas.

De este modo, los hurras y los aplausos no cesaron hasta el momento en que el doctor Fergusson reclamó silencio con un gesto amable. Se encaminó hacia el sillón preparado para su presentación; a continuación, en pie, resuelto, la mirada enérgica, levantó al cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:

—¡Excelsior!

¡No! Jamás una interpelación inesperada de los señores Bright y Cobden, ni una petición de fondos extraordinarios por lord Palmerston para acorazar los peñascos de Inglaterra, obtuvieron un éxito parecido. El discurso de sir Francis M... quedaba sobrepasado y con mucho. El doctor se mostraba al mismo tiempo sublime, grande, sobrio y mesurado; había dicho la palabra clave:

«¡Excelsior!».

El viejo comodoro, completamente adherido a este extraño hombre, reclamó la inserción «íntegra» del discurso de Fergusson en

The Proceedings of the Royal Geographical Society of London [5].

¿Quién era ese doctor y a qué empresa iba a consagrarse?

El padre del joven Fergusson, un valiente capitán de la marina inglesa, había familiarizado a su hijo, desde su más tierna infancia, con los peligros y aventuras de su profesión. Ese digno hijo, que parecía no haber conocido jamás el miedo, manifestó tempranamente un espíritu vivaz, una inteligencia de investigador, una señalada predisposición hacia los trabajos científicos; mostraba, por otro lado, una habilidad poco común para salir airoso de las situaciones más difíciles; nada se le resistía nunca, ni siquiera el manejo de su primer tenedor, por lo general muy penoso para los niños.

Rápidamente, su imaginación se inflamó con la lectura de las empresas audaces, de las exploraciones marítimas; siguió apasionadamente los descubrimientos que señalaron la primera mitad del siglo XIX; soñó con la gloria de los Mungo-Park, de los Bruce, de los Caillié, de los Levallant [6] e incluso un poco, creo, la de Selkirk, el Robinson Crusoe [7], que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en su isla de Juan Fernández! A menudo aprobó las ideas del marino abandonado; en ocasiones le discutió sus planes y proyectos; él lo habría hecho de otro modo, quizás mejor, en todo caso igual de bien. Pero ciertamente, jamás hubiera abandonado esa bienaventurada isla, donde era feliz como un rey sin vasallos... ¡No, aunque fuese para convertirse en el primer lord del Almirantazgo!

Fácilmente podéis imaginar que estas tendencias se desarrollaron durante su juventud aventurera, lanzada por los cuatro rincones del mundo. Su padre, como hombre instruido, no dejó de consolidar esta brillante inteligencia con rigurosos estudios de hidrografía, física y mecánica, y con unas nociones de botánica, medicina y astronomía.

A la muerte del digno capitán, Samuel Fergusson, que contaba veintidós años, había ya dado su vuelta al mundo; se enroló en el Cuerpo de los Ingenieros Bengalies y se distinguió en varias ocasiones; pero esa existencia de soldado no le convenía; por importarle poco mandar, no le agradaba obedecer. Presentó su dimisión, y cazando unas veces y herborizando otras, se dirigió hacia el norte de la península india, y la atravesó desde Calcuta a

Surate. Un simple paseo de aficionado.

De Surate, lo vemos pasar a Australia y tomar parte en 1845 en la expedición del capitán Sturt[8], encargada de descubrir ese mar Caspio que se supone existe en el centro de Nueva Holanda [9].

Samuel Fergusson volvió a Inglaterra hacia 1850, y, poseído más que nunca por la fiebre de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán MacClure[10] en la expedición que bordeó el continente americano desde el estrecho de Behring al cabo Farewel.

Pese a las fatigas de todo tipo y bajo todos los climas, la constitución de Fergusson resistía maravillosamente; vivía a sus anchas en medio de las más completas privaciones; era el perfecto viajero, cuyo estómago se reduce o se dilata según su propia voluntad, cuyas piernas se alargan o se acortan, adaptadas a la forma de cualquier lecho improvisado, capaz de dormir a cualquier hora del día y de despertarse a cualquier hora de la noche.

Así, no puede extrañar volver a encontrar a nuestro infatigable viajero, de 1855 a 1857 por el oeste del Tibet, junto a los hermanos Schlagintweit[11], exploración ésta de la que volvió con curiosas observaciones etnográficas.

Durante sus diversos viajes, Samuel Fergusson fue el corresponsal más activo e interesante del *Daily Telegraph*, ese diario de un penique, cuya tirada alcanza los ciento cuarenta mil ejemplares diarios, apenas suficientes para varios millones de lectores. Era, pues, un personaje conocido, pese a no pertenecer a ninguna institución científica, ni a las Reales Sociedades Geográficas de Londres, París, Berlín, Viena o San Petersburgo, ni al Club de Viajeros, ni tan siquiera a la Royal Polytechnic Institution, señoreada por su amigo el estadístico Kokburn.

Este sabio erudito le propuso un día, con el deseo de divertirlo, el siguiente problema matemático: dado el número de millas recorridas alrededor del mundo por el doctor, ¿cuántas millas más había andado su cabeza que sus pies, como consecuencia de la diferencia de los radios? O bien, conocido el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, calcular su estatura con toda exactitud.

Pero Fergusson continuaba manteniéndose alejado de las corporaciones científicas, por pertenecer a la iglesia militante y no a la oradora; creía emplear mejor el tiempo en buscar que en discutir,

en descubrir que en discurrir.

Se cuenta que un inglés llegó un día a Ginebra, con la intención de visitar el lago; se le acomodó en uno de esos viejos coches, cuyos asientos se alinean lateralmente, al igual que los de los ómnibus; sucedió que a nuestro inglés se le instaló de espaldas al lago; el coche efectuó tranquilamente su recorrido circular, sin que ni una sola vez se le ocurriera darse la vuelta, y volvió a Londres, entusiasmado con el lago de Ginebra.

El doctor Fergusson sí se había dado la vuelta en sus viajes, y tantas veces, que había visto mucho. En eso, por otra parte, obedecía a su naturaleza, y tenemos buenas razones para creer que era un poco fatalista, pero era el suyo un fatalismo muy ortodoxo, que le hacía confiar en sí mismo e incluso en la Providencia. Se decía más arrastrado que atraído hacia sus viajes y recorría el mundo como una locomotora cuya dirección no la marcaba ella sino el camino mismo.

—Yo no sigo mi camino —decía frecuentemente—, es éste el que me sigue a mí.

No es de extrañar, pues, la sangre fría con la que acogió los aplausos de la Real Sociedad; por carecer de orgullo y aún más de vanidad, estaba por encima de estas pequeñeces; la propuesta que había dirigido a sir Francis M... le parecía muy sencilla y apenas si se dio cuenta de la inmensa expectación que había levantado.

Tras la sesión, se condujo al doctor al «Traveller's Club», en Pall Mall, donde se había organizado un magnífico banquete en su honor; la dimensión de las piezas servidas era proporcional a la importancia del personaje, y el esturión que figuró en esa espléndida comida apenas tenía tres pulgadas menos de largo que el propio Samuel Fergusson.



Se elevaron numerosos brindis con vinos franceses por los viajeros que se habían ganado su celebridad en tierras africanas. Se bebió a su salud o a su memoria y por orden alfabético, detalle éste muy inglés: por Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batouda, Beke, Beltrame, du Berba, Bimbachi, Bolognesi, Bolwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun-Rollet, Burchell, Burkhardt, Burton, Caillaud, Caillié, Campbell, Chapman, Clapperton, Clot-Bey, Colomieu, Courval, Cumming, Cuny, Debono, Decken, Denham, Desavanchers, Dickson, Dickson, Dochart, Duhaillu, Duncan, Durand, Duroulé, Duveyrier, Erhardt, d'Escayrac de Lauture, Ferret, Fresnel, Galinier, Gallon, Geoffroy, Golberry, Hahn, Halm, Harnier, Hecquart, Heuglin, Hornemann, Houghton, Imbert, Kaufmann, Knoblecher, Krapf, Kummer, Lafargue, Laing, Lajaille, Lambert, Lamiral, Lamprière, John Lander, Richard Lander, Lefebvre, Lejean, Levailant, Livingstone, Maccarthie, Maggiar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo-Park, Neimans, Overweg, Panel, Partarrieau, Pascal, Pearse, Peddie, Peney, Petherick, Poncet, Prax, Raffanel, Rath, Rebmann, Richardson, Riley, Ritchie, Rochet d'Héricourt, Rongawi, Roscher, Ruppel, Saugnier, Speke, Steidner, Thibaud, Thompson, Thornton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwitt, Vaudey, Veyssière, Vincent, Vinco, Vogel, Wahlberg, Warrington, Washington, Werne, Wild, y finalmente por el doctor Samuel Fergusson, quien con su increíble tentativa debía ligar los trabajos de estos viajeros, y completar la serie de descubrimientos africanos.

II

Un artículo en el Daily Telegraph. Guerra entre publicaciones científicas. Petermann defiende a su amigo el doctor Fergusson. Respuesta del sabio Koner. Se cruzan apuestas. El doctor recibe diversas proposiciones.

Al día siguiente, en su número del 15 de enero, el *Daily Telegraph* publicaba el siguiente artículo:

África va a entregar por fin el secreto de sus vastas y solitarias extensiones; un Edipo moderno nos dará la clave de este enigma que durante sesenta siglos ha permanecido indescifrable para los sabios. Antiguamente, la búsqueda de las fuentes del Nilo, «*fontes Nili quaerere*», se consideraba una tentativa insensata, una quimera irrealizable.

El doctor Barth, al seguir hasta Sudán la ruta trazada por Denham y Clapperton; el doctor Livingstone, al multiplicar sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta la cuenca del Zambeze; los capitanes Burton y Speke[12], con su descubrimiento de los Grandes Lagos interiores, han abierto tres caminos a la civilización moderna; su punto de intersección, que ningún viajero ha conseguido todavía alcanzar, es el corazón de África. Es allí hacia donde deben orientarse todos los esfuerzos.

Los trabajos de estos audaces pioneros de la ciencia van a ser reanudados gracias a la intrépida tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas magníficas exploraciones son bien conocidas y apreciadas por nuestros lectores.

Este audaz explorador se propone atravesar África de este a oeste en globo. Si nuestras fuentes son fidedignas, el punto de partida de este sorprendente viaje sería la isla Zanzíbar, cercana a la costa oriental. En cuanto a la llegada, sólo la Providencia puede conocer su exacto emplazamiento.

La propuesta de esta exploración científica ha sido hecha

oficialmente ayer a la Real Sociedad Geográfica, que aprobó una suma de dos mil quinientas libras para subvencionar los gastos de la empresa.

En lo sucesivo, mantendremos informados a nuestros lectores sobre esta tentativa sin precedentes en los fastos geográficos.

Lógicamente, este artículo tuvo una enorme repercusión; levantó en primer lugar una creciente ola de incredulidad; se tomó al doctor Fergusson por un ser puramente quimérico, inventado por el señor Barnum[13], quien, tras haber trabajado en los Estados Unidos, se aprestaba a hacer lo mismo en las Islas Británicas.

Una respuesta burlona apareció en Ginebra, en el número de febrero de los *Bulletins de la Société Géographique*; ridiculizaba humorísticamente a la Real Sociedad de Londres, al Traveller's Club y a su fenomenal esturión.

Pero el señor Petermann, a través de sus *Mittheilungen*[14] publicados en Gotha, redujo al periódico de Ginebra al más absoluto de los silencios. El señor Petermann conocía personalmente al doctor Fergusson, y garantizaba formalmente la intrepidez de su audaz amigo.

Pronto las dudas fueron imposibles; el viaje se preparaba en Londres; los fabricantes lyoneses habían recibido un importante pedido de tafetán para la construcción del aerostato; finalmente, el gobierno británico puso a disposición del doctor el barco *Le Resolute*, bajo el mando del capitán Pennet.

Inmediatamente llegaron miles de felicitaciones y de estímulos. Los detalles de la empresa aparecieron en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París; un notable artículo se publicó en los *Nouvelles Annales des voyages, de la géographie, de l'histoire et de l'archéologie*[15], de M. V.-A. Malte-Brun; un minucioso estudio del doctor W. Koner, publicado en el *Zeitschrift für Allgemeine Erdkunde*[16], demostró victoriosamente la posibilidad del viaje, sus probabilidades de éxito, la naturaleza de los obstáculos, así como las inmensas ventajas de la locomoción aérea; criticó tan sólo el punto de partida; se inclinaba por Masuah, pequeño puerto abisinio, de donde, en 1768, James Bruce se lanzó a la búsqueda de las fuentes del Nilo. Además, admiraba sin reservas el espíritu

enérgico del doctor Fergusson, y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce, capaz de concebir e intentar un viaje semejante.



La *North American Review*[17] no vio sin disgusto que tamaña gloria se reservara a Inglaterra; tomó a broma la propuesta del doctor, animándolo, mientras se hallara en tan buen camino, a seguir hasta América.

En resumen, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo publicación, desde el *Journal des Missions évangéliques* hasta la *Revue algérienne et coloniale*, desde los *Annales de la Propagation de la foi* hasta el *Church Missionary Intelligencer*[18], que no relatara el hecho bajo todos sus aspectos.

Considerables apuestas se establecieron en Londres y en toda Inglaterra: 1.º sobre la existencia real o supuesta del doctor Fergusson; 2.º sobre el viaje mismo, que no se intentaría según los unos, que se emprendería según los otros; 3.º sobre su triunfo o su fracaso; 4.º sobre las probabilidades o improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. Se consignaron sumas enormes en el libro de las apuestas, como si se hubiera tratado de las carreras de Epsom[19].

De este modo, creyentes, incrédulos, ignorantes y sabios, todos tenían los ojos puestos en el doctor Fergusson; se convirtió en el hombre del día, sin que él pareciera darse cuenta. Dio de buena

gana datos precisos sobre su expedición. Fue fácilmente abordable y el hombre más natural del mundo. Más de un aventurero se presentó con la pretensión de compartir la gloria y los peligros de su empresa; pero se negó, sin precisar las razones de su negativa.

Numerosos inventores de mecanismos aplicables a la dirección de los globos vinieron a proponerle sus sistemas. No quiso aceptar ninguno. A quienes le preguntaban si había descubierto alguna novedad sobre el particular dejaba sin explicación; y se ocupó más activamente que nunca de los preparativos de su viaje.

III

El amigo del doctor. De dónde procedía su amistad. Dick Kennedy en Londres. Propuesta inesperada, pero no tranquilizadora. Proverbio poco consolador. Algunas palabras sobre el martirologio africano. Ventajas de un aerostato. El secreto del doctor Fergusson.

El doctor Fergusson tenía un amigo. No un alma gemela, un *alter ego*; la amistad no podría existir entre dos seres perfectamente idénticos.

Pero si poseían cualidades, aptitudes y temperamentos distintos, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían con un solo y mismo corazón y esto no los molestaba demasiado. Al contrario.

Dick Kennedy era un escocés en toda la extensión de la palabra, abierto, resuelto, testarudo. Vivía en Leith, pequeña ciudad cercana a Edimburgo, verdadero arrabal de la «Vieja Ahumada»[20]. Era a veces un pescador, pero en todas partes y siempre un cazador determinado: nada menos extraño en un hijo de la Caledonia, algo aficionado a recorrer las montañas de las Highlands[21]. Se le citaba como un maravilloso tirador de escopeta; no sólo partía las balas sobre la hoja de un cuchillo, sino que las cortaba en dos mitades tan iguales, que al pesarlas luego no se podía hallar una diferencia apreciable.

La fisonomía de Kennedy recordaba mucho la de Halbert Glendinning, tal y como la pintó Walter Scott en *El Monasterio*[22]; su estatura sobrepasaba seis pies ingleses[23]; lleno de gracia y de soltura, parecía dotado de una fuerza hercúlea; su rostro fuertemente tostado por el sol, unos ojos vivos y negros, una muy decidida osadía natural, algo, en fin, de bondad y solidez en toda su persona predisponía en favor del escocés.



El encuentro de los dos amigos se produjo en la India, en la época en la que ambos pertenecían al mismo regimiento; mientras Dick cazaba tigres y elefantes, Samuel cazaba plantas e insectos; cada uno podía proclamarse diestro en su especialidad, y más de una planta rara, tan difícil de conquistar como un par de colmillos de marfil, se convirtió en la presa del doctor.

Estos dos jóvenes no tuvieron jamás la ocasión de salvarse la vida, ni de prestarse servicio alguno. De ahí una amistad inalterable. El destino los alejó a veces, pero la simpatía los reunió siempre.

Tras su regreso a Inglaterra, estuvieron varias veces separados por las lejanas expediciones del doctor; mas, a la vuelta, éste no dejó nunca de ir, no a pedir sino a entregar algunas semanas de sí mismo a su amigo el escocés.

Dick hablaba del pasado, Samuel preparaba el futuro: el uno miraba hacia delante, el otro hacia atrás. De ahí un espíritu inquieto, el de Fergusson; una placidez perfecta, la de Kennedy.

Después de su viaje al Tíbet, el doctor estuvo cerca de dos años sin hablar de nuevas exploraciones; Dick supuso que sus instintos viajeros, sus ansias de aventuras se calmaban. Se alegró. Esto, se decía para sí, tenía que acabar mal algún día; por mucho don de gentes que se tenga, no se viaja impunemente en medio de antropófagos y fieras salvajes; Kennedy invitaba, pues, a Samuel a poner un punto final, puesto que ya había hecho bastante por la ciencia y demasiado para la gratitud humana.

A eso, el doctor nada respondía; permanecía pensativo, y después se entregaba a secretos cálculos, pasando sus noches con operaciones numéricas, haciendo incluso experimentos con singulares artefactos sin que nadie lo advirtiera. Se presentía que una gran idea fermentaba en su cerebro.

—¿Qué es lo que habrá estado rumiando? —se preguntó Kennedy, cuando su amigo lo dejó, en el mes de enero, para regresar a Londres.

Lo supo una mañana por el artículo del *Daily Telegraph*.

—¡Misericordia! —gritó—. ¡El muy loco!, ¡el insensato!, ¡atravesar África en globo! ¡No faltaba más que esto! ¡He aquí entonces lo que meditaba desde hacía dos años!

Suplid todos estos signos de exclamación por sólidos puñetazos

sobre su cabeza y os haréis una idea del ejercicio al que se entregaba el bueno de Dick mientras así hablaba.

Cuando su ama de llaves, la vieja Elspeth, quiso insinuar que muy bien podría ser todo una broma:

—¡Vamos ya! —respondió—. ¡Como si no lo conociera yo! ¡Esto es muy propio de él! ¡Viajar por los aires! ¡O sea, que ahora está celoso de las águilas! ¡No, ciertamente, esto no se hará! ¡Yo sabré impedirselo! ¡Nada, que si se le dejara, un buen día se iría a la Luna!

Esa misma tarde, Kennedy, mitad inquieto, mitad exasperado, tomaba el tren en la estación General Railway, y al día siguiente llegaba a Londres.



Tres cuartos de hora más tarde, un birlocho lo depositaba en la casita del doctor, sita en Soho square, Greek street; subió la escalinata y llamó a la puerta con cinco golpes enérgicos.

Fergusson en persona le abrió la puerta.

—¿Dick? —dijo sin demasiado asombro.

—El mismo —replicó Kennedy.

—¿Cómo, querido Dick, tú en Londres durante las cacerías de invierno?

—Yo en Londres.

—¿Y a qué vienes?

—¡A impedir una locura que no tiene nombre!

—¿Una locura? —dijo el doctor.

—¿Es cierto lo que dice este periódico? —respondió Kennedy, tendiéndole el número del *Daily Telegraph*.

—¡Ah, te refieres a eso! ¡Los periódicos son muy indiscretos! Pero siéntate, mi querido Dick.

—No me sentaré. ¿Piensas verdaderamente emprender ese viaje?

—Por supuesto. Mis preparativos avanzan y yo...

—¿Y dónde están tus preparativos, dónde están para que yo los despedace?

El digno escocés se enfurecía seriamente.

—Calma, querido Dick, calma —prosiguió el doctor—. Concibo tu irritación. Te disgusta que no te haya dicho nada todavía sobre mis nuevos proyectos.

—¡A eso le llama nuevos proyectos!

—He estado muy ocupado —siguió Samuel, haciendo caso omiso de la interrupción—, he tenido mucho que hacer. Pero tranquilízate, no me habría ido sin escribirte...

—Mucho que me importa...

—Porque tengo la intención de llevarte conmigo.

El escocés pegó un salto que un gamo no hubiera desaprobado.

—¡Ah! ¡Quieres que nos encierren a los dos en el hospital de Bethlehem [24]!

—He contado positivamente contigo, querido Dick, y te he escogido rechazando a más de uno.

Kennedy estaba estupefacto.

—Cuando me hayas escuchado durante diez minutos —respondió tranquilamente el doctor—, me darás las gracias.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio.

—¿Y si me niego a acompañarte?

—No te negarás.

—Pero, bueno, ¿y si me niego?

—Me iré solo.

—Sentémonos —dijo el cazador— y hablemos sin apasionamiento. Si no bromeas, merece la pena discutirlo.

—Hablemos mientras desayunamos, si no tienes inconveniente, querido Dick.

Los dos amigos se situaron uno frente al otro, ante una mesita, entre una pila de «sandwiches» y una enorme tetera.

—Mi querido Samuel —dijo el cazador—, ¡tu proyecto es insensato!, ¡es imposible! ¡No parece ni serio ni practicable!

—*Eso lo veremos cuando lo hayamos intentado.*

—Intentarlo es, precisamente, lo que no hay que hacer.

—¿Y por qué, si me haces el favor?

—¡Pero, y los peligros, y los muchos obstáculos!

—Los obstáculos —respondió Fergusson con toda seriedad— se han inventado para ser vencidos; en cuanto a los peligros, ¿quién puede jactarse de rehuirlos? Todo en la vida es peligro; puede ser muy peligroso sentarse ante la propia mesa o ponerse el sombrero en la cabeza; por otra parte, hay que considerar lo que debe ocurrir como si ya hubiera ocurrido, y ver el presente en el futuro, ya que el futuro no es más que un presente un poco más lejano.

—¡Vaya! —repuso Kennedy, alzándose de hombros—. ¡Tú siempre tan fatalista!

—Siempre, pero en el buen sentido de la palabra. No nos preocupemos más de lo que nos reserve la suerte y no olvidemos nunca nuestro buen proverbio inglés: «¡El hombre nacido para ser ahorcado no morirá jamás ahogado!».

No había respuesta posible, lo cual no impidió que Kennedy volviera a insistir en una serie de argumentos, fáciles de imaginar, mas demasiado largos para reproducirlos aquí.

—Pero, bueno —dijo tras una hora de discusión—, si te empeñas absolutamente en atravesar África, si eso es necesario para tu felicidad, ¿por qué no tomar las rutas corrientes?

—¿Por qué? —respondió el doctor animadamente—: ¡porque hasta ahora todas las tentativas han fracasado! ¡Porque desde Mungo-Park, asesinado en el Níger, hasta Vogel, desaparecido en el Wadaï, desde Oudney, muerto en Murmur, Clapperton, muerto en Sackatou, hasta el francés Maizan, cortado en pedazos, desde el mayor Laing, muerto por los tuaregs, hasta Roscher[25], de Hamburgo, asesinado a comienzos de 1860, numerosas víctimas se han inscrito en el martirologio africano! ¡Porque luchar contra los elementos, el hambre, la sed, las fiebres, las bestias salvajes y contra pueblos más salvajes todavía, es imposible! ¡Porque lo que no puede hacerse de una forma debe emprenderse de otra! ¡Finalmente,

porque allí donde no se puede pasar por en medio, hay que pasar por los lados o por encima!

—¡Si sólo se tratara de pasar encima! —replicó Kennedy—. ¡Pero pasar por encima!

—Bien —continuó el doctor con la mayor sangre fría del mundo—, ¿qué tengo que temer? Admitirás que he tomado mis precauciones para no temer una caída de mi globo; si éste me fallara, me hallaría en tierra firme en las condiciones normales de los exploradores; pero mi globo no me fallará, eso se da por descontado.

—Por el contrario, hay que contar con ello.

—No, mi querido Dick. No me separaré de él hasta mi llegada a la costa occidental africana. ¡Con él todo es posible; sin él caigo en los peligros y obstáculos naturales de una expedición semejante; con él ni el calor ni los torrentes, ni las tempestades, ni el simún, ni los climas insalubres, ni los animales salvajes, ni los hombres son de temer! ¡Si tengo calor, subo; si tengo frío, desciendo; sobrepaso una montaña; cruzo un precipicio; atravieso un río; domino una tormenta; sobrevuelo un torrente como un pájaro! ¡Camino sin fatigas, me paro sin necesidad de descanso! ¡Planeo sobre las nuevas ciudades! ¡Vuelo con la rapidez del huracán, tan pronto en lo más alto como a cien pies del suelo, y el mapa africano se desarrolla bajo mis ojos en el gran atlas del mundo!

El bueno de Kennedy comenzaba a emocionarse, y, no obstante, el espectáculo evocado ante sus ojos le producía vértigo. Contemplaba a Samuel con admiración, pero también con miedo; se sentía ya columpiándose en el espacio.

—Veamos —dijo—, veamos, mi querido Samuel, ¿acaso has hallado el medio de dirigir los globos?

—En absoluto. Eso es una utopía.

—Pero entonces irás...

—Donde quiera la Providencia; sin embargo, iré de este a oeste.

—¿Por qué?

—Porque pienso valerme de los vientos alisios, cuya dirección es constante.

—¡Oh! ¡Verdaderamente! —dijo Kennedy, reflexionando—: los vientos alisios... ciertamente... realmente se puede... Sí, hay ahí algo que...

—¡Si hay algo! No, mi buen amigo, hay todo. El gobierno inglés ha puesto un transporte a mi disposición; se ha convenido igualmente que tres o cuatro navíos bordeen la costa occidental en la fecha aproximada de mi llegada. Dentro de tres meses, a lo sumo, estaré en Zanzíbar, donde hincharé mi globo, y de allí nos lanzaremos...

—¡Nos! —dijo Dick.

—¿Todavía te queda alguna objeción? Habla, amigo Kennedy.

—¡Una objeción! Tengo miles; pero, entre nosotros, dime: si piensas ver el país, si piensas subir y descender según tu voluntad, no podrás hacerlo sin perder tu gas; no ha habido hasta ahora otro procedimiento, y esto es lo que ha impedido siempre las largas peregrinaciones por la atmósfera.

—Mi querido Dick, sólo te diré una cosa: no perderé ni un átomo de gas, ni una molécula.

—¿Y bajarás cuando quieras?

—Bajaré cuando quiera.

—¿Y cómo lo harás?

—Ese es mi secreto, amigo Dick. Ten confianza, y que mi divisa sea la tuya: «¡Excelsior!».

—Sea por «Excelsior» —respondió el cazador, quien no sabía una palabra de latín.

Pero estaba bien decidido a oponerse, por todos los medios posibles, a la partida de su amigo. Fingió, pues, estar de acuerdo con él, y se limitó a observar. En cuanto a Samuel, éste se fue a vigilar sus preparativos.

IV

Exploraciones africanas. Barth, Richardson, Overweg, Werne, Brun-Rollet, Peney, Andrea Debono, Miani, Guillaume Lejean, Bruce, Krappf, Rebmann, Maizan, Roscher, Burton y Speke.

La ruta aérea que el doctor Fergusson se proponía seguir no había sido elegida al azar; su punto de partida fue seriamente estudiado, y si se decidió a elevarse desde la isla de Zanzíbar no fue sin motivos. Esta isla, cercana a la costa oriental africana, se encuentra a 6 grados de latitud austral, es decir a cuatrocientas treinta millas debajo del Ecuador [26].

De esta isla acababa de partir la última expedición enviada a los Grandes Lagos para descubrir las fuentes del Nilo.

Pero conviene indicar las exploraciones que el doctor Fergusson esperaba enlazar entre sí. Hay dos principales: la del doctor Barth en 1849, y la de los tenientes Burton y Speke, en 1858.

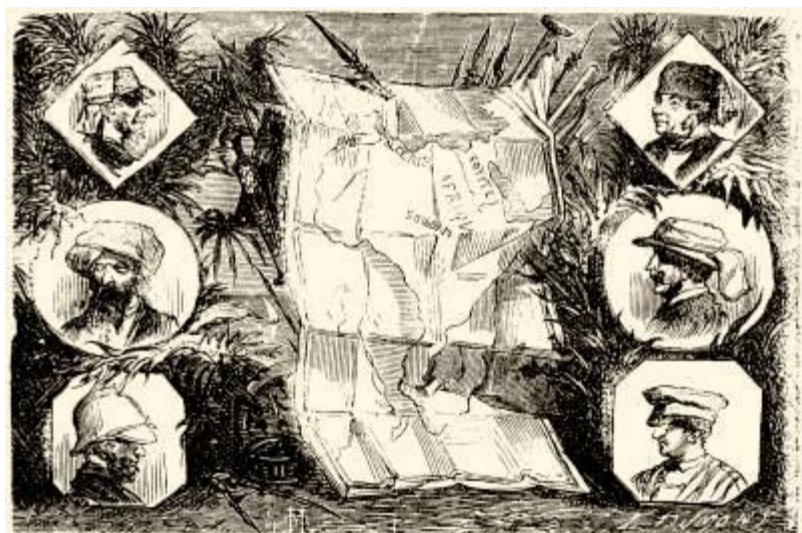
El doctor Barth es un hamburgués que obtuvo para sí y para su compatriota Overweg el permiso de unirse a la expedición de Richardson [27]; éste estaba encargado de una misión en el Sudán.

Este extenso país está situado entre los 15 y los 10 grados de latitud norte, es decir que, para llegar a él, hay que recorrer más de mil quinientas millas [28] por el interior de África.

Hasta entonces, esa comarca sólo se conocía a través del viaje de Denham, Clapperton y Qudney, de 1822 a 1824. Richardson, Barth y Overweg, deseosos de llevar más lejos sus investigaciones, llegan a Túnez y a Trípoli, como sus predecesores, y arriban a Murzuk, capital del Fezzán.

Abandonan entonces la línea perpendicular y tuercen en dirección oeste, hacia Gat, guiados no sin dificultades por los tuaregs. Tras mil escenas de saqueos, vejaciones y asaltos a mano armada, la caravana llega en octubre al vasto oasis de Asben. El

doctor Barth se separa de sus compañeros, realiza una excursión a la ciudad de Agades y se reincorpora a la expedición, que reanuda su marcha el 12 de diciembre. Llega a la provincia de Damergu, allí los tres viajeros se separan, y Barth toma la ruta de Kano, a donde llega a fuerza de paciencia y tras pagar tributos considerables.



Pese a una intensa fiebre, deja esta ciudad el 7 de marzo, acompañado de un solo criado. El principal objeto de su viaje es el reconocimiento del lago Chad, del que le separan todavía trescientas cincuenta millas. Avanza hacia el este y alcanza la ciudad de Zuricolo, en el Bornu, núcleo del gran imperio central de África. Allí se entera de la muerte de Richardson, ocasionada por la fatiga y las privaciones. Llega a Kuka, capital del Bornu, a orillas del lago. Finalmente, al cabo de tres semanas, el 14 de abril, doce meses y medio después de haber salido de Trípoli, alcanza la ciudad de Ngornu.

Lo reencontramos el 29 de marzo de 1851, junto a Overweg, encaminándose a visitar el reino de Adamoua, al sur del lago; llega hasta la ciudad de Yola, ligeramente por debajo de los 9 grados de latitud norte. Es el límite extremo alcanzado al sur por tan atrevido viajero.

En el mes de agosto vuelve a Kuka, desde donde recorre sucesivamente el Mandara, el Baguirmi, el Kanem y alcanza, como

límite extremo hacia el este, la ciudad de Masena, situada a los 17° 20' de longitud oeste [29].

El 25 de noviembre de 1852, tras la muerte de Overweg, su último compañero, penetra hacia el oeste, visita Sokoto, atraviesa el Níger, y llega por fin a Tombuctú, donde debe consumirse ocho largos meses, en medio de las vejaciones del jeque, de los malos tratos y de la miseria. Pero la presencia de un cristiano en la ciudad no puede tolerarse ya más; los fuhlahs amenazan sitiarla. El doctor se marcha el 17 de marzo de 1854, se refugia en la frontera, donde permanece treinta y tres días en la miseria más total, vuelve a Kano, en noviembre, retorna a Kuka, desde donde retoma la ruta de Denham, tras cuatro meses de espera; vuelve a ver Trípoli hacia finales de agosto de 1855, y regresa a Londres el 6 de septiembre, sin ninguno de sus compañeros.

Tal fue el audaz viaje de Barth.

El doctor Fergusson anotó cuidadosamente que se había detenido a 4 grados de latitud norte y a 17 grados de longitud oeste.

Veamos ahora lo que Hicieron los tenientes Burton y Speke en el África oriental.

Las diversas expediciones que remontaron el Nilo no pudieron jamás alcanzar las misteriosas fuentes de este río. Según la relación del médico alemán Ferdinand Werne, la expedición intentada en 1840, con la protección de Mehemet-Alí [30], se detuvo en Gondokoro, entre los paralelos septentrionales 4 y 5.

En 1855, Brun-Rollet [31], un saboyano nombrado cónsul de Cerdeña en el Sudán oriental, en sustitución de Vaudey, muerto de desazón, parte de Jartum y llega a Belenia, más allá del 4.º grado, bajo el nombre de Yakub, mercader, traficante de gomas y marfil, y retorna enfermo a Jartum, donde murió en 1857.

Ni el doctor Peney, jefe del servicio médico egipcio, quien en un pequeño vapor alcanzó un grado por debajo de Gondokoro y volvió a Jartum para morir allí de agotamiento, ni el veneciano Miani, quien bordeando las cataratas situadas debajo de Gondokoro, alcanzó el segundo paralelo, ni el comerciante maltés Andrea Debono, quien llevó aún más lejos su incursión en el Nilo, pudieron atravesar el infranqueable límite.

En 1859, Guillaume Lejean, encargado de una misión por el

gobierno francés, se trasladó a Jartum por el mar Rojo, embarcó en el Nilo con una tripulación de veintiún hombres y veinte soldados; pero no pudo pasar más allá de Gondokoro y corrió los mayores peligros entre los negros insurrectos. La expedición, dirigida por D'Escayrac de Lauture[32], intentó igualmente llegar a las famosas fuentes.

Pero ese término fatal detuvo siempre a los viajeros; los enviados de Nerón[33] habían alcanzado antiguamente los 9 grados de latitud; así pues, en dieciocho siglos, no se ganó más que 5 o 6 grados, es decir entre trescientas y trescientas sesenta millas geográficas.

Varios viajeros intentaron alcanzar las fuentes del Nilo, tomando algún punto de partida en la costa oriental de África.

De 1768 a 1772, el escocés Bruce partió de Masuah, puerto de Abisinia, recorrió el Tigré[34], visitó las ruinas de Axum, vio las fuentes del Nilo allí donde no existían y no obtuvo ningún resultado serio.

En 1844, el doctor Krapf, misionero anglicano, fundaba un establecimiento en Mombasa, en la costa de Zanguebar, y descubría, acompañado del reverendo Rebmann, dos montañas a trescientas millas de la costa; son los montes Kilimanjaro y Kenia, que De Heuglin[35] y Thornton acaban de ascender parcialmente.

En 1845, el francés Maizan desembarcaba solo en Bagamayo, frente a Zanzíbar, y llegaba a Deje-la-Mhora, donde el jefe le hizo perecer con crueles suplicios.

En agosto de 1859, el joven viajero Roscher, de Hamburgo, que había partido con una caravana de mercaderes árabes, alcanzaba el lago Nyasa, donde fue asesinado mientras dormía.

Por fin, los tenientes Burton y Speke, oficiales ambos del ejército bengali, fueron enviados por la Sociedad Geográfica de Londres para explorar los Grandes Lagos africanos; el 17 de junio dejaron Zanzíbar y se adentraron directamente hacia el oeste.

Tras cuatro meses de inauditos sufrimientos, con sus equipajes saqueados y sus portadores diezmados, llegaron a Kazeh, centro de reunión de traficantes y caravanas; estaban en plena Tierra de la Luna; allí, recogieron una valiosa documentación sobre las costumbres, el gobierno, la religión, la fauna y la flora del país; luego, se dirigieron hacia el primero de los Grandes Lagos, el

Tanganika, situado entre 3 y 8 grados de latitud austral; lo alcanzaron el 14 de febrero de 1858 y visitaron las diversas tribus de las orillas, en su mayor parte, caníbales.

Partieron el 26 de mayo y volvieron a Kazeh el 20 de junio. Allí, Burton, agotado, permaneció varios meses enfermo; durante ese tiempo, Speke se adentró algo más de trescientas millas hacia el norte, hasta el lago Ukereue, que avistó el 3 de agosto; mas tan sólo pudo ver la embocadura a los 2 o 3 grados de latitud.

Estaba de regreso en Kazeh el 25 de agosto y emprendía con Burton el camino de Zanzíbar, a la que volvieron a ver el mes de marzo del año siguiente. Los dos intrépidos viajeros regresaron entonces a Inglaterra, y la Sociedad de Geografía de París les otorgó su premio anual.

El doctor Fergusson observó cuidadosamente que no habían franqueado ni el 2.º grado de latitud austral ni el 29.º grado de longitud este.

Se trataba, pues, de enlazar las exploraciones del doctor Barth y las de Burton y Speke; y eso significaba comprometerse a atravesar una extensión del país de más de doce grados.

V

*Sueños de Kennedy. Artículos y pronombres en plural. Insinuaciones de Dick.
Paseo por el mapa africano. Lo que queda entre las dos puntas del compás.
Expediciones actuales. Speke y Grant, Krapf, De Decken, De Heuglin.*

El doctor Fergusson apresuraba activamente los preparativos de su partida; dirigía él mismo la construcción de su aerostato, con algunas modificaciones acerca de las cuales guardaba un absoluto silencio.

Desde hacía tiempo, se había aplicado al estudio de la lengua árabe y de diversos idiomas mandingos; gracias a sus disposiciones de políglota, hizo rápidos progresos.

Entretanto, su amigo el cazador no le dejaba ni a sol ni a sombra; temía, sin duda, que su amigo alzara el vuelo sin decir nada; le dirigía todavía a este respecto las arengas más persuasivas, que no le persuadían en absoluto, y se deshacía en patéticas súplicas, que no parecían conmoverlo demasiado. Dick lo sentía escaparse de entre las manos.

El pobre escocés era realmente digno de lástima; no podía mirar ya el cielo azulado, sin sombríos terrores; sentía, al dormirse, vertiginosos balanceos, y cada noche se sentía caer desde inconmensurables alturas.

Debemos añadir que, durante esas terribles pesadillas, se cayó de la cama una o dos veces. Lo primero que hizo fue enseñarle a Fergusson una contusión que se había producido en la cabeza.

—Sin embargo —añadió indulgentemente—, ¡tres pies de altura, ni uno más, y semejante chichón! ¡Juzga tú mismo!

Esta insinuación, llena de melancolía, no conmovió al doctor.

—No nos caeremos —dijo.

—Pero, bueno, ¿y si nos caemos?

—No nos caeremos.

Estaba bien claro, y Kennedy no pudo objetar nada.

Lo que exasperaba particularmente a Dick era que el doctor parecía considerar su personalidad, la suya, la de Kennedy, perfectamente abnegada; lo consideraba irrevocablemente destinado a convertirse en su compañero aéreo. Esto ya no ofrecía ninguna duda. Samuel hacía un abuso intolerable del pronombre plural en primera persona:

«Nosotros» avanzamos..., «nosotros» estaremos listos el..., «nosotros» saldremos el...

Y del adjetivo posesivo en singular:

«Nuestro» globo..., «nuestra» barquilla..., «nuestra» exploración...

¡Y del plural!

«Nuestros» preparativos..., «nuestros» descubrimientos..., «nuestras» ascensiones...

Dick se estremecía, pese a estar decidido a no partir; pero no quería contrariar demasiado a su amigo. Confesemos, asimismo, que, sin darse realmente cuenta, había hecho traer calladamente de Edimburgo algunos trajes y sus mejores fusiles de caza.

Un día, tras reconocer que con mucha suerte se podía tener una probabilidad entre mil de éxito, fingió rendirse a los deseos del doctor; empero, para retrasar el viaje, expuso la más variada serie de escapatorias. Se interrogó sobre la utilidad de la expedición y sobre su oportunidad... Ese descubrimiento de las fuentes del Nilo, ¿era verdaderamente necesario?... ¿Se lograría con ello trabajar realmente por el bienestar de la humanidad?... Cuando, a fin de cuentas, las tribus de África fueran civilizadas, ¿serían acaso más felices?... Y por otra parte, ¿se tenía la seguridad de que la civilización estuviese en Europa y no allí? —Quizás—. Y además, ¿no sería mejor esperar un poco más? La travesía de África se haría ciertamente algún día y de un modo menos peligroso... En un mes, en seis, antes de un año, algún explorador llegaría sin duda...

Esas insinuaciones producían justamente el efecto contrario, y el doctor se estremecía de impaciencia.

—¿Quieres acaso, desgraciado Dick, quieres acaso, mal amigo, que esa gloria se reserve a algún otro? ¿Hay, pues, que traicionar a mi pasado?; ¿retroceder ante obstáculos poco serios?; ¿pagar con cobardes vacilaciones lo que han hecho por mí el gobierno inglés y

la Real Sociedad de Londres?

—Pero... —volvió a empezar Kennedy, quien era un gran aficionado a esta conjunción.

—Pero —dijo el doctor—, ¿no sabes que mi viaje debe concurrir al éxito de las empresas actuales? ¿Ignoras que nuevos exploradores avanzan hacia el centro de África?

—No obstante...

—Escúchame bien, Dick, y mira este mapa.

Dick lo miró con resignación.

—Remonta el curso del Nilo —dijo Fergusson.

—Lo remonto —respondió dócilmente el escocés.

—Llega a Gondokoro.

—Ya estoy.

Y Kennedy pensaba en lo fácil que era semejante viaje... sobre el mapa.

—Coge una punta de este compás —siguió el doctor— y apóyala sobre esa ciudad que los más audaces apenas han podido sobrepasar.

—Ya está.

—Y ahora busca en la costa la isla de Zanzíbar, hacia el 6.º grado de latitud sur.

—Ya la tengo.

—Sigue ese paralelo y llega a Kazeh.

—Ya estoy.

—Sube por el 33.º grado de longitud hasta la abertura del lago Ukereue, en el lugar donde se detuvo el teniente Speke.

—¡Ahí estoy! Un poco más y me caigo al lago.

—¡Bien! ¿Sabes lo que se puede suponer, según los datos proporcionados por las tribus ribereñas?

—Ni la menor idea.

—Que ese lago, cuya extremidad inferior está a 2 o 3 grados de latitud, debe extenderse igualmente dos grados y medio por encima del Ecuador.

—¡Vaya!

—Ahora bien, de esa extremidad septentrional se escapa una corriente de agua que necesariamente debe ir al encuentro del Nilo, si es que no es el mismo Nilo.

—Es curioso.

—Ahora apoya la segunda punta de tu compás sobre esta extremidad del lago Ukereue.

—Hecho, amigo Fergusson.

—¿Cuántos grados cuentas entre las dos puntas?

—Apenas dos.

—¿Y sabes cuánto suma eso?

—En absoluto.

—Eso suma apenas ciento veinte millas[36], es decir nada.

—Casi nada, Samuel.

—Bien, ¿sabes lo que pasa en este momento?

—¡No, por mi vida!

—¡Bien! Helo aquí. La Sociedad de Geografía ha considerado muy importante la exploración de ese lago, entrevistado por Speke. Bajo su protección, el teniente, hoy capitán Speke, se ha asociado con el capitán Grant, del ejército de las Indias; se han puesto al frente de una numerosa y generosamente subvencionada expedición; su misión es remontar el lago y volver hasta Gondokoro; han recibido un subsidio de más de cinco mil libras, y el gobernador del Cabo ha puesto a su disposición soldados hotentotes; han partido de Zanzíbar a finales de octubre de 1860. Durante ese tiempo, el inglés John Petherick[37], cónsul de su Majestad en Jartum, ha recibido del Foreign-Office[38] alrededor de setecientas libras; debe equipar un barco de vapor en Jartum, cargarlo de provisiones suficientes y marchar a Gondokoro; allí esperará a la caravana del capitán Speke y se hallará dispuesto a abastecerla.

—Bien pensado —dijo Kennedy.

—Ya ves que el tiempo apremia, si queremos participar en esos trabajos de exploración. Y eso no es todo; mientras se avanza con paso firme al descubrimiento de las fuentes del Nilo, otros viajeros van audazmente hacia el corazón de África.

—A pie —dijo Kennedy.

—A pie —respondió el doctor, sin recoger la insinuación—. El doctor Krapf se propone avanzar hacia el oeste por el Djob, río situado bajo el Ecuador. El barón de Decken[39] ha dejado Mombasa, ha reconocido las montañas de Kenia y Kilimanjaro, y se adentra hacia el centro.

—¿También a pie?

—También, o bien montados en mulas.

—Es exactamente lo mismo para mí —replicó Kennedy.

—En fin —prosiguió el doctor—; el señor De Heuglin, vicecónsul de Austria en Jartum, acaba de organizar una expedición muy importante, cuya meta principal es la búsqueda del viajero Vogel, quien en 1853 fue enviado al Sudán para asociarse a los trabajos del doctor Barth. En 1856, dejó Bornu, dispuesto a explorar ese país desconocido que se extiende entre el lago Chad y el Darfur. Pero, desde entonces, no ha reaparecido. Cartas llegadas a Alejandría en junio de 1860 indican que fue asesinado por orden del rey de Wadaï; pero otras cartas, dirigidas por el doctor Hartmann al padre del viajero, dicen, según los relatos de un fellatah del Bornu, que Vogel está únicamente retenido como prisionero en Wara; no están perdidas todas las esperanzas. Se ha formado un comité bajo la presidencia del duque regente de Sajonia-Coburgo-Gotha; mi amigo Petermann es el secretario; una suscripción nacional ha costado los gastos de la expedición, a la que se han unido numerosos sabios; el señor De Heuglin partió de Masuah en el mes de junio, y al tiempo que busca las huellas de Vogel debe explorar todo el país comprendido entre el Nilo y el Chad, es decir unir las operaciones del capitán Speke y las del doctor Barth. Y entonces, África habrá sido atravesada de este a oeste [40].

—Y bien —prosiguió el escocés— puesto que todo se presenta tan bien, ¿qué vamos a hacer nosotros allí?

El doctor Fergusson no respondió, y se limitó a alzarse de hombros.

VI

Un criado terrible. Percibe los satélites de Júpiter. Discusión entre Dick y Joe. La duda y la credibilidad. El peso. Joe-Wellington. Recibe media corona.

El doctor Fergusson tenía un criado; éste respondía diligentemente al nombre de Joe; excelente persona, se había consagrado a su señor con una confianza absoluta y una dedicación sin límites; se adelantaba incluso a sus órdenes, que interpretaba siempre con inteligencia; era un Caleb, siempre de buen humor, no gruñía jamás; si se le hubiera hecho aposta no habría salido mejor. Fergusson le confiaba completamente sus asuntos, con toda la razón. ¡Estupendo y honrado Joe! ¡Un sirviente que te encarga la comida, que tiene tus mismos gustos, que te hace la maleta, sin olvidar las camisas ni los calcetines, que posee tus llaves y tus secretos sin abusar de ellos!

¡Pero qué hombre era asimismo el doctor para el buen Joe! ¡Con qué respeto y confianza acogía sus decisiones! Cuando Fergusson hablaba, contradecirle hubiera sido cosa de locos. Todo lo que pensaba estaba bien; todo lo que decía era sensato; todo lo que ordenaba era factible; todo lo que emprendía era posible; todo lo que concluía era admirable. Aunque despedazaseis a Joe, lo que por otra parte os repugnaría, no lograríais cambiar la opinión que tenía de su señor.

De este modo, cuando el doctor concibió el proyecto de atravesar África por los aires, para Joe fue cosa hecha; no existían impedimentos; desde el mismo instante en que el doctor había resuelto partir, ya había llegado, con su fiel servidor, pues el buen y fiel Joe supo, aunque nadie le había dicho nada, que él iría en el viaje.

Él, por otra parte, debía prestar grandes servicios, gracias a su inteligencia y a su maravillosa agilidad. Si hubiera sido necesario

nombrar un profesor de gimnasia para los monos del Zoological Garden[41], que no tienen nada de torpes, Joe hubiera seguramente conseguido la plaza. Saltar, trepar, volar, ejecutar mil imposibles piruetas, era para él un juego.

Si Fergusson era la cabeza y Kennedy el brazo, Joe tenía que ser la mano. Ya había acompañado a su señor en varios viajes y poseía algunas nociones de ciencia ingeridas a su modo; pero se distinguía sobre todo por una filosofía dulce y un encantador optimismo; todo le parecía fácil, lógico, natural y en consecuencia desconocía la necesidad de quejarse o de gruñir.

Entre otras cualidades, poseía un poder visual cuya extensión era asombrosa; compartía con Mästlin, el profesor de Kepler [42], la extraña facultad de distinguir sin lentes astronómicas los satélites de Júpiter y de contar en el grupo de las Pléyades catorce estrellas, de las cuales las últimas son de novena magnitud. No se envanecía por esto; por el contrario: os saludaba desde lejos y, a veces, sabía sacar partido de su vista.

Con la confianza que Joe tenía en el doctor, no son de extrañar las incesantes discusiones que se elevaban entre Kennedy y el digno sirviente, quien de todos modos guardaba siempre una gran deferencia.

El uno dudaba, el otro creía; el uno era la prudencia clarividente, el otro la confianza ciega. El doctor se hallaba, pues, entre la duda y la credibilidad. Debo decir que no le preocupaban ni la una ni la otra.

—¿Y bien, señor Kennedy? —decía Joe.

—¿Y bien, muchacho?

—El momento se acerca. Parece ser que vamos a la Luna.

—Querrás decir a la Tierra de la Luna, que no está tan lejos. Pero tranquilízate, es igual de peligroso.

—¡Peligroso! ¡Con un hombre como el doctor Fergusson!

—No me gustaría quitarte tus ilusiones, mi querido Joe; pero lo que está haciendo es simplemente obra de un loco: no se marchará.

—¡Que no se marchará! ¿Es que no ha visto su globo en el taller de los señores Mitchell, en el Borough [43]?

—Me cuidaré muy mucho de ir a verlo.

—¡Pues se pierde un buen espectáculo, señor! ¡Una cosa tan bella! ¡Qué corte tan bonito! ¡Qué barquilla tan encantadora! ¡Qué a

gusto estaremos ahí dentro!

—¿Piensas seriamente en acompañarlo?

—Yo —replicó Joe con convicción—, ¡yo lo acompañaré adonde él quiera! ¡No faltaría más que eso! ¡Dejarle partir solo cuando hemos recorrido medio mundo juntos! ¿Y quién lo sostendría cuando estuviera cansado?, ¿quién le tendería una mano vigorosa para saltar un precipicio?, ¿quién le cuidaría si se pone enfermo? No, señor Dick, Joe estará siempre en su puesto, detrás del doctor, qué digo, alrededor del doctor Fergusson.

—¡Buen chico!

—Por otra parte, usted viene con nosotros —prosiguió Joe.

—¡Claro que sí! —dijo Kennedy—. ¡Es decir, os acompaño para impedir a Samuel, hasta el último momento, que cometa semejante locura! Lo seguiré incluso hasta Zanzíbar, para que allí la mano de un amigo detenga su insensato proyecto.

—No detendrá nada, señor Kennedy, con todo respeto. Mi señor no es un iluminado; medita largamente lo que quiere emprender y, cuando ha tomado una resolución, no hay quien lo detenga.

—¡Eso ya lo veremos!

—No alimente semejante esperanza. De todos modos, lo que importa es que venga usted. Para un cazador como usted, África es un país maravilloso. De este modo, no se arrepentirá de haber hecho el viaje.



—No, ciertamente, no me arrepentiré, sobre todo si ese testarudo se rinde al fin ante la evidencia.

—A propósito —dijo Joe—; ¿sabe que hoy es la pesa?

—¿Cómo la pesa?

—Sin duda, el señor, usted y yo nos vamos a pesar.

—¡Como los *jockeys*!

—Como los *jockeys*. Pero, tranquilícese, no tendrá que adelgazar si pesa demasiado. Se le tomará tal y como es.

—Desde luego, no pienso dejarme pesar —dijo firmemente el escocés.

—Pero, señor, parece que es necesario para su máquina.

—Bueno, pues su máquina se aguantará.



—¡Vaya! ¿Y si por falta de cálculos exactos no pudiéramos subir?

—¡No pido otra cosa, pardiez!

—Vamos, señor Kennedy, el señor va a venir ahora mismo a buscarnos.

—Yo no iré.

—No puede darle ese disgusto.

—Se lo daré.

—¡Bueno! —dijo Joe riéndose—. Habla usted así porque no está aquí. Pero cuando le diga cara a cara: «Dick (con respeto), Dick, necesito saber tu peso exacto», irá, se lo aseguro.

—No iré.

En ese momento el doctor entró en su gabinete de trabajo, donde tenía lugar la conversación; miró a Kennedy, quien no se encontraba muy a gusto.

—Dick —dijo el doctor—, ven con Joe; necesito saber vuestro peso.

—Pero...

—Podrás conservar el sombrero. Ven.

Y Kennedy fue.

Marcharon los tres al taller de los señores Mitchell, donde una de esas balanzas llamadas romanas había sido preparada. Era, efectivamente, necesario que el doctor conociera el peso de sus compañeros para establecer el equilibrio de su aerostato. Hizo subir a Dick a la plataforma de la balanza; éste, sin oponer resistencia, decía a media voz:

—¡Está bien, está bien! Esto no compromete a nada.

—Ciento cincuenta y tres libras[44] —dijo el doctor, apuntando la cifra en su cuaderno.

—¿Estoy demasiado gordo?

—Claro que no, señor Kennedy —replicó Joe—; de todos modos, yo soy delgado; eso compensará.



Y mientras hablaba, Joe ocupó con entusiasmo el sitio del cazador; en su arrebató, incluso estuvo a punto de volcar la balanza; adoptó la actitud del Wellington que remeda a Aquiles a la entrada de Hyde-Park, e incluso sin escudo fue magnífico.

—Ciento veinte libras —escribió el doctor.

—¡Eh, eh! —dijo Joe, con una sonrisa de satisfacción.

¿Por qué sonreía? No hubiera podido decirlo.

—Mi turno —dijo Fergusson, y anotó ciento treinta y cinco libras por su cuenta.

—Entre los tres —dijo— no pasamos de las cuatrocientas libras.

—Pero, señor, si fuera necesario para su experiencia, yo podría adelgazar unas veinte libras quedándome sin comer.

—Es inútil, muchacho, puedes comer lo que quieras —respondió el doctor—; aquí tienes media corona para que te eches encima todo el lastre que quieras.

VII

Detalles geométricos. Cálculo de la capacidad del globo. El aerostato doble. La envoltura. La barquilla. El aparato misterioso. Los víveres. La adición final.

El doctor Fergusson se había preocupado desde hacía tiempo de los detalles de su expedición. Se comprende que el globo, ese maravilloso vehículo destinado a transportarlo por el aire, fuera el objeto de su constante solicitud.

En primer lugar, y para no dar dimensiones excesivamente grandes al aerostato, decidió hincharlo con hidrógeno gaseoso, que es catorce veces y media más ligero que el aire. La producción de este gas es fácil, y es el que mejores resultados ha dado en las experiencias aerostáticas.

El doctor, según cálculos muy exactos, halló que los objetos indispensables para su viaje y su aparato, debían de tener un peso de cuatro mil libras; tuvo entonces que calcular la fuerza ascensional capaz de elevar ese peso y, asimismo, su capacidad.

Un peso de cuatro mil libras representa un desplazamiento de aire de cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos[45], lo que equivale a decir que cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos de aire pesan unas cuatro mil libras.

Dando al globo esta capacidad de cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos y llenándolo, en vez de aire, con hidrógeno gaseoso que, catorce veces y media más ligero, no pesa más que doscientas setenta y seis libras, queda una ruptura de equilibrio, es decir una diferencia de tres mil setecientas veinticuatro libras. Esta diferencia entre el peso del gas contenido en el globo y el peso del aire circundante constituye la fuerza ascensional del aerostato.

De todos modos, si se introdujeran en el globo los cuarenta y

cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos del gas de que hablamos, estaría completamente lleno; lo cual no debe hacerse, porque, a medida que el globo sube hacia las capas menos densas del aire, el gas que encierra tiende a dilatarse y no tardaría en reventar la envoltura. Generalmente, no se llenan más que los dos tercios del globo.

Pero el doctor, por un proyecto que sólo él conocía, decidió llenar tan sólo la mitad de su aerostato y, puesto que tenía que llevar cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos de hidrógeno, dar a su globo una capacidad casi doble.

Lo dispuso en forma alargada, que es la mejor; el diámetro horizontal tuvo cincuenta pies y el diámetro vertical, setenta y cinco[46]; obtuvo de este modo un esferoide cuya capacidad ascendía en números redondos a noventa mil pies cúbicos.

Si el doctor Fergusson hubiera podido emplear dos globos, sus probabilidades de éxito se hubieran acrecentado; en efecto, si uno se rompe en el aire, el otro puede sostenerlo tirando lastre. Mas dirigir dos aerostatos es muy difícil cuando se trata de conservar una idéntica fuerza ascensional.

Tras reflexionar largamente, Fergusson, merced a una ingeniosa disposición, reunió las ventajas de los dos globos, a la vez que paliaba sus inconvenientes; construyó dos de desigual tamaño y encerró uno dentro del otro. Su globo exterior, que conservó las dimensiones anteriormente citadas, contenía uno más pequeño, de idéntica forma, que tuvo tan sólo cuarenta y cinco pies de diámetro horizontal y sesenta y ocho pies de diámetro vertical. La capacidad de ese globo interior era, pues, de sesenta y siete mil pies cúbicos; debía nadar en el fluido que lo rodeaba; una válvula se abría de un globo a otro, y permitía su comunicación en caso de necesidad.

Esta disposición tenía la ventaja de que, en caso de tener que soltar gas para descender, se dejaría salir primero el del globo más grande; incluso si hubiera que vaciarlo completamente, el pequeño quedaría intacto; se podría entonces desembarazarse de la envoltura exterior, como si fuera un peso incómodo, y el segundo aerostato, al quedar solo, no ofrecería al viento la presa que forman los globos semideshinchados.

Además, en caso de accidente de alguna rasgadura en el globo exterior, el otro tenía la ventaja de quedar preservado.



Los dos aerostatos fueron contruidos con un tafetán cruzado de Lyon revestido de gutapercha. Esta substancia gomo-resinosa goza de una absoluta impermeabilidad; es completamente resistente a los ácidos y al gas. El tafetán fue doblemente yuxtapuesto en el polo superior del globo, donde se realiza casi todo el esfuerzo.

Esta envoltura podía retener el fluido durante un tiempo ilimitado. Pesaba media libra por cada nueve pies cuadrados. Mas como la superficie del globo contaba alrededor de once mil seiscientos pies cuadrados, su envoltura pesó seiscientas cincuenta libras. La del segundo, con nueve mil doscientos pies cuadrados de superficie, no pesaba más que quinientas diez libras; es decir, un total de mil ciento sesenta libras.

La red destinada a soportar la barquilla estaba hecha de cuerda de cáñamo, muy sólida; las dos válvulas fueron objeto de minuciosos cuidados, como lo hubiera sido el timón de un navío.

La barquilla, circular y de un diámetro de quince pies, se construyó con mimbre, reforzada con una ligera armadura de hierro y revestida en su parte inferior con unos resortes elásticos destinados a amortiguar los golpes. Su peso, junto con el de la red, no sobrepasaba las doscientas ochenta libras.

El doctor mandó construir asimismo cuatro cajas de palastro de dos líneas de espesor; estaban unidas entre sí por tubos provistos de llaves; añadió un serpentín de cerca de dos pulgadas de diámetro, que terminaba en dos brazos rectos de desigual longitud, el más grande de los cuales medía veinticinco pies de altura y el más pequeño tan sólo quince.

Las cajas de palastro se encajaban en la barquilla de tal modo que ocupaban un espacio mínimo; el serpentín, que debía colocarse más tarde, y una potente pila eléctrica de Bunsen[47] fueron envueltos por separado. Este aparato se había combinado con tanto ingenio, que no pesaba más de setecientas libras, comprendiendo incluso veinticinco galones de agua contenidos en una caja especial.

Los instrumentos destinados al viaje consistieron en dos barómetros, dos termómetros, dos brújulas, un sextante, dos cronómetros, un horizonte artificial y un altazimut[48] para señalar los objetos lejanos e inaccesibles. El Observatorio de Greenwich[49] se había puesto a disposición del doctor. Éste, por otra parte, no se proponía hacer experimentos de física; únicamente conocer su

dirección y determinar la posición de los principales ríos, montañas y ciudades.

Se procuró tres sólidas anclas de hierro y una escala de seda ligera y resistente, de unos cincuenta pies de longitud.

Calculó igualmente el peso exacto de sus víveres; éstos consistían en té, café, galletas, carne salada y *pemmican* [50], un preparado que, pese a su pequeño volumen, contiene un alto poder nutritivo. Independientemente de una suficiente reserva de aguardiente, dispuso dos cajas que contenían cada una veintidós galones de agua [51].

El consumo de los diversos alimentos debía poco a poco disminuir el peso elevado del aerostato. Porque hay que saber que el equilibrio de un globo en la atmósfera es extremadamente sensible. La pérdida de un peso, por muy insignificante que éste sea, basta para producir un desplazamiento muy apreciable.

El doctor no olvidó ni una tienda que debía recubrir una parte de la barquilla, ni las mantas que componían toda la ropa de cama del viaje, ni los fusiles de caza, ni sus provisiones de pólvora y balas.

He aquí el resumen de sus diferentes cálculos:

	Libras
Fergusson	135
Kennedy	153
Joe	120
Peso del primer globo	650
Peso del segundo globo	510
Red y barquilla	280
Anclas, instrumentos, fusiles, mantas, utensilios diversos	190
Carne, pemmican, galletas, té, café, aguardiente	386
Agua	400
Aparato	700
Peso del hidrógeno	276
Lastre	200
Total	4000

Esta era la composición de las cuatro mil libras que el doctor Fergusson se proponía llevar; iba tan sólo con doscientas libras de

lastre «únicamente para los imprevistos» decía, porque esperaba no tener que utilizarlo gracias a su aparato.

VIII

Importancia de Joe. El comandante del Resolute. El arsenal de Kennedy.

Instalaciones. La cena de despedida. Partida el 21 de febrero. Sesiones científicas del doctor. Duveyrier, Livingstone. Detalles del viaje aéreo. Kennedy, reducido al silencio.

Hacia el 10 de febrero, los preparativos tocaban a su fin; los aerostatos, encerrados uno dentro del otro, estaban completamente acabados; habían soportado una fuerte presión de aire comprimido en sus flancos; esa prueba aseguraba su solidez y testimoniaba los cuidados observados en su construcción.

Joe no cabía en sí de alegría; iba incesantemente de Greek street a los talleres de los señores Mitchell, siempre ocupado y alegre, detallando voluntariamente el asunto a gentes que nada le preguntaban, orgulloso por acompañar a su señor. Creo, incluso, que a fuerza de mostrar el aerostato, de desarrollar las ideas y los planes del doctor, de dejar observar a éste a través de alguna ventana entreabierta o bien en su paso por la calle, el buen muchacho se ganó varias medias coronas; no hay que criticárselo; al fin y al cabo tenía derecho a especular un poco con la admiración y la curiosidad de sus contemporáneos.

El 16 de febrero, el *Resolute* echó el ancla ante Greenwich. Era un navío de hélice de ochocientas toneladas, buen corredor, que ya anteriormente se había encargado de abastecer a la última expedición de sir James Ross[52] a las regiones polares. Al comandante Pennet se le consideraba un hombre amable, particularmente interesado en el viaje del doctor, al cual apreciaba desde hacía tiempo. Pennet era más bien un sabio que un soldado, lo que no le impedía llevar en su buque cuatro cañones anticuados, que jamás habían hecho daño a nadie, y que servían únicamente para producir los ruidos más pacíficos del mundo.

La cala del *Resolute* fue acondicionada de modo que cupiera, el aerostato; éste se transportó con las mayores precauciones el día 18 de febrero; se lo depositó en el fondo del navío, para prevenir los accidentes; la barquilla y sus accesorios, las anclas, las cuerdas, los víveres, las cajas para el agua que debían llenarse al llegar, todo fue estibado bajo la mirada de Fergusson.

Se embarcaron diez toneles de ácido sulfúrico y diez toneles de chatarra para la producción del gas hidrógeno. Esa cantidad era más que suficiente, pero había que prever posibles pérdidas. El aparato destinado a producir el gas, compuesto por una treintena de barriles, se puso en el fondo de la cala.

Los diversos preparativos terminaron el 18 de febrero por la noche. Dos camarotes confortablemente dispuestos esperaban al doctor Fergusson y a su amigo Kennedy. Este último, jurando que no partiría, subió a bordo con un auténtico arsenal de caza, dos excelentes escopetas de repetición, que se cargaban por la recámara, y una carabina de toda confianza, de la fábrica de Purdey Moore y Dickson[53], de Edimburgo; con semejante arma, no tenía el cazador ningún problema para alojar una bala, a dos mil pasos de distancia, en el ojo de un gamo; añadió dos revólveres Colt de seis balas, para los imprevistos; su saco de pólvora, su cartuchera, su plomo y sus balas no sobrepasaban los límites de peso marcados por el doctor.

Los tres viajeros se instalaron a bordo el día 19 de febrero; fueron recibidos con grandes muestras de distinción por el capitán y sus oficiales, lo que dejó indiferente al doctor, únicamente preocupado por su expedición, emocionó a Dick, quien se esforzó en aparentar lo contrario, y entusiasmó a Joe, quien no paraba de bromear; éste se convirtió rápidamente en el bufón de los contramaestres, entre quienes se le había reservado una plaza.

El día 20, la Real Sociedad de Geografía dio a Fergusson y a Kennedy una gran cena de despedida. El comandante Pennet y sus oficiales asistieron a la cena, que fue muy animada y estuvo llena de halagadoras libaciones; los brindis fueron lo suficientemente numerosos como para asegurar a todos los comensales una existencia centenaria. Sir Francis M... presidía con emoción contenida, pero llena de dignidad.

Pese a su azoramiento, Dick fue parte destacada en las báquicas

felicitaciones. Tras beber por «el intrépido Fergusson, gloria de Inglaterra», se bebió por «el no menos valiente Kennedy, su audaz compañero».

Dick enrojeció enormemente, lo que se tomó por modestia; los aplausos aumentaron. Dick enrojeció aún más intensamente.

A la hora del postre llegó un mensaje de la reina; cumplimentaba a los viajeros y hacía votos por el éxito de la empresa.

Lo que requirió nuevos brindis «a su Muy Graciosa Majestad».

A medianoche, tras las emocionadas despedidas y los calurosos apretones de mano, los invitados se separaron.

Las embarcaciones del *Resolute* aguardaban en el puente de Westminster; el comandante se embarcó, acompañado de sus oficiales y de sus pasajeros, y la rápida corriente del Támesis los llevó hacia Greenwich.

A la una, todos dormían a bordo.

El día siguiente, a las tres de la madrugada del 21 de febrero, las calderas rugían; a las cinco, se levaron anclas y bajo el impulso de su hélice el *Resolute* se deslizó hacia la embocadura del Támesis.

No necesitamos decir que las conversaciones de a bordo versaron únicamente sobre la expedición del doctor Fergusson. Sólo con verlo y oírlo inspiraba una confianza tal, que muy pronto nadie, salvo el escocés, puso en duda el éxito de la empresa.



Durante las largas horas desocupadas del viaje, el doctor daba verdaderos cursos de geografía en la sala de oficiales. Estos jóvenes se apasionaban por los descubrimientos realizados cuarenta años atrás en África; les contó las exploraciones de Barth, de Burton, de Speke, de Grant; les describió esa misteriosa comarca entregada por todas partes a las investigaciones de la ciencia. En el norte, el joven Duveyrier exploraba el Sahara y llevaba a París a los jefes tuaregs. Bajo la inspiración del gobierno francés, se preparaban dos expediciones, que descendiendo del norte y viniendo al oeste se cruzarían en Tombuctú. En el sur, el incansable Livingstone avanzaba hacia el Ecuador, y, desde marzo de 1862, remontaba, junto con Mackensie, el río Rovuma. Ciertamente, el siglo XIX no finalizaría sin que África revelara los secretos ocultos en su seno desde hacía seis mil años.

El interés de los oyentes de Fergusson se excitó especialmente cuando les describió detalladamente los preparativos de su viaje; quisieron verificar sus cálculos; discutieron, y el doctor se adentró francamente en la discusión.

Por lo general, les extrañaba la relativamente restringida cantidad de víveres que llevaba consigo. Un día, uno de los oficiales interrogó al doctor acerca de esto.

—Esto le sorprende —respondió Fergusson.

—Sin duda.

—¿Pero qué duración cree usted que tendrá mi viaje? ¿Meses enteros? Es un gran error; si se prolongara, estaríamos perdidos, no llegaríamos. Sepa usted que no hay más de tres mil quinientas, pongamos cuatro mil millas desde Zanzíbar a la costa del Senegal. Ahora bien, a doscientas cuarenta millas por cada doce horas, lo que no se ajusta a la velocidad de nuestros ferrocarriles, viajando día y noche, bastarían siete días para atravesar África.

—Pero en ese caso, no podría ver nada, ni levantar mapas geográficos, ni reconocer el país.

—No —respondió el doctor—; si soy dueño de mi globo, si subo o bajo según mi voluntad, me pararé cuando me plazca, sobre todo cuando fuertes corrientes amenacen arrastrarme.

—Y las encontrará —dijo el comandante Pennet—; hay huracanes que se mueven a más de doscientas cuarenta millas por hora.

—Ya lo ve —replicó el doctor—, con semejante velocidad, se atravesaría África en doce horas. Uno podría levantarse en Zanzíbar para ir a acostarse en Saint Louis.

—¿Pero —dijo un oficial— es que un globo puede ser arrastrado a semejante velocidad?

—Ya se ha visto —respondió Fergusson.

—¿Y el globo resistió?

—Perfectamente. Fue en la época de la coronación de Napoleón, en 1804. El aeronauta Garnerin [54] lanzó desde París, a las once de la noche, un globo que portaba la siguiente inscripción trazada en letras de oro: «París, 25 frimario año XIII [55], coronación del emperador Napoleón por su S. S. Pío VII». Al día siguiente por la mañana, a las cinco, los habitantes de Roma veían el mismo globo planear sobre el Vaticano, recorrer la campiña romana, para abatirse finalmente en el lago de Braciano. Luego, señores, un globo puede resistir semejantes velocidades.

—Un globo, sí; pero un hombre... —aventuró Kennedy.

—¡Pues un hombre también, porque un globo está siempre inmóvil respecto al aire que lo rodea! No es él quien se mueve, es la masa de aire; así, encended una vela en vuestra barquilla y la llama no vacilará. A un aeronauta subido en el globo de Garnerin no le habría hecho sufrir esa velocidad. De todos modos, no tengo intención de experimentar una velocidad semejante, y si puedo, durante la noche, agarrarme a algún árbol o a algún saliente del terreno, no les haré ascos. Llevamos por otra parte víveres para dos meses y nada impedirá a nuestro hábil cazador proporcionarnos abundante caza cuando tomemos tierra.

—¡Ah, señor Kennedy, va usted a poder realizar verdaderas hazañas cinegéticas! —dijo un joven oficial con ojos de envidia.

—Sin contar —prosiguió otro— que a su placer va a añadirse la gloria.

—Señores... —respondió el cazador—, me siento muy halagado por... sus elogios... pero no puedo recibirlos...

—¡Cómo! —exclamaron por todas partes—. ¿Es que no irá?

—No iré.

—¿No acompañará al doctor Fergusson?

—No solamente no lo acompañaré, sino que estoy aquí únicamente para detenerlo en el último momento.

Todas las miradas se dirigieron al doctor.

—No hagan caso —respondió con su aspecto tranquilo—. Es algo que no se puede discutir con él. En el fondo, sabe perfectamente que irá.

—¡Por San Patricio! —gritó Kennedy—. Juro que...

—No jures nada, amigo Dick, estás medido, pesado, tú, tu pólvora, tus fusiles, tus balas; así que no hablemos más.

Y de hecho, desde ese día y hasta la llegada a Zanzíbar, Dick no volvió a abrir la boca; ni sobre eso ni sobre nada. Se calló.

IX

*Se dobla El Cabo. El castillo de proa. Cursos de cosmografía por el profesor Joe.
De la dirección de los globos. De la búsqueda de las corrientes atmosféricas.*

El *Resolute* se deslizaba rápidamente hacia el cabo de Buena Esperanza; el tiempo se mantenía bueno, aunque el mar se picó un poco.

El 30 de marzo, veintisiete[56] días después de la salida de Londres, la montaña de la Table se perfiló en el horizonte; la ciudad de El Cabo, situada al pie de un anfiteatro de colinas, apareció al extremo del catalejo y, prontamente, el *Resolute* ancló en el puerto. Pero el comandante no se detuvo más que para cargar carbón; fue cuestión de un día; al día siguiente, el navío se dirigió al sur para virar en la punta meridional de África y entrar en el canal de Mozambique.

Este no era el primer viaje marítimo de Joe; no había tardado en encontrarse a bordo como en su casa. Todos lo querían por su franqueza y su buen humor. Gran parte de la celebridad de su señor recaía sobre él. Se le escuchaba como a un oráculo y no se equivocaba más de lo que pudiera hacerlo cualquier otro.

De este modo, mientras el doctor proseguía el curso de sus descripciones en la sala de los oficiales, Joe reinaba en el castillo de proa, haciendo historia a su modo, procedimiento empleado, por otra parte, por los mejores historiadores de todos los tiempos.

Se trataba naturalmente del viaje aéreo. Joe había tenido dificultades para que ciertos espíritus recalcitrantes aceptaran la empresa; pero una vez aceptada ésta, la imaginación de los marineros, estimulada por el relato de Joe, no conoció imposibles.

El resplandeciente cuentista persuadía a su auditorio de que, tras ese viaje, se harían otros muchos. No era más que el principio de una larga serie de empresas sobrehumanas.

—Veis, amigos míos, cuando se ha probado ese género de locomoción ya no puede uno prescindir de él; por eso, en nuestra próxima expedición, en vez de ir de lado, iremos derechos, siempre subiendo.

—¡Bueno, a la Luna entonces! —dijo un oyente maravillado.

—¡A la Luna! —replicó vivamente Joe—. ¡No, eso es demasiado vulgar, todo el mundo va a la Luna! Y de todos modos, no hay agua y hay que llevar muchísimas provisiones, incluso de atmósfera, por poco que se quiera respirar.

—¡Bueno!, pero ¿y si se encuentra ginebra? —dijo un marinero muy amante de esta bebida.

—Tampoco, amigo. ¡No, nada de Luna! Mejor nos pasearemos por esas bonitas estrellas, por esos encantadores planetas, de los que me ha hablado tantas veces el señor. Así que empezaremos por una visita a Saturno...

—¿El que tiene un anillo? —preguntó el contramaestre.

—¡Sí, un anillo nupcial! ¡Sólo que no se sabe lo que pasó con su mujer!

—¡Cómo! ¿Irían tan arriba? —dijo un grumete estupefacto—. Su señor es el diablo.

—¡El diablo! ¡Es demasiado bueno para eso!

—Pero, y ¿después de Saturno? —preguntó uno de los más impacientes del auditorio.

—¿Después de Saturno? Bueno, visitaremos Júpiter; un extraño país, donde los días sólo tienen nueve horas y media, lo cual es muy cómodo para los vagos, y donde por ejemplo el año dura doce años, lo que es una ventaja para los que sólo tienen seis meses de vida por delante. Eso les alarga un poco su corta existencia.

—¿Doce años? —preguntó el grumete.

—Sí, pequeño; en esa comarca estarías todavía mamando y ese viejo de allí, que va por sus cincuenta, sería un crío de cuatro años y medio.

—¡Eso es increíble! —exclamó con una sola voz todo el castillo de proa.

—Pues es la pura verdad —dijo Joe, lleno de seguridad—. Pero ¡qué queréis!, si se persiste en vegetar en este mundo, no se aprende nada. Uno se queda tan ignorante como una marsopa. ¡Venid a Júpiter y veréis! Por ejemplo, ¡allá arriba hay que mantenerse bien

porque tiene satélites que no son cómodos!

Se reían, pero le creían a medias; y él les hablaba de Neptuno, donde los marineros son muy bien recibidos, y de Marte, donde los militares llevan la voz cantante, lo que acaba por hartar. En cuanto al feo mundo de Mercurio, no hay más que ladrones y comerciantes y es difícil distinguirlos, tan grande es su parecido. Y, finalmente, les pintaba de Venus un cuadro verdaderamente encantador.

—Y cuando regresemos de esta expedición —dijo el amable cuentista— se nos condecorará con la Cruz del Sur[57], que brilla ahí arriba en el ojal de Dios.

—¡Y os la habréis ganado merecidamente! —dijeron los marineros.

De este modo, con alegres chanzas, se pasaban los largos atardeceres del castillo de proa. Y, durante ese tiempo, proseguían las instructivas conversaciones del doctor.



Un día, en el que se discutía sobre el gobierno de los globos, se solicitó la opinión de Fergusson a este respecto.

—No creo —dijo— que se pueda llegar a dirigir dos globos. Conozco todos los sistemas intentados o propuestos; ni uno solo ha tenido éxito, ni uno solo es practicable. Como comprenderán, ya me he preocupado de esta cuestión, que tenía una gran importancia para mí; mas no he podido resolverla con los medios proporcionados por los actuales conocimientos de la mecánica. ¡Habría que descubrir un motor de extraordinaria potencia y de imposible ligereza! ¡E incluso así, no se podría resistir a las fuertes corrientes! De todos modos, hasta ahora nos hemos ocupado más de dirigir la barquilla que el globo. Esto es un error.

—Hay, no obstante —se le replicó—, muchos puntos en común entre un aerostato y un navío, cuya ruta sí se dirige a voluntad.

—No —respondió el doctor Fergusson—; hay poco en común o casi nada. El aire es infinitamente menos denso que el agua, en la cual el navío se sumerge sólo a medias, mientras que el aerostato está inmerso por entero en la atmósfera, donde se queda inmóvil con respecto al fluido circundante.

—¿Piensa entonces que la ciencia aeronáutica ha dicho ya su última palabra?

—¡No, claro que no! Hay que buscar otra cosa, y si no es posible dirigir un globo, sí se puede, por lo menos, mantenerlo en las corrientes atmosféricas favorables. A medida que se sube, éstas van haciéndose más uniformes y su dirección es más constante; ya no son perturbadas por los valles y montañas que surcan la superficie del globo y ésta es, contó sabéis, la principal causa de los cambios del viento y de la desigualdad de su fuerza. Ahora bien, una vez determinadas esas zonas, el globo no tendrá más que situarse en las corrientes que le convengan.

—Pero entonces —prosiguió el comandante Pennet— para alcanzarlas habrá que subir y bajar constantemente. Esta es la verdadera dificultad, mi querido doctor.

—¿Y por qué, mi querido comandante?

—Entendámonos: será una dificultad y un obstáculo para los viajes largos, no para los simples paseos aéreos.

—¿Y cuál es la razón, por favor?

—Porque usted no sube sin antes echar lastre y no baja sin

perder gas, y con esas operaciones sus provisiones de gas y de lastre se agotarán rápidamente.

—Mi querido Pennet, ahí está toda la cuestión. Ahí está la única dificultad que la ciencia debe vencer; no se trata de dirigir los globos, sino de desplazarlos de arriba abajo, sin malgastar ese gas que es su fuerza, su sangre, su alma, si puedo expresarme así.

—Tiene razón, querido doctor, pero esa dificultad no está resuelta, todavía no se ha encontrado el medio.

—Perdón, ya se ha encontrado.

—¿Quién?

—¡Yo!

—¿Usted?

—Ya comprenderá que, si así no fuera, no me habría arriesgado a atravesar África en globo. ¡Tras las primeras veinticuatro horas, no tendría gas!

—Pero usted no dijo nada de esto en Inglaterra.

—No. No quería que se me discutiera en público. Me parecía inútil. He realizado en secreto experiencias preparatorias y quedé satisfecho; así que no necesitaba nada más.

—Y bien, mi querido Fergusson, ¿se puede saber su secreto?

—Helo aquí, señores. Mi método es muy simple.

La concurrencia era todo oídos, y el doctor tomó tranquilamente la palabra en estos términos:

X

*Anteriores intentos. Las cinco cajas del doctor. El soplete de gas. El calorífero.
Modo de maniobrar. Éxito seguro.*

—Se ha intentado muchas veces, señores, subir o bajar a voluntad, sin perder el gas o el lastre de un globo. Un aeronauta francés, el señor Meunier, quería alcanzar esa meta comprimiendo el aire en una cavidad interior. Un belga, el doctor Van Hecke, por medio de alas y paletas, desplegaba una fuerza vertical que hubiera sido insuficiente en la mayoría de los casos. Los resultados prácticos obtenidos a través de estos diversos medios han sido insignificantes.

»He resuelto, pues, abordar más directamente la cuestión. En primer lugar, suprimo completamente el lastre, salvo en casos de fuerza mayor, como por ejemplo la rotura de mi aparato o la necesidad de elevarme instantáneamente para evitar un obstáculo imprevisto.

»Mis medios de ascensión y descenso consisten únicamente en dilatar o contraer por medio de diversas temperaturas el gas encerrado en el interior del aerostato. Y he aquí cómo obtengo ese resultado.

»Habrán visto embarcar con la barquilla cinco cajas cuyo uso ignoran.

»La primera contiene aproximadamente veinticinco galones de agua, a la que añado unas gotas de ácido sulfúrico para aumentar su conductibilidad, y la descompongo por medio de una enérgica pila de Bunsen. El agua, como saben, se compone de dos volúmenes de hidrógeno y de un volumen de oxígeno.

»Este último, bajo la acción de la pila, pasa por su polo positivo a una segunda caja. La tercera, con capacidad doble y colocada encima de ésta, recibe el hidrógeno que llega a través de su polo negativo.

»Unas llaves, una de las cuales tiene doble apertura que la otra, comunican esas dos cajas con una cuarta, que se llama caja de mezcla. Efectivamente, allí se mezclan los dos gases provenientes de la descomposición del agua. La capacidad de esta caja de mezcla es, aproximadamente, de unos cuarenta y un pies cúbicos [58].

»En la parte superior de esta caja hay un tubo de platino, provisto de una llave.

»Ya habrán comprendido, señores, que el aparato que les describo es simplemente un soplete de oxígeno e hidrógeno, cuyo calor excede al del fuego de una fragua.

»Aclarado esto, paso a la segunda parte del aparato.

»De la parte inferior de mi globo, herméticamente cerrado, salen dos tubos separados por un pequeño intervalo. El uno llega hasta las capas superiores del hidrógeno, el otro hasta las capas inferiores.

»Esos dos tubos están provistos, de trecho en trecho, de recias articulaciones de caucho, que les permiten prestarse a las oscilaciones del aerostato.

»Descienden los dos hasta la barquilla y se pierden en una caja de hierro de forma cilíndrica, que se llama caja del calor. Se cierra en sus dos extremidades con dos fuertes discos del mismo metal.

»El tubo salido de la región inferior del globo llega a esta caja cilíndrica a través del disco de abajo; penetra en ella y adopta entonces la forma de un serpentín helicoidal cuyos anillos superpuestos ocupan casi toda la parte de arriba de la caja. Antes de salir, el serpentín llega a un pequeño cono cuya base cóncava, en forma de casquete esférico, se dirige hacia abajo.

»Por el vértice del cono sale el segundo tubo y llega, como ya dije antes, a las capas superiores del globo.

»El casquete esférico del pequeño cono es de platino, para que no se funda bajo la acción del soplete, pues éste está emplazado en el fondo de la caja de hierro, en medio del serpentín helicoidal, y la extremidad de su llama lamerá ligeramente el casquete.

»Ya saben, señores, cómo son los caloríferos que calientan las viviendas. Saben cómo actúan. El aire del apartamento tiene que pasar a través de los tubos, y es restituido con una temperatura más elevada. Pues bien, lo que yo acabo de describirles no es otra cosa que un calorífero.

»Y efectivamente, ¿qué pasará? Una vez encendido el soplete, el

hidrógeno del serpentín y del cono cóncavo se calienta y sube rápidamente por el tubo que lo lleva a las regiones superiores del aerostato. Se forma entonces el vacío abajo y atrae el gas de las regiones inferiores, que se calienta a su vez y se reemplaza continuamente; se establece así entre los tubos y el serpentín una corriente extremadamente rápida de gas, que sale y vuelve al globo, recalentándose continuamente.

»Mas los gases, por cada grado de calor, aumentan el $1/480$ de su volumen. Si fuerzo, pues, la temperatura a dieciocho grados[59], el hidrógeno del aerostato se dilatará un $18/480$, es decir, mil seiscientos catorce pies cúbicos[60], y desplazará, pues, mil seiscientos setenta y cuatro pies cúbicos más de aire, lo que aumentará su fuerza ascensional en ciento sesenta libras. Esto equivale a echar este mismo peso de lastre. Si aumento en ciento ochenta grados[61] la temperatura, el gas se dilatará un $180/480$: desplazará dieciséis mil setecientos cuarenta pies cúbicos más y su fuerza ascensional ganará mil seiscientas libras.

»Comprenderán, señores, que puedo así obtener fácilmente considerables rupturas de equilibrio. El volumen del aerostato se ha calculado de manera que, inflado a medias, desplace un peso de aire exactamente igual al de la envoltura del hidrógeno y al de la barquilla cargada de viajeros y con todos sus accesorios. Con este inflamiento está perfectamente equilibrado en el aire, ni sube ni baja.

»Para realizar la ascensión, doy al gas una temperatura superior a la ambiental con mi soplete; gracias a este exceso de calor, obtiene una tensión más fuerte, que infla mucho más el globo, el cual subirá tanto más cuanto más hidrógeno dilate.

»El descenso se consigue naturalmente moderando el calor del soplete y dejando que se enfríe la temperatura. Así pues, el ascenso será generalmente mucho más rápido que el descenso. Pero esto es una buena cosa; nunca me interesará descender rápidamente y, por el contrario, con una pronta marcha ascensional podré evitar los obstáculos. Los peligros están abajo y no arriba.

»De todos modos, como ya he dicho, tengo una cierta cantidad de lastre que, si es necesario, me permitirá elevarme más rápidamente todavía. Mi válvula, situada en el polo superior del globo, no es más que una válvula de seguridad. El globo mantiene

siempre su misma carga de hidrógeno; las variaciones de temperatura que produzco en ese cerrado recinto de gas nutren todos sus movimientos de subida y bajada.

»Y ahora, señores, añadiré esto como detalle práctico.

»La combustión del hidrógeno y del oxígeno en la punta del soplete produce únicamente vapor de agua. He provisto, pues, a la caja cilíndrica de hierro de un tubo de escape con una válvula que funciona a menos de dos atmósferas de presión; consecuentemente, desde el momento en que alcanza esta tensión, el vapor se escapa por sí mismo.

»He aquí ahora cifras muy exactas.

»Veinticinco galones de agua descompuesta en sus elementos constitutivos dan doscientas libras de oxígeno y veinticinco libras de hidrógeno. Esto representa, a la presión atmosférica, mil ochocientos noventa pies cúbicos[62] del primero y tres mil setecientos ochenta pies cúbicos[63] del segundo; en total, una mezcla de cinco mil seiscientos setenta pies cúbicos[64].

»Ahora bien, la llave de mi soplete, abierta al máximo, consume veintisiete pies cúbicos[65] por hora con una llama al menos seis veces más fuerte que la de las grandes farolas de alumbrado. Así pues, como media, y para mantenerme a una altura poco considerable, no quemaré más allá de unos nueve pies cúbicos por hora[66]; mis veinticinco galones de agua representan entonces seiscientas treinta horas de navegación aérea, es decir algo más de veintiséis días.

»Como puedo descender cuando quiera y renovar en ruta mi provisión de agua, mi viaje puede tener una duración indefinida.

»Este es mi secreto, señores; es sencillo y, como las cosas sencillas, no puede fracasar. Este es mi sistema, el de la dilatación y contracción del gas del aerostato, un sistema que no exige ni molestas alas ni un motor mecánico. Un calorífero para producir mis cambios de temperatura y un soplete para calentarlo no son ni incómodos ni pesados. Así que creo haber reunido todas las condiciones necesarias para triunfar.

El doctor Fergusson terminó así su discurso y fue aplaudido de buena gana. No cabía hacerle una sola objeción; todo estaba previsto y resuelto.

—Sin embargo —dijo el comandante—, eso puede ser peligroso.

—¿Y eso qué importa —respondió sencillamente el doctor—, si se puede llevar a cabo?

XI

Llegada a Zanzíbar. El cónsul inglés. Malas disposiciones de los habitantes. La isla Kumbeni. Los hacedores de lluvia. Hinchazón del globo. La partida el 18 de abril. Último adiós. El Victoria.

Un viento constantemente favorable había impulsado la marcha del *Resolute* hacia su destino. La navegación por el canal de Mozambique fue particularmente apacible. La travesía marítima auguraba una buena travesía aérea. Todos deseaban llegar y echar una última mano a los preparativos del doctor Fergusson.

Por fin se avistó la ciudad de Zanzíbar, situada en la isla del mismo nombre, y el 15 de abril, a las once de la mañana, ancló en el puerto.

La isla de Zanzíbar pertenece al imán de Mascate, aliado de Francia e Inglaterra, y es, sin duda alguna, su más hermosa colonia. El puerto recibe un gran número de navíos de las comarcas vecinas.

La isla está únicamente separada de la costa africana por un canal, cuya mayor anchura no excede las treinta millas [67].

Tiene un gran comercio de goma, de marfil y sobre todo de ébano, pues Zanzíbar es el gran mercado de esclavos. Allí se concentra todo el botín conquistado en las batallas que los jefes del interior se hacen incesantemente. Este tráfico se extiende también sobre toda la costa oriental, hasta debajo de las latitudes del Nilo y el Sr. G. Lejean ha visto hacer abiertamente la trata bajo el pabellón francés.

Desde la llegada del *Resolute*, el cónsul inglés de Zanzíbar vino a bordo a ponerse a disposición del doctor, de cuyos proyectos estaba al corriente, desde hacía un mes, por los periódicos europeos. Pero hasta ese momento formaba parte del numeroso consorcio de incrédulos.



—Dudaba —dijo tendiendo la mano a Samuel Fergusson—, pero ahora ya no dudo.

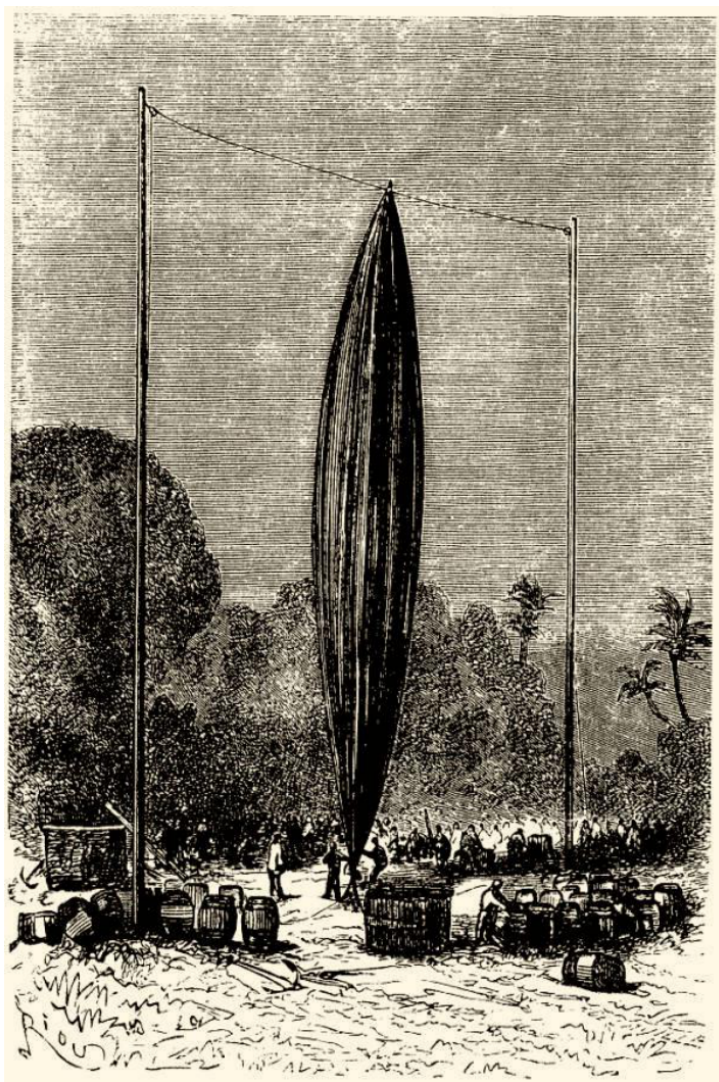
Ofreció su propia casa al doctor, a Dick Kennedy y naturalmente al buen Joe.

Por el cónsul tuvo el doctor conocimiento de diversas cartas que le había enviado el capitán Speke. El capitán y sus compañeros habían sufrido horriblemente a causa del hambre y del mal tiempo antes de alcanzar el país Ugogo; avanzaban con extremas dificultades, y no pensaban poder dar noticias suyas a corto plazo.

—He aquí peligros y privaciones que sabremos evitar —dijo el doctor.

Se transportaron los equipajes de los tres viajeros a la casa del cónsul. Se preparó el desembarco del globo en la playa de Zanzíbar; había cerca del faro un sitio favorable, junto a una enorme construcción que podía protegerlo de los vientos del este. Aquella gruesa torre, semejante a un tonel erigido sobre su base, y a cuyo lado la cuba de Heidelberg hubiera sido tan sólo un simple barril, servía de fuerte, y en su plataforma vigilaban algunos veluchíes, armados con lanzas, como una especie de soldados vagos y chillones.

Cuando llegó el momento de desembarcar al aerostato, se advirtió al cónsul que la población de la isla se opondría por la fuerza. Nada es más cegador que las pasiones fanatizadas. La noticia de la llegada de un cristiano que debía elevarse por los aires fue recibida con irritación; los negros, más emocionados que los árabes, vieron en el proyecto hostiles intenciones hacia su religión; se figuraban que se amenazaba al Sol y a la Luna, astros venerados por las tribus africanas. Resolvieron, pues, oponerse a la sacrílega expedición.



El cónsul, sabedor de estos propósitos, discutió el asunto con el doctor Fergusson y el comandante Pennet. Este último no quería retroceder ante las amenazas, pero su amigo le hizo entrar en razón.

—Acabaríamos venciendo, con toda seguridad —le dijo—; incluso, si hiciera falta, la guarnición del imán nos echaría una mano; pero, mi querido comandante, un accidente ocurre fácilmente; bastaría un mal golpe para producir en el globo un accidente irreparable y el viaje quedaría irremediabilmente comprometido. Hay que actuar con grandes precauciones.

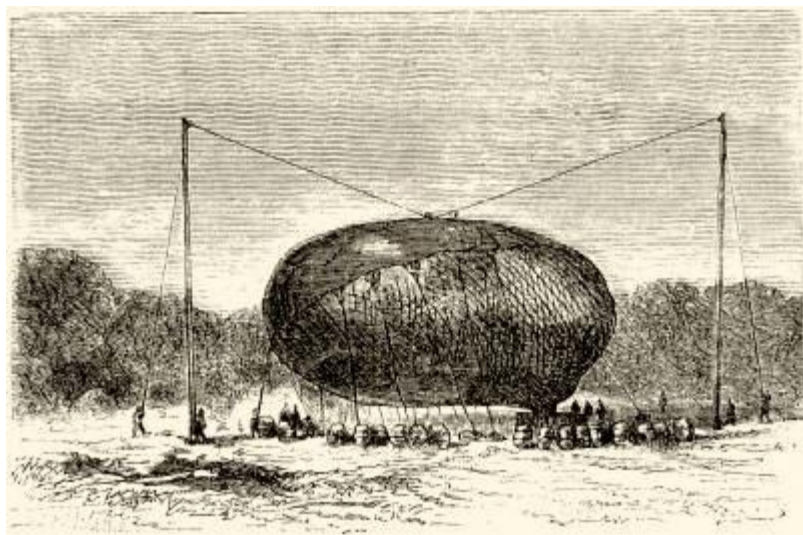
—Pero ¿qué hacemos? ¡Si lo desembarcamos en la costa de África nos toparemos con las mismas dificultades! ¿Qué hacer?

—Es muy sencillo —respondió el cónsul—. Mire esas islas situadas más allá del puerto; desembarquen el aerostato en una de ellas, bajo la protección de una centena de marineros y no correrán ningún riesgo.

—Perfecto —dijo el doctor—, y estaremos tranquilos para acabar nuestros preparativos.

El comandante se avino a ello. El *Resolute* se acercó a la isla Kumbeni. Durante la mañana del 16 de abril, el globo se colocó en medio de un claro, lugar seguro, entre los grandes bosques que cubren esa tierra.

Se erigieron dos mástiles de una altura de ochenta pies, emplazados a igual distancia el uno del otro; un juego de poleas fijadas en sus extremidades permitió izar el aerostato mediante un cable transversal; estaba entonces completamente desinflado. El globo interno estaba atado a la punta del exterior, de modo que pudiera elevarse como este último.

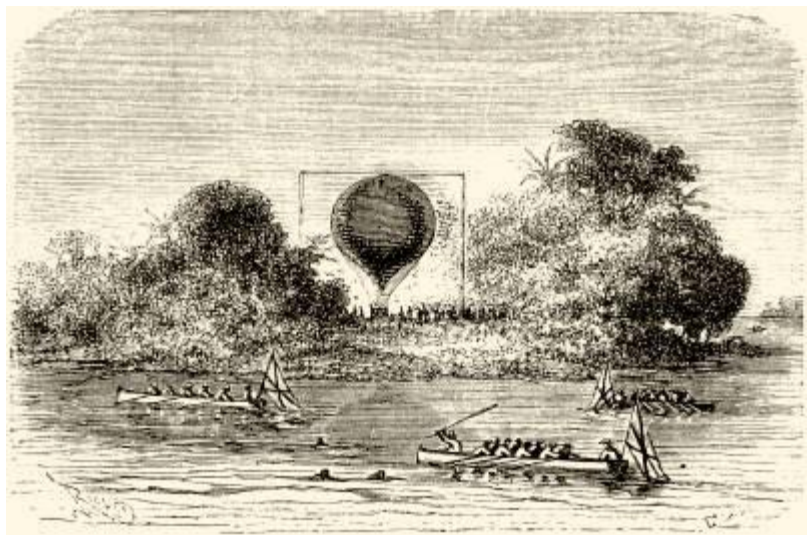


Los dos tubos para introducir el hidrógeno fueron fijados al apéndice inferior de cada globo.

La jornada del día 17 transcurrió en la preparación del aparato destinado a producir el gas; éste se componía de treinta toneles en los que la descomposición del agua se llevaba a cabo mezclando chatarra y ácido sulfúrico en grandes cantidades de agua. El hidrógeno llegaba a un gran tonel central, tras ser lavado al paso, y desde allí se introducía en cada aerostato a través de los tubos. De este modo, cada uno de ellos se llenaba de una cantidad de gas perfectamente determinada.

Para esa operación hubo que emplear mil ochocientos sesenta y seis galones[68] de ácido sulfúrico, dieciséis mil cincuenta libras de hierro[69] y novecientos sesenta y seis galones de agua[70].

Esta operación comenzó la noche siguiente, hacia las tres de la mañana; duró casi ocho horas. Al día siguiente, el aerostato, cubierto por su red, se balanceaba graciosamente sobre la barquilla, retenido por muchos sacos llenos de tierra. El aparato de dilatación se subió con mucho cuidado, y los tubos que salían del aerostato se adaptaron a la caja cilíndrica.



Las anclas, las cuerdas, los instrumentos, las mantas de viaje, la tienda de campaña, los víveres y las armas ocuparon en la barquilla el sitio que se les había asignado; la provisión de agua se hizo en Zanzíbar. Las doscientas libras de lastre se colocaron en el fondo de la barquilla, repartidas en cincuenta sacos, fácilmente alcanzables.

Estos preparativos se acabaron hacia las cinco de la tarde; algunos centinelas vigilaban incesantemente los alrededores de la isla y las embarcaciones del *Resolute* surcaban el canal.

Los negros seguían manifestando su cólera con gritos, muecas y contorsiones. Los brujos recorrían los irritados grupos, avivando su irritación; algunos fanáticos intentaron llegar a nado a la isla, pero fueron fácilmente alejados.

Entonces comenzaron los sortilegios y los conjuros; los hacedores de lluvia, que pretenden mandar sobre las nubes, apelaron a los huracanes y a «los torrentes de piedras» [71] en su ayuda. Cogieron hojas de todos los diferentes árboles del país; las cocieron a fuego lento mientras mataban un cordero clavándole una larga aguja en el corazón. Pero, pese a sus ceremonias, el cielo permaneció puro y se quedaron con su cordero y sus muecas.



Los negros se entregaron entonces a furiosas orgías, embriagándose con «tembo», aguardiente extraído del cocotero, o con «togwa», una cerveza que se sube muy rápidamente a la cabeza. Sus cánticos, carentes de melodía, pero con un ritmo muy vivo, duraron hasta muy entrada la noche.

Hacia las seis de la tarde, una última cena reunió a los viajeros en la mesa del comandante y de sus oficiales. Kennedy, al que ya nadie interrogaba, murmuraba palabras ininteligibles; no le quitaba los ojos de encima al doctor Fergusson.

La cena fue triste. La cercanía del momento supremo les inspiraba a todos penosas reflexiones. ¿Qué les reservaba el destino a esos audaces viajeros? ¿Volverían a encontrarse alguna vez entre sus amigos, en la paz del hogar? Si fallaban los medios de transporte, ¿qué les ocurriría entre las feroces tribus, en esas comarcas inexploradas, en medio de inmensos desiertos?

Estas ideas, vagas hasta el momento, y a las que habían prestado poca atención, asaltaban ahora las imaginaciones sobreexcitadas. El doctor Fergusson, siempre frío e impassible, habló de diversas cosas; pero su intento de disipar esta tristeza comunicativa resultó vano; no lo pudo lograr.

Como se temía alguna demostración contra el doctor y sus compañeros, éstos se acostaron en el *Resolute*. A las seis de la mañana, dejaron sus camarotes y se dirigieron a la isla Kumbeni.

El globo se balanceaba ligeramente bajo el soplo del viento del este. Los sacos con tierra que lo retenían se habían sustituido por veinte marineros. El comandante Pennet y sus oficiales asistían a esta solemne partida.

En ese instante, Kennedy fue derecho al doctor, le tomó la mano y dijo:

—¿Es cosa decidida tu marcha, Samuel?

—Muy decidida, mi querido Dick.

—¿He hecho todo lo que estaba en mi mano para impedir este viaje?

—Todo.

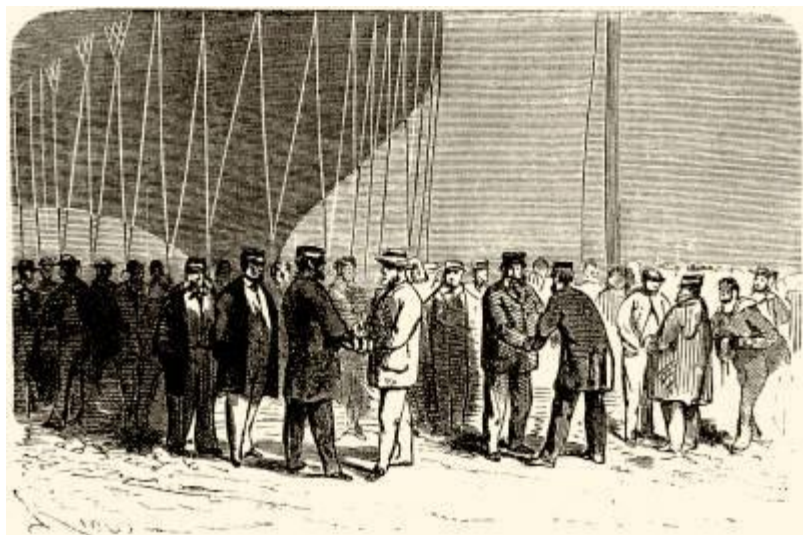
—Entonces tengo la conciencia tranquila a este respecto y te acompaño.

—Estaba seguro —respondió el doctor, dejando entrever una rápida emoción en su rostro.

Llegó el momento de la despedida. El comandante y sus oficiales abrazaron efusivamente a sus intrépidos amigos, sin exceptuar al digno Joe, orgulloso y alegre. Todos los asistentes quisieron estrechar la mano del doctor Fergusson.

A las nueve, los tres compañeros de ruta tomaron asiento en la barquilla: el doctor encendió su soplete, avivando la llama para producir rápidamente calor. El globo, que en el suelo se mantenía en un equilibrio perfecto, comenzó a elevarse al cabo de algunos minutos. Los marineros tuvieron que aflojar un poco las cuerdas que lo retenían. La barquilla se elevó unos veinte pies.

—¡Amigos míos —gritó el doctor, de pie entre sus dos compañeros, y quitándose el sombrero—, demos a nuestro navío aéreo un nombre que le traiga suerte! ¡Bauticémosle con el nombre de *Victoria*!



Resonó un hurra formidable:

—¡Viva la reina! ¡Viva Inglaterra!

En ese momento, la fuerza ascensional del aerostato se acrecentó prodigiosamente. Fergusson, Kennedy y Joe dedicaron un último adiós a sus amigos.

—¡Soltad todo! —gritó el doctor.

Y el *Victoria* se elevó rápidamente en el aire, mientras los cuatro cañones del *Resolute* lanzaban salvas en su honor.

XII

Travesía del estrecho. El Mrima. Dichos de Dick y proposición de Joe. Una receta de café. El Uzaramo. El infortunado Maizan. El monte Duthumi. Los mapas del doctor. Noche sobre un nopal.

El aire era puro, el viento moderado; el *Victoria* subió casi perpendicularmente a una altura de 1.500 pies, que fue indicada por una depresión de dos pulgadas menos dos líneas[72] en la columna barométrica.

A esta altura, una corriente más fuerte condujo el globo hacia el suroeste. ¡Qué magnífico espectáculo se desarrollaba bajo los ojos de los viajeros! La isla Zanzíbar se ofrecía enteramente a la vista y se destacaba, como sobre un vasto planisferio, en un color más oscuro; los campos semejabán muestrarios de diversos colores; gruesos macizos de árboles indicaban los bosques y los montes.

Los habitantes de la isla parecían insectos. Los hurras y los gritos se apagaban poco a poco en la atmósfera, y los cañonazos vibraban en la concavidad inferior del aerostato.

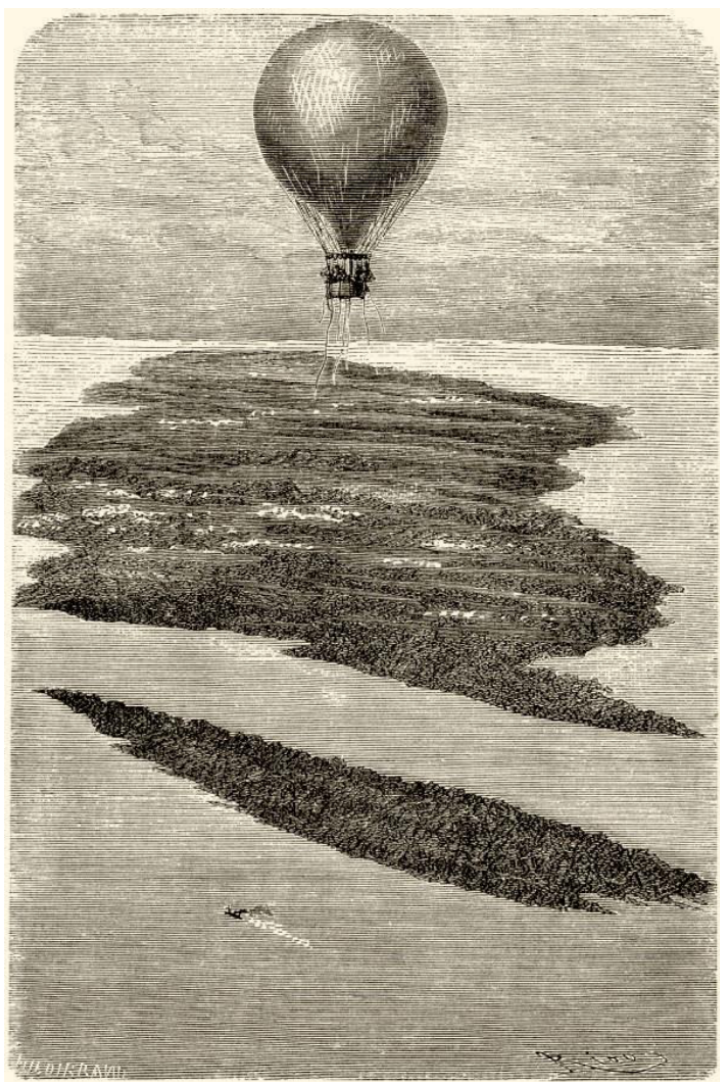
—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó Joe, rompiendo el silencio por vez primera.

No obtuvo respuesta. El doctor estaba ocupado observando las variaciones del barómetro y anotando los diversos detalles de su ascensión.

Kennedy miraba y no tenía suficientes ojos para verlo todo.

Gracias a la acción de los rayos de sol sobre el soplete, la tensión del gas aumentó. El *Victoria* alcanzó una altura de 2.500 pies.

El *Resolute* tenía el aspecto de una simple barca, y la costa africana aparecía al oeste como una inmensa orla de espuma.



—¿No hablan? —dijo Joe.

—Miramos —respondió el doctor, dirigiendo su catalejo hacia el continente.

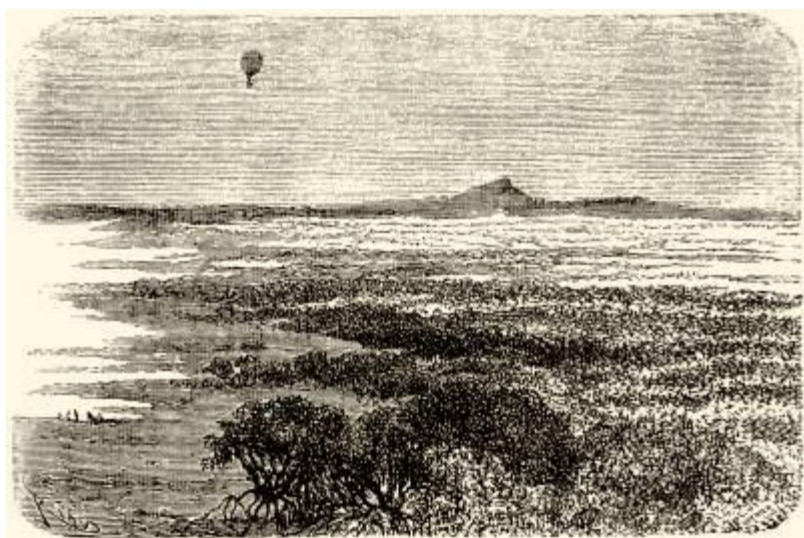
—Pues yo no puedo estar sin hablar.

—Haz como te plazca, Joe, habla cuanto quieras.

Y Joe prorrumpió en una larga retahíla de onomatopeyas. Los ¡oh!, los ¡ah!, los ¡eh!, estallaban en sus labios.

Durante la travesía sobre el mar, el doctor juzgó conveniente mantenerse a esa altura; así podía observar una mayor extensión de costa; el termómetro y el barómetro, suspendidos en el interior de la tienda entreabierta, estaban al alcance de su vista; un segundo barómetro, colocado en el exterior, debía servir para las guardias nocturnas.

Al cabo de dos horas, el *Victoria*, impulsado por una velocidad ligeramente superior a ocho millas, se aproximó sensiblemente a la costa. El doctor decidió acercarse a tierra; moderó la llama de su soplete y casi inmediatamente el globo descendió a 300 pies del suelo.



Se encontraba encima del Mrima, nombre con el que se conoce esta parte de la costa oriental de África; espesas barreras de manglares protegían sus orillas; la marea baja permitía distinguir sus espesas raíces roídas por el diente del océano Índico. Las dunas

que formaron en otro tiempo la línea costera ondulaban en el horizonte, y en el noroeste el monte Nguru erguía su pico.

El *Victoria* pasó cerca de un poblado que el doctor, al consultar su mapa, reconoció como Kaole. La población entera reunida lanzaba aullidos de cólera y de miedo; vanamente lanzaron algunas flechas contra ese monstruo aéreo, que, por encima de sus furias impotentes, se balanceaba majestuosamente.

El viento empujaba hacia el sur, pero el doctor no se inquietó por ello; bien al contrario, esta dirección le permitía seguir la ruta trazada por los capitanes Burton y Speke.

Por fin, Kennedy se había tornado tan locuaz como Joe; se enviaban mutuamente sus frases admirativas.

—¡Basta ya de diligencias! —decía el uno.

—¡Basta ya de barcos de vapor! —decía el otro.

—¡Basta ya de ferrocarriles —replicaba Kennedy— con los que se atraviesan los países sin verlos!

—¡Donde esté un globo que se quite todo lo demás! —dijo Joe—. ¡No se siente el movimiento y la naturaleza se toma la molestia de extenderse a tus pies!

—¡Qué espectáculo, qué admirable, qué éxtasis! Es un sueño en una hamaca.

—¿Y si comiéramos? —dijo Joe, a quien el aire libre le despertaba el apetito.

—Es una buena idea, muchacho.

—¡Oh, cocinar no llevará tiempo! Hay galletas y carne en conserva.

—Y café a discreción —añadió el doctor—. Te permito tomar un poco de calor de mi soplete; tiene de sobra. Y de este modo, no tendremos que temer un incendio.

—Eso sería terrible —prosiguió Kennedy—. Llevamos encima algo parecido a un polvorín.

—No exactamente —respondió Fergusson—; pero en fin, si el gas se inflamara, se consumiría poco a poco y descenderíamos a tierra, lo que no sería muy agradable; pero no temáis, nuestro aerostato está herméticamente cerrado.

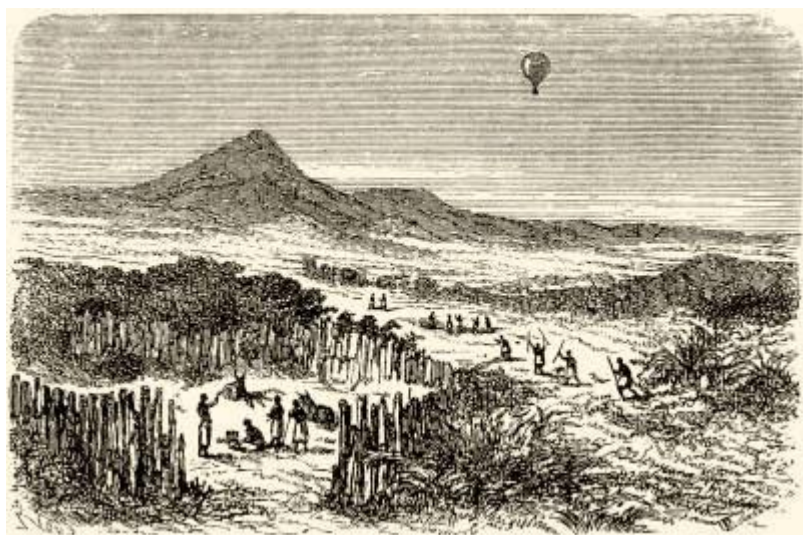
—Comamos entonces —dijo Kennedy.

—Aquí tienen, señores —dijo Joe—, y, al tiempo que les imito, voy a hacerles un café que ya verán lo que es bueno.

—El hecho es —prosiguió el doctor— que Joe, entre otras mil virtudes, tiene un notable talento para preparar este delicioso brebaje; compone una mezcla de distintos orígenes que jamás me ha querido revelar.

—Bien, señor, ya que estamos por los aires, puedo confiarle mi receta. Es simplemente una mezcla de moka, *bourbon* y río-núñez, a partes iguales.

Instantes después, tres humeantes tazas concluían un almuerzo substancial sazonado con el buen humor de los comensales; luego, cada uno volvió a su puesto de observación.



El país se distinguía por una extremada fertilidad. Estrechos y sinuosos senderos se hundían bajo bóvedas de vegetación. Pasaron por encima de campos cultivados con tabaco, maíz, centeno, completamente en sazón; aquí y allá vastos arrozales con sus tallos rectos y sus flores de color púrpura. Se veían ovejas y cabras encerradas en grandes jaulas levantadas sobre pilotes, lo que las preservaba de los dientes del leopardo. Una vegetación lujuriosa se desgrenaba sobre aquel suelo pródigo. En numerosos poblados se reproducían las escenas de gritos y de estupefacción a la vista del *Victoria*, y el doctor Fergusson se mantenía prudentemente alejado del alcance de las flechas; los habitantes, arremolinados alrededor de sus chozas contiguas, perseguían a los viajeros durante largo

tiempo con sus vanas imprecaciones.



A mediodía, el doctor, al consultar su mapa, estimó que se hallaba sobre el país Uzaramo[73]. El campo estaba erizado de cocoteros, papayos y algodonereros, sobre los cuales el *Victoria* parecía solazarse. A Joe toda esta vegetación le parecía muy natural, puesto que se trataba de África. Kennedy percibía liebres y codornices que sólo pedían ser cazadas; pero eso hubiera sido un desperdicio de pólvora, ya que era imposible recogerlas.

Los aeronautas avanzaban con una velocidad de doce millas por hora, y pronto se encontraron en los 38º 20' de longitud, por encima del poblado Tounda.

—Aquí es —dijo el doctor— donde Burton y Speke cogieron fiebres altas, y, por un momento, creyeron que su expedición tocaba a su fin. Y, sin embargo, no estaban todavía muy alejados de la costa, pero ya la fatiga y las privaciones dejaban rudamente sentir sus efectos.

Efectivamente, en esa comarca reina una perpetua malaria; el doctor sólo pudo evitar su alcance elevando el globo por encima de las miasmas de esta tierra húmeda, cuyas emanaciones absorbía un sol ardiente.

A veces, se podía distinguir una caravana descansando en un «kraal», en espera del fresco de la noche para reemprender su ruta. Son vastos emplazamientos rodeados de setos y de junglas, donde los traficantes se resguardan no sólo de las bestias feroces, sino también de las tribus saqueadoras de la comarca. Se veía correr a los indígenas, que se dispersaban a la vista del *Victoria*. Kennedy deseaba contemplarlos de cerca; pero Samuel se opuso constantemente a ese designio.

—Los jefes tienen mosquetes —dijo— y nuestro globo sería un blanco demasiado fácil para alojar en él una bala.

—¿Acaso un agujero de bala provocaría nuestra caída? —preguntó Joe.

—No inmediatamente; pero rápidamente ese agujero se convertiría en un enorme desgarrón a través del que se escaparía todo nuestro gas.

—Mantengámonos entonces a una respetuosa distancia de esos impíos. ¿Qué pensarán al vernos planear por los aires? Estoy seguro de que tienen ganas de adorarnos.

—Dejémonos adorar —respondió el doctor—, pero de lejos. Será

mejor. Mirad, el país cambia ya de aspecto; los poblados no son tan frecuentes; los manglares han desaparecido; su vegetación se detiene en estas latitudes. El suelo se vuelve montuoso y anuncia montañas próximas.

—En efecto —dijo Kennedy—, me parece percibir algunas prominencias por ese lado.

—Al oeste... son las primeras cordilleras del Urizara, sin duda el monte Duthumi, detrás del cual espero que podamos resguardarnos para pasar la noche. Voy a activar más la llama del soplete; no tenemos más remedio que mantenernos a una altura entre quinientos y seiscientos pies.

—¡Qué idea más buena la suya, señor! —dijo Joe—. Maniobrar no es ni difícil ni cansado, se abre una llave y ya está.

—Ya estamos más a gusto —dijo el cazador cuando el globo se elevó—; el reflejo de los rayos del sol sobre esa arena roja empezaba a ser insoportable.

—¡Qué magníficos árboles! —exclamó Joe—. ¡Aunque sea natural, es muy bonito! Con menos de una docena se haría un bosque.

—Son baobabs —respondió el doctor Fergusson—; mirad, he ahí uno cuyo tronco puede tener cien pies de circunferencia. Quizás sea ese el mismo árbol bajo el que murió el francés Maizan en 1845, porque estamos encima del poblado Deje-la-Mhora, donde se aventuró solo; fue apresado por el jefe de esta comarca y atado al pie de un baobab, y ese negro feroz, mientras resonaba el canto de guerra, le cortó lentamente las articulaciones; después, cuando iba a cortarle la garganta, se detuvo para afilar su cuchillo mellado, y arrancó la cabeza del desgraciado antes de cortarla. ¡El pobre francés tenía veintiséis años!

—¿Y Francia no ha vengado semejante crimen? —preguntó Kennedy.

—Francia ha protestado; el said de Zanzíbar ha hecho todo lo posible para coger al asesino, pero no ha podido lograrlo.

—Pido que no nos paremos en el camino —dijo Joe—; subamos, señor, subamos, hágame caso.

—Desde luego, Joe, ya que entre otros motivos el monte Duthumi se yergue ante nosotros. Si mis cálculos son exactos, lo dejaremos atrás antes de las siete de la tarde.

—No viajaremos durante la noche, ¿no? —preguntó el cazador.

—No, mientras sea posible; con precauciones y vigilancia, lo haríamos sin peligro, mas no basta con atravesar África, también hay que verla.

—Hasta ahora no podemos quejarnos, señor. Es el país más cultivado y más fértil del mundo, en vez de un desierto. ¡Como para creer a los geógrafos!

—Esperemos, Joe, esperemos; ya veremos más tarde.

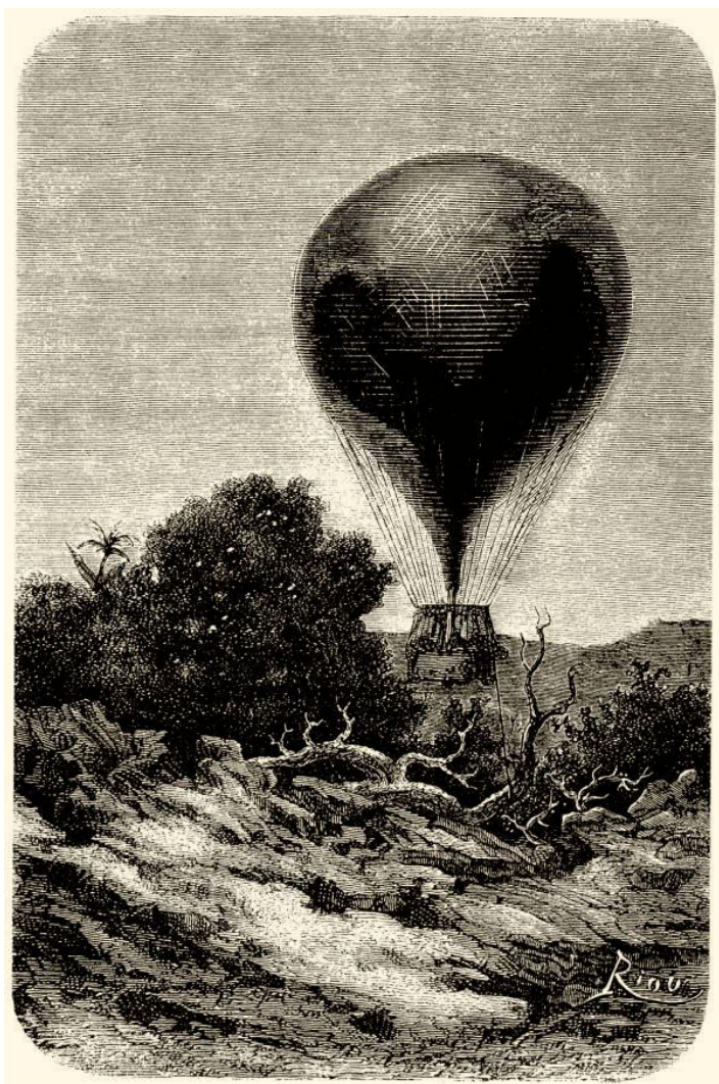
Hacia las seis y media de la tarde, el *Victoria* se encontró frente al monte Duthumi; para franquearlo tuvo que elevarse a más de tres mil pies, y, para esto, el doctor sólo tuvo que elevar la temperatura dieciocho grados [74]. Se puede decir que maniobraba su globo con la mano. Kennedy le indicaba los obstáculos que debía sobrepasar y el *Victoria* volaba por los aires rasando la montaña.

A las ocho, descendía por la vertiente opuesta, cuya pendiente era menos accidentada; las anclas se lanzaron fuera de la barquilla y una de ellas, al encontrar las ramas de un enorme nopal, se enganchó fuertemente. Inmediatamente Joe se deslizó por la cuerda y la sujetó con la mayor solidez. Le tendieron la escala de seda y volvió a subir ágilmente. El aerostato permanecía casi inmóvil, resguardado de los vientos del este.

Prepararon la cena; los viajeros, excitados por su paseo aéreo, abrieron una buena brecha en sus provisiones.

—¿Cuánto camino hemos hecho hoy? —preguntó Kennedy, que tragaba unos bocados inquietantes, por su tamaño, a enorme velocidad.

El doctor fijó su posición por medio de observaciones lunares y consultó el excelente mapa que le servía de guía; éste pertenecía al atlas *Der Neuester Entedekungen in África* [75], publicado en Gotha por su amigo el sabio Petermann, que era quien se lo había enviado. Este atlas debía servir para todo el viaje del doctor, ya que contenía el itinerario de Burton y Speke a los Grandes Lagos, el Sudán según el doctor Barth, el Bajo Senegal según Guillaume Lejean, y el delta del Nilo por el doctor Baikie.



Fergusson se había provisto igualmente de una obra que reunía en un solo tomo todas las nociones adquiridas sobre el Nilo, que se titulaba: *The sources of the Nil, being a general survey of the basin of that river and of its head stream with the history of the Nilotic discovery by Charles Beke, th. D* [76].

Poseía asimismo los excelentes mapas publicados en los *Bulletins de la Société de Géographie* de Londres y ningún punto de las comarcas descubiertas debía escapársele.

Consultando su mapa, halló que su ruta latitudinal era de dos grados, o ciento veinte millas [77] hacia el oeste.

Kennedy observó que la ruta se dirigía al mediodía. Mas esa dirección satisfacía al doctor, quien quería, en la medida de lo posible, reconocer las huellas de sus predecesores.

Decidieron dividir la noche en tres guardias, a fin de que cada uno pudiera a su vez velar por la seguridad de los otros dos. El doctor tomó el turno de las nueve, Kennedy el de medianoche, y Joe el de las tres de la mañana.

De este modo, Kennedy y Joe, envueltos en sus mantas, se tumbaron bajo la tienda y durmieron apaciblemente, mientras velaba el doctor Fergusson.

XIII

Cambios de temperatura. Fiebre de Kennedy. La medicina del doctor. Viaje por tierra. El valle Inmenge. El monte Rubebo. A seis mil pies. Un alto de día.

La noche fue tranquila; no obstante, el sábado por la mañana, al despertarse, Kennedy se quejó de anquilosamiento y de escalofríos de fiebre. El tiempo cambiaba; el cielo, cubierto de espesas nubes, parecía aprovisionarse para un nuevo diluvio. Zungomero es un país triste, donde, salvo una quincena de días del mes de enero, llueve continuamente.

No tardó en precipitarse sobre los viajeros una violenta lluvia; por debajo de ellos, los caminos, cortados por los «nullahs», especie de torrentes momentáneos, se tornaban impracticables, obstruidos además por arbustos espinosos y gigantescas lianas. Se percibían claramente esas emanaciones de hidrógeno sulfurado de que habla el capitán Burton.

—Según él —dijo el doctor—, y tiene razón, es de creer que detrás de cada matorral se oculta un cadáver.

—Un maldito país —respondió Joe— y me parece que el señor Kennedy no se encuentra muy bien por haber pasado en él la noche.

—En efecto, tengo mucha fiebre —dijo el cazador.

—Eso no tiene nada de extraño, mi querido Dick, nos encontramos en una de las regiones más insalubres de África. Pero no nos quedaremos mucho tiempo. En marcha.

Gracias a una hábil maniobra de Joe, se desenganchó el ancla, y Joe, por medio de la escala, regresó a la barquilla. El doctor dilató vivamente el gas y el *Victoria* alzó el vuelo, empujado por un viento bastante fuerte.

Apenas si aparecían algunas chozas en medio de la bruma pestilente. El país cambiaba de aspecto. Es frecuente en África que una región malsana y de poca extensión confine con comarcas

perfectamente salubres.

Kennedy sufría visiblemente y la fiebre agobiaba a su vigorosa naturaleza.

—No es el momento para ponerse enfermo —dijo, envolviéndose en su manta y acostándose bajo la tienda.

—Un poco de paciencia, mi querido Dick —respondió el doctor Fergusson—, y te curarás rápidamente.

—¡Curado! Mira a ver, Samuel, si tienes en tu botiquín de viaje alguna droga que me ponga en pie, y adminístramela sin tardanza. Me la tragaré con los ojos cerrados.

—Tengo algo mejor que eso, amigo Dick, y voy, naturalmente, a darte un febrífugo que no costará nada.

—¿Y cómo lo harás?

—Es muy sencillo. Voy simplemente a subir por encima de estas nubes que nos inundan y a alejarme de esta atmósfera pestilente. Sólo te pido diez minutos para que se dilate el hidrógeno.

No habían transcurrido aún los diez minutos y ya los viajeros habían sobrepasado la zona húmeda.

—Espera un poco, Dick, y sentirás la influencia del aire puro y del sol.

—¡Menudo remedio! —dijo Joe—. ¡Es maravilloso!

—No, es simplemente natural.

—¡Oh!, desde luego, no dudo que sea natural.

—Envío a Dick a tomar el aire, como se hace diariamente en Europa, así como en la Martinica le enviaría a los Pitons[78] para huir de la fiebre amarilla.

—¡Vaya!, este globo es un paraíso —dijo Kennedy, que se sentía mejor.

—En cualquier caso, conduce a él —respondió Joe con seriedad.

Las masas de nubes aglomeradas en ese momento bajo la barquilla formaban un curioso espectáculo: rodaban las unas sobre las otras y se confundían en un magnífico resplandor que reflejaba los rayos del sol. El *Victoria* alcanzó una altura de cuatro mil pies. El termómetro indicaba un cierto bajón de temperatura. Ya no se veía la tierra. A unas cincuenta millas al oeste, el monte Rubeho erguía su cabeza resplandeciente; conformaba el límite del país Ugogo a los 36° 20' de longitud. El viento soplaba a una velocidad de veinte millas por hora, pero los viajeros no la sentían en

absoluto, como tampoco ninguna sacudida, ni tan siquiera la impresión de la locomoción.

Tres horas más tarde, la predicción del doctor Fergusson se realizaba. Kennedy no sentía ya ningún escalofrío de fiebre, y comió con apetito.

—He aquí algo que entierra el sulfato de quinina —dijo con satisfacción.

—Decididamente —dijo Joe—, es aquí donde me retiraré durante mi vejez.

Sobre las diez de la mañana, la atmósfera se despejó. Se hizo un hueco entre las nubes; la tierra reapareció; el *Victoria* se aproximó a ella insensiblemente. El doctor Fergusson buscaba una corriente que lo llevara más al nordeste, y la encontró a seiscientos pies del suelo. El país se tornaba accidentado, incluso montuoso. El distrito de Zungomero se borraba hacia el este con los últimos cocoteros de esta latitud.

Luego, las crestas de una montaña presentaron una protuberancia más acentuada. Aquí y allá se elevaban algunos picos. Hubo que sortear cuidadosamente los conos agudos que parecían surgir inesperadamente.

—Estamos entre los rompientes —dijo Kennedy.

—Estate tranquilo, Dick, no chocaremos.

—¡Bonita manera de viajar, de todos modos! —replicó Joe.

En efecto, el doctor dirigía su globo con una maravillosa destreza.

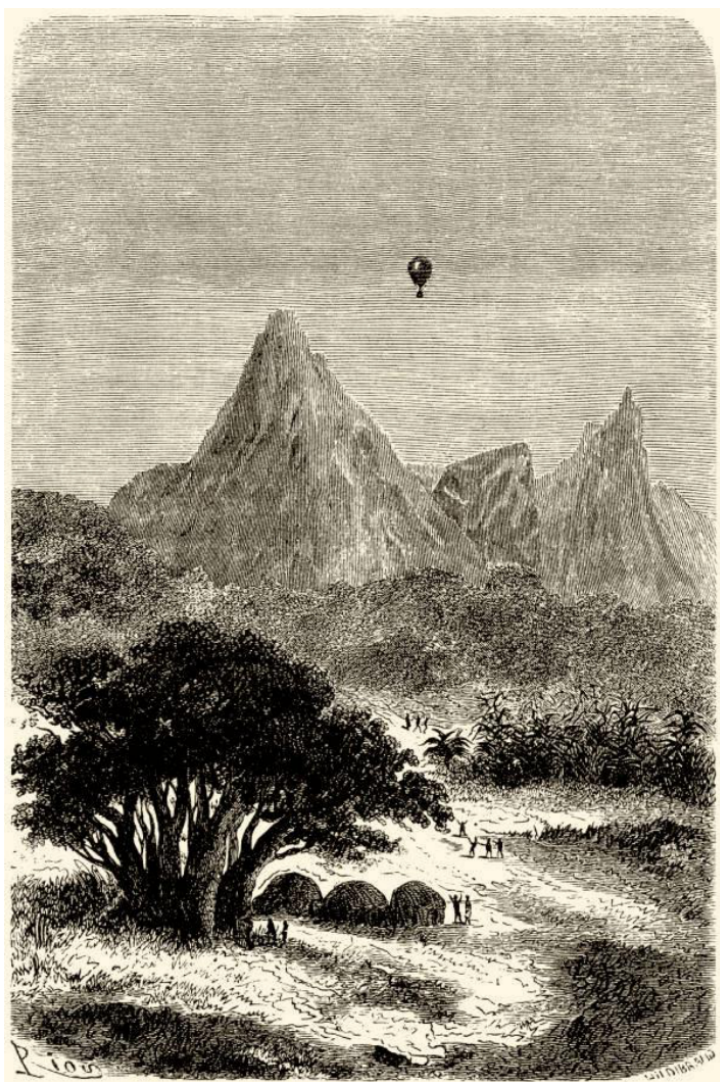
—Si tuviéramos que caminar sobre ese terreno mojado —dijo—, nos arrastraríamos por un malsano barrizal. Desde nuestra salida de Zanzíbar, la mitad de nuestras bestias de carga estarían ya muertas de fatiga. Pareceríamos espectros y nos invadiría la desesperación. Mantendríamos una lucha constante con nuestros guías, con nuestros portadores, y estaríamos expuestos a su brutalidad sin freno. ¡De día, un calor húmedo, insoportable, agobiante! De noche, un frío frecuentemente intolerable y las picaduras de ciertas moscas, cuyas mandíbulas taladran la tela más gruesa, y que le vuelven a uno loco. ¡Y eso por no hablar de las bestias y de las tribus feroces!

—Pido no intentarlo —replicó simplemente Joe.

—No exagero nada —prosiguió el doctor Fergusson—, porque

sólo con los relatos de los viajeros que han tenido la audacia de aventurarse por estas comarcas, se os llenarían los ojos de lágrimas.

Hacia las once, el valle Imengé quedaba atrás; las tribus dispersas de sus colinas amenazaban vanamente con sus armas al *Victoria*; llegaba éste por fin a las últimas ondulaciones del terreno que preceden al Rubeho, que forman la tercera y más elevada cordillera de las montañas de Usagara.



Los viajeros se daban perfectamente cuenta de la conformación orográfica del país. Estas tres ramificaciones, de las que el Duthumi forma el primer escalón, están separadas entre sí por vastas llanuras longitudinales; sus elevadas cumbres se componen de conos redondeados, entre los cuales el suelo está sembrado de rocas y de guijarros. El declive más empinado de esas montañas está frente a la costa de Zanzíbar; las pendientes occidentales no son más que mesetas inclinadas. Una tierra negra y fértil, de vigorosa vegetación, cubre las depresiones del terreno. Diversos ríos se infiltran hacia el este y van a afluir a Kingani, en medio de gigantescas espesuras de sicomoros, tamarindos y palmeras.

—¡Atención! —dijo el doctor Fergusson—. Nos acercamos al Rubeho, cuyo nombre significa en el idioma nativo: «Paso de los vientos». Tendremos que atravesar a cierta altura los afilados picachos. Si mi mapa es exacto, vamos a elevarnos a más de cinco mil pies.

—¿Alcanzaremos con frecuencia esas zonas altas?

—Muy raramente; la altura de las montañas de África parece ser baja en comparación con las cumbres de Europa y de Asia. Pero, en cualquier caso, nuestro *Victoria* no tendría ningún problema para franquearlas.

En poco tiempo, el gas se dilató por la acción del calor y el globo tomó una marcha ascensional muy pronunciada. Por lo demás, la dilatación del hidrógeno no ofrecía ningún peligro y la vasta capacidad del aerostato estaba ocupada tan sólo en sus tres cuartas partes; el barómetro, con una depresión de ocho pulgadas, indicó una elevación de seis mil pies.

—¿Podríamos seguir así mucho tiempo? —preguntó Joe.

—La atmósfera terrestre tiene una altura de seis mil toesas [79] —respondió el doctor—. Con un globo muy grande se iría muy alto. Es lo que han hecho Brioschi y Gay-Lussac [80]; pero echaban sangre por la boca y las orejas. Faltaba aire respirable. Hace algunos años, dos intrépidos franceses, Barraí [81] y Bixio, se aventuraron asimismo por las altas regiones; pero su globo se rompió...

—¿Y se cayeron? —preguntó vivamente Kennedy.

—¡Por supuesto! Pero como deben caer los sabios, sin hacerse ningún daño.

—Pues bien, señores —dijo Joe—, pueden ustedes imitar su

caída; pero yo, que no soy más que un ignorante, prefiero quedarme en un justo medio, ni demasiado alto ni demasiado bajo. No hay que ser ambicioso.

A seis mil pies, la densidad del aire disminuye sensiblemente; el sonido llega con dificultad y las voces no se distinguen muy bien. La visibilidad de los objetos se vuelve confusa. La mirada no percibe más que grandes masas bastante indeterminadas; los hombres, los animales se vuelven absolutamente invisibles: las carreteras son cordones, y los lagos, estanques.

El doctor y sus compañeros se hallaban en un estado anormal; una corriente atmosférica extremadamente veloz los arrastraba más allá de las áridas montañas, sobre cuyas cumbres grandes placas de nieve deslumbraban la vista; su aspecto convulso mostraba un trabajo neptuniano de los primeros días del mundo.

El sol brillaba en el cenit y sus rayos caían a plomo sobre las desiertas cimas. El doctor realizó un exacto dibujo de estas montañas, formadas por cuatro cumbres distintas alineadas en una recta casi perfecta, y de las que la más septentrional es la más alargada.

Enseguida, el *Victoria* descendió la vertiente opuesta del Rubeho, a lo largo de una pendiente salpicada de árboles de un verde muy oscuro; después aparecieron crestas y barrancos, en una especie de desierto que precedía el país Ugogo; más abajo se extendían llanuras amarillas, tostadas, agrietadas, tapizadas aquí y allá de plantas salinas y arbustos espinosos.

Algunos sotos, que más lejos se convertían en auténticos bosques, embellecieron el horizonte. El doctor se acercó al suelo, se lanzaron las anclas y una de ellas se agarró inmediatamente a las ramas de un gran sicomoro.

Joe, deslizándose rápidamente por el árbol, sujetó el ancla con precaución; el doctor dejó encendido su soplete para que el aerostato conservara una cierta fuerza ascensional que lo mantuviese en el aire. El viento se había calmado casi súbitamente.

—Y ahora —dijo Fergusson—, coge dos fusiles, amigo Dick, uno para ti, el otro para Joe, e intentad traer algunas buenas tajadas de antílope para nuestra cena.

—¡De caza! —gritó Kennedy.

Salió de la barquilla y descendió. Joe, que se había dejado caer

de rama en rama, lo esperaba mientras se desentumecía los miembros. El doctor, liberado del peso de sus dos compañeros, pudo apagar por completo su soplete.

—No vaya a irse volando, señor —gritó Joe.

—Estate tranquilo, muchacho, estoy firmemente retenido. Pondré mis notas en orden. Buena caza y sed prudentes. De todos modos, desde mi puesto observaré el país y al menor indicio sospechoso dispararé la carabina. Esta será la contraseña.

—Convenido —respondió el cazador.

XIV

El bosque de gomeros. El antílope azul. La contraseña. Un asalto inesperado. El Kanyemé. Una noche en el aire. El Mabunguru. Jihue-la-Mkoa. Provisión de agua. Llegada a Kazez.

El país, árido, seco, formado de una tierra arcillosa que se agrietaba con el calor, parecía desierto; aquí y allá, se veían algunos rastros de caravanas, osamentas blanqueadas de hombres y de animales, semirroídas y confundidas entre el polvo.

Tras una media hora de camino, Dick y Joe se adentraron en un bosque de gomeros, ojo avizor y con el dedo en el gatillo del fusil. No sabían con quién tendrían que habérselas. Sin ser un adicto a las armas de fuego, Joe las manejaba con destreza.

—Caminar sienta bien, señor Dick, y, sin embargo, este terreno no es demasiado cómodo —dijo, tropezando con los fragmentos de cuarzo que sembraban el suelo.

Kennedy indicó con un gesto a su compañero que se callase y se detuviera. Había que arreglárselas sin perros, y por grande que fuera la agilidad de Joe, éste no podía tener el olfato de un braco o de un lebel.

En el lecho de un torrente, donde se estancaban aún algunas charcas, se refrescaba un grupo de unos diez antílopes; estos gráciles animales, venteando algún peligro, parecían inquietos; entre trago y trago, sus lindas cabezas se erguían con vivacidad, y husmeaban con sus móviles fosas nasales el olor de los cazadores.



Kennedy bordeó algunos macizos mientras Joe permanecía inmóvil; se colocó en posición de tiro y disparó. El grupo desapareció en un abrir y cerrar de ojos; tan sólo un antílope macho, herido en el hombro, cayó fulminado. Kennedy se precipitó sobre su presa.

Era un «blawe-bock», un magnífico animal de un azul pálido casi ceniciento, con el vientre y la parte interior de las patas de una blancura nívea.

—¡Qué tiro más afortunado! —gritó el cazador—. Es una especie muy rara de antílope y pienso preparar su piel para conservarla.

—¡No me diga! ¿De veras lo hará, señor Dick?

—¡Sin duda alguna! Mira qué pelaje más espléndido.

—Pero el doctor Fergusson no admitirá nunca semejante sobrecarga.

—Tienes razón, Joe. ¡Pero es una lástima abandonar entero un animal tan bello!

—¡Entero! Por supuesto que no, señor Dick; vamos a sacarle todas sus posibilidades nutritivas, y si me lo permite, lo haré tan bien como el síndico de la honorable corporación de carniceros de Londres.

—Como quieras, amigo; sabrás, sin embargo, que, como buen cazador que soy, me es tan fácil desollar una presa como abatirla.

—Estoy seguro, señor Dick; si no le importa, podría usted preparar un horno con tres piedras; tiene usted toda la leña seca que quiera y, por mi parte, tan sólo le pido unos instantes para utilizar bien esas brasas.

—Enseguida estará —replicó Kennedy.

Inmediatamente procedió a construir el hogar, y, minutos después, estaba ya encendido.

Joe sacó del cuerpo del antílope una docena de chuletas y los filetes más tiernos, que rápidamente se transformaron en sabrosas parrilladas.

—Esto le gustará al amigo Samuel —dijo el cazador.

—¿Sabe en qué estoy pensando, señor Dick?

—Pues en lo que estás haciendo, en tus filetes, sin duda.

—En absoluto. Pienso en la cara que pondríamos si no encontráramos el aerostato.

—¡Bueno, vaya idea! ¿Es que quieres que nos abandone el

doctor?

—No; pero ¿y si su ancla se soltara?

—Imposible. Además Samuel no tendría ninguna dificultad para bajar de nuevo con su globo; lo maneja bastante bien.

—Pero ¿y si se lo llevara el viento y no pudiera regresar con nosotros?

—Vamos, Joe, acaba ya con tus suposiciones; no tienen nada de divertido.

—¡Ah!, señor, todo lo que sucede en el mundo es natural; mas, como todo puede ocurrir, hay que preverlo todo...

En ese momento sonó un tiro.

—¡Eh! —dijo Joe.

—¡Mi fusil! Reconozco su detonación.

—¡La señal!

—¡Algún peligro nos acecha!

—Quizás a él —replicó Joe.

—¡En marcha!

Los cazadores recogieron rápidamente el producto de su caza y tomaron el camino anterior guiándose por las señales que Kennedy había ido dejando. La espesura de la maleza les impedía ver al *Victoria*, del que no podían estar ya muy alejados.

Se oyó un segundo tiro.

—Esto apremia —dijo Joe.

—¡Bueno, otra detonación!

—Me parece que es una defensa personal.

—Démonos prisa.

Y corrieron con todas sus fuerzas. Al llegar a un claro del bosque, lo primero que vieron fue al *Victoria* en su sitio y al doctor en la barquilla.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Kennedy.

—¡Dios mío! —exclamó Joe.

—¿Qué ves?

—¡Allí, una banda de negros que asaltan el globo!

Efectivamente, a unas dos millas una treintena de individuos se apretujaban, gesticulando, aullando y brincando al pie del sicomoro. Algunos, que habían trepado al árbol, avanzaban hasta las ramas más altas. El peligro parecía inminente.

—El señor está perdido —gritó Joe.

—Vamos, Joe, ten sangre fría y mira bien. Tenemos en nuestras manos la vida de cuatro de esos negros. ¡Adelante!

Habían recorrido una milla muy rápidamente, cuando otro tiro partió de la barquilla; éste alcanzó a un tipo fornido que trepaba por la cuerda del ancla. Un cuerpo sin vida cayó de rama en rama y se quedó suspendido a unos veinte pies del suelo, con las piernas y los brazos balanceándose en el aire.

—¡Eh! —dijo Joe, parándose—. ¿Pero cómo se agarra ese animal?

—Poco importa eso —respondió Kennedy—. ¡Corramos, corramos!

—¡Ah, señor Kennedy! —exclamó Joe, estallando en carcajadas—. ¡con su cola, es con la cola! ¡Un mono, no son más que monos!

—Mejor, siempre será mejor que si hieran hombres —replicó Kennedy, precipitándose sobre la escandalosa cuadrilla.

Era un grupo de cinocéfalos bastante temibles, feroces y brutales, con unos hocicos de perro cuya visión repelía. Sin embargo, unos cuantos tiros los redujeron fácilmente y la horda gesticulante huyó, no sin dejar a algunos de los suyos muertos en el suelo.

En un instante, Kennedy se aferró a la escala; Joe trepó hasta el sicomoro y liberó el ancla; la barquilla descendió a su altura y él subió sin dificultad. Minutos después, el *Victoria* se elevaba y se dirigía hacia el este impulsado por un viento moderado.

—¡Vaya un asalto! —dijo Joe.

—Creímos que los indígenas te asediaban.

—Afortunadamente, sólo eran monos —respondió el doctor.

—De lejos, apenas si hay diferencia, mi querido Samuel.

—Ni siquiera de cerca —replicó Joe.

—De todos modos —prosiguió Fergusson—, el ataque de estos monos podía haber tenido las más graves consecuencias. Si hubieran arrancado el ancla, ¡quién sabe adónde me hubiera arrastrado el viento!

—¿Qué le decía yo, señor Kennedy?

—Tenías razón, Joe; pero aun así, en ese momento estabas preparando unos filetes de antílope cuya sola vista me despertaba el apetito.

—Te creo —respondió el doctor—, la carne de antílope es

exquisita.

—Señores, juzguen por sí mismos. La mesa está servida.

—¡Tardiez! —dijo el cazador—. Esas tajadas de venado tienen un olorcillo salvaje que no es de desdeñar.

—¡Bueno! Yo me alimentaría de antílope hasta el fin de mis días —respondió Joe con la boca llena—, y además con un vaso de ponche para facilitar la digestión.

Joe preparó el brebaje en cuestión, que fue degustado con prudencia.

—Hasta ahora esto va muy bien —dijo.

—Muy bien —replicó Kennedy.

—Vamos a ver, señor Dick, ¿se arrepiente de habernos acompañado?

—¡Me gustaría ver quién hubiera podido impedírmelo! —respondió el cazador resueltamente.

Eran las cuatro de la tarde; el *Victoria* encontró una corriente más rápida. El sol subía insensiblemente y pronto el barómetro indicó una altura de 1.500 pies sobre el nivel del mar. El doctor se vio entonces obligado a sostener su aerostato por medio de una fuerte dilatación del gas, y el soplete funcionó sin parar.

Hacia las siete, el *Victoria* planeaba sobre la cuenca del Kanyemé; el doctor reconoció inmediatamente ese vasto terreno roturado que se extiende a lo largo de diez millas, con sus aldeas perdidas entre los baobabs y los guayabos. Allí está la residencia de uno de los sultanes de Ugogo, donde quizás la civilización esté menos atrasada; es menos frecuente allí la venta de los miembros de la propia familia; pero animales y hombres viven juntos en unas chozas sin armaduras que parecen hacinas de heno.

Después de Kanyemé, el terreno se vuelve árido y rocoso; pero, al cabo de una hora, en una fértil depresión, la vegetación recobra todo su esplendor, a escasa distancia del Mdaburu. El viento caía con el día y la atmósfera parecía dormirse. El doctor buscó en vano, y a diferentes alturas, una corriente favorable; mas, al ver la calma de la naturaleza, resolvió pasar la noche en el aire, y para más seguridad, ascendió alrededor de unos 1.000 pies. El *Victoria* permanecía inmóvil. La noche, magníficamente estrellada, llegó en silencio.

Dick y Joe se tendieron sobre sus camas y durmieron un

profundo sueño durante la guardia del doctor. A medianoche, el escocés lo reemplazó.

—Si sucede el más mínimo incidente, despiértame —le dijo—, y sobre todo no dejes de mirar el barómetro. ¡Es nuestra brújula!

La noche fue fría, entre su temperatura y la del día hubo 27 grados[82] de diferencia. Con las tinieblas estalló el concierto nocturno de los animales, echados de sus refugios por el hambre y la sed; las ranas impusieron sus voces de soprano, ampliadas por los aullidos del chacal, mientras el imponente bajo de los leones sostenía los acordes de aquella orquesta viva.

Por la mañana, al regresar a su puesto, el doctor Fergusson consultó su brújula y vio que la dirección del viento había cambiado durante la noche. Desde hacía dos horas, el *Victoria* derivaba una treintena de millas hacia el nordeste; sobrevolaba el Mabunguru, un país pedregoso, sembrado de bloques de siepita bellamente pulidos, y erizado de rocas con forma de caballete; masas cónicas, semejantes a los peñascos de Karnak, erizaban el suelo como dólmenes druídicos; numerosas osamentas de búfalos y elefantes blanqueaban aquí y allá; salvo en el este, en cuyos bosques se escondían algunos poblados, había pocos árboles.

Hacia las siete, apareció una roca redonda, como un inmenso caparazón, de casi dos millas de diámetro.

—Estamos en el buen camino —dijo el doctor Fergusson—. Ahí está Jihue-la-Mkoa, donde haremos un alto de unos instantes. Intentemos agarrarnos a algún lado, voy a renovar la provisión de agua de mi soplete.

—Hay pocos árboles —respondió el cazador.

—Intentémoslo de todas formas; Joe, suelta las anclas.



El globo, al perder poco a poco su fuerza ascensional, se acercó a tierra; las anclas resbalaron; la pata de una de ellas se adentró en la fisura de una roca y el *Victoria* permaneció inmóvil.

No se crea que el doctor podía apagar completamente su soplete durante sus paradas. El equilibrio del globo se había calculado al nivel del mar; ahora bien, el terreno subía cada vez más y al alcanzar una elevación de 600 a 700 pies, el globo hubiera tendido a descender más abajo aún del suelo; por tanto había que sostenerlo con una cierta dilatación del gas. Solamente en el caso de que, a falta de viento, el doctor dejara reposar sobre el suelo la barquilla, el aerostato, aligerado de un considerable peso, se mantendría sin la ayuda del soplete.

Los mapas indicaban grandes lagunas en la vertiente opuesta a Jihue-la-Mkoa. Joe fue solo, con un barril que podía contener una decena de galones; encontró sin dificultades el lugar indicado, no lejos de un pequeño poblado desierto, realizó su provisión de agua, y volvió en menos de tres cuartos de hora; no había visto nada de particular, exceptuando unas inmensas trampas para cazar elefantes; estuvo a punto, incluso, de caer en una de ellas, donde yacía un esqueleto semirroído.

Trajo de su excursión una especie de nísperos, que los monos comían ávidamente. El doctor reconoció el fruto del «mbembú», árbol muy común en la parte occidental de Jihue-la-Mkoa. Fergusson esperó a Joe con una cierta impaciencia, porque una estancia, por breve que fuera, en esa tierra tan poco hospitalaria, le inspiraba temor.

Se embarcó el agua sin dificultad, porque la barquilla descendió hasta el nivel del suelo; Joe pudo arrancar el ancla y subió ágilmente tras su señor. Éste reavivó inmediatamente la llama y el *Victoria* reemprendió su viaje aéreo.

Se encontraba en ese momento a un centenar de millas de Kazeh, importante establecimiento del interior de África, al que, gracias a una corriente del sudeste, los viajeros esperaban llegar a lo largo de ese mismo día; su velocidad era de 14 millas por hora; la conducción del aerostato se tornó bastante difícil; no podía elevarse demasiado sin dilatar mucho el gas, pues la altura media del país era ya de unos 3.000 pies. Siempre que era posible, el doctor prefería no forzar su dilatación; siguió entonces muy hábilmente las

sinuosidades de una pendiente bastante empinada y rozó los poblados Thembo y Tura Wels. Este último forma parte del Unyamwezy, magnífica comarca en la que los árboles alcanzan las más grandes dimensiones, entre ellos los cactus, que son gigantescos.

Hacia las dos, con un tiempo magnífico y bajo un sol de fuego que devoraba la menor corriente de aire, el *Victoria* planeaba sobre la ciudad de Kazeh, situada a 350 millas de la costa.

—Partimos de Zanzíbar a las nueve de la mañana —dijo el doctor consultando sus notas— y, en dos días de travesía, hemos recorrido por nuestras desviaciones cerca de 500 millas geográficas[83]. ¡Los capitanes Burton y Speke tardaron cuatro meses y medio en recorrer el mismo camino!

XV

Kazeh. El mercado bullicioso. Aparición del Victoria. Los wanganga. Los hijos de la Luna. El paseo del doctor. La población. El tembé real. Las mujeres del sultán. Una borrachera real. Joe adorado. Cómo se baila en la Luna. Cambia la situación. Dos Lunas en el firmamento. Inestabilidad de las divinas grandezas.

Kazeh, punto importante del África central, no era en absoluto una ciudad; a decir verdad, no hay ninguna ciudad en el interior. Kazeh es tan sólo un conjunto de seis grandes excavaciones, que contienen barracones, chozas de esclavos con pequeños patios y pequeños huertos cuidadosamente cultivados; cebollas, boniatos, berenjenas, calabazas y champiñones de excelente sabor crecen a raudales.

Unyamwezy es la Tierra de la Luna por excelencia, el fértil y espléndido parque de África; en el centro se encuentra el distrito Unyanembé, una comarca deliciosa en la que viven perezosamente algunas familias omaníes, que son árabes de origen muy puro.

Durante mucho tiempo hicieron su comercio en el interior de África y en Arabia; traficaron con goma, marfil, telas de algodón y esclavos; sus caravanas surcaban esas regiones ecuatoriales; todavía van a la costa en búsqueda de objetos de lujo y de placer para los mercaderes enriquecidos, y éstos, entre mujeres y sirvientes, llevan en esta encantadora comarca la existencia menos agitada, así como la más horizontal. Están siempre tumbados, riéndose, fumando o durmiendo.

Alrededor de estas excavaciones, numerosas chozas de nativos, vastos emplazamientos para los mercados, campos de cannabis y de datura, hermosos árboles y frescos rincones sombreados: esto es Kazeh.

Es el centro de reunión de las caravanas: las del sur con sus esclavos y sus cargamentos de marfil; las del oeste, que exportan el

algodón y las baratijas de vidrio a las tribus de los Grandes Lagos.

En esos mercados reina una perpetua agitación, un escándalo indescriptible, compuesto por los gritos de los portadores mestizos, por el sonido de los tambores y las cornetas, por los relinchos de las mulas, por los rebuznos de los burros, el canto de las mujeres, el griterío de los niños y los varazos del «Jemadar» [84], que lleva el compás en esa sinfonía pastoral.

Allí se extienden sin orden, e incluso con un desorden cautivador, las vistosas telas, los abalorios, el marfil, los dientes de rinoceronte y de tiburón, la miel, el tabaco, el algodón; allí se practican los más extraños trapicheos, en los que cada objeto no tiene más valor que el de los deseos que excita.

De repente, esa agitación, ese movimiento, ese ruido decayeron súbitamente. El *Victoria* acababa de aparecer en el aire; planeaba majestuosamente y descendía poco a poco, verticalmente. Hombres, mujeres, niños, esclavos, mercaderes, árabes y negros, todo desapareció y se deslizó en los «tembés» y en las chozas.

—Mi querido Samuel —dijo Kennedy—, si seguimos produciendo semejantes efectos, nos será difícil establecer relaciones comerciales con esta gente.

—Habría que hacer, no obstante —dijo Joe—, una operación comercial muy sencilla. Descender tranquilamente y llevarse las mercancías más preciosas sin preocuparnos de los mercaderes. Nos haríamos ricos.

—Bueno —replicó el doctor—, estos indígenas han tenido miedo en el primer momento, pero no tardarán en volver, ya sea por superstición o por curiosidad.

—¿Usted cree, señor?

—Ya lo veremos; pero será más prudente no acercarnos demasiado; el *Victoria* no está blindado ni acorazado, y no está a resguardo de una bala o de una flecha.

—¿Piensas acaso, mi querido Samuel, conferenciar con estos africanos?

—Si se puede, ¿por qué no? —respondió el doctor—. Debe haber en Kazeh mercaderes árabes más instruidos, menos salvajes. Recuerdo que Burton y Speke no tuvieron más que alabanzas para con la hospitalidad de los habitantes de la ciudad. Así que podemos intentar la aventura.

El *Victoria*, que se había aproximado insensiblemente al suelo, enganchó una de sus anclas en la cima de un árbol cerca de la plaza del mercado.

En ese instante, toda la población reapareció fuera de sus agujeros; las cabezas salían con circunspección. Varios «wagan-gas», identificables por sus insignias de conchas cónicas, avanzaron audazmente; eran los hechiceros del lugar. Llevaban en la cintura pequeñas cantimploras negras impregnadas de grasa y diversos objetos de magia, de una suciedad por otra parte totalmente doctoral.

Poco a poco, el gentío se les acercó, las mujeres y los niños los rodearon, los tambores rivalizaron en estrépito, las manos se juntaron y se tendieron hacia el cielo.

—Es su modo de suplicar —dijo el doctor Fergusson—; si no me equivoco, estamos llamados a interpretar un gran papel.

—¡Bien! Interpretélo, señor.

—Tú mismo, mi buen Joe, quizás te conviertas en un dios.

—Bueno, señor, eso no me preocupa, y el incienso no me disgusta.

En ese momento, uno de los hechiceros, un «myanga», hizo un gesto y todo el clamor se apagó en un profundo silencio. Dirigió algunas palabras a los viajeros, pero en una lengua desconocida.

El doctor Fergusson, que no había comprendido, lanzó al azar algunas palabras en árabe y le contestaron inmediatamente en esta lengua.

El orador se lanzó a una abundante arenga, muy florida, muy escuchada; el doctor no tardó en saber que el *Victoria* era tomado por la mismísima Luna y que esa amable diosa se había dignado acercarse a la ciudad con sus tres Hijos, honor este que jamás se olvidaría en esa tierra amada por el Sol.

El doctor respondió con una gran dignidad que la Luna hacía cada mil años su gira provincial, ya que necesitaba mostrarse de cerca a sus adoradores; les rogaba que no se intimidaran y que abusaran de su divina presencia para expresar sus necesidades y sus deseos.

El hechicero respondió a su vez que el sultán, el «mwani», enfermo desde hacía largos años, reclamaba el socorro del cielo e invitaba a su lado a los hijos de la Luna.

El doctor informó a sus compañeros.

—¿Y vas a ir junto a ese rey negro? —dijo el cazador.

—Sin dudar. Esta gente parece tener buenas intenciones; la atmósfera está tranquila; ¡no hay ni un soplo de viento! No tenemos nada que temer con respecto al *Victoria*.

—Pero y tú, ¿qué harás?

—Estate tranquilo, mi querido Dick; me las arreglaré con un poco de medicina.

Y después, se dirigió al gentío:

—La Luna, que se ha apiadado del soberano amado por los hijos de Unyamwezy, nos ha confiado su curación. ¡Que se prepare para recibirnos!

Los clamores, los cantos, las demostraciones aumentaron, y todo ese vasto hormiguero de negras cabezas se puso en movimiento.

—Ahora, amigos míos —dijo el doctor Fergusson—, hay que prevenirlo todo; en un momento dado puede que tengamos que partir rápidamente. Dick se quedará en la barquilla y, por medio del soplete, mantendrá una fuerza ascensional suficiente. El ancla está sólidamente sujeta; no hay nada que temer. Voy a bajar a tierra. Joe me acompañará; pero se quedará al pie de la escala.

—¡Cómo! ¿Irás solo a ver a ese moreno? —dijo Kennedy.

—¡Cómo, señor Samuel! —exclamó Joe—. ¿Es que no quiere que le acompañe hasta el final?

—No; iré solo; estas buenas gentes se imaginan que su gran diosa la Luna ha venido a visitarlos, me protege su superstición; no tengáis, pues, miedo y quedaos cada uno en el puesto que os he asignado.

—Como quieras —respondió el cazador.

—Vigila la dilatación del gas.

—De acuerdo.

Los gritos de los indígenas aumentaban; reclamaban enérgicamente la intervención celeste.

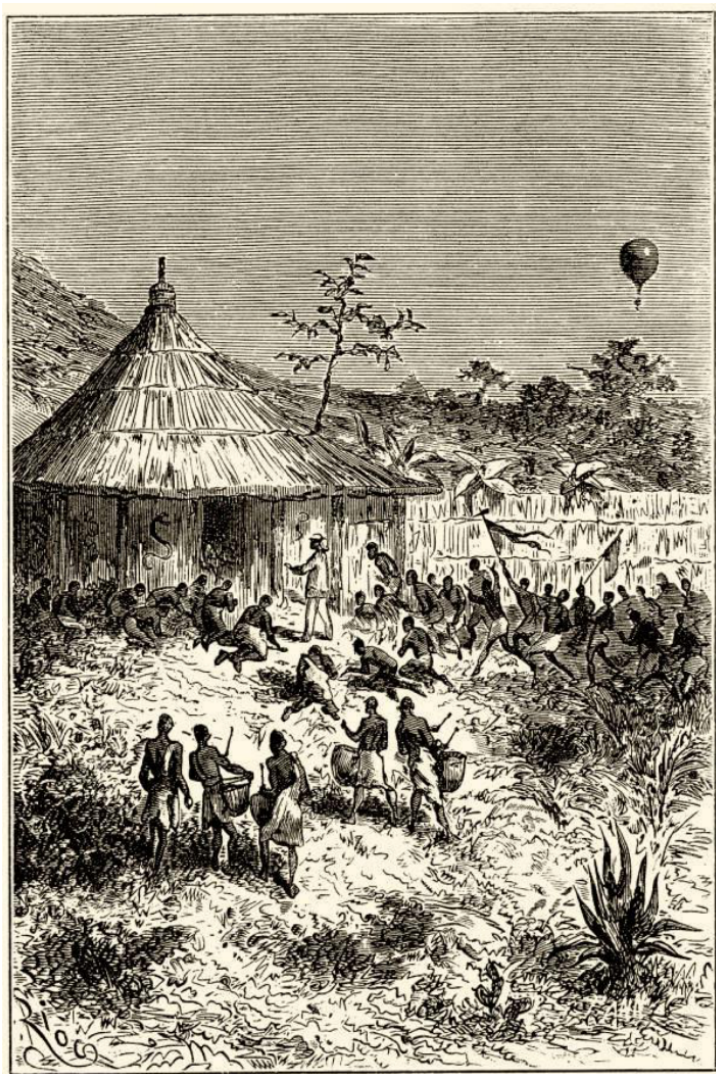
—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Joe—. Me parecen un poco imperiosos para con su buena Luna y sus divinos Hijos.

El doctor, provisto de su botiquín de viaje, descendió a tierra, precedido por Joe. Éste, grave y digno como era de rigor, se sentó al pie de la escala, con las piernas cruzadas, según la costumbre árabe, y una parte del gentío le rodeó formando un respetuoso círculo.

Entretanto, el doctor Fergusson, guiado por el sonido de los instrumentos, escoltado por pírricos religiosos, avanzó lentamente hacia el «tembé» real, bastante alejado de la ciudad; eran alrededor de las tres, y el sol resplandecía; era lo menos que podía hacer, teniendo en cuenta la circunstancia.

El doctor caminaba con dignidad; los «wagangas» le rodeaban y contenían a la masa. El hijo natural del sultán, un chico bastante bien formado, que, según la costumbre del país, era el único heredero de los bienes paternos, con exclusión de los hijos legítimos, no tardó en reunirse con él; se prosternó ante el Hijo de la Luna; éste lo hizo levantarse, con un gracioso gesto.

Tres cuartos de hora después, a través de sombríos senderos, en medio de la lujuriosa vegetación tropical, la entusiasmada procesión llegó al palacio del sultán, una especie de edificio cuadrado, llamado ititenya, y situado en la vertiente de una colina. Una especie de veranda, formada por el tejado de bálago, presidía el exterior, apoyada sobre postes de madera que tenían la pretensión de estar esculpidos. Largas líneas de arcilla rojiza ornamentaban las paredes, en un intento de reproducir figuras de hombres y de serpientes, estas últimas naturalmente más conseguidas que las primeras. El tejado de esta edificación no reposaba directamente sobre los muros y el aire podía circular libremente; por otra parte, no había ventanas y apenas una puerta.



El doctor Fergusson fue recibido con grandes honores por los guardias y los favoritos, hombres de una bella raza, los wanyamwezy, el tipo más puro de los pueblos de África central, fuertes y robustos, bien formados y sanos. Sus cabellos, divididos en innumerables trencitas, caían sobre sus hombros; incisiones negras o azules surcaban sus mejillas, desde las sienes hasta la boca. Sus orejas, horriblemente estiradas, soportaban el peso de unos discos de madera y de unas placas de goma copal; estaban vestidos con telas pintadas de brillantes colores; los soldados se armaban con azagayas, arcos, flechas envenenadas con el zumo del euforbio, machetes, pequeñas hachas y con el «sime», sable muy largo y dentellado como una sierra.

El doctor penetró en el palacio. Allí, pese a la enfermedad del sultán, el estrépito, ya considerable, aumentó con su llegada. Observó, en el dintel de la puerta, unas colas de liebres y unas crines de cebra, colgadas como talismanes. Le recibió el grupo de mujeres de Su Majestad, a los armoniosos acordes del «upatu», especie de címbalo hecho con el fondo de un puchero de cobre y con el estrépito del «kilindo», un tambor de cinco pies de altura cavado en el tronco de un árbol, que aporreaban dos virtuosas.

La mayoría de esas mujeres parecían muy bonitas y fumaban riendo tabaco y «thang» en grandes pipas negras; parecían estar bien formadas bajo sus largos vestidos, graciosamente enrollados, y llevaban el «kilt» de fibras de calabaza, fijado alrededor de su cintura.

Seis de ellas, aunque situadas aparte y reservadas a un cruel suplicio, no eran las menos alegres. Tras la muerte del sultán, debían ser enterradas vivas con él, para distraerlo durante su eterna soledad.

El doctor Fergusson, tras abarcar todo ese conjunto en una breve ojeada, avanzó hasta el lecho de madera del soberano. Vio en él a un hombre de unos cuarenta años, completamente embrutecido por todo tipo de orgías, y por el que nada se podía hacer. Esa enfermedad, que se prolongaba desde hacía años, no era más que una perpetua borrachera. El real borracho había prácticamente perdido el conocimiento y ni tan siquiera todo el amoníaco del mundo hubiera podido ponerlo en pie.

Los favoritos y las mujeres, doblando las rodillas, se inclinaban

ante la solemne visita. Mediante unas gotas de un fuerte cordial, el doctor reanimó por un momento aquel cuerpo abotargado; el sultán hizo un movimiento y, para un cadáver que desde hacía horas no daba signo alguno de vida, este síntoma fue acogido con un redoble de gritos en honor del médico.

Éste, ya hartó, apartó con un rápido movimiento a sus excesivamente expresivos admiradores, salió del palacio y se dirigió al *Victoria*. Eran las seis de la tarde.

Joe, durante su ausencia, esperó tranquilamente al pie de la escala; el gentío le rendía los más grandes tributos. Como auténtico Hijo de la Luna, dejaba hacer. Para ser una divinidad, parecía bastante buen hombre, nada orgulloso, natural incluso con las jóvenes africanas, que no se hartaban de contemplarlo. Por otra parte, les dirigía amables discursos.

—¡Adorad, señoritas, adorad! —les decía—. ¡Soy un buen diablo, aunque sea hijo de diosa!

Le presentaron las ofrendas propiciatorias de rigor, normalmente depositadas en las «mzimus» o chozas-fetiches. Consistían éstas en espigas de cebada y en «pombé». Joe se creyó obligado a probar esa especie de cerveza muy fuerte; pero su paladar, aunque habituado al *whisky* y a la ginebra, no pudo soportar su fuerza. Hizo una horrible mueca, que la concurrencia tomó por una amable sonrisa.

Luego, las jóvenes, uniendo sus voces en una lánguida melopea, ejecutaron una grave danza alrededor de él.

—¡Ah, bailáis! —dijo—. ¡Bien! No me quedaré atrás y voy a enseñaros un baile de mi país.

E inició una aturdidora giga, encogiéndose, estirándose, contorsionándose, bailando con los pies y con las manos, moviéndose con gestos extravagantes, con increíbles posturas, con imposibles muecas, dando así a estas poblaciones una extraña idea acerca de cómo bailaban los dioses en la Luna.

Todos estos africanos, imitadores como monos, reprodujeron rápidamente sus ademanes, sus saltos, sus meneos; no se perdía un gesto, no olvidaban una sola actitud; aquello se convirtió en un delirio, un torbellino, una agitación de la que es difícil dar una idea. En lo mejor de la fiesta, Joe vio al doctor.

Éste regresaba apresuradamente, entre una muchedumbre rugiente y desordenada. Los hechiceros y los jefes parecían muy

agitados. Rodeaban al doctor: lo empujaban, lo amenazaban. ¡Curioso cambio de situación! ¿Qué había ocurrido? ¿Había perecido desafortunadamente el sultán en las manos de su médico celestial?

Kennedy, desde su puesto, vio el peligro sin comprender la causa. El globo, fuertemente hinchado por la dilatación del gas, tensaba la cuerda que lo retenía, impaciente por elevarse por los aires.

El doctor llegó al pie de la escala. Un temor supersticioso retenía aún a la muchedumbre y le impedía recurrir a la violencia contra su persona; ascendió rápidamente por la escala y Joe lo siguió con agilidad.

—No podemos perder tiempo —le dijo—. ¡No intentes desatar el ancla! ¡Cortaremos la cuerda! ¡Sígueme!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Joe, mientras subía a la barquilla.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Kennedy, con su carabina en la mano.

—Mirad —respondió el doctor mostrando el horizonte.

—¿Y qué? —preguntó el cazador.

—¡Pues eso! ¡La luna!

En efecto, la luna se levantaba roja y espléndida, un globo de fuego sobre un fondo añil. ¡Era ella! ¡Ella y el *Victoria*!

¡O había dos lunas o los extranjeros no eran más que unos impostores, unos intrigantes, unos falsos dioses!

Tales habían sido las naturales reflexiones del gentío. De ahí su cambio de actitud.

Joe no pudo retener una inmensa carcajada. La población de Kazeh, al comprender que su presa se les escapaba, lanzó prolongados aullidos; apuntaron sus arcos y mosquetes al globo aerostático.

Pero uno de los hechiceros hizo una señal y bajaron sus armas; él trepó al árbol, con la intención de coger la cuerda del ancla y de tirar de la máquina hacia el suelo.

Joe se preparó con un hacha en la mano.

—¿Corto? —dijo.

—Espera —respondió el doctor.

—Pero ¿y ese negro?...

—Quizás podamos salvar el ancla y eso me interesa. Siempre

habrá tiempo para cortarla.

El hechicero, ya en el árbol, lo hizo tan bien que al romper las ramas logró liberar el ancla; ésta, violentamente atraída por el aerostato, atrapó al hechicero por las piernas, y éste, a caballo sobre el imprevisto hipogrifo, partió a las regiones aéreas.



El estupor de la gente fue inmenso al ver a uno de sus «wagangas» lanzarse al espacio.

—¡Hurra! —gritó Joe mientras el *Victoria*, gracias a su potencia ascensional, subía con una gran rapidez.

—Se agarra bien —dijo Kennedy—; un viajecito no le hará daño.

—¿Es que vamos a soltar a este negro de un golpe? —preguntó Joe.

—¡Claro que no! —replicó el doctor—. Lo devolveremos tranquilamente al suelo y creo que, después de semejante aventura, su prestigio de mago crecerá singularmente en el espíritu de sus contemporáneos.

—Son capaces de hacer de él un dios —exclamó Joe.

El *Victoria* había llegado a una altura cercana a los mil pies. El negro se aferraba a la cuerda con una enorme energía. Callado, sus ojos permanecían fijos. Su terror se mezclaba con el asombro. Un ligero viento del oeste empujaba el globo más allá de la ciudad.

Media hora más tarde, el doctor, viendo el país desierto, moderó la llama del soplete y se aproximó al suelo. A veinte pies del suelo, el negro tomó rápidamente la iniciativa; se lanzó, cayó de pie y echó a correr hacia Kazeh, mientras el *Victoria*, súbitamente aligerado de ese lastre, volvía a ascender por el aire.

XVI

Síntomas de tormenta. El País de la Luna. El futuro del continente africano. La máquina de la última hora. Vista del país en la puesta de sol. La flora y la fauna. La tormenta. La zona de fuego. El cielo estrellado.

—¡He aquí lo que cuesta —dijo Joe— hacerse pasar por Hijos de la Luna sin su permiso! ¡Este satélite ha estado a punto de jugarnos una mala pasada! Señor, ¿no habrá usted comprometido la reputación de la luna con su medicina?

—Por cierto —dijo el cazador—, ¿qué le pasaba al sultán de Kazeh?

—Es un viejo borracho medio muerto —respondió el doctor—, cuya pérdida no será demasiado grave. Pero la moraleja de todo esto es que los honores son efímeros y que no hay que tomárselos demasiado en serio.

—¡Qué se le va a hacer! —replicó Joe—. Eso me gustaba: ¡ser adorado, hacer de dios! Pero ¿qué quieren? La luna se mostró, y completamente roja, ¡lo que prueba que estaba muy enfadada!

Durante este y otros discursos, en los que Joe examinó el astro de la noche desde un punto de vista enteramente nuevo, el cielo se cargó hacia el norte de gruesas nubes, de nubes siniestras y pesadas. Un viento bastante fuerte, hallado a trescientos pies del suelo, empujaba el *Victoria* al nordeste. Por encima de él, la bóveda azulada era pura, pero se la sentía pesada.

Sobre las ocho de la tarde, los viajeros se encontraron a 32° 40' de longitud y a 4° 17' de latitud; las corrientes atmosféricas, influidas por la proximidad de la tormenta, los empujaban a una velocidad de treinta y cinco millas por hora. Bajo sus pies pasaban rápidamente las llanuras onduladas y fértiles de Mfuto. El espectáculo era admirable y, como tal, fue admirado.

—Estamos en pleno País de la Luna —dijo el doctor Fergusson

—, que ha conservado el nombre que le dio la antigüedad, sin duda porque siempre se adoró aquí a la luna. Es verdaderamente una magnífica comarca y difícilmente podría encontrarse una vegetación más bella.

—Si se encontrara en los alrededores de Londres, no sería natural —respondió Joe—; ¡pero sería muy agradable! ¿Por qué estas cosas tan bellas se reservan a países tan bárbaros?

—¿Sabemos acaso —replicó el doctor— si algún día esta comarca será el centro de la civilización? Quizás los pueblos del futuro vengan aquí, cuando las regiones de Europa se hayan agotado y no puedan alimentar a sus habitantes.

—¿Crees eso? —dijo Kennedy.

—Sin duda alguna, mi querido Dick. Mira la marcha de los acontecimientos; considera las sucesivas emigraciones de los pueblos y llegarás a la misma conclusión que yo. Asia es la primera nodriza del mundo, ¿no es cierto? Durante cuatro mil años, tal vez, trabaja, es fecundada, produce, y, cuando las piedras han crecido allí dónde crecían las doradas mieses de Homero, sus hijos abandonan su seno agotado y flácido. Los ves entonces arrojar sobre Europa, joven y potente, que los nutre desde hace dos mil años. Pero ya se pierde su fertilidad; sus facultades productivas disminuyen cada día; esas nuevas enfermedades que cada año se abaten sobre los productos agrícolas, esas falsas cosechas, esos insuficientes recursos, todo eso es la señal cierta de una vitalidad que se altera, de un próximo agotamiento. Vemos, pues, ya cómo los pueblos se precipitan a las alimenticias mamilas de América, como a una fuente no inagotable, sino aún no agotada. A su vez, el nuevo continente se hará viejo; sus selvas vírgenes caerán bajo el hacha de la industria; su suelo se debilitará por producir con exceso lo que se le pidió excesivamente; allí donde se daban dos cosechas cada año, apenas si saldrá una de terrenos exhaustos. Entonces África ofrecerá a las nuevas razas los tesoros acumulados durante siglos en su seno. Estos climas fatales para los extranjeros se depurarán con los desecamientos y los drenajes; esas aguas dispersas se reunirán en una cuenca común para formar una arteria navegable. Y este país sobre el que planeamos, más fértil, más rico, más vital que los otros, se convertirá en un gran reino, en el que se producirán descubrimientos más asombrosos todavía que el vapor y

la electricidad.

—¡Ah!, señor —dijo Joe—, me gustaría verlo.

—Te levantaste demasiado temprano, muchacho.

—Y de todos modos —dijo Kennedy—, cuando la industria absorba todo en su provecho será tal vez una época bastante fastidiosa. ¡A fuerza de inventar máquinas, éstas devorarán al hombre! ¡Siempre imaginé que el último día del mundo llegará cuando una inmensa caldera calentada a tres mil millones de atmósferas haga saltar nuestro Globo!

—Y añadido —dijo Joe— que los americanos no habrán sido los últimos en trabajar en la máquina en cuestión.

—En efecto —respondió el doctor—, ¡son grandes caldereros! Pero, sin dejarnos llevar por semejantes discusiones, contentémonos con admirar esta Tierra de la Luna, puesto que podemos verla.

El sol, deslizándose sus últimos rayos sobre la masa de las nubes amontonadas, adornaba con una cresta de oro los más pequeños accidentes del terreno: gigantescos árboles, hierbas arborescentes, musgo a ras del suelo, todo tenía cabida en ese efluvio luminoso; el terreno, ligeramente ondulado, saltaba aquí y allá en pequeñas colinas cónicas; no había montañas en el horizonte; inmensas barreras de maleza, impenetrables setos, espinosas junglas separaban los claros en los que se extendían numerosos poblados; los gigantescos euforbios los rodeaban de fortificaciones naturales, entremezclándose con las ramas coraliformes de los arbustos.

Pronto el Malagazari, principal afluente del lago Tanganika, comenzó a serpentear bajo el follaje; daba asilo a numerosos cursos de agua, nacidos de torrentes engrosados en la época de las crecidas, o de estanques embolsados en la capa arcillosa del suelo. Para observadores desde arriba, aquello era una red de cascadas arrojada sobre toda la faz occidental del país.

Animales con grandes jorobas pacían en las espléndidas praderas y desaparecían bajo las altas hierbas; los bosques, con sus magníficos olores, se mostraban a la vista como grandes ramos; pero en esos ramos, leones, leopardos, hienas, tigres se refugiaban para escapar de los últimos calores del día. A veces, un elefante sacudía las cimas vegetales y se oía el chasquido de los árboles, que cedían bajo sus cuernos de marfil.

—¡Qué magnífico país para cazar! —exclamó Kennedy,

entusiasmado—. Una bala disparada al azar, en pleno bosque, encontraría una presa digna de ella. ¿No podríamos intentarlo?

—No, mi querido Dick; ya tenemos la noche encima, una noche amenazadora, escoltada por una tormenta. Y las tormentas son terribles en esta comarca, donde el suelo es una inmensa batería eléctrica.

—Tiene razón, señor —dijo Joe—; el calor se ha hecho asfixiante, el viento ha desaparecido completamente; se presiente que va a ocurrir algo.

—La atmósfera está sobrecargada de electricidad —respondió el doctor—; todo ser viviente es sensible al estado del aire que precede a los elementos desencadenados y confieso que jamás me he sentido tan impregnado como ahora.

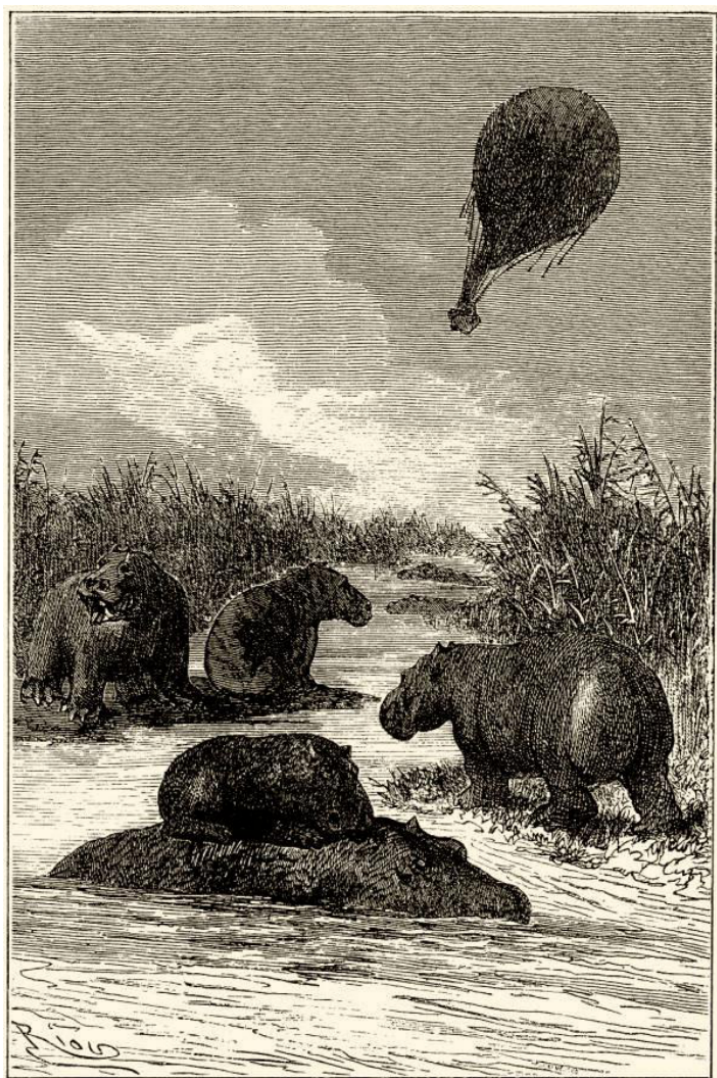
—Y entonces —preguntó el cazador—, ¿no deberíamos bajar?

—Al contrario, Dick, preferiría subir. Sólo que temo que la unión de las corrientes atmosféricas nos desvíe de nuestro camino.

—¿Quieres acaso abandonar la dirección que seguíamos desde la costa?

—Si es posible —respondió Fergusson—, iré más directamente hacia el norte durante unos siete u ocho grados; intentaré subir hacia las supuestas latitudes de las fuentes del Nilo; quizás distingamos algunas huellas de la expedición del capitán Speke, o incluso la caravana del señor De Heuglin. Si mis cálculos son exactos, estamos a 32° 40' de longitud, y me gustaría subir en línea recta hasta pasar el Ecuador.

—¡Mira! —gritó Kennedy interrumpiendo a su compañero—. ¡Mira a esos hipopótamos que salen de las charcas, esas masas de carne sanguinolenta y esos cocodrilos que aspiran el aire con fruición!



—¡Se ahogan! —dijo Joe—. ¡Ah, qué encantador modo de viajar y cómo se desprecia toda esa maléfica carroña! ¡Señor Samuel, señor Kennedy, miren esas bandadas de animales que caminan en apretadas filas! Son doscientos por lo menos; son lobos.

—No, Joe, son perros salvajes; una raza terrible que no teme atacar a los leones. Es el peor encuentro que puede tener un viajero. Lo despedazan inmediatamente.

—¡Bueno, no será Joe quien se encargue de ponerles un bozal! —respondió el muchacho—. Además, si así es su carácter, no hay que reprochárselo demasiado.

Se fue haciendo el silencio poco a poco bajo la influencia de la tormenta, como si el aire enrarecido no pudiera transmitir los sonidos; la atmósfera parecía guateada y, como una sala recubierta de tapices, perdía toda sonoridad. El pájaro remero, la grulla coronada, los grajos rojos y azules, el mirlo, las moscardetas desaparecían en los grandes árboles. La naturaleza entera ofrecía los síntomas de un próximo cataclismo.

A las nueve de la noche, el *Victoria* permanecía inmóvil sobre Msene, gran reunión de poblados casi invisibles en la penumbra; algunas veces el reflejo de un rayo de luz perdido en el agua oscura indicaba fosos distribuidos ordenadamente, y, con la última claridad, sus miradas pudieron captar la forma tranquila y oscura de las palmeras, de los sicomoros, de los tamarindos y de los gigantes euforbios.

—¡Me asfixio! —dijo el escocés, aspirando grandes bocanadas de aire enrarecido—. ¡No nos movemos ya! ¿Bajamos?

—Pero ¿y la tormenta? —dijo el doctor, bastante inquieto.

—Si temes que te arrastre el viento, me parece que no te queda otra solución.

—Quizás la tormenta no estalle esta noche —prosiguió Joe—; las nubes están muy altas.

—Por eso mismo no sé si debo sobrepasarlas; habría que subir mucho, perder de vista la tierra y no saber en toda la noche si avanzamos y hacia dónde.

—Decídet, mi querido Samuel, la cosa urge.

—Es un fastidio que el viento haya cesado —continuó Joe—; nos hubiera arrastrado lejos de la tormenta.

—Es una pena, amigos míos, porque las nubes son un peligro

para nosotros; contienen corrientes contrarias que pueden apresarnos en sus torbellinos, y rayos capaces de incendiarnos. Por otro lado, la fuerza de las ráfagas puede precipitarnos al suelo, si arrojamós el ancla a la cima de un árbol.

—Entonces, ¿qué hacer?

—Hay que mantener el *Victoria* en una zona intermedia entre los peligros de la tierra y los peligros del cielo. Tenemos suficiente cantidad de agua para el soplete y nuestras doscientas libras de lastre están intactas. En caso de necesidad, las usaré.

—Velaremos contigo —dijo el cazador.

—No, amigos míos; poned las provisiones a cubierto y acostaos; si es necesario, os despertaré.

—Pero, señor, ¿no haría usted mejor descansando, puesto que nada nos amenaza todavía?

—No, gracias, muchacho, prefiero velar. Estamos inmóviles y, si las circunstancias no cambian, mañana nos encontraremos exactamente en el mismo sitio.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, si es posible.

Kennedy y Joe se tendieron bajo sus mantas y el doctor permaneció solo en la inmensidad.

Sin embargo, la cúpula de nubes bajaba insensiblemente y la oscuridad se hacía más profunda. La bóveda negra cercaba al globo terrestre como si fuera a aplastarlo.

De repente un violento relámpago, rápido, incisivo, rasgó la oscuridad; su desgarradura no había concluido cuando un horrible trueno sacudió las profundidades del cielo.

—¡Alerta! —gritó Fergusson.

Los dos durmientes, despertados por el aterrador ruido, estaban a sus órdenes.

—¿Bajamos? —dijo Kennedy.

—¡No, el globo no aguantaría! ¡Subamos antes de que esas nubes se disuelvan en agua y de que el viento se desencadene!

Y acrecentó activamente la llama del soplete en las espirales del serpeñtín.

Las tormentas de los trópicos se desarrollan con una rapidez comparable a su violencia. Un segundo relámpago rompió la nube y le siguieron inmediatamente otros veinte. El cielo era cruzado por

chispas eléctricas que chisporroteaban bajo las gruesas gotas de lluvia.

—Nos hemos retrasado —dijo el doctor—. ¡Ahora tenemos que atravesar una zona de fuego con nuestro globo lleno de aire inflamable!

—¡Pues vayamos abajo, a tierra! —proseguía Kennedy.

—¡El riesgo de ser fulminados sería casi el mismo y nos destrozaríamos en las ramas de los árboles!

—¡Estamos subiendo, señor Samuel!

—¡Más deprisa, más deprisa todavía!

En esa parte de África, durante las tormentas ecuatoriales, no es raro contar de treinta a treinta y cinco relámpagos por minuto. El cielo estaba literalmente incendiado y los relámpagos y los truenos se sucedían sin interrupción.

El viento se desencadenaba con una aterradora violencia en esa atmósfera abrasada; retorció las nubes incandescentes; parecía el soplido de un inmenso ventilador que activara el incendio.

El doctor Fergusson mantenía al máximo el calor de su soplete; el globo se dilataba y subía; de rodillas, en el centro de la barquilla, Kennedy sujetaba las cortinas de la tienda. El globo giraba hasta producir vértigo y los viajeros sufrían inquietantes oscilaciones. En la envoltura del aerostato se producían grandes huecos. El viento penetraba violentamente y el tafetán crujía bajo su presión. Una especie de granizo, precedido por un ruido ensordecedor, atravesó la atmósfera y crepitó sobre el *Victoria*. Éste continuó pese a ello su marcha ascensional; los relámpagos dibujaban en su circunferencia, inflamadas tangentes; estaba completamente rodeado de fuego.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —dijo el doctor Fergusson—. Estamos en sus manos; sólo Él puede salvarnos. Preparémonos a todo, incluso a un incendio; nuestra caída puede ser lenta.

Sus compañeros distinguían a duras penas la voz del doctor; pero podían ver su rostro tranquilo en medio de los relámpagos; contemplaba los fenómenos fosforescentes producidos por el fuego de San Telmo que revoloteaba sobre la red del aerostato.

Éste giraba, se arremolinaba, pero seguía subiendo; un cuarto de hora después había sobrepasado la zona de las nubes tormentosas, y los efluvios eléctricos se desarrollaban debajo de él, como una gran corona de fuegos artificiales suspendida de su barquilla.

Era uno de los más bellos espectáculos que la naturaleza ha podido dar al hombre. Abajo, la tormenta. Arriba, el cielo estrellado, tranquilo, mudo, impasible, con la proyección de los serenos rayos lunares sobre las irritadas nubes.



El doctor Fergusson consultó el barómetro; éste daba doce mil pies de elevación. Eran las once de la noche.

—Gracias a Dios, el peligro ha pasado —dijo—; basta con mantenernos a esta altura.

—¡Era terrorífico! —respondió Kennedy.

—Bueno —replicó Joe—, esto le añade animación al viaje y no me disgusta haber visto una tormenta desde arriba. ¡Es un bonito espectáculo!

XVII

Las montañas de la Luna. Un océano de vegetación. Se echa el ancla. El elefante remolcador. Fuego nutrido. Muerte del paquidermo. El horno campestre. Comida sobre la hierba. Una noche en tierra.

Hacia las seis de la mañana del lunes, el sol se elevaba por encima del horizonte; las nubes se disiparon y un viento agradable refrescó los primeros albos matinales.

La tierra, toda perfumada, reapareció ante los ojos de los viajeros. El globo, girando sobre sí mismo en medio de corrientes opuestas, apenas se había movido; el doctor, tras dejar que el gas se contrajera, descendió para tomar una dirección más septentrional. Durante largo rato su búsqueda fue vana; el viento lo condujo al oeste, justo enfrente de las célebres montañas de la Luna, que se extienden en semicírculo en torno a la punta del lago Tanganika; su cordillera, poco accidentada, se recortaba sobre el horizonte azulado; parecía una fortaleza natural, infranqueable para los exploradores del centro de África; algunos conos aislados tenían las marcas de las nieves perpetuas.

—Estamos —dijo el doctor—, en un país inexplorado; el capitán Burton avanzó bastante hacia el oeste, pero no pudo alcanzar estas célebres montañas; negó incluso su existencia, asegurada por su compañero Speke; pretende que son fruto de la imaginación de este último; para nosotros, amigos míos, ya no cabe ninguna duda.

—¿Vamos a franquearlas? —preguntó Kennedy.

—No, Dios no lo quiera; espero encontrar un viento favorable que me devuelva al Ecuador; esperaré incluso, si hace falta, y convertiré el *Victoria* en un navío que echa el ancla ante vientos desfavorables.

Las previsiones del doctor no tardarían en realizarse. Tras probar a distintas alturas, el *Victoria* se dirigió hacia el nordeste a una

velocidad media.

—Estamos en el buen camino —dijo al consultar su brújula— y tan sólo a doscientos pies del suelo, circunstancias muy buenas para explorar estas regiones desconocidas; el capitán Speke, yendo a descubrir el lago Ukereue, subió más al este, en línea recta por encima de Kazeh.

—¿Iremos así durante bastante tiempo? —preguntó Kennedy.

—Quizás; nuestro fin es avanzar hasta las fuentes del Nilo, y tenemos que recorrer aún seiscientas millas, hasta el límite extremo alcanzado por los exploradores procedentes del norte.

—¿Y no bajaremos —dijo Joe— para desentumecer las piernas?

—Sí, claro; además habrá que racionar nuestros víveres, y de paso, mi buen Dick, nos surtirás de carne fresca.

—Cuando quieras, amigo Samuel.

—Tendremos asimismo que renovar nuestra reserva de agua. ¿Quién sabe si seremos arrastrados hacia regiones áridas? Ninguna precaución será excesiva.

A mediodía, el *Victoria* se encontraba a 29° 15' de longitud y a 3° 15' de latitud. Dejaba atrás el poblado Uyofu, último límite septentrional de Unyamwezy, a la altura del lago Ukereue, todavía invisible.

Las tribus próximas al Ecuador parecen un poco más civilizadas, y las gobiernan monarcas absolutos cuyo despotismo no tiene límites; su centro es la provincia Karagwah.

Decidieron, de común acuerdo, que bajarían a tierra en cuanto avistaran un sitio favorable. Había que hacer una larga parada y el aerostato sería cuidadosamente revisado; moderaron la llama del soplete; las anclas, lanzadas fuera de la barquilla, rozaron enseguida la crecida hierba de una inmensa pradera; desde una cierta altura parecía cubierta por un césped raso, pero, en realidad, ese césped tenía unos siete u ocho pies de espesor.

El *Victoria* rozaba las hierbas sin doblarlas, como una gigantesca mariposa. No había un solo obstáculo a la vista. Parecía un océano de vegetación sin un solo rompiente.

—Podemos correr así durante largo tiempo —dijo Kennedy—; no veo ningún árbol al que podamos acercarnos; me parece que la caza no está tan clara.

—Espera, mi querido Dick; no podrías cazar en esas hierbas más

altas que tú; acabaremos por encontrar un lugar adecuado.

Era realmente un paseo encantador, una auténtica navegación sobre aquel mar tan verde, casi transparente, que se ondulaba suavemente bajo el viento. La barquilla justificaba ampliamente su nombre, y parecía hendir las olas, de no ser porque de vez en cuando, y con una alegre algarabía, alzaba el vuelo desde las altas hierbas una bandada de pájaros de espléndidos colores; las anclas se zambullían en ese lago de flores y trazaban un surco que se volvía a cerrar tras su paso, como la estela de un navío.

De repente, el globo sufrió una fuerte sacudida; el ancla había sin duda mordido una fisura de alguna roca escondida bajo el gigantesco prado.

—Estamos varados —dijo Joe.

—¡Bien! Echa la escala —replicó el cazador.

No había concluido de decirlo, cuando un agudo grito resonó en el aire, y de la boca de los tres viajeros se escaparon estas frases, interrumpidas por exclamaciones:

—¿Qué es eso?

—¡Un extraño grito!

—¡Mira, estamos caminando!

—El ancla se ha soltado.

—¡No, sigue sujeta! —dijo Joe, que tiraba de la cuerda.

—¡Es la roca la que camina!

Había un gran movimiento entre las hierbas, y breves momentos después una forma alargada y sinuosa se elevó por encima.

—¡Una serpiente! —dijo Joe.

—¡Una serpiente! —exclamó Kennedy cargando su fusil.

—Pues no —dijo el doctor—, es la trompa de un elefante.

—¡Un elefante, Samuel!

Y Kennedy se echó el fusil al hombro.

—¡Espera, Dick, espera!

—¡Sin duda! El animal nos remolca.

—Y en la buena dirección, Joe, por el buen camino.

El elefante avanzaba con una cierta rapidez; pronto llegó a un claro y allí se lo pudo ver de cuerpo entero; por su tamaño gigantesco reconoció el doctor que se trataba de un macho de una magnífica especie; tenía dos colmillos blanquecinos, admirablemente curvados, que rondaban los ocho pies de longitud;

las extremidades del ancla se asían fuertemente a ellos.

El animal intentaba vanamente desembarazarse con su trompa de la cuerda que lo ataba a la barquilla.



—¡Adelante, valiente! —gritó Joe lleno de felicidad, animando con su mejor talante al extraño transporte—. ¡Otra nueva manera de viajar! ¡Y mejor que un caballo! Un elefante, señores.

—¿Pero adónde nos lleva? —preguntó Kennedy, agitando su carabina, que ya le quemaba las manos.

—¡Nos lleva adonde queremos ir, mi querido Dick! ¡Ten un poco de paciencia!

—*Wig a more! Wig a more!* [85], como dicen los campesinos escoceses —gritaba el alegre Joe—. ¡Adelante! ¡Adelante!

El animal comenzó a galopar rápidamente; proyectaba su trompa de derecha a izquierda y con sus bruscos movimientos sacudía violentamente la barquilla. El doctor, con el hacha en la mano, estaba preparado para cortar la cuerda si era necesario.

—Pero —dijo— sólo nos separaremos de nuestra ancla si no hay más remedio.

La carrera tras el elefante duró casi una hora y media; el animal no parecía cansado en absoluto; estos enormes paquidermos pueden recorrer inmensas distancias, y, de un día a otro, se los reencuentra en lugares alejadísimos, como las ballenas, con las que comparten masa y rapidez.

—En realidad —decía Joe—, es una ballena a la que hemos arponeado y no hacemos más que imitar las maniobras de los balleneros durante la pesca.

Pero un cambio en la naturaleza del terreno obligó al doctor a modificar su medio de locomoción.

Al norte de la pradera y aproximadamente a unas tres millas aparecía un espeso bosque de camaldores; había pues que separar el globo de su conductor.

Kennedy se encargó de detener al elefante en su carrera; se echó la carabina al hombro, pero su posición no era la más favorable para alcanzar al animal; una primera bala, disparada al cráneo, se aplastó como si de una placa de chapa se tratara; el animal no pareció molestarse por ello; con el ruido de la descarga, aceleró su paso y alcanzó la velocidad de un caballo al galope.

—¡Diablos! —dijo Kennedy.

—¡Qué cabeza tan dura! —añadió Joe.

—Lo intentaremos con unas cuantas balas cónicas, a ver si tenemos más suerte —prosiguió Dick, cargando cuidadosamente su

carabina. A continuación, disparó.

El animal lanzó un barrito terrible y siguió galopando, si cabe, con más ímpetu aún.

—Veamos —dijo Joe, armándose con un fusil—, tengo que ayudarle, señor Dick, o no acabaremos nunca.

Y dos balas se alojaron en los flancos del paquidermo.

El elefante se detuvo, levantó su trompa y prosiguió a toda velocidad su carrera hacia el bosque; sacudía su enorme cabeza; la sangre había empezado a manar a borbotones de sus heridas.

—Sigamos disparando, señor Dick.

—¡Y hacedlo bien —añadió el doctor—, estamos a menos de veinte toesas del bosque!

Resonaron diez disparos más. El elefante dio un salto aterrador; la barquilla y el globo crujieron como si estuvieran rotos; con la sacudida, al doctor se le cayó el hacha al suelo.

La situación comenzaba a ser francamente peligrosa; el cable del ancla, fuertemente sujeto, no podía desatarse ni cortarse con los cuchillos de los viajeros; el globo se aproximaba rápidamente al bosque, cuando en el momento en que levantaba la cabeza, el animal recibió una bala en el ojo; se detuvo, dudó; sus rodillas se doblaron; mostró su flanco al cazador.

—Una bala en el corazón —dijo éste, descargando su carabina por última vez.

El elefante lanzó un barrito de angustia y de agonía; se levantó un instante bamboleando su trompa y finalmente se dejó caer pesadamente sobre uno de sus colmillos, que se partió limpiamente. Estaba muerto.

—¡Su colmillo se ha partido! —gritó Kennedy—. ¡Un marfil que en Inglaterra valdría a treinta y cinco guineas las cien libras!

—¡Tanto! —dijo Joe, deslizándose al suelo por la cuerda del ancla.

—¿Por qué te lamentas, mi querido Dick? —respondió el doctor Fergusson—. ¿Acaso somos traficantes de marfil? ¿Acaso hemos venido aquí para hacer fortuna?

Joe observó el ancla; estaba sólidamente sujeta al colmillo que había permanecido intacto. Samuel y Dick saltaron al suelo, mientras el aerostato semidesinflado se balanceaba sobre el cuerpo del animal.



—¡Qué ejemplar tan magnífico! —exclamó Kennedy—. ¡Qué masa! ¡Jamás he visto en la India un elefante tan grande!

—Eso no tiene nada de extraño, mi querido Dick; los elefantes del centro de África son los más hermosos. Los Anderson y los Cumming[86] los han cazado tanto en los alrededores de El Cabo, que emigran al Ecuador, donde los veremos más de una vez en manadas numerosas.

—Entretanto —respondió Joe—, ¡espero que a éste lo hinquemos un poco el diente! Me comprometo a prepararles una succulenta comida a expensas de esta bestia. El señor Kennedy va a cazar durante una o dos horas, el señor Samuel va a revisar el *Victoria* y, mientras, yo cocinaré.

—Bien dispuesto —respondió el doctor.

—En cuanto a mí —dijo el cazador—, voy a tomarme las dos horas de libertad que Joe se ha dignado concederme.

—Ve, amigo mío; pero sin imprudencias. No te alejes.

—Estate tranquilo.

Y Dick, armado con su fusil, se adentró en el bosque.

Joe se dedicó entonces a sus tareas. Cavó en primer lugar un agujero en el suelo de dos pies de profundidad; lo llenó de ramas secas que cubrían el suelo y que procedían de los boquetes hechos en el bosque por los elefantes cuyas huellas aún se veían. Una vez lleno, amontonó encima la leña hasta unos dos pies de altura y le prendió fuego.

Luego, volvió junto al cadáver del elefante, que yacía apenas a diez toesas del bosque; arrancó hábilmente la trompa, que en su nacimiento medía casi dos pies de ancho; escogió la parte más delicada, y añadió uno de los esponjosos pies del animal; éstos son efectivamente los mejores bocados, como lo son la giba del bisonte, la pata del oso y la cabeza del jabalí.

Cuando la leña se consumió enteramente dentro y fuera del agujero, éste, libre ya de cenizas y de carbón, ofreció una temperatura muy elevada; los pedazos del elefante, rodeados de hojas aromáticas, quedaron depositados en el fondo del horno improvisado, y cubiertos con cenizas calientes; después, Joe hizo una segunda fogata encima, y cuando la leña se consumió, la carne estaba asada y en su punto.

Después, Joe retiró la carne del horno; depositó las apetitosas

viandas sobre hojas verdes y dispuso la comida en el centro de una magnífica pradera; trajo galletas, aguardiente, café, y fue por agua fresca y límpida a un riachuelo cercano.

El festín así preparado recreaba la vista, y Joe, sin vanidad, pensaba que comerlo sería aún más agradable.

—¡Un viaje sin peligros ni fatigas! —repetía—. ¡Las comidas a sus horas, una hamaca continua! ¿Qué más se puede pedir? ¡Y el buen señor Kennedy que no quería venir!

Por su parte, el doctor Fergusson se dedicaba a un serio examen del aerostato. Éste no parecía haber sufrido demasiado con la tormenta; el tafetán y la gutapercha habían resistido maravillosamente; al calcular la altura del sol y la fuerza ascensional del aerostato, observó con satisfacción que la cantidad de hidrógeno era la misma; hasta entonces, la envoltura permanecía completamente impenetrable.

Hacía tan sólo cinco días que los viajeros habían abandonado Zanzíbar; el *pemmican* estaba todavía sin tocar; las provisiones de galletas y carne en conserva bastaban para un largo viaje; sólo hubo que renovar la reserva de agua.

Los tubos y el serpentín parecían estar en perfecto estado; gracias a sus articulaciones de caucho, habían resistido todas las oscilaciones del aerostato.

Una vez terminado su examen, el doctor se dedicó a poner en orden sus notas. Hizo un croquis bastante aceptable de la campiña circundante, con la larga pradera que se extendía hasta perderse de vista, el bosque y el globo inmóvil sobre el cuerpo del monstruoso elefante.

Dos horas después Kennedy regresó con una ristra de gruesas perdices y un pernil de gacela, especie de «*gemsbok*» que pertenece a la clase más ágil de los antílopes. Joe se encargó de preparar esa nueva remesa de provisiones.

—El almuerzo está servido —no tardó en gritar.

Y los tres viajeros sólo tuvieron que sentarse en el césped; el pie y la trompa del elefante fueron declarados exquisitos; bebieron la salud de Inglaterra, como siempre, y por primera vez unos deliciosos habanos perfumaron aquella encantadora comarca.

Kennedy comía, bebía y charlaba por cuatro; estaba achispado; propuso con toda seriedad a su amigo el doctor establecerse en ese

bosque, construir una cabaña con follaje y comenzar la dinastía de los Robinsones africanos.

La propuesta no prosperó, pese a que Joe se ofreció a desempeñar el papel de Viernes.

El campo parecía tan tranquilo, tan solitario, que el doctor resolvió pasar la noche en tierra. Joe levantó un círculo de fuego, barricada indispensable contra las fieras salvajes; las hienas, los jaguares[87] y los chacales, atraídos por el olor de la carne del elefante, merodearon por los alrededores. Kennedy tuvo más de una vez que descargar su carabina sobre visitantes demasiado audaces; pero finalmente amaneció sin ningún incidente desagradable.

XVIII

El Karagwah. El lago Ukereue. Una noche en una isla. El ecuador. Travesía del lago. Las cascadas. Vista del país. Las fuentes del Nilo. La isla Benga. La firma de Andrea Debono. El pabellón con las armas de Inglaterra.

Al día siguiente, los preparativos para la partida comenzaron desde las cinco. Joe, con el hacha que felizmente había reencontrado, partió los colmillos del elefante. El *Victoria*, de nuevo libre, empujó a los viajeros al nordeste a una velocidad de dieciocho millas por hora.

La noche anterior, el doctor había fijado cuidadosamente su posición por la altura de las estrellas. Estaba a 2º 40' de latitud por debajo del ecuador, es decir a ciento sesenta millas geográficas; atravesó numerosos poblados sin preocuparse por los gritos que su aparición provocaba; tomó notas sobre la conformación de los lugares con vistas sumarias; franqueó las pendientes del Rubemhe, casi tan duras como las cimas del Usagara, y más tarde encontró en Tenga las primeras estribaciones de la cordillera de Karagwah, que, según él, derivan necesariamente de las montañas de la Luna. La antigua leyenda que describe a esas montañas como la cuna del Nilo no estaba tan alejada de la verdad, puesto que éstas limitan con el lago Ukereue[88], presunto depósito de las aguas del gran río.

Por fin percibió desde Kafuro, gran distrito de los mercaderes del país, allá en el horizonte, el lago tan buscado, que el capitán Speke entrevio el 3 de agosto de 1858.

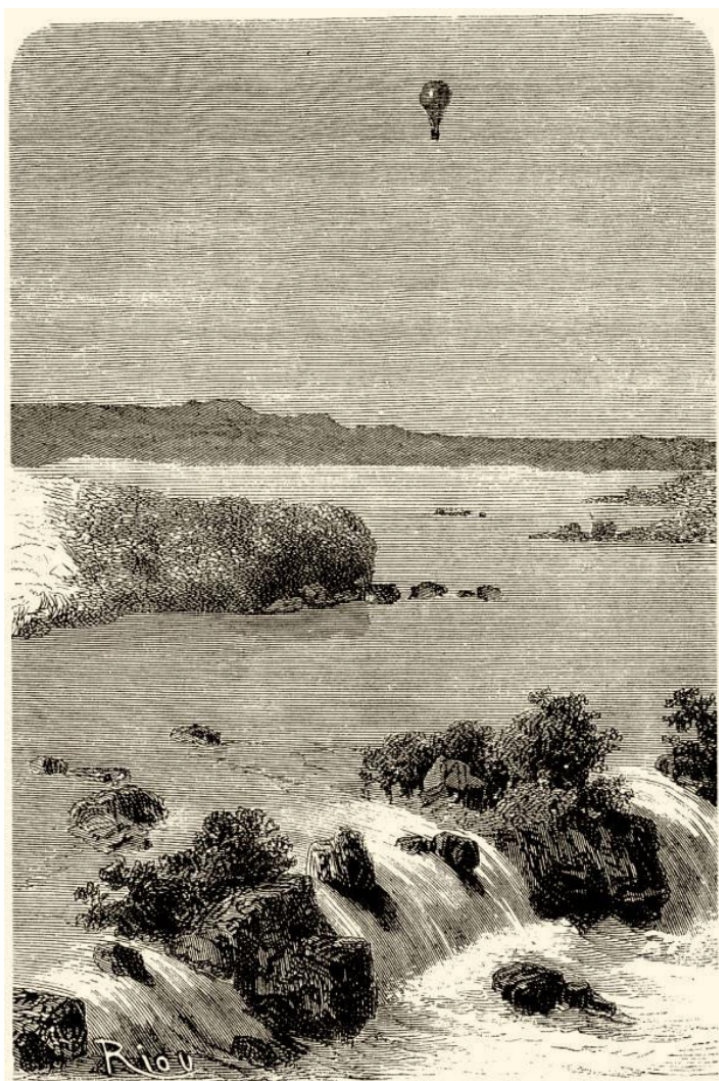
Samuel Fergusson se sentía emocionado; arribaba casi a uno de los principales puntos de su exploración, y, con el catalejo bien enfocado, rastreaba palmo a palmo esa misteriosa comarca que su mirada detallaba de este modo:

Debajo de él, una tierra generalmente estéril; apenas si había

algunas laderas cultivadas; el terreno, jalonado de conos de mediana altura, se allanaba en las inmediaciones del lago; los campos de cebada reemplazaban a los arrozales; allí crecían un llantén del que se extraía el vino de la región, y el «mwani», planta silvestre que da una especie de café. Un conjunto de unas cincuenta chozas circulares, recubiertas de bálago en flor, constituía la capital de Karagwah.

Se distinguían fácilmente los rostros estupefactos de una raza de tez aceitunada, bastante hermosa. Por las plantaciones se veían mujeres de increíble corpulencia, y el doctor sorprendió a sus compañeros cuando les dijo que esa lozanía, muy apreciada, se obtenía con un régimen obligatorio de leche cuajada.

A mediodía, el *Victoria* se hallaba a 1º 45' de latitud austral; a la una, el viento lo empujaba sobre el lago.



El capitán Speke llamó a este lago Nyanza [89] Victoria. En ese lugar, podía medir noventa millas de anchura; en su extremidad meridional, el capitán halló un grupo de islas, a las que llamó archipiélago Bengala. Llevó su exploración hasta Muanza, sobre la costa este, donde fue bien recibido por el sultán. Hizo la triangulación de esa parte del lago, pero no pudo obtener ninguna barca, ni para atravesarlo ni para visitar la gran isla de Ukereue; esta isla, muy poblada, está gobernada por tres sultanes, y, con la marea baja, forma casi una península.

Para disgusto del doctor, que hubiera querido reconocer sus contornos inferiores, el *Victoria* abordaba el lago más al norte. Las orillas, erizadas de arbustos espinosos y de maleza enrevesada, desaparecían literalmente bajo miríadas de mosquitos de un castaño claro; esa región debía ser inhabitable e inhabitada; se veían manadas de hipopótamos revolcarse entre cañizales o sepultarse en las blanquecinas aguas del lago.

Éste, visto desde arriba, ofrecía hacia el oeste un horizonte tan ancho como un mar; la distancia entre las dos orillas era lo bastante grande para que no se pudiera establecer comunicación; además, las tempestades son fuertes y frecuentes, ya que los vientos se ensañan especialmente en esa meseta elevada y descubierta.

El doctor tuvo dificultades para maniobrar; temía ser arrastrado al este; pero felizmente una corriente lo llevó directamente al norte, y, a las seis de la tarde, el *Victoria* se estableció en una pequeña isla desierta, a los 0° 30' de latitud y a los 32° 52' de longitud, a veinte millas de la costa.



Los viajeros pudieron agarrarse a un árbol, y, habiéndose calmado el viento por la noche, permanecieron tranquilamente sujetos a su ancla. No se podía ni pensar en bajar a tierra; ahí, como en las orillas del Nyanza, el suelo estaba cubierto por una espesa nube formada por legiones de mosquitos. El propio Joe volvió del árbol cubierto de picaduras; pero no se enfadó, ya que eso le parecía muy natural en los mosquitos.

Sin embargo, el doctor, menos optimista, largó el máximo posible de cuerda, para escapar a los despiadados insectos, que ascendían con un inquietante murmullo.

El doctor reconoció la altura del lago sobre el nivel del mar, tal como la había determinado el capitán Speke, es decir 3.750 pies.

—¡Henos aquí en una isla! —dijo Joe, que se rompió los dedos de tanto rascarse.

—No tardaríamos mucho en recorrerla —respondió el cazador—, y, exceptuando a esos amables insectos, no se ve un alma.

—Las islas que siembran el lago —respondió el doctor— no son más que las cimas de colinas sumergidas; pero podemos darnos por satisfechos con haber encontrado un refugio, porque tribus feroces habitan las orillas del lago. Dormid, pues, ya que el cielo nos depara una noche tranquila.

—¿Acaso no piensas hacer lo mismo, Samuel?

—No; no podría pegar ojo. Mis pensamientos alejarían el sueño. Mañana, amigos míos, si el viento es favorable, iremos directamente al norte y quizás descubramos las fuentes del Nilo, ese secreto que hasta ahora ha permanecido impenetrable. Tan cerca de las fuentes del gran río, no puedo dormir.

Kennedy y Joe, a quienes las preocupaciones científicas no les conmovían hasta ese punto, no tardaron en dormirse profundamente bajo la tutela del doctor.

El miércoles 23 de abril, a las cuatro de la mañana, el *Victoria* aparejaba bajo un cielo grisáceo; la noche no acababa de abandonar las aguas del lago, envueltas en una espesa bruma, pero un violento viento no tardó en disipar por completo la bruma. El *Victoria* se balanceó por espacio de unos minutos en diversos sentidos y finalmente subió directamente hacia el norte.

El doctor Fergusson palmoteo alegremente.

—¡Estamos en el buen camino! —gritó—. ¡Veremos el Nilo hoy

o nunca! ¡Amigos míos, estamos cruzando el ecuador, entramos en nuestro hemisferio!

—¡Oh! —dijo Joe—. ¿De veras piensa el señor que el ecuador pasa por aquí?

—¡Por aquí mismo, mi buen muchacho!

—¡Entonces, creo que es conveniente celebrarlo sin pérdida de tiempo!

—¡Venga ese ponche! —respondió el doctor riéndose—. Tienes un modo de entender la cosmografía que no está nada mal.

Y así se celebró el paso de la línea a bordo del *Victoria*.

Éste avanzaba rápidamente. Al oeste se veía la costa baja y poco accidentada; al fondo, las más altas mesetas de Uganda y Usoga. La velocidad del viento iba haciéndose excesiva; casi treinta millas por hora.

Las aguas del Nyanza, sacudidas con violencia, lanzaban espuma como las olas de un mar. Por el balanceo bastante largo del oleaje tras los momentos de calma, el doctor concluyó que el lago debía de tener una gran profundidad. Durante la rápida travesía, apenas si se entrevieron dos o tres barquichuelas.

—Es evidente —dijo el doctor— que este lago es, por su elevada posición, el depósito natural de los ríos de la parte oriental de África; el cielo le devuelve en lluvia lo que roba en vapor a sus afluentes. Me parece, con toda seguridad, que el Nilo debe de tener aquí su nacimiento.

—Ya lo veremos —replicó Kennedy.

Sobre las nueve, la costa oeste se acercó; parecía desierta y arbolada. El viento se levantó un poco hacia el este y se pudo entrever la otra orilla del lago. Se curvaba de tal modo, que terminaba en un ángulo muy abierto, sobre los 2º 40' de latitud septentrional. En ese extremo de Nyanza, grandes montañas erguían sus picos áridos; pero entre ellas, una garganta profunda y sinuosa dejaba paso a un río que corría a borbotones.

Mientras manejaba su aerostato, el doctor Fergusson examinaba el lugar con una mirada ávida.

—¡Mirad! —gritó—. ¿La veis, amigos míos? ¡Los relatos de los árabes eran exactos! ¡Hablaban de un río por el que el lago Ukereue se descargaba hacia el norte, y ese río existe, y nosotros seguemos su curso, y fluye con una rapidez comparable a la nuestra, y esa

gota de agua que corre bajo nosotros va con toda seguridad a confundirse con las olas del Mediterráneo! ¡Es el Nilo!

—¡Es el Nilo! —repitió Kennedy, que se dejaba contagiar por el entusiasmo de Samuel Fergusson.

—¡Viva el Nilo! —dijo Joe, que daba fácilmente vivas a cualquier cosa, cuando estaba alegre.

Enormes rocas entorpecían aquí y allá el curso del misterioso río. El agua formaba espuma y se precipitaba por rápidos y cataratas que confirmaban las previsiones del doctor. Desde las montañas de alrededor se derramaban numerosos torrentes, espumosos en su caída; la mirada los contaba por centenares. Se veía brotar del suelo dispersos y menudos hilos de agua que se entrecruzaban y se confundían, rivalizando en velocidad, y todos ellos corrían hacia ese río naciente, que, tras haberlos absorbido, se tornaba fuerte y caudaloso.

—He aquí el Nilo —repetía el doctor con convicción—. El origen de su nombre ha apasionado a los sabios tanto como el origen de sus aguas; se ha dicho que venía del griego, del copto, del sánscrito[90]. ¡Poco importa, en realidad, puesto que por fin ha desvelado el secreto de sus fuentes!

—Pero —dijo el cazador—, ¿cómo asegurar que este río es el mismo que reconocieron los viajeros del norte?

—Si el viento nos favorece durante una hora más —respondió Fergusson— tendremos pruebas certeras, irrecusables, infalibles.

Las montañas se separaban, dejando sitio a numerosos poblados, a campos cultivados con sésamo, sorgo, caña de azúcar. Las tribus de esas comarcas se mostraban agitadas, hostiles; parecían más cercanas a la cólera que a la adoración; presentían en ellos a extranjeros y no a dioses. Parecía como si al remontar las fuentes del Nilo fuera a robárseles algo. El *Victoria* hubo de mantenerse fuera del alcance de sus mosquetes.

—Descender aquí será difícil —dijo el escocés.

—¡Bueno! —replicó Joe—. Peor para ellos; se verán privados del encanto de nuestra conversación.

—Pero yo tengo que bajar —respondió el doctor Fergusson—, aunque sólo sea un cuarto de hora. Sin eso, no puedo comprobar los resultados de nuestra exploración.

—¿Es indispensable, Samuel?

—¡Indispensable, y bajaremos aunque tengamos que disparar!

—Eso me va —respondió Kennedy, acariciando su carabina.

—Cuando usted quiera, señor —dijo Joe, preparándose para el combate.

—No será la primera vez que se haya recurrido a las armas en beneficio de la ciencia. Algo similar le ocurrió a un sabio francés en las montañas españolas[91], cuando medía el meridiano terrestre.

—Estate tranquilo, Samuel, tienes a tus dos guardaespaldas.

—¿Bajamos ya, señor?

—Todavía no. Vamos a elevarnos para ver la configuración exacta del país.

El hidrógeno se dilató, y, en menos de diez minutos, el *Victoria* planeaba a una altura de dos mil quinientos pies por encima del suelo.

Desde arriba se distinguía una inextricable red de arroyos que el río acogía en su lecho; la mayor parte venían del oeste, entre las numerosas colinas, en medio de los fértiles campos.

—Estamos a menos de noventa millas de Gondokoro —dijo el doctor siguiendo su mapa—, y a menos de cinco millas del punto alcanzado por los exploradores que venían del norte. Acerquémonos a tierra con precaución.

El *Victoria* descendió más de dos mil pies.

—Ahora, amigos míos, estad dispuestos a todo.

—Lo estamos —respondieron Dick y Joe.

—¡Bien!

El *Victoria* siguió el curso del río a tan sólo cien pies de altura. En ese lugar el Nilo medía cincuenta toesas, y los indígenas se agitaban tumultuosamente en los poblados que bordeaban sus orillas. En el segundo grado, forma una cascada que cae a pico desde unos diez pies de altura, y que es, por consiguiente, infranqueable.

—Esta es la cascada indicada por Debono —gritó el doctor.

El cauce del río se ensanchaba, sembrado de numerosas islas que Samuel Fergusson devoraba con la vista; parecía buscar un determinado punto de referencia que todavía no había encontrado.

Algunos negros avanzaron, debajo del globo, en una barca. Kennedy los saludó con un tiro, que, sin alcanzarlos, los obligó a volver rápidamente a la orilla.

—¡Buen viaje! —les deseo Joe—. ¡Yo, en su lugar, no me arriesgaría a volver! Tendría un miedo terrible a un monstruo que lanza rayos cuando quiere.

De repente, el doctor Fergusson cogió su catalejo y lo apuntó a una isla situada en medio del río.

—¡Cuatro árboles! —gritó—. ¡Mirad, allí!

Efectivamente, cuatro solitarios árboles se elevaban en su extremidad.

—¡Es la isla Benga! ¡Es ella! —añadió.

—¿Y qué? —preguntó Kennedy.

—¡Allí es donde descenderemos, si Dios quiere!

—¡Pero parece habitada, señor Samuel!

—Joe tiene razón; si no me equivoco, hay una veintena de indígenas.

—Los haremos huir; no será difícil —respondió Fergusson.

—Así lo haremos —replicó el cazador.

El sol estaba en el cenit. El *Victoria* se acercó a la isla.

Los negros, que pertenecían a la tribu de Makado, lanzaron enérgicos gritos. Uno de ellos agitaba en el aire su sombrero, hecho de cortezas. Kennedy lo tomó como blanco, disparó y el sombrero voló hecho pedazos.

Aquello fue la desbandada general. Los indígenas se arrojaron al río y lo atravesaron a nado; de las dos orillas llegó una lluvia de balas y una granizada de flechas, sin peligro alguno para el aerostato cuya ancla había mordido la fisura de una roca. Joe se deslizó hasta el suelo.

—¡La escala! —gritó el doctor—. Sígueme, Kennedy.

—¿Qué quieres hacer?

—Bajemos; necesito un testigo.

—Vamos allá.

—Joe, vigila bien.

—Esté tranquilo, señor, respondo de todo.

—Ven, Dick —dijo el doctor, echando pie a tierra.

Llevó a su compañero hasta un grupo de peñascos que se erguían en la punta de la isla; allí buscó durante algún tiempo, hurgó entre la maleza y se hirió las manos.

De repente, tomó vivamente el brazo del cazador.

—Mira —dijo.

—¡Unas letras! —exclamó Kennedy.

En efecto, sobre la roca aparecían grabadas con toda claridad dos letras. Se leía perfectamente:

A. D.

—A. D. —prosiguió el doctor Fergusson—. ¡Andrea Debono! ¡La firma del viajero que ha seguido más lejos que nadie el curso del Nilo!

—Esto sí que es irrecusable, amigo Samuel.

—¿Te has convencido ya?

—¡Es el Nilo! Ya no lo podemos dudar.

El doctor contempló por última vez las preciosas iniciales, cuya forma y dimensiones anotó cuidadosamente.

—Y ahora —dijo—, ¡al globo!

—Rápido entonces, porque veo ahí unos cuantos indígenas que se aprestan a volver a cruzar el río.

—¡Eso poco importa ahora! ¡Que el viento nos empuje durante unas horas hacia el norte, y alcanzaremos Gondokoro y estrecharemos la mano de nuestros compatriotas!

Diez minutos después, el *Victoria* se elevaba majestuosamente, y el doctor Fergusson, en señal de éxito, desplegaba el pabellón con las armas de Inglaterra.

XIX

*El Nilo. La montaña temblorosa. Recuerdo del país. Los relatos de los árabes.
Los Nyam-Nyam. Las sensatas reflexiones de Joe. Las bordadas del Victoria.
Las ascensiones aerostáticas. Madame Blanchard.*

—¿Cuál es nuestra dirección? —preguntó Kennedy, al ver que su amigo consultaba la brújula.

—Nor-noroeste.

—¡Demonios! ¡Pero entonces esto no es el norte!

—No, Dick, y creo que nos será difícil llegar a Gondokoro; lo siento, pero al menos hemos ligado las exploraciones del norte y las del este; no nos podemos quejar.

Poco a poco el *Victoria* se alejaba del Nilo.

—Echemos una última mirada —dijo el doctor— a esta infranqueable latitud, que los más intrépidos viajeros jamás pudieron atravesar. Ahí están esas intratables tribus de las que hablaron Petherick, D'Arnaud [92], Miani y Lejean, ese joven viajero al que debemos los mejores trabajos que se han hecho hasta la fecha sobre el alto Nilo.

—¿Así que —preguntó Kennedy— nuestros descubrimientos concuerdan con las hipótesis de la ciencia?

—Completamente. Las fuentes del río Blanco, del Bahr-el-Abiad, están inmersas en un lago tan grande como un mar; allí es donde nace; sin duda, la poesía saldrá perdiendo; era hermoso imaginar que el rey de los ríos tenía un origen celestial; los antiguos le llamaban Océano, ¡y casi se llegó a creer que manaba directamente del sol! Pero, de vez en cuando, hay que desistir y aceptar lo que nos enseña la ciencia; quizás no siempre existan los sabios, pero siempre habrá poetas.

—Todavía se ven cataratas —dijo Joe.

—Son las cataratas de Makedo, a tres grados de latitud. ¡No hay

nada más exacto! ¡Por qué no habremos podido seguir durante algunas horas el curso del Nilo!

—Y allí abajo, delante de nosotros —dijo el cazador—, veo la cima de una montaña.

—Es el monte Logwek, la montaña temblorosa de los árabes; Debono visitó toda esta comarca, y la recorrió bajo el nombre de Latif Effendi. Las tribus vecinas del Nilo son enemigas y se hacen entre ellas una guerra de exterminio. Podéis imaginar sin dificultad los peligros que tuvo que afrontar.

El viento llevaba entonces el *Victoria* hacia el noroeste. Para evitar el monte Logwek, hubo que buscar una corriente más inclinada.

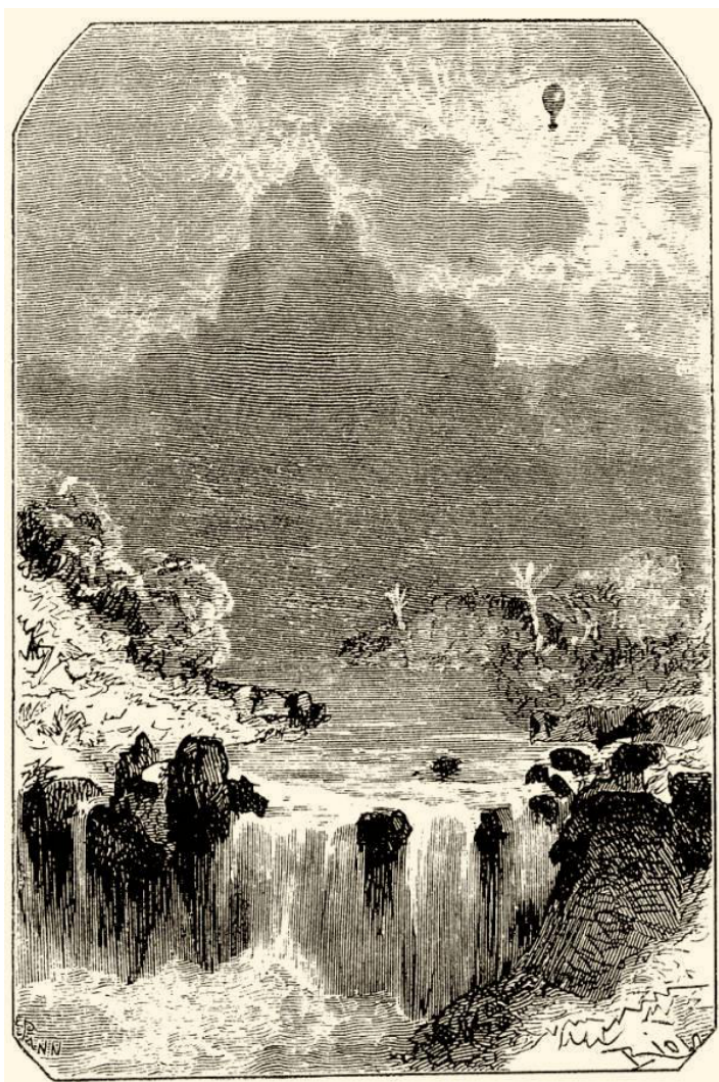
—Amigos míos —les dijo el doctor a sus dos compañeros—, ahora comienza realmente nuestra travesía africana. Hasta este momento hemos seguido, sobre todo, las huellas de nuestros predecesores. Pero ahora vamos a lanzarnos a lo desconocido. ¿Nos faltará acaso el valor?

—Eso jamás —gritaron Dick y Joe, con una sola voz.

—¡Entonces, en marcha, y que el cielo nos proteja!

A las diez de la noche, por encima de barrancos, bosques, poblados dispersos, los viajeros llegaban a los flancos de la montaña temblorosa. Pasaron a lo largo de su vertiente menos abrupta.

En aquel memorable día del 23 de abril, durante una marcha de quince horas, habían recorrido, con ayuda de un viento rápido, algo más de trescientas quince millas [93].



Pero esta última parte del viaje les había sumido en tristes sensaciones. Un completo silencio reinaba en la barquilla. ¿Estaba el doctor Fergusson absorto en sus descubrimientos? ¿Pensaban sus dos compañeros en la travesía por regiones desconocidas? Algo de eso había, sin duda, mezclado con fuertes recuerdos de Inglaterra y de amigos lejanos. Solamente Joe mostraba una filosófica indiferencia, ya que le parecía muy natural que la patria se hallara lejos, puesto que estaba ausente; sin embargo, respetó el silencio de Samuel Fergusson y de Dick Kennedy.

A las diez de la noche, el *Victoria* «fondeó» en la vertiente trasera de la montaña temblorosa[94]. La cena fue sustanciosa y todos se durmieron bajo las sucesivas guardias de cada uno.

El día siguiente les trajo, al despertar, ideas más tranquilizadoras; el tiempo era agradable y el viento soplabla en la buena dirección; un desayuno hizo el resto.

La comarca recorrida en ese momento es inmensa; tan grande como Europa, limita con las montañas de la Luna y con las del Darfur.

—Seguramente atravesamos —dijo el doctor— lo que se supone que es el reino de Usoga; algunos geógrafos han pretendido que en el centro de África existe una gran depresión, un inmenso lago central. Veremos si eso es cierto.

—¿Pero cómo se ha podido suponer tal cosa? —preguntó Kennedy.

—Por los relatos de los árabes. A esa gente le gusta mucho contar historias, quizás les guste demasiado. Algunos viajeros, llegados a Kazeh o a los Grandes Lagos, vieron esclavos procedentes de las comarcas centrales, los interrogaron a propósito de su país, reunieron todos los documentos y dedujeron los sistemas. En el fondo de estas cosas siempre hay una parte verdadera, y no había equivocación sobre el origen del Nilo.

—Nada más cierto —respondió Kennedy.

—Por medio de esos documentos se han intentado algunos esbozos de mapas. Así que voy a seguir nuestra ruta sobre uno de ellos, y, si es necesario, lo rectificaré.

—¿Está habitada toda la región? —preguntó Joe.

—Sin duda, y mal habitada.

—Ya me lo imaginaba.

—Estas tribus dispersas están comprendidas bajo la común denominación de Nyam-Nyam y este nombre no es otra cosa que una onomatopeya que reproduce el ruido de la masticación.

—Perfecto —dijo Joe—. ¡Nyam-Nyam!

—Mi buen Joe, si fueras la causa inmediata de esta onomatopeya, no la encontrarías tan perfecta.

—¿Qué quiere decir?

—Que estos pueblos están considerados como antropófagos.

—¿Es eso cierto?

—Completamente cierto; también se pretendió que esos individuos estaban provistos de una cola, como simples cuadrúpedos; pero hubo de reconocerse que ese apéndice pertenecía a las pieles de animales con que se cubren.

—¡Qué lástima! Una cola es muy agradable para ahuyentar a los mosquitos.

—Es posible, Joe; pero hay que relegar estas cosas al capítulo de las tabulas, así como las cabezas de perro que el viajero Brun-Rollet atribuía a ciertas tribus.

—¿Cabezas de perro? ¡Que comodidad para ladrar, e incluso para ser antropófago!

—Lo que desgraciadamente está comprobado es la ferocidad de estos pueblos, muy ávidos de carne humana, que buscan apasionadamente.

—Pido —dijo Joe— que no se apasionen demasiado con mi persona.

—¡Mira que bien! —dijo el cazador.

—Así es, señor Dick. ¡Si, en algún momento de penuria, tengo que ser comido, que sea en beneficio suyo y del señor! ¡Pero alimentar a esos negros, quite! ¡Me moriría de vergüenza!

—Bien, mi buen Joe —dijo Kennedy—, trato hecho; si eso ocurre, contamos contigo.

—A su servicio, señores.

—Joe dice estas cosas —replicó el doctor— para que lo cuidemos y lo engordemos bien.

—¡Quizás! —respondió Joe—. ¡El hombre es un animal tan egoísta!

Por la tarde, una niebla caliente que rezumaba el suelo cubrió el cielo; la brumazón apenas permitía distinguir los objetos terrestres;

así pues, el doctor, que temía chocar contra algún pico imprevisto, ordenó parar sobre las cinco.

La noche transcurrió sin incidentes, pero hubo que redoblar la vigilancia a causa de la profunda oscuridad.

Durante la mañana del día siguiente, el monzón sopló con una extremada violencia; el viento se colaba en las cavidades inferiores del globo; agitaba violentamente el apéndice por el que penetraban los tubos de dilatación; hubo que sujetarlos con cuerdas, maniobra que Joe realizó con mucha destreza.

Al mismo tiempo comprobó que el orificio del aerostato permanecía herméticamente cerrado.

—Esto tiene una doble importancia para nosotros —dijo el doctor Fergusson—; en primer lugar, evitamos un despilfarro precioso de gas; en segundo lugar, no dejamos a nuestro alrededor una estela inflamable, que acabaría por prender.

—Sería un fastidioso incidente en el viaje —dijo Joe.

—¿Nos caeríamos al suelo? —preguntó Dick.

—Caernos, no. El gas se quemaría y descenderíamos poco a poco. Un accidente similar le ocurrió a madame Blanchard [95]; su globo se incendió, al lanzar ella fuegos artificiales, pero no se cayó y seguramente no se hubiera matado, si su barquilla no hubiera chocado con una chimenea, de donde fue a parar al suelo.

—Esperemos que no nos suceda nada parecido —dijo el cazador—; hasta aquí nuestra travesía no ha sido peligrosa, y no veo ninguna razón que nos impida llegar a nuestra meta.

—Tampoco la veo yo, mi querido Dick; además, los accidentes han sido causados siempre por la imprudencia de los aeronautas o por la mala construcción de sus aparatos. No obstante, sobre millares de ascensiones aeronáuticas, no se cuentan veinte accidentes que hayan causado la muerte. Por lo general, son los despegues y los aterrizajes los que ofrecen más peligro. Así que no debemos omitir ninguna precaución.

—Es hora de comer —dijo Joe—; nos contentaremos con carne en conserva y café, hasta que el señor Kennedy tenga ocasión de agasajarnos con un buen pedazo de venado.

XX

La botella celestial. Las higueras-palmeras. Los «árboles mamut». El árbol de la guerra. El tiro alado. Combate de dos tribus. Matanza. Divina intervención.

El viento se tornaba violento e irregular. El *Victoria* se tambaleaba en el aire. Impelido ora hacia el norte, ora hacia el sur, no podía encontrar una corriente constante.

—Caminamos muy deprisa pero avanzamos muy poco —dijo Kennedy, observando las frecuentes oscilaciones de la aguja imantada.

—El *Victoria* corre con una velocidad de por lo menos treinta leguas por hora —dijo Samuel Fergusson—. Asomaos y veréis cómo el campo desaparece rápidamente bajo nuestros pies. ¡Mirad! ¡Ese bosque parece precipitarse ante nosotros!

—El bosque ya se ha convertido en un calvero —respondió el cazador.

—Y el calvero en un poblado —replicó Joe, instantes después—. ¡Miren las caras de asombro de los negros!

—Es natural —respondió el doctor—. Los campesinos franceses, cuando aparecieron los globos por primera vez, los tomaron por monstruos aéreos y les dispararon; creo que se le puede permitir a un negro del Sudán que abra unos ojos como platos.

—Con su permiso, señor —dijo Joe, mientras el *Victoria* rozaba un poblado a unos cien pies del suelo—, voy a tirarles una botella vacía; si les llega sana y salva, la adorarán; si se rompe, con los pedazos harán talismanes.

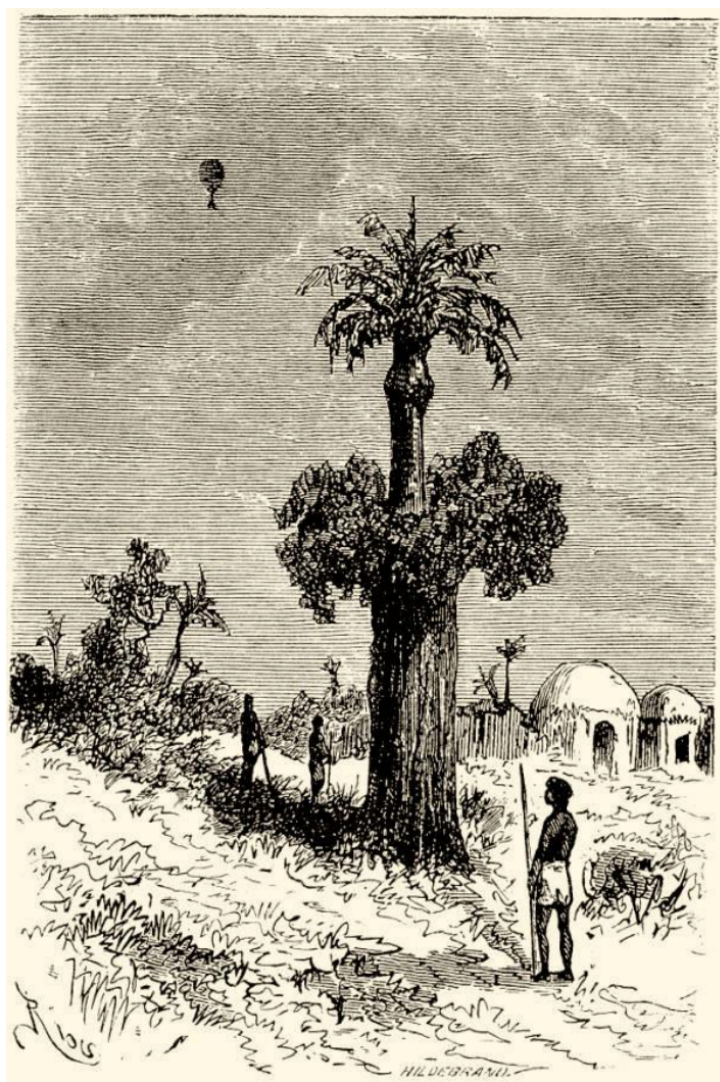
Y mientras así decía, lanzó una botella, que, naturalmente, se rompió en mil pedazos, y, al mismo tiempo, los indígenas se precipitaron a sus chozas redondas, lanzando grandes gritos.

Un poco más allá, Kennedy gritó:

—¡Mirad qué árbol más raro! Por arriba es de una especie y por

abajo de otra.

—¡Vaya! —dijo Joe—. En este país los árboles crecen unos encima de otros.



—Es simplemente el tronco de una higuera —respondió el doctor— sobre el que se esparció un poco de tierra vegetal. Un buen día, el viento arrojó encima una semilla de palmera, y la palmera creció como si estuviera en pleno campo.

—Un buen método —dijo Joe—, que importaré a Inglaterra; resultará muy bien en los parques de Londres; sin contar que sería un buen medio para multiplicar los árboles frutales; se tendrían jardines escalonados; algo que les gustará a los pequeños propietarios.

En ese momento hubo que elevar al *Victoria* para franquear, un bosque de árboles cuya altura sobrepasaba los trescientos pies, una especie de *centenarios*.

—¡Qué magníficos árboles! —exclamó Kennedy—. Nunca he visto nada tan hermoso como estos venerables bosques. Míralos, Samuel.

—La altura de estos banianos es verdaderamente maravillosa, mi querido Dick; y, no obstante, no sería nada extraña en los bosques del Nuevo Mundo.

—¡Cómo! ¿Acaso existen árboles más altos?

—Por supuesto, entre los que llamamos «árboles mamut». Se ha encontrado en California un cedro de cuatrocientos cincuenta pies, una altura que sobrepasa la Torre del Parlamento, e incluso la gran pirámide de Egipto[96]. La base tenía ciento veinte pies de circunferencia y las capas concéntricas de su madera le daban más de cuatro mil años de existencia.

—Bueno, señor, ¡pues eso no tiene nada de extraño! Cuando se vive cuatro mil años, ¿acaso no es natural tener una buena estatura?

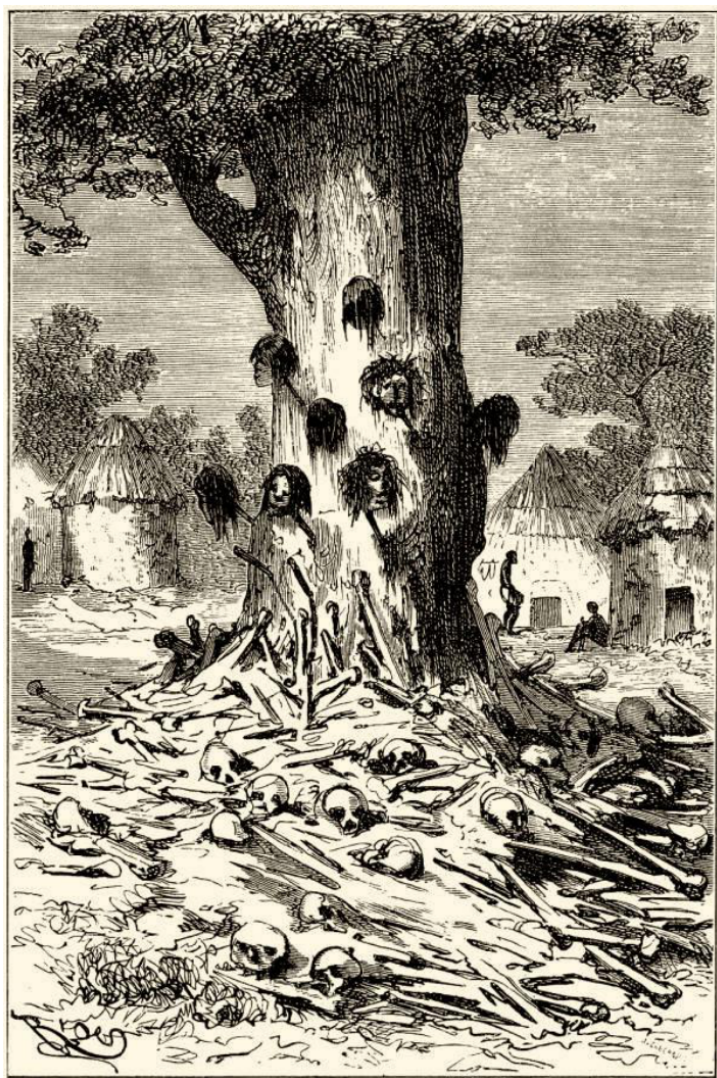
Durante el relato del doctor y la respuesta de Joe, el bosque había sido sustituido por un gran conjunto de chozas dispuestas en círculo alrededor de una plaza. En el centro, crecía un único árbol, y Joe exclamó al verlo:

—¡Vaya! Si ése produce semejantes flores desde hace cuatro mil años, no seré yo quien lo felicite.

Y señalaba un gigantesco sicomoro, cuyo tronco desaparecía por completo bajo un montón de osamentas humanas. Las flores a las que se refería Joe eran cabezas limpiamente cortadas, suspendidas de unos puñales clavados en la corteza.

—¡El árbol de guerra de los caníbales! —dijo el doctor—. Los indios arrancan la piel del cráneo, los africanos toda la cabeza.

—Cuestión de modas —dijo Joe.



Pero ya el poblado de las cabezas sangrientas desaparecía en el horizonte; otro, un poco más allá, ofrecía un espectáculo no menos repulsivo; cadáveres semidevorados, esqueletos carcomidos, miembros humanos esparcidos aquí y allá servían de pasto a las hienas y a los chacales.

—Sin duda, son los cuerpos de los criminales; como en Abisinia, se los deja a merced de las fieras, que los devoran tranquilamente, tras haberlos estrangulado con los dientes.

—No es mucho más cruel que la horca —dijo el escocés—. Es, simplemente, más sucio.

—En las regiones del sur de África —prosiguió el doctor— se limitan a encerrar al criminal en su choza con sus animales, a veces con su familia, la prenden fuego y todo se quema junto. Yo a esto le llamo crueldad, pero coincido con Kennedy en que, si la horca es menos cruel, es igual de bárbara.

Joe, gracias a su aguda vista que tan bien empleaba, señaló una bandada de pájaros de rapiña que planeaban en el horizonte.

—Son águilas —exclamó Kennedy, tras haberlas visto con su catalejo—, magníficos pájaros cuyo vuelo es tan rápido como el nuestro.

—¡Que el cielo nos proteja de su ataque! —dijo el doctor—. Para nosotros son más temibles que las fieras o las tribus salvajes.

—¡Bah! —respondió el cazador—. Las alejaríamos a tiros.

—Preferiría, mi querido Dick, no tener que recurrir a tu destreza; el tafetán de nuestro globo no resistiría sus picotazos; felizmente, creo que esos temibles pájaros están más asustados que atraídos por nuestra máquina.

—¡Eh, tengo una idea! —dijo Joe—. Hoy las ideas me surgen por docenas. ¡Si lográramos formar un tiro de águilas vivas, las ataríamos a nuestra barquilla y nos arrastrarían por los aires!

—El método ha sido propuesto seriamente —respondió el doctor—, pero me parece que, con animales tan reacios, no es muy practicable.

—Los amaestraríamos —continuó Joe—; en vez de bocado de freno, se las guiaría con unas anteojeras que les interceptarían la vista; tuertas, irían a la derecha o a la izquierda; ciegas, se pararían.

—Permite, mi buen Joe, que prefiera un viento favorable a tus águilas enganchadas; alimentarlo cuesta menos y es más seguro.

—Se lo permito, señor, pero me quedo con mi idea.

Era mediodía; el *Victoria*, desde hacía un rato, mantenía una marcha moderada; el país ya no huía, caminaba por debajo.

De repente, a oídos de los viajeros llegaron gritos y silbidos; se inclinaron, y, en una llanura abierta, vieron un espectáculo conmovedor.

Dos tribus se batían encarnizadamente y lanzaban nubarrones de flechas por los aires. Los combatientes, en su mortal furor, no se habían dado cuenta de la llegada del *Victoria*; eran aproximadamente unos trescientos, que se confundían en una inextricable refriega; la mayoría, cubiertos con la sangre de los heridos en la que se revolcaban, formaba un conjunto horroroso.

Con la aparición del aerostato, hubo una tregua; los aullidos aumentaron; se lanzaron algunas flechas a la barquilla y una de ellas pasó tan cerca que Joe la agarró con la mano.

—¡Subamos lejos de su alcance! —gritó el doctor Fergusson—. ¡Y sin imprudencias! ¡No podemos permitirnoslas!

La matanza continuaba por ambos lados, a hachazos y lanzadas; cuando un enemigo caía al suelo, su adversario se apresuraba a cortarle la cabeza; las mujeres, mezcladas en la reyerta, recogían las ensangrentadas cabezas y las apilaban en cada extremo del campo de batalla; con frecuencia, se batían entre ellas para conquistar el repugnante trofeo.

—¡Qué escena tan atroz! —exclamó Kennedy, profundamente asqueado.

—¡Son unos tipos horribles! —dijo Joe—. Quitando eso, si tuvieran un uniforme, serían como todos los guerreros del mundo.

—Tengo unas horribles ganas de intervenir en el combate —prosiguió el cazador, blandiendo su carabina.

—¡No, no! —respondió vivamente el doctor—. ¡Ocupémonos de nuestros asuntos! ¿Sabes quién tiene razón y quién no, como para interpretar el papel de la Providencia? ¡Huyamos lo más rápido posible de este asqueroso espectáculo! ¡Si los grandes capitanes pudieran dominar así la escena de sus hazañas, quizás le perdieran el gusto a la sangre y a las conquistas!

El jefe de uno de los salvajes bandos se distinguía por una atlética complexión, unida a una fuerza hercúlea. Con una mano hundía su lanza en las compactas líneas de sus enemigos y con la

otra abría en ellos grandes claros a hachazos. En un momento dado lanzó lejos su lanza cubierta de sangre, se precipitó sobre un herido, cuyo brazo cortó de un solo golpe, lo tomó con la mano y, llevándoselo a la boca, lo mordió con todas sus fuerzas.

—¡Ah! —dijo Kennedy—. ¡Qué bestia! ¡No aguanto más!

Y el guerrero, alcanzado en la frente por un balazo, cayó de espaldas.

Tras su caída, un profundo estupor se adueñó de los guerreros; esta muerte sobrenatural los espantó y reanimó el ardor de sus adversarios, y unos segundos después la mitad de los combatientes abandonaba el campo de batalla.

—Vayamos más arriba para buscar una corriente que nos aleje —dijo el doctor—, estoy harto de este espectáculo.

Pero no partió lo suficientemente deprisa como para no ver a la tribu victoriosa precipitarse sobre los muertos y los heridos, disputarse su carne todavía caliente y comérsela ávidamente.

—¡Puah! —dijo Joe—. ¡Esto es asqueroso!

El *Victoria* se elevaba al dilatarse; durante algunos instantes, los aullidos de la horda delirante lo persiguieron; pero, por fin, empujado hacia el sur, se alejó de aquella escena de muerte y canibalismo.

El terreno ofrecería una multitud de variados accidentes, con numerosos arroyos que corrían hacia el este; se arrojaban sin duda en esos afluentes del lago Nu o al río de las Gacelas, del que Guillaume Lejean ha dado tan curiosos detalles.

Llegada la noche, el *Victoria* ancló a 27º de longitud y a 4º 20' de latitud septentrional, tras una travesía de 150 millas.

XXI

Extraños rumores. Un ataque nocturno. Kennedy y Joe en el árbol. Dos disparos. «¡A mí! ¡A mí!». Respuesta en francés. Por la mañana. El misionero. El plan de salvamento.

La noche era muy oscura. El doctor no había podido ver el país; se había enganchado a un árbol muy alto, cuya confusa masa apenas distinguía en la oscuridad.

Fiel a su costumbre, hizo su guardia a las nueve, y a medianoche Dick vino a reemplazarlo.

—Vigila bien, Dick, vigila atentamente.

—¿Ocurre algo nuevo?

—No. No obstante, me ha parecido escuchar vagos rumores debajo de nosotros; no sé adónde ha podido traernos el viento; un exceso de prudencia no puede perjudicarnos.

—Habrás oído los rugidos de algunas fieras.

—No, me ha parecido algo completamente diferente; pero, en fin, no dudes en despertarnos a la menor anormalidad.

—Puedes estar tranquilo.

Tras escuchar atentamente una última vez, el doctor, al no oír nada, se echó bajo su manta y se durmió enseguida.

El cielo estaba cubierto por espesas nubes, pero ni un soplo de viento agitaba el aire. El *Victoria*, sujeto por una sola ancla, no se movía.

Kennedy, acodado en la barquilla para vigilar la actividad del soplete, consideraba la oscura calma; interrogaba al horizonte, y como les sucede a los espíritus inquietos o prevenidos, su mirada creía a veces sorprender vagos destellos.

En un momento dado creyó incluso observar uno a una distancia de doscientos pasos; pero tan sólo fue un reflejo; después, ya no vio nada.

Era, sin duda, una de las impresiones luminosas que percibe la vista en la profunda oscuridad.

Kennedy se tranquilizaba y recaía nuevamente en su indecisa contemplación, cuando un agudo silbido atravesó el aire.

¿Era el grito de un animal, de un ave nocturna? ¿Salía de labios humanos?

Kennedy, sabedor de la gravedad de la situación, estuvo en un tris de despertar a sus compañeros; pero se dijo que, en cualquier caso, hombres o animales estaban fuera de alcance; cogió sus armas y, con su catalejo de noche, hundió de nuevo su mirada en el espacio.

Casi inmediatamente creyó entrever debajo de él unas formas borrosas que se deslizaban hacia el árbol; gracias a un rayo de luna que se filtró como un relámpago entre dos nubes, reconoció distintamente un grupo de individuos que se agitaban en la penumbra.

La aventura de los cinocéfalos le volvió a la memoria; tocó al doctor en el hombro.

Éste se despertó inmediatamente.

—Silencio —dijo Kennedy—, hablemos en voz baja.

—¿Pasa algo?

—Sí, despertemos a Joe.

En cuanto Joe se despertó, el cazador contó lo que había visto.

—¿Otra vez esos malditos monos? —dijo Joe.

—Es posible; pero hay que tomar precauciones.

—Joe y yo —dijo Kennedy— vamos a bajar al árbol por la escala.

—Mientras tanto —añadió el doctor— yo tomaré las medidas oportunas para poder elevarnos rápidamente.

—De acuerdo.

—Bajemos —dijo Joe.

—Utilizad vuestras armas sólo como último recurso —dijo el doctor—; no es prudente revelar nuestra presencia por estos parajes.

Dick y Joe respondieron con un gesto. Se deslizaron sin ruido por el árbol, y tomaron posición sobre una bifurcación de las ramas en las que el ancla había mordido.

Minutos después, escuchaban, mudos e inmóviles, entre el follaje. Al producirse una rozadura sobre la corteza, Joe tomó la

mano del escocés.

—¿Oye usted?

—Sí, algo se acerca.

—¿Y si fuera una serpiente? Ese silbido que ha oído usted...

—No, había algo humano.

—Prefiero a los salvajes —se dijo Joe—. Esos reptiles me repugnan.

—El ruido aumenta —prosiguió Kennedy, instantes después.

—¡Sí! Suben, trepan.

—Vigila por ese lado, yo me encargo del otro.

—Bien.

Se encontraban los dos aislados en la cima de una gruesa rama que se hundía en ese bosque llamado baobab; la oscuridad, acrecentada por la espesura del follaje, era profunda; no obstante, Joe, inclinándose al oído de Kennedy e indicándole la parte inferior del árbol, dijo:

—Negros.

Algunas palabras intercambiadas en voz baja llegaron incluso a oídos de los dos viajeros.

Joe se echó su fusil al hombro.

—Espera —dijo Kennedy.

Unos salvajes habían efectivamente escalado el baobab; surgían de todas partes, deslizándose por las ramas como reptiles, trepando lenta pero seguramente; las emanaciones de sus cuerpos, frotados con una grasa infecta, los traicionaban.

Enseguida, dos cabezas aparecieron ante los ojos de Kennedy y de Joe, a la altura justamente de la rama que ocupaban.



—Atención —dijo Kennedy—: ¡fuego!

La doble detonación retumbó como un trueno, y se apagó entre gritos de dolor. En un segundo, la horda al completo había desaparecido.

¡Pero, entre los aullidos, se produjo un grito extraño, inesperado, imposible! Una voz humana había proferido claramente estas palabras en francés:

—¡A mí! ¡A mí!

Kennedy y Joe, estupefactos, regresaron lo más rápido posible a la barquilla.

—¿Habéis oído? —les dijo el doctor.

—¡Desde luego! ¡Un grito sobrehumano! ¡A mí! ¡A mí!

—¡Un francés en manos de esos bárbaros!

—¡Un viajero!

—¡Un misionero, quizás!

—¡Desgraciado! —gritó el cazador—. ¡Están asesinándolo, están martirizándolo!

El doctor intentaba vanamente ocultar su emoción.

—No cabe duda —dijo—. Un pobre francés ha caído en manos de esos salvajes. Pero no nos marcharemos sin haber hecho todo lo posible para salvarlo. Con nuestros disparos, habrá reconocido un inesperado socorro, una intervención providencial. No defraudaremos su última esperanza. ¿Opináis lo mismo?

—Por supuesto, Samuel, y estamos dispuestos a obedecerte.

—Combinemos nuestras maniobras, y por la mañana intentaremos liberarlo.

—¿Pero cómo apartaremos a esos miserables negros? —preguntó Kennedy.

—Para mí, es evidente —dijo el doctor—, por su modo de huir, que no conocen las armas de fuego; tendremos pues que aprovechar su espanto; pero hay que esperar al día para actuar, y haremos nuestro plan de salvamento según la disposición del lugar.

—Ese pobre desgraciado no debe estar lejos —dijo Joe—, porque...

—¡A mí! ¡A mí! —repetía la voz, más debilitada.

—¡Bárbaros! —gritó Joe, palpitante—. Pero ¿y si lo matan esta noche?

—¿Oyes eso, Samuel? —continuó Kennedy tomando la mano del

doctor—. ¿Y si lo matan esta noche?

—No es probable, amigos míos; estos pueblos salvajes matan a sus prisioneros de día. ¡Les hace falta sol!

—¿Y si me aprovechara de la noche —dijo el escocés—, para deslizarme hasta ese desdichado?

—¡Lo acompaño, señor Dick!

—¡Deteneos, amigos míos, deteneos! Ese plan honra a vuestro corazón y vuestro valor; pero nos expondríais a todos y perjudicaríais aún más al que queremos salvar.

—¿Y por qué? —prosiguió Kennedy—. ¡Esos salvajes están atemorizados, dispersados! No volverán.

—Dick, te lo suplico, obedéceme; actúo por el bien común. ¡Si por casualidad te dejaras sorprender, todo estaría perdido!

—¡Pero ese desdichado que espera, que confía! ¡Nadie le responde! ¡Nadie acude a socorrerlo! ¡Debe de creer que sus sentidos le han engañado, que no ha oído nada!...

—Podemos tranquilizarlo —dijo el doctor Fergusson.

Y de pie, en medio de la oscuridad, formando una bocina con las manos, gritó con energía en la lengua del extranjero:

—¡Quien quiera que sea, tenga confianza! ¡Tres amigos velan por usted!

Le respondió un terrible alarido, que ahogó sin duda la respuesta del prisionero.

—¡Lo estrangulan, van a estrangularlo! —gritó Kennedy—. ¡Nuestra intervención no habrá servido más que para apresurar el momento de su suplicio! ¡Hay que actuar!

—¿Pero cómo, Dick? ¿Qué pretendes hacer en medio de esta oscuridad?

—¡Oh, si fuera de día! —exclamó Joe.

—Y bien, ¿si fuera de día? —preguntó el doctor, con un tono singular.

—Nada más sencillo, Samuel —respondió el cazador—. Descendería y dispersaría a tiros a esa mala ralea.

—¿Y tú, Joe? —preguntó Fergusson.

—Yo, señor, actuaría más prudentemente: le haría saber al prisionero una dirección para que escapara.

—¿Y cómo se la harías llegar?

—Por medio de la flecha que he cazado al vuelo, a la que ataría

una nota o simplemente hablándole en voz alta, ya que esos negros no comprenden nuestro idioma.

—Vuestros planes son impracticables, amigos míos; para ese desgraciado la dificultad más grande estriba en escaparse, y eso admitiendo que pudiera burlar la vigilancia de sus verdugos. En cuanto a ti, mi querido Dick, con mucha audacia y aprovechando el terror suscitado por nuestras armas de fuego, tu proyecto quizás triunfara; pero si fracasara, estarías perdido y tendríamos que salvar a dos personas en lugar de una. ¡No! Hay que poner todas las posibilidades de nuestro lado, y actuar de otro modo.

—Pero actuar inmediatamente —replicó el cazador.

—¡Quizás! —respondió Samuel, insistiendo en esa palabra.

—¿Señor, es usted capaz de disipar estas tinieblas?

—¿Quién sabe, Joe?

—¡Ah, si hace usted algo parecido, le proclamo el primer sabio del mundo!

El doctor calló por el espacio de unos instantes; reflexionaba. Sus dos compañeros lo miraban con emoción; la extraordinaria situación los había sobreexcitado. Fergusson no tardó en tomar la palabra:

—Este es mi plan —dijo—. Nos quedan doscientas libras de lastre, puesto que los sacos que hemos traído están intactos. Supongo que ese prisionero, un hombre evidentemente agotado por el sufrimiento, pesa tanto como uno de nosotros; aún nos quedarán unas sesenta libras que tirar para subir más rápidamente.

—¿Cómo piensas maniobrar? —preguntó Kennedy.

—Mira, Dick: estarás de acuerdo conmigo en que si llego hasta el prisionero y echo una cantidad de lastre igual a su peso, el equilibrio del globo no cambia en absoluto; pero entonces, si quiero obtener una rápida ascensión para escapar a esta tribu de negros, tengo que emplear métodos más enérgicos que el del soplete; ahora bien, si precipito este excedente de lastre en el momento oportuno, estoy seguro de elevarnos con una gran rapidez.

—¡Es evidente!

—Sí, pero hay un inconveniente; que, para descender más tarde, perderé una cantidad de gas proporcional al excedente de lastre que haya arrojado. Y ese gas es un bien precioso; pero no se puede lamentar su pérdida, cuando se trata de la vida de un hombre.

—¡Tienes razón, Samuel, debemos sacrificarlo todo para salvarlo!

—Actuemos, pues, y disponed esos sacos sobre el borde de la barquilla, de modo que se pueda arrojarlos de una vez.

—¿Pero y esta oscuridad?

—Sirve para ocultar nuestros preparativos. No se disparará hasta que hayamos terminado. Estad atentos y mantened las armas al alcance de la mano. Quizás haya que disparar; tenemos una bala para la carabina, cuatro para los dos fusiles, doce para los dos revólveres, en total diecisiete, que pueden dispararse en un cuarto de minuto. Pero quizás no sea necesario recurrir a tanto estrépito. ¿Estáis preparados?

—Estamos preparados —respondió Joe.

Los sacos estaban dispuestos, las armas estaban listas.

—Bien —dijo el doctor—. Miradlo todo. Joe se encargará de arrojar el lastre, y Dick de apoderarse del prisionero; pero no hagáis nada sin que yo dé la orden. Joe, ve primero a soltar el ancla, y vuelve enseguida a la barquilla.

Joe se dejó caer por el cable, y reapareció instantes después. El *Victoria*, liberado, flotaba en el aire, casi inmóvil.

Durante ese tiempo, el doctor se aseguró de la presencia de una cantidad suficiente de gas en la caja de mezcla para alimentar el soplete, sin que fuera necesario recurrir, por un tiempo, a la acción de la pila Bunsen; quitó los dos hilos conductores perfectamente aislados, que servían para descomponer el agua; después, hurgando en su bolsa de viaje, sacó dos trozos de carbón de afilada punta, que fijó a la extremidad de cada hilo.

Sus dos amigos lo miraban sin comprender, pero se callaban; cuando el doctor terminó su trabajo, se puso de pie en el centro de la barquilla; con cada mano cogió un carbón y acercó sus dos puntas.

De repente, un intenso y deslumbrante fulgor se produjo con un insostenible resplandor entre las dos puntas de carbón; un inmenso haz de luz eléctrica rompía literalmente la oscuridad de la noche.

—¡Oh, señor! —dijo Joe.

—Ni una palabra —dijo el doctor.

XXII

El haz de luz. El misionero. Rapto en un rayo de luz. El sacerdote lazarista. Pocas esperanzas. Cuidados del doctor. Una vida abnegada. Travesía de un volcán.

Fergusson proyectó hacia los diversos puntos del espacio su potente rayo de luz y le detuvo en un lugar donde se oyeron gritos de espanto. Sus dos compañeros lanzaron una ávida mirada.

El baobab sobre el que se mantenía casi inmóvil el *Victoria* se elevaba en el centro de un calvero; entre campos de sésamo y caña de azúcar, se vislumbraba una cincuentena de chozas, bajas y cónicas, alrededor de las cuales hormigueaba una numerosa tribu.

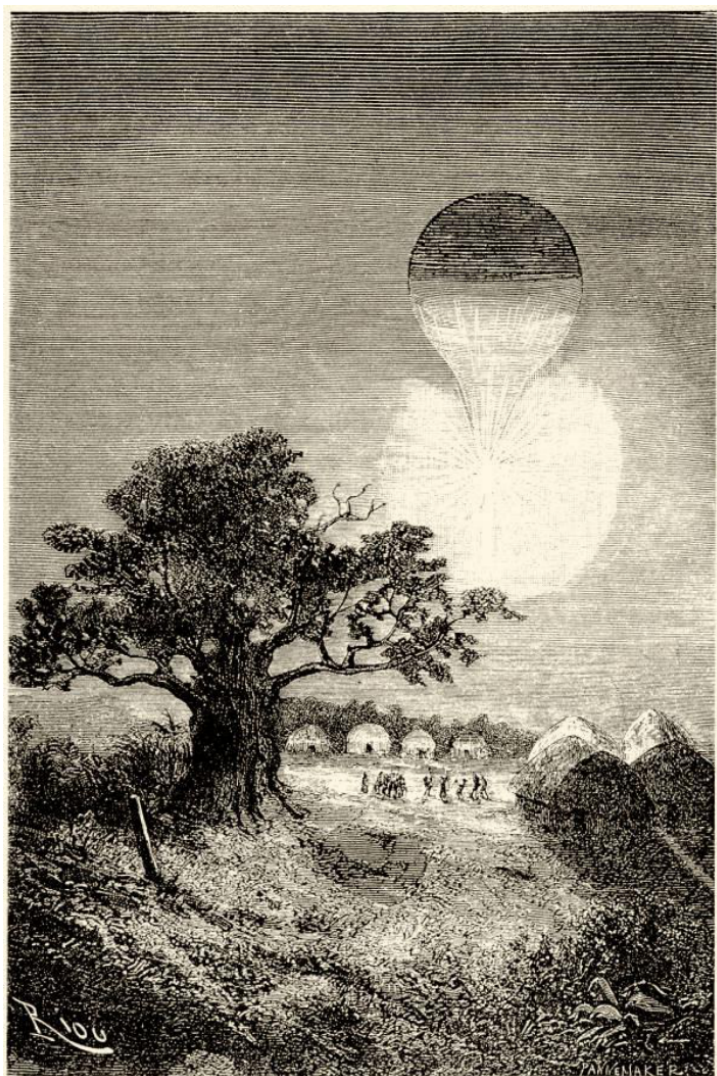
A cien pies por debajo del globo se erguía un poste. Al pie del poste yacía una criatura humana, un joven de treinta años todo lo más, con largos cabellos negros, semidesnudo, escuálido, ensangrentado, cubierto de heridas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como Cristo crucificado. Unos cabellos más ralos sobre el cráneo indicaban aún el lugar de una tonsura medio borrada.

—¡Un misionero, un sacerdote! —gritó Joe.

—¡Pobre desdichado! —respondió el cazador.

—¡Lo salvaremos, Dick! —dijo el doctor—. ¡Lo salvaremos!

La multitud de negros, al ver el globo, semejante a una cometa enorme con una cola de resplandeciente luz, experimentó un espanto fácil de comprender. Al oír sus gritos, el prisionero levantó la cabeza. En sus ojos brilló una rápida esperanza, y sin comprender demasiado lo que pasaba, tendió sus manos a sus inesperados salvadores.



—¡Vive, vive! —exclamó Fergusson—. ¡Loado sea Dios! ¡Esos salvajes están inmersos en un magnífico espanto! ¡Lo salvaremos! ¿Estáis preparados, amigos míos?

—Estamos preparados, Samuel.

—Joe, apaga el soplete.

La orden del doctor fue ejecutada. Una brisa apenas perceptible empujaba suavemente el *Victoria* sobre el prisionero, al tiempo que le hacía descender con la contracción del gas. Aproximadamente durante unos diez minutos, se quedó flotando entre las ondas luminosas. Fergusson desplegaba sobre el gentío Su resplandeciente haz, que dibujaba aquí y allá rápidas y vivas zonas de luz. La tribu, dominada por un indescriptible temor, desapareció poco a poco en sus chozas, y el poste quedó solitario. El doctor tenía razón cuando contaba con la fantástica aparición del *Victoria*, que proyectaba rayos de sol en medio de la intensa oscuridad.

La barquilla se acercó al suelo. Sin embargo, algunos negros más audaces, que comprendieron que su víctima iba a escapárseles, volvieron con grandes gritos. Kennedy cogió su fusil, pero el doctor le ordenó que no disparase.

El sacerdote, arrodillado, sin fuerzas para tenerse en pie, no estaba ni tan siquiera atado al poste, ya que su debilidad hacía inútiles las cuerdas. Cuando la barquilla tocó el suelo, el cazador soltó su arma, cogió al sacerdote por las axilas, y lo depositó en la barquilla, mientras Joe arrojaba bruscamente las doscientas libras de lastre.

El doctor esperaba ascender con una gran rapidez. ¡Pero, contrariamente a sus previsiones, el globo, tras elevarse entre tres y cuatro pies de altura, permaneció inmóvil!

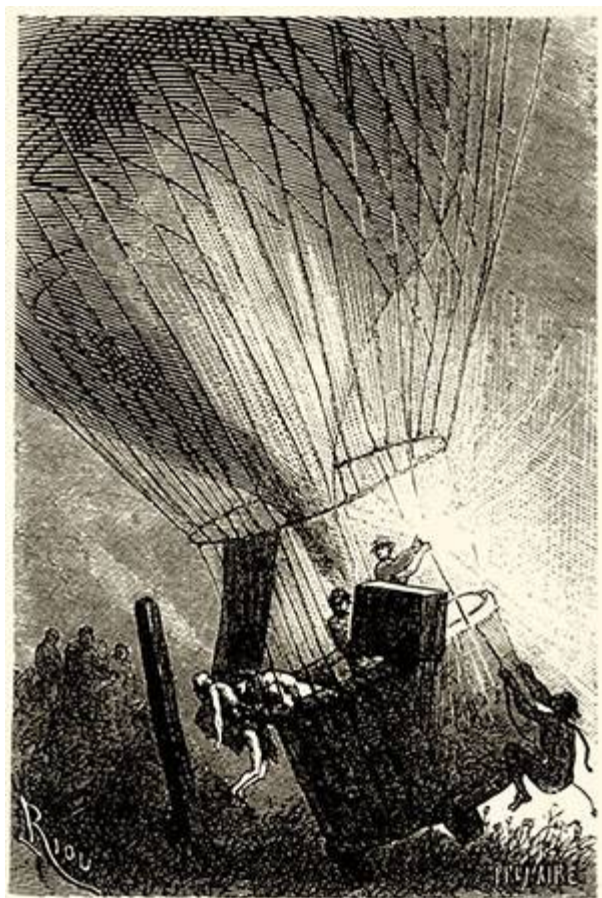
—¿Qué nos retiene? —gritó con aterrorizado acento.

Algunos salvajes acudían lanzando feroces gritos.

—¡Oh! —gritó Joe, asomándose afuera—. Uno de esos malditos negros se ha encaramado a la parte de abajo de la barquilla.

—¡Dick! ¡Dick! —gritó el doctor—. ¡La caja de agua!

Dick comprendió la idea de su amigo, levantó una de las cajas de agua, que pesaba más de cien libras, y la precipitó por la borda.



El *Victoria*, bruscamente liberado, pegó en el aire un salto de trescientos pies, entre los rugidos de la tribu, cuyo prisionero se les escapaba en un rayo de resplandeciente luz.

—¡Hurra! —gritaron los dos compañeros del doctor.

De repente, el globo dio un nuevo salto, que lo llevó a una altura de más de mil pies.

—¿Qué es eso? —preguntó Kennedy, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡No es nada, es ese cretino que nos suelta! —respondió tranquilamente Samuel Fergusson.

Y Joe, al inclinarse rápidamente, aún pudo ver al salvaje, con las manos tendidas, girando en el espacio, y poco después, estrellándose sobre la tierra. El doctor separó los dos hilos eléctricos

y la oscuridad volvió a ser profunda. Era la una de la madrugada.



El francés desvanecido abrió por fin los ojos.

—Está a salvo —le dijo el doctor.

—¡Salvado! —respondió en inglés, con una triste sonrisa—. ¡Salvado de una muerte cruel! Hermanos, les doy las gracias. ¡Pero mis Días, incluso mis horas, están contados y no me queda mucho tiempo de vida!

Y el misionero, agotado, recayó en su sopor.

—Se muere —gritó Dick.

—No, no —respondió Fergusson inclinándose sobre él—, pero está muy débil; acostémosle en la tienda.

Extendieron delicadamente sobre sus mantas el pobre cuerpo

enflaquecido, cubierto de cicatrices y de heridas todavía sangrantes, en el que el hierro y el fuego habían dejado, en veinte sitios, sus dolorosas marcas. Después de lavar las llagas, el doctor extendió sobre éstas un pañuelo que convirtió en vendas; realizó estos cuidados hábilmente, con la destreza de un médico; después, tomó de su botiquín un cordial y vertió unas gotas sobre los labios del sacerdote.

Éste apretó débilmente sus piadosos labios y casi sin fuerzas dijo:

—¡Gracias, gracias!

El doctor comprendió que necesitaba un reposo absoluto; corrió las cortinas de la tienda y volvió a tomar la dirección del globo.

Éste, aun con el peso de su nuevo huésped, había perdido casi ciento ochenta libras; se mantenía, pues, sin la ayuda del soplete.

Con las primeras luces del alba, una corriente de aire lo llevaba suavemente hacia el oeste-noroeste. Fergusson fue a contemplar unos minutos al adormilado sacerdote.

—¡Ojalá podamos conservar a este compañero que el cielo nos ha enviado! —dijo el cazador—. ¿Tienes alguna esperanza?

—Sí, Dick, con cuidados y en este aire tan puro, puede que...

—¡Cuánto habrá sufrido este hombre! —dijo Joe con emoción—. ¿Saben que al venir solo, en medio de estos pueblos, hacía cosas más arriesgadas que nosotros?

—No cabe duda de ello —respondió el cazador.

El doctor no quiso que se interrumpiera el sueño del desdichado en todo el día; era un largo sopor, entrecortado por murmullos de sufrimiento que no dejaban de inquietar a Fergusson.

Llegada la noche, el *Victoria* permaneció estático en medio de la oscuridad, y durante esa noche, mientras Joe y Kennedy se turnaban a la cabecera del enfermo, Fergusson veló por la seguridad de todos.

Al día siguiente, por la mañana, el *Victoria* apenas había derivado hacia el oeste. El día se anunciaba puro y magnífico. El enfermo pudo llamar a sus nuevos amigos con una voz menos débil. Corrieron las cortinas de la tienda y él aspiró con alegría el aire fresco de la mañana.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Fergusson.

—Mejor, quizás —respondió—. Pero, amigos míos, hasta ahora

tan sólo los he visto en un sueño, apenas puedo darme cuenta de lo que ha pasado. ¿Quiénes son ustedes, para que sus nombres no se olviden en mi última oración?

—Somos viajeros ingleses —respondió Samuel—; estamos intentando la travesía de África en globo, y a nuestro paso hemos tenido la dicha de salvarlo.

—La ciencia tiene sus héroes —dijo el misionero.

—Pero la religión tiene sus mártires —respondió el escocés.

—¿Es usted misionero? —preguntó el doctor.

—Soy un sacerdote de la misión de los Lazaristas [97]. El Cielo los ha enviado a mí, ¡loado sea! ¡Mi vida ya estaba sacrificada! Pero ustedes vienen de Europa. ¡Háblenme de Europa, de Francia! Hace cinco años que estoy sin noticias.

—¡Cinco años, solo, entre esos salvajes! —exclamó Kennedy.

—Son almas que hay que rescatar —dijo el joven sacerdote—, hermanos ignorantes y bárbaros, a los que sólo la religión puede instruir y civilizar.

Samuel Fergusson, en respuesta al deseo del misionero, le habló de Francia durante largo rato.

Éste lo escuchaba ávidamente y las lágrimas manaban de sus ojos. El pobre joven tomaba alternativamente las manos de Kennedy y de Joe entre las suyas, ardientes de fiebre; el doctor le preparó unas tazas de té que bebió con placer; tuvo entonces fuerzas para incorporarse un poco, y sonrió al verse en un cielo tan puro.

—Son ustedes unos viajeros audaces —dijo—, y su valiente empresa tendrá éxito. ¡Volverán a ver a sus parientes, a sus amigos, su patria...!

La debilidad del joven sacerdote fue entonces tan grande que fue menester acostarlo de nuevo. Una postración de varias horas lo tuvo como muerto entre las manos de Fergusson. Éste no podía contener su emoción; sentía huir aquella existencia. ¿Iban a perder tan deprisa al que habían arrancado del suplicio? Curó de nuevo las horribles llagas del mártir, y tuvo que sacrificar la mayor parte de su provisión de agua para refrescar sus ardientes miembros. Le dispensó los más tiernos e inteligentes cuidados. El enfermo renacía poco a poco entre sus brazos y recobraba el sentimiento, ya que no la vida.

El doctor supo su historia a través de sus palabras entrecortadas.

—Hable en su lengua materna —le había dicho—; la comprendo y se fatigará menos.

El misionero era un pobre joven, de un pueblo bretón, Aradon, en pleno Morbihan; sus primeros impulsos lo encaminaron hacia la carrera eclesiástica; quiso añadir a esta vida de abnegación una vida de peligros, y entró en la Orden de los sacerdotes de la Misión, fundada por el glorioso San Vicente de Paul; a los veinte años, abandonaba su país hacia las inhóspitas playas de África. Y de allí, poco a poco, atravesando obstáculos, desafiando privaciones, caminando y rezando, avanzó hasta las tribus que viven en la región de los afluentes del Nilo superior; durante dos años, su religión fue rechazada; su celo, menospreciado; sus caridades, mal aceptadas; permaneció prisionero de una de las más crueles tribus de Nyambara, que le infligió mil tormentos. Mas siempre enseñaba, instruía, oraba. Una vez dispersada la tribu, se le dio por muerto tras uno de los frecuentes combates entre tribus rivales, y en lugar de volver sobre sus pasos, continuó su evangelizadora peregrinación. Sus mejores momentos fueron aquellos en los que se le tomó por loco; se había familiarizado con los idiomas de aquellas comarcas; catequizaba. Finalmente, y durante dos largos años más, recorrió aquellas bárbaras regiones, impulsado por esa fuerza sobrehumana que procede de Dios; desde hacía un año, residía en la tribu de los Nyam-Nyam, llamada Barafri, una de las más salvajes. Muerto el jefe días atrás, se le atribuyó su inesperada muerte; resolvieron sacrificarlo; su suplicio había durado ya cuarenta horas; y tal y como había supuesto el doctor, debía morir bajo el sol del mediodía. Cuando escuchó el ruido de los disparos, su naturaleza le instó a gritar: «¡A mí! ¡A mí!», y creyó estar soñando cuando una voz venida del cielo le dirigió consoladoras palabras.

—No lamento —añadió— esta existencia que se va. ¡Mi vida es de Dios!

—Espere un poco más —le respondió el doctor—; estamos junto a usted; lo salvaremos de la muerte, del mismo modo que lo salvamos del suplicio.

—¡No pido tanto al Cielo! —respondió resignadamente el sacerdote—. ¡Bendito sea Dios, que me ha dado antes de morir la alegría de estrechar manos amigas y de escuchar la lengua de mi país!

El misionero sufrió un nuevo acceso de debilidad. El día transcurrió entre la esperanza y el temor, con Kennedy muy emocionado y con Joe secándose los ojos a escondidas.

El *Victoria* iba despacio, y el viento parecía querer cuidar su preciosa carga.

Hacia el atardecer, Joe señaló un enorme fulgor por el oeste; en latitudes más elevadas hubiera parecido una vasta aurora boreal; el cielo parecía incendiado. El doctor examinó atentamente el fenómeno.

—Sólo puede ser un volcán en erupción —dijo.

—Pues el viento nos lleva sobre él —replicó Kennedy.

—Bien. Lo pasaremos a una altura tranquilizadora.

Tres horas más tarde, el *Victoria* se encontraba en medio de las montañas; su posición exacta era de 24º 15' de longitud y de 4º 42' de latitud; ante él, un cráter llameante vomitaba torrentes de incandescente lava y proyectaba a gran altura fragmentos de rocas; coladas de fuego líquido recaían formando deslumbrantes cascadas. Un magnífico y peligroso espectáculo, ya que el viento, con una constante fijeza, empujaba el globo hacia esa atmósfera incendiada.

Como no se podía rodear el obstáculo, hubo que franquearlo; el soplete desplegó su llama al máximo, y el *Victoria* llegó a seis mil pies, dejando entre él y el volcán un espacio de más de trescientas toesas.

Desde su lecho de dolor, el sacerdote pudo contemplar el cráter ardiente del que escapaban mil haces resplandecientes.

—¡Qué bello es —dijo—, y qué infinito el poder de Dios, incluso en sus más terribles manifestaciones!



Ese desbordamiento de lava en ignición revestía las laderas de la montaña de un verdadero tapiz de llamas; el hemisferio inferior del globo resplandecía en la noche; un calor tórrido subía hasta la barquilla, y el doctor Fergusson se apresuró a alejarse de tan peligrosa situación.

A las diez de la noche la montaña era sólo un punto rojo en el horizonte y el *Victoria* proseguía tranquilamente su viaje por una zona menos elevada.

XXIII

Cólera de Joe. La muerte de un justo. El velatorio. Aridez. El entierro. Los bloques de cuarto. Alucinación de Joe. Un importante lastre. Situación de las montañas auríferas. Comiendo de las desesperaciones de Joe.

Una magnífica noche se extendía sobre la tierra. El sacerdote se sumió en una apacible postración.

—No volverá en sí —dijo Joe—. ¡Pobre joven! ¡Apenas si tenía treinta años!

—¡Su vida se apagará en nuestros brazos! —dijo el doctor con desesperación—. ¡Su respiración, ya débil, se debilita aún más y no puedo hacer nada para salvarlo!

—¡Qué infames y qué miserables! —gritaba Joe, a quien le acometían de cuando en cuando súbitos ataques de ira—. ¡Y pensar que ese buen sacerdote todavía ha hallado palabras para compadecerlos, para excusarlos, para perdonarlos!

—El cielo le ha otorgado una noche muy bella, Joe, quizás su última noche. Además sufrirá poco, y su muerte será únicamente un tranquilo sueño.

El moribundo pronunció unas cuantas palabras entrecortadas; el doctor se le acercó; la respiración del enfermo se tornaba difícil; pedía aire; se retiraron completamente las cortinas, y aspiró con fruición la ligera brisa de la noche transparente; las estrellas le dirigían su temblorosa luz, y la luna lo envolvía en el blanco sudario de sus rayos.

—¡Amigos míos —dijo con una voz desfallecida—, me voy! ¡Que Dios generoso os conduzca a buen puerto y os pague por mí mi deuda de gratitud!

—Espere un poco —le respondió Kennedy—. Tan sólo es un desfallecimiento pasajero. ¡Usted no morirá! ¿Acaso se puede uno morir en esta hermosa noche de verano?

—¡La muerte está aquí, lo sé! —prosiguió el misionero—. ¡Déjenme mirarla cara a cara! La muerte, comienzo de las cosas terribles, es tan sólo el fin de las preocupaciones terrestres. ¡Colóquenme de rodillas, hermanos míos, se lo ruego!

Kennedy lo levantó; fue desolador ver sus miembros sin fuerzas, que se doblaban bajo su propio peso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó el apóstol agonizante—. ¡Ten piedad de mí!

Su figura resplandeció. Lejos de aquella tierra que nunca le había dado alegrías, en medio de aquella noche que le enviaba sus más dulces claridades, en el camino del cielo al que se elevaba como en una milagrosa ascensión, parecía ya resucitar para una nueva existencia.

Su último gesto fue una suprema bendición a sus amigos de un día. Y recayó en los brazos de Kennedy, cuyo rostro bañaban gruesas lágrimas.

—¡Muerto! —dijo el doctor, inclinándose sobre él—. ¡Muerto!

Y de común acuerdo, los tres amigos se arrodillaron para rezar en silencio.

—Mañana por la mañana —dijo Fergusson— lo enterraremos en esta tierra africana regada con su sangre.

Durante el resto de la noche, el doctor, Kennedy y Joe velaron por turnos el cuerpo, sin que ni una sola palabra rompiera el religioso silencio; todos lloraban.

Al día siguiente, el viento venía del sur y el *Victoria* iba muy lentamente sobre una vasta y montañosa meseta; aquí, unos cráteres apagados; allí, unos áridos barrancos; ni una gota de agua sobre las cimas resacas; rocas amontonadas, piedras rodadas y margueras blanquecinas, todo denotaba una total y profunda esterilidad.

Hacia el mediodía, el doctor, para proceder al entierro del cadáver, resolvió bajar a un barranco, entre rocas plutónicas de formación primitiva; las montañas circundantes debían abrigarlo y permitirle traer la barquilla hasta el suelo, ya que no existía ningún árbol que pudiera servir de punto de apoyo.

Pero, tal y como le había explicado a Kennedy tras la pérdida de lastre ocurrida en el rescate del sacerdote, ahora no podía descender sin soltar una cantidad proporcional de gas; abrió, pues, la válvula del globo exterior. El hidrógeno salió y el *Victoria*

descendió tranquilamente hasta el barranco.

En cuanto la barquilla tocó tierra, el doctor cerró su válvula; Joe saltó al suelo y, asiéndose con una mano al borde de la barquilla, con la otra recogió un cierto número de piedras que no tardaron en reemplazar su propio peso; pudo entonces emplear sus dos manos, y enseguida amontonó en la barquilla más de quinientas libras de piedras; entonces, el doctor y Kennedy pudieron descender a su vez. El *Victoria* estaba equilibrado, y su fuerza ascensional no podía elevarlo.

Por otra parte, no fue necesario emplear una gran cantidad de piedras, ya que los bloques recogidos por Joe tenían una extrema pesadez, lo que, durante un momento, llamó la atención de Fergusson. El suelo estaba sembrado de cuarzo y de rocas porfídicas.

—He aquí un descubrimiento singular —se dijo mentalmente el doctor.

Mientras tanto, Kennedy y Joe se distanciaron unos pasos para escoger un sitio para la fosa. Hacía un calor terrible en aquel barranco encajonado como si fuera un horno. El sol del mediodía vertía a plomo sus rayos abrasadores.

Hubo, en primer lugar, que limpiar y desembarazar el terreno de los fragmentos de rocas que lo obstruían; luego cavaron una fosa, lo bastante profunda como para que las fieras salvajes no pudieran desenterrar el cadáver.

El cuerpo del mártir fue depositado allí con respeto.



La tierra cubrió sus restos mortales, y luego la recubrieron con gruesos fragmentos de roca.

El doctor permanecía inmóvil y sumido en sus reflexiones. No oía las llamadas de sus compañeros, no buscaba, junto a ellos, un refugio contra el calor del día.

—¿En qué piensas, Samuel? —le preguntó Kennedy.

—En un extraño contraste de la naturaleza, en un singular efecto del azar. ¿Sabéis en qué tierra ese hombre abnegado y pobre de espíritu ha sido sepultado?

—¿Qué quieres decir, Samuel?

—Ese sacerdote, que había hecho voto de pobreza, ¡reposa ahora mismo en una mina de oro!

—¡Una mina de oro! —gritaron Kennedy y Joe.

—Una mina de oro —respondió tranquilamente el doctor—. Esos bloques que pisáis como piedras sin valor, son minerales de una gran pureza.

—¡Es imposible, imposible! —repitió Joe.

—Si buscarais en esas fisuras de esquisto de pizarra, no tardaríais mucho en encontrar pepitas importantes.

Joe se precipitó como un loco sobre los dispersos fragmentos. Kennedy no tardó en imitarlo.

—Cálmate, mi buen Joe —le dijo su señor.

—Señor, eso es muy fácil de decir.

—¡Cómo! Un filósofo de tu temple...

—¡Eh, señor, no hay filosofía que valga!

—¡Vamos, reflexiona un poco! ¿De qué nos serviría toda esta riqueza? No podemos llevárnosla.

—¿Que no podemos llevárnosla? ¿Por qué?

—¡Es un poco pesado para nuestra barquilla! He dudado si decirte o no mi descubrimiento; temía excitar tu pesar.

—¡Cómo! —dijo Joe—. ¡Abandonar estos tesoros! ¡Una fortuna nuestra, muy nuestra, dejarla!

—Cuidado, amigo mío. ¿Es que se apodera de ti la fiebre del oro? ¿Es que ese muerto, al que acabas de dar sepultura, no te ha enseñado el valor de las cosas humanas?

—Todo eso es cierto —respondió Joe—; pero, bueno, ¡es que es oro! Señor Kennedy, ¿no me ayudará usted a recoger un poco de estos millones?

—¿Y qué haríamos con ello, mi pobre Joe? —dijo el cazador, que no pudo evitar una sonrisa—. No hemos venido aquí para hacer fortuna, y no debemos llevárnoslo.

—Pesan demasiado los millones —continuó el doctor— y no caben fácilmente en un bolsillo.

—Pero bueno —respondió Joe, acorralado en sus últimas trincheras—, ¿no podemos llevar, en vez de arena, este mineral como lastre?

—¡Bien, consiento! —dijo Fergusson—. ¿Pero no pondrás luego muy mala cara cuando tiremos millares de libras por la borda?

—¡Millares de libras! —seguía Joe—. ¿Es posible que todo esto sea oro?

—Sí, amigo mío; es una reserva donde la naturaleza ha amontonado sus tesoros desde hace siglos. ¡Aquí hay para enriquecer a países enteros! ¡Una Australia y una California reunidas en el fondo de un desierto!

—¡Y todo esto permanecerá inútil!

—¡Quizá! En cualquier caso, mira lo que voy a hacer para consolarte.

—Eso es difícil —replicó Joe con aspecto contrito.

—Escucha. Voy a apuntar la situación exacta de este lugar, te lo daré, y, cuando vuelvas a Inglaterra, se lo dirás a tus conciudadanos si es que crees que tanto oro puede labrar su felicidad.

—Bueno, señor, veo que tiene usted razón; me resigno, puesto que no hay más remedio. Llenemos nuestra barquilla de oro. Lo que quede al final del viaje siempre será mejor que nada.

Y Joe puso manos a la obra; trabajaba deprisa; pronto amontonó aproximadamente unas mil libras de fragmentos de cuarzo, en cuyo interior está encerrado el oro como en una ganga de gran dureza.

El doctor lo contemplaba sonriente; durante este trabajo, tomó sus referencias, y fijó el yacimiento de la tumba del misionero en 22° 23' de longitud y 4° 55' de latitud septentrional.

Después lanzó una última mirada al suelo removido bajo el que reposaba el cuerpo del pobre francés, y volvió a la barquilla.

Hubiera querido levantar una cruz modesta y tosca sobre aquella tumba abandonada en medio de los desiertos de África; pero ni un solo árbol crecía en los alrededores.

—Dios la reconocerá —dijo.

Una preocupación bastante seria se agitaba en la mente de Fergusson; hubiera dado gran parte de aquel oro por encontrar un poco de agua; quería llenar de nuevo la caja vaciada durante la elevación del negro pero era una cosa imposible en aquellos áridos terrenos; esto no dejaba de inquietarlo; obligado a alimentar sin cesar su soplete, observó que el agua destinada a saciar la sed empezaba a escasear; se propuso renovar su reserva en la primera ocasión.

De regreso a la barquilla, la encontró atestada por las piedras del ávido Joe; subió sin decir nada, Kennedy se instaló en su sitio habitual, y Joe los siguió a los dos, no sin antes echar una mirada de codicia sobre los tesoros del barranco.

El doctor encendió su soplete; el serpentín se calentó, la corriente de hidrógeno se inició al cabo de unos minutos, el gas se dilató, pero el globo no se movió.

Joe le miraba con inquietud y no decía palabra.

—Joe —dijo el doctor.

Joe no respondió.

—Joe, ¿me oyes?

Joe dio a entender que oía, pero que no quería comprender.

—Me vas a hacer el favor —prosiguió Fergusson— de tirar una cierta cantidad de este mineral al suelo.

—Pero, señor, usted me ha permitido...

—Yo te he permitido sustituir el lastre, eso es todo.

—No obstante...

—¿Acaso quieres que nos quedemos eternamente en este desierto?

Joe lanzó una mirada desesperada a Kennedy; pero el cazador adoptó el gesto de un hombre que nada podía hacer.

—¿Y bien, Joe?

—¿Será el soplete, que no funciona? —prosiguió el testarudo.

—¡Mi soplete está encendido, lo ves tan bien como yo! Pero el globo no subirá hasta que lo hayas deslastrado un poco.

Joe se rascó la oreja, cogió un fragmento de cuarzo, el más pequeño de todos, lo pesó, lo repesó, lo sopesó en sus manos; pesaba unas tres o cuatro libras; lo tiró.

El *Victoria* no se movió.

—¡Eh! —dijo—. ¿No subimos todavía?

—Todavía no —respondió el doctor—. Continúa.

Kennedy se reía. Joe arrojó todavía una decena de libras. El globo permanecía aún inmóvil. Joe palideció.

—Mi pobre muchacho —dijo Fergusson—, Dick, tú y yo pesamos, si no me equivoco, alrededor de unas cuatrocientas libras; tienes que librarte de un peso por lo menos equivalente al nuestro, puesto que éste nos reemplazaba.

—¡Tirar cuatrocientas libras! —gritó Joe, lastimeramente.

—Y algo más para que subamos. ¡Vamos, ánimo!

El buen muchacho, suspirando profundamente, comenzó a deslastrar el globo. De cuando en cuando se paraba:

—¡Estamos subiendo! —decía.

—No estamos subiendo —le respondían invariablemente.

—Se mueve —dijo por fin.

—Sigue —repetía Fergusson.

—¡Sube! Estoy seguro.

—Continúa —replicaba Kennedy.

Entonces, Joe cogió un último pedrusco con desesperación y lo arrojó fuera de la barquilla. El *Victoria* subió unos cincuenta pies, y, con la ayuda del soplete, sobrepasó enseguida las cimas circundantes.

—Ahora, Joe —dijo el doctor—, te queda aún una bonita fortuna, si logramos guardar esta provisión hasta el fin del viaje, y serás rico durante el resto de tus días.

Joe no respondió nada y se tumbó blandamente sobre su lecho de minerales.

—Habrás visto, mi querido Dick —prosiguió el doctor—, lo que puede ese metal sobre el mejor muchacho del mundo. ¡Cuántas pasiones, cuánta avidez, cuántos crímenes originaría el conocimiento de semejante mina! Esto es muy triste.

Por la tarde el *Victoria* había avanzado noventa millas hacia el oeste; se encontraba entonces a mil cuatrocientas millas en línea recta de Zanzíbar.

XXIV

Cede el viento. Proximidad del desierto. El inventario de la provisión de agua. Las noches del Ecuador. Inquietudes de Samuel Fergusson. La situación tal y como es. Enérgicas respuestas de Kennedy y de Joe. Una noche más.

El *Victoria*, sujeto a un árbol solitario y casi seco, pasó la noche en una tranquilidad perfecta; los viajeros pudieron saborear un poco de ese sueño que les hacía tanta falta; las emociones de los días anteriores les habían dejado tristes recuerdos.

Por la mañana, el cielo recobró su brillante limpidez y su color. El globo se elevó por los aires; tras algunos intentos infructuosos, encontró una corriente, poco rápida por otra parte, que le llevó hacia el noroeste.

—No avanzamos —dijo el doctor—; si no me equivoco, hemos hecho casi la mitad de nuestro viaje en diez días; pero, a esta marcha, nos harán falta meses para acabarlo. Esto es doblemente fastidioso por la amenaza de la falta de agua.

—Pero la encontraremos —respondió Dick—; es imposible no encontrar algún río, algún riachuelo, alguna charca en esta vasta extensión de terreno.

—¡Ojalá!

—¿No será el cargamento de Joe lo que retrasa nuestra marcha?

Kennedy hablaba así para reírse a costa del buen muchacho; tanto más cuanto que, por un instante, había experimentado las mismas alucinaciones que Joe; mas, como había sabido ocultarlas, se las daba de hombre impertérrito; sin dejar de reír, por otra parte.

Joe le lanzó una mirada lastimera. Pero el doctor no respondió. Pensaba, con secreto terror, en las vastas soledades del Sahara; allí pasan las semanas sin que las caravanas encuentren un pozo donde refrescarse. Así que vigilaba con la mayor atención las menores depresiones del suelo.



Estas precauciones y los últimos incidentes habían modificado notablemente la disposición de ánimo de los tres viajeros; éstos se sumían aún más en sus propios pensamientos.

El digno Joe no era el mismo desde que su mirada se había zambullido en ese océano de oro; se callaba; consideraba ávidamente las piedras amontonadas en la barquilla, hoy sin valor, inestimables mañana.

Por otra parte, el aspecto de aquella parte de África era inquietante. El desierto se aproximaba poco a poco. Ni un poblado, ni siquiera algunas chozas reunidas. La vegetación desaparecía. Apenas algunas plantas desmedradas como en los terrenos escoceses cubiertos de brezos y matorrales, el comienzo de unas arenas blanquecinas y piedras calcinadas, algunos lentiscos y arbustos espinosos. En medio de tal esterilidad, la rudimentaria corteza de la tierra aparecía en aristas de rocas desnudas y cortantes. Esos síntomas de aridez daban que pensar al doctor Fergusson.

No parecía que una caravana hubiera afrontado nunca aquella desierta comarca; hubiera dejado trazas visibles de acampadas, los huesos blanqueados de sus hombres o de sus animales. Pero nada. Y se presentía que una inmensidad de arena no tardaría en apoderarse de aquella desolada región.

Sin embargo no se podía retroceder; había que ir hacia adelante; el doctor no pedía otra cosa; hubiera deseado una tempestad que le arrastrara lejos de aquel país. ¡Y no había ni una sola nube en el cielo! Al final del día, el *Victoria* no había hecho más de treinta millas.

¡Si el agua no hubiera faltado! ¡Pero en total quedaban tres galones! [98]. Fergusson apartó un galón destinado a apagar la ardiente sed que un calor de noventa grados [99] hacía intolerable; quedaban dos galones para alimentar el soplete; sólo podían producir cuatrocientos ochenta pies cúbicos de gas; pero el soplete consumía aproximadamente nueve pies cúbicos por hora; no se podía avanzar más que durante cincuenta y cuatro horas. Todo esto era rigurosamente matemático.

—¡Cincuenta y cuatro horas! —dijo a sus compañeros—. Ahora bien, como he decidido no viajar de noche, por el temor de dejarnos atrás, sin verlo, un río, una fuente, una charca, nos quedan tres días y medio de viaje, durante los que hay que encontrar agua al precio

que sea. He creído necesario advertiros de la gravedad de la situación, amigos míos, ya que no reservo más que un galón para beber, y debemos someternos a un severo racionamiento.

—Raciónanos —respondió el cazador—; pero no desesperemos todavía. ¿Tenemos tres días por delante, dices?

—Sí, mi querido Dick.

—Bien; como nuestras lamentaciones no nos ayudarán en nada, en tres días habrá tiempo de tomar una decisión; hasta entonces redoblemos la vigilancia.

En la cena, el agua fue, pues, estrictamente medida; en los ponches se acrecentó la cantidad de aguardiente; pero había que desconfiar de este licor, más propicio para excitar la sed que para refrescar.

La barquilla reposó durante la noche en una inmensa meseta que presentaba una fuerte depresión. Su altura era apenas de ochocientos pies por encima del nivel del mar. Esta circunstancia devolvió un poco de esperanza al doctor; le recordó las presunciones de los geógrafos sobre la existencia de una vasta extensión de agua en el centro de África. Si ese lago existía, había que llegar a él; pero ni un solo cambio se producía en el cielo inmóvil.

A la pacífica noche, a su estrellada magnificencia, sucedieron el día inmutable y los ardientes rayos del sol; ya desde el alba la temperatura se hacía abrasadora. A las cinco de la mañana el doctor dio la señal de partida, y durante bastante tiempo el *Victoria* permaneció sin movimiento en una atmósfera de plomo.

El doctor hubiera podido escapar del intenso calor subiendo a las zonas superiores; pero había que gastar una mayor cantidad de agua, cosa imposible entonces. Se contentó, pues, con mantener su aerostato a cien pies del suelo; allí, una débil corriente lo empujaba hacia el horizonte occidental.

El almuerzo se compuso de un poco de carne seca y de *pemmican*. Sobre el mediodía, el *Victoria* apenas había hecho algunas millas.

—No podemos ir más deprisa —dijo el doctor—. No ordenamos, obedecemos.

—¡Ah, mi querido Samuel! —dijo el cazador—. Es ésta una de esas ocasiones en las que un propulsor no vendría mal.

—Sin duda, Dick, admitiendo, de todos modos, que no gastara agua para moverse, ya que en ese caso la situación sería exactamente la misma; hasta ahora, por otra parte, no se ha inventado nada utilizable. Los globos están todavía en el punto en que se encontraban los navíos antes de la invención del vapor. Se han tardado seis mil años en imaginar los álabes [100] y las hélices; tenemos, pues, tiempo para esperar.

—¡Maldito calor! —dijo Joe, limpiándose su frente empapada.

—¡Si tuviéramos agua, este calor nos sería útil, ya que dilata el hidrógeno del aerostato, y el serpentín necesita una llama menos fuerte! Es cierto que si no estuviéramos sin líquido no tendríamos que economizarlo. ¡Ah, maldito salvaje que nos ha costado esa importante caja!

—¿Lamentas lo que has hecho, Samuel?

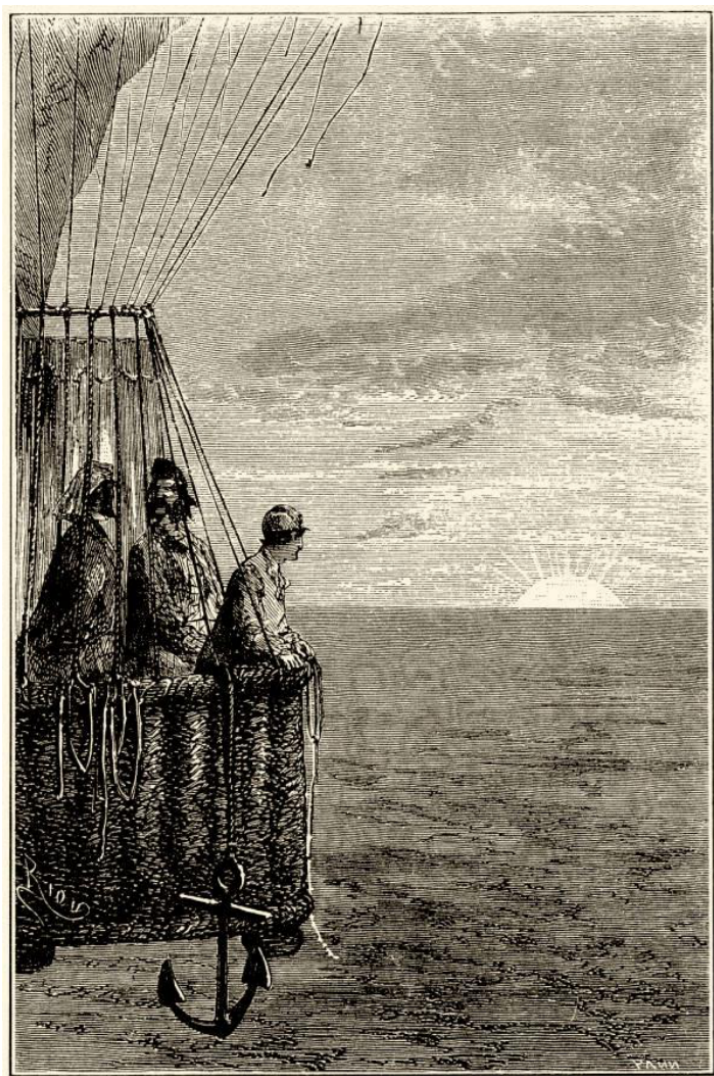
—No, Dick, puesto que hemos sustraído a ese infortunado a una muerte horrible. Pero las cien libras de agua que hemos tirado nos serían muy útiles; significaban doce o trece días de camino seguro, y ciertamente la travesía de este desierto.

—¿Hemos hecho por lo menos la mitad del viaje? —preguntó Joe.

—En distancia, sí; en duración, no, si el viento nos abandona. Mas tiene una tendencia a disminuir del todo.

—Vamos, señor —prosiguió Joe—, no nos podemos quejar; nos ha ido bastante bien hasta ahora, y, ocurra lo que ocurra, me resulta imposible desesperarme. Encontraremos agua, se lo digo yo.

El suelo, sin embargo, se allanaba de milla en milla; las ondulaciones de las montañas auríferas morían en la llanura; eran los últimos resaltos de una naturaleza agotada. Las hierbas dispersas reemplazaban a los hermosos árboles del este; algunas franjas de vegetación alterada luchaban todavía contra la invasión de la arena; las grandes rocas caídas de las lejanas cimas, aplastadas en su caída, se desparramaban en agudos guijarros que pronto se convertirían en arena gorda y después en impalpable polvo.



—Esta es África, tal y como te la imaginabas, Joe; tenía razón cuando te decía: ¡ten paciencia!

—Bien, señor —replicó Joe—, esto por lo menos es natural. ¡Calor y arena! Sería absurdo buscar otra cosa en semejante país. Mire usted —añadía riéndose—, yo no tenía confianza en sus bosques y en sus praderas. ¡Era un contrasentido! No vale la pena venir tan lejos para encontrar el paisaje de Inglaterra. Esta es la primera vez que me creo en África, y no me disgusta probarla un poco.

Al atardecer, el doctor comprobó que el *Victoria* no había ganado veinte millas en esa abrasadora jornada. Una caliente oscuridad le envolvió en cuanto el sol desapareció tras un horizonte trazado con la nitidez de una línea recta.

El día siguiente era el primero de mayo, un jueves; pero los días se sucedían con una desesperante monotonía; la mañana era idéntica a la mañana que le había precedido; el mediodía lanzaba profusamente sus mismos rayos siempre inagotables, y la noche condensaba en sus sombras ese calor diseminado que el día siguiente legaría una vez más a la noche siguiente. El viento, apenas sensible, se convertía más bien en una espiración que en un soplo, y se podía presentir el momento en que este aliento se apagaría.

El doctor reaccionaba contra la tristeza de aquella situación; conservaba la calma y la sangre fría de un corazón aguerrido. Con su catalejo, interrogaba todos los puntos del horizonte; veía empequeñecerse insensiblemente las últimas colinas y borrarse la última vegetación; ante él se extendía toda la inmensidad del desierto.

La responsabilidad que recaía sobre él le afectaba mucho, aunque no dejara entreverlo. A aquellos dos hombres, Dick y Joe, dos amigos, los había arrastrado lejos, casi por la fuerza de la amistad o del deber. ¿Había actuado bien? ¿No era tentar las vías prohibidas? ¿No intentaba con ese viaje franquear los límites de lo imposible? ¿No habría reservado Dios a siglos más avanzados el conocimiento de este ingrato continente?

Todos estos pensamientos, como sucede en las horas de desaliento, se multiplicaron en su cabeza, y, por una irresistible asociación de ideas, Samuel se dejaba llevar más allá de la lógica y del razonamiento. Tras comprobar lo que no hubiera debido hacer,

se preguntaba lo que había de hacer ahora. ¿Sería imposible volver atrás? ¿No existirían corrientes superiores que volverían a llevarlo a las regiones menos áridas? Conocía la anterior comarca, ignoraba cómo era la que venía; así que, hablando en conciencia, resolvió explicarse francamente con sus dos compañeros; les expuso claramente la situación; les mostró lo que se había hecho y lo que quedaba por hacer; en rigor se podía retroceder, intentarlo al menos. ¿Cuál era la opinión de ambos?

—No tengo otra opinión que la de mi señor —respondió Joe—. Lo que él sufra, lo puedo sufrir, y mejor que él. Donde él vaya, iré yo.

—¿Y tú Kennedy?

—Yo, mi querido Samuel, no soy hombre que se desespere; nadie conocía mejor que yo los peligros de esta empresa; pero, desde el momento en que tú los afrontabas, no quise verlos. Te pertenezco en cuerpo y alma. En la presente situación, mi opinión es que debemos perseverar, ir hasta el final. Además, los peligros me parecen igual de grandes para volver. Así pues, en adelante puedes contar con nosotros.

—Gracias, mis dignos amigos —respondió el doctor verdaderamente emocionado—. Me esperaba semejante abnegación; pero necesitaba esas alentadoras palabras. Una vez más, gracias.

Y los tres hombres se estrecharon efusivamente la mano.

—Escuchadme —prosiguió Fergusson—. Según mis notas, estamos a no más de trescientas millas del golfo de Guinea; el desierto no puede extenderse indefinidamente, puesto que la costa está habitada y explorada hasta una cierta distancia tierra adentro. Si hace falta, nos dirigiremos hacia esa costa, y es imposible que no encontremos algún oasis, algún pozo donde poder renovar nuestra provisión de agua. Pero lo que nos falta es el viento, y sin él estamos retenidos en medio del aire.

—Esperemos con resignación —dijo el cazador.

Pero cada uno a su vez interrogó vanamente al espacio durante aquella interminable jomada; nada que pudiera engendrar una esperanza apareció. Las últimas ondulaciones del terreno desaparecieron al ponerse el sol, cuyos rayos horizontales se extendieron en largas líneas de fuego sobre la plana inmensidad. Era el desierto.

Los viajeros no habían franqueado una distancia de quince millas; habían consumido, lo mismo que el día anterior, ciento treinta y cinco pies cúbicos de gas para alimentar el soplete, y tuvieron que sacrificar dos pintas de agua sobre ocho para aplacar una sed ardiente.

La noche se pasó tranquila, ¡demasiado tranquila! El doctor no durmió.

XXV

Un poco de filosofía. Una nube en el horizonte. En medio de una neblina. El globo inesperado. Las señales. Vista exacta del Victoria. Las palmeras. Rastros de una caravana. El pozo en medio del desierto.

Al día siguiente, idéntica pureza del cielo, idéntica inmovilidad de la atmósfera. El *Victoria* se elevó a una altura de quinientos pies; pero apenas si se desplazó ligeramente hacia el oeste.

—Estamos en pleno desierto —dijo el doctor—. ¡He aquí la inmensidad de arena! ¡Qué extraño espectáculo! ¡Qué singular disposición de la naturaleza! ¿Por qué allá abajo ese exceso de vegetación, aquí esta extrema aridez, y esto en la misma latitud, bajo los mismos rayos del sol?

—El porqué, mi querido Samuel, me inquieta poco —respondió Kennedy—; la causa me preocupa menos que el hecho. Esto es así, y eso es lo que importa.

—Hay que filosofar un poco, mi querido Dick; no puede hacernos daño.

—Filosofemos, me parece bien; tenemos tiempo; apenas si adelantamos. Al viento le da miedo soplar, duerme.

—Esto no puede durar mucho —dijo Joe—, me parece ver algunos grupos de nubes hacia el este.

—Joe tiene razón —respondió el doctor.

—Bueno —dijo Kennedy—. ¿Acaso tendremos nuestra nube con una buena lluvia y un buen viento que nos golpee la cara?

—Ya veremos, Dick, ya veremos.

—No obstante, es viernes, señor, y yo desconfío de los viernes.

—¡Bien! Espero que hoy mismo se disipen tus temores.

—Lo deseo, señor. ¡Uf! —dijo, enjugándose la cara—. El calor es una buena cosa, sobre todo en invierno; pero en verano no hay que abusar de él.

—¿No temes que los rayos del sol dañen a nuestro globo?

—No; la gutapercha que reviste al tafetán soporta temperaturas mucho más altas. A veces la he sometido interiormente, por medio del serpentín, a ciento cincuenta y ocho grados[101] y la envoltura no parece haber sufrido.

—¡Una nube! ¡Una nube de verdad! —gritó en ese momento Joe, cuya aguda vista desafiaba a todos los catalejos.

En efecto, un grupo espeso y ahora visible se elevaba lentamente por encima del horizonte; parecía profundo y como hinchado; era un montón de pequeñas nubes que conservaban invariablemente su primera forma, por lo que, el doctor concluyó que no existía ninguna corriente de aire en su aglomeración.

Aquella masa compacta había aparecido hacia las ocho de la mañana, y a las once alcanzaba el disco del sol, que desapareció por completo detrás de la espesa cortina; en ese momento, la línea inferior de la nube abandonaba la recta del horizonte, que estallaba en plena luz.

—No es más que una nube aislada —dijo el doctor—, no hay que contar demasiado con ella. Mira, Dick, su forma es todavía exactamente la de esta mañana.

—En efecto, Samuel, hoy no hay ni lluvia ni viento, por lo menos para nosotros.

—Es de temer, ya que se mantiene a una gran altura.

—Bueno, Samuel, ¿y si fuéramos a buscar esa nube, que no quiere romperse sobre nosotros?

—Me imagino que eso no serviría de gran cosa —respondió el doctor—; será un gasto de gas y, en consecuencia, más considerable aún de agua. Pero, en nuestra situación, no hay que desdeñar nada; vamos a subir.

El doctor incrementó la llama del soplete en las espirales del serpentín; se produjo un violento calor, y pronto el globo se elevó bajo la acción de su hidrógeno dilatado.

A mil quinientos pies aproximadamente del suelo, se adentró en la masa opaca de la nube y entró en una espesa neblina, manteniéndose en esta elevación; pero no halló el más mínimo soplo de viento; esa neblina parecía incluso desprovista de humedad, y los objetos expuestos a su contacto apenas si se humedecieron. El *Victoria*, envuelto en este vapor, ganó quizá una

marcha más sensible, pero eso fue todo.

El doctor comprobaba con tristeza el mediocre resultado obtenido por su maniobra, cuando oyó gritar a Joe, vivamente sorprendido:

—¡Ah! ¡Vaya!

—¿Qué pasa, Joe?

—¡Señor, señor Kennedy! ¡Esto sí que es extraño!

—¿Pero qué pasa?

—¡No estamos solos aquí! ¡Hay intrigantes! ¡Nos han robado nuestro invento!

—¿Se está volviendo loco? —preguntó Kennedy.

¡Joe era la imagen de la estupefacción! Permanecía inmóvil.

—¿Acaso el sol ha trastornado el cerebro de este pobre muchacho? —dijo el doctor volviéndose hacia él—: ¿Me dirás...? —añadió.

—Pero mire, señor —dijo Joe indicando un punto en el espacio.

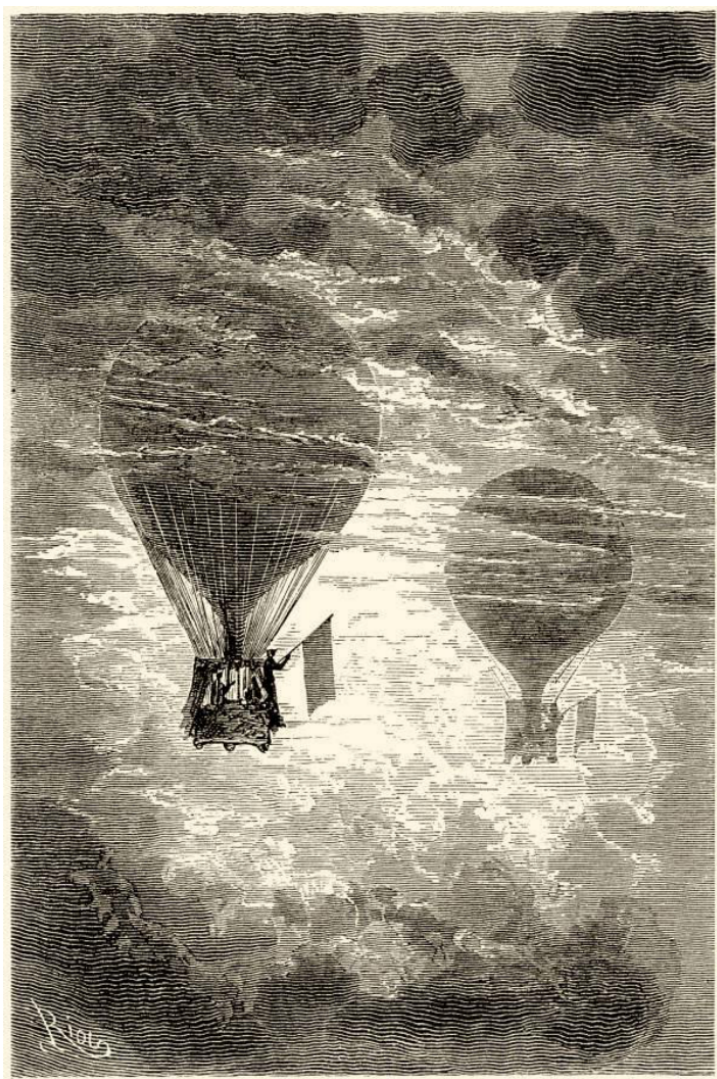
—¡Por San Patricio! —gritó Kennedy a su vez—. ¡Esto es increíble! ¡Samuel, Samuel, mira!

—Ya veo, ya veo —respondió tranquilamente el doctor.

—¡Otro globo! ¡Otros viajeros como nosotros!

En efecto, a doscientos pies un aerostato flotaba en el aire con su barquilla y sus viajeros; seguía exactamente la misma ruta que el *Victoria*.

—¡Bien! —dijo el doctor—. No nos queda más que hacerles señales; toma el pabellón, Kennedy, y mostremos nuestros colores.



Parece que los viajeros del segundo aerostato habían tenido en el mismo momento la misma idea, ya que la misma bandera repetía idénticamente el mismo saludo en una mano que la agitaba del mismo modo.

—¿Qué significa esto? —preguntó el cazador.

—¡Son monos! —gritó Joe—. ¡Se ríen de nosotros!

—Esto significa —respondió Fergusson riéndose—, que eres tú mismo el que te haces las señales, mi querido Dick; esto quiere decir que nosotros mismos estamos en esa segunda barquilla y que ese globo es simplemente nuestro *Victoria*.

—En cuanto a esto, señor, con todos los respetos —dijo Joe—, jamás logrará que me lo crea.

—Sube sobre el borde, Joe, agita tus brazos y ya verás.

Joe obedeció: vio su gesto exacta e instantáneamente reproducidos.

—No es más que un espejismo —dijo el doctor—, y no otra cosa; un simple fenómeno óptico; es debido a la ratificación desigual de las capas del aire, y eso es todo.

—¡Es maravilloso! —repetía Joe, que no podía rendirse y multiplicaba sus experiencias haciendo gestos con ambos brazos.

—¡Qué curioso espectáculo! —prosiguió Kennedy—. ¡Da gusto ver a nuestro buen *Victoria*! ¿Sabéis que tiene buen aspecto y es majestuoso?

—Puede usted explicar la cosa como quiera y a su modo —replicó Joe—. De todos modos es un curioso efecto.

Pero pronto la imagen se borró gradualmente; las nubes se elevaron a una altura superior, abandonando al *Victoria*, que no intentó seguir las, y al cabo de una hora desaparecieron en pleno cielo.

El viento, apenas sensible, pareció disminuir todavía más. El doctor, desesperado, se aproximó al suelo.

Los viajeros, a los que este incidente había hecho olvidar sus preocupaciones, recayeron en tristes pensamientos, agobiados por un calor devorador.

Hacia las cuatro, Joe señaló un objeto en relieve sobre la inmensa meseta de arena, y pronto pudo afirmar que dos palmeras se elevaban a poca distancia.

—¡Palmeras! —dijo Fergusson—. ¿Pero es que hay una fuente,

un pozo?

Tomó el catalejo y se aseguró de que los ojos de Joe no le engañaban.

—Por fin —repetía—. ¡Agua, agua! ¡Y estamos salvados, ya que por poco que avancemos, seguimos avanzando y acabaremos por llegar!

—¡Bien, señor! —dijo Joe—. ¿Y si bebiéramos entre tanto? El aire es verdaderamente asfixiante.

—Bebamos, muchacho.

Nadie se hizo de rogar. Cayó una pinta entera, lo que redujo la provisión a tres pintas y media solamente.

—¡Ah! ¡Qué bien sienta! —dijo Joe—. ¡Qué bueno! Nunca la cerveza de Perkins me causó tanto placer.

—Estas son las ventajas de la privación —respondió el doctor.

—No son muchas, en realidad —dijo el Cazador—, y aunque nunca me cause, placer beber agua, consentiré con tal de no verme privado de ella.

A las seis, el *Victoria* planeaba por encima de las palmeras.

Eran dos árboles delgados, raquíuticos, secos, dos espectros de árboles sin hojas, más muertos que vivos. Fergusson los observó con terror.

A sus pies, se distinguían las piedras semirroídas de un pozo; pero esas piedras, pulverizadas bajo los ardores del sol, parecían formar únicamente un polvo impalpable. No había apariencias de humedad. El corazón de Samuel se encogió, e iba a comunicar sus temores a sus compañeros, cuando las exclamaciones de éstos atrajeron su atención.

Una larga línea de osamentas blanqueadas se extendía hasta perderse de vista en el oeste; fragmentos de esqueletos rodeaban la fuente; una caravana había llegado hasta allí, y había marcado su paso con este largo osario; los más débiles habían caído poco a poco sobre la arena; los más fuertes, llegados a esta fuente tan deseada, habían encontrado en sus orillas una muerte horrible.

Los viajeros se miraron y palidecieron.

—No bajemos —dijo Kennedy—. ¡Huyamos de este repugnante espectáculo! Ahí no hay ni una sola gota de agua que podamos recoger.

—No, Dick, hay que tener la conciencia tranquila. Más vale

pasar la noche aquí que en otra parte. Exploraremos el pozo completo; ahí ha habido una fuente; quizá quede algo.

El *Victoria* tomó tierra; Joe y Kennedy colocaron en la barquilla un peso de arena equivalente al suyo y descendieron. Corrieron al pozo y penetraron en el interior por una escalera que ya era sólo polvo. La fuente parecía agotada desde hacía años. Cavarón en una arena seca y desmenuzable, la más árida de las arenas; no había rastros de humedad.

El doctor los vio volver a la superficie del desierto, sudando, deshechos, cubiertos de una fina polvareda, abatidos, descorazonados, desesperados.

Comprendió que su búsqueda había sido inútil; se lo esperaba, y no dijo nada. Presentía que a partir de ese momento iba a necesitar una energía y un valor triplicados.

Joe traía los fragmentos de un odre que arrojó con cólera entre las osamentas dispersas bajo el sol.

Durante la cena, ni una palabra se intercambió entre los viajeros; comían con repugnancia. Y, sin embargo, todavía no habían experimentado verdaderamente los tormentos de la sed, y tan sólo les desesperaba lo por venir.

XXVI

Ciento trece grados. Reflexiones del doctor. Búsqueda desesperada. El soplete se apaga. Ciento veintidós grados. La contemplación del desierto. Un paseo nocturno. Soledad. Desfallecimiento. Proyectos de Joe. Se concede un día más.

La ruta recorrida por el *Victoria* durante el día anterior no excedía de las diez millas, y, para mantenerse, se habían gastado ciento sesenta y dos pies cúbicos de gas.

El sábado por la mañana, el doctor dio la señal de partida.

—El soplete tiene para seis horas —dijo—. Si en seis horas no hemos descubierto un pozo o una fuente, sólo Dios sabe lo que nos sucederá.

—¡Poco viento esta mañana, señor! —dijo Joe—. Pero quizá se levante —añadió, al ver la mal disimulada tristeza de Fergusson.

¡Vana esperanza! Había en el aire una calma chicha, una de esas calmas que en los mares tropicales encadenan obstinadamente a los navíos. El calor se hizo intolerable, y el termómetro a la sombra, bajo la tienda, marcó ciento trece grados [102].

Joe y Kennedy, tendidos el uno junto al otro, buscaban en el sopor, ya que no en el sueño, el olvido de la situación. Una forzosa inactividad los condenaba a penosos ocios. El hombre es más digno de compasión cuando no puede sustraerse a su pensamiento con un trabajo o una ocupación material; pero aquí, nada que vigilar; nada tampoco que intentar; había que aguantar la situación sin poder mejorarla.

Los sufrimientos de la sed comenzaron a dejarse sentir cruelmente; el aguardiente, lejos de aplacar esa imperiosa necesidad, la acrecentaba y merecía realmente el nombre de «leche de tigres» que le dan los nativos de África. Apenas quedaban dos pintas de un líquido recalentado. Cada uno acariciaba con la mirada esas gotas tan preciosas, y nadie osaba mojar en ellas sus labios.

¡Dos pintas de agua en medio de un desierto!

Entonces el doctor Fergusson, hundido en sus reflexiones, se preguntó si había actuado prudentemente. ¿No habría sido mejor conservar esa agua que había descompuesto en pura pérdida para mantenerse en la atmósfera? Había hecho un poco de camino, sin duda, ¿pero había avanzado? Aunque se encontrara sesenta millas más atrás de esa latitud, ¿qué importaría puesto que el agua le faltaba en aquel lugar? Si el viento se levantaba por fin, soplaría allí como aquí, ¡menos de prisa aquí incluso, si venía del este! ¡Pero la esperanza empujaba a Samuel hacia adelante! Y no obstante, ¡esos dos galones de agua gastados en vano bastaban para nueve días de alto en ese desierto! ¡Y qué cambios podían producirse en nueve días! Además, aun conservando esa agua, quizá hubiera debido elevarse arrojando parte del lastre, aunque perdiera gas para bajar después. ¡Pero el gas de su globo era su sangre, era su vida!

Estas mil reflexiones se agitaban en su cabeza, que tomaba entre sus manos, sin levantarla durante horas enteras.

—¡Hay que hacer un último esfuerzo! —se dijo hacia las diez de la mañana—. ¡Hay que intentar por última vez descubrir una corriente atmosférica que nos lleve! Hay que arriesgar nuestras últimas provisiones.

Y, mientras sus compañeros dormitaban, sometió el hidrógeno del aerostato a una alta temperatura; éste se redondeó bajo la dilatación del gas y subió derecho hacia los rayos perpendiculares del sol. El doctor buscó vanamente un soplo de viento desde los cien pies a las cinco millas; su punto de partida permaneció obstinadamente por debajo de él; una calma absoluta parecía reinar hasta los últimos límites del aire respirable.

Por fin el agua de alimentación se agotó; el soplete se apagó, faltó de gas; la pila de Bunsen dejó de funcionar, y el *Victoria*, al contraerse, descendió suavemente sobre la arena, en el mismo sitio en que la barquilla había trazado sus surcos.

Era mediodía; se encontraban a 19° 35' de longitud y 6° 51' de latitud, a casi quinientas millas del lago Chad, a más de cuatrocientas millas de las costas occidentales de África.

Al tomar tierra, Dick y Joe salieron de su pesado sopor.

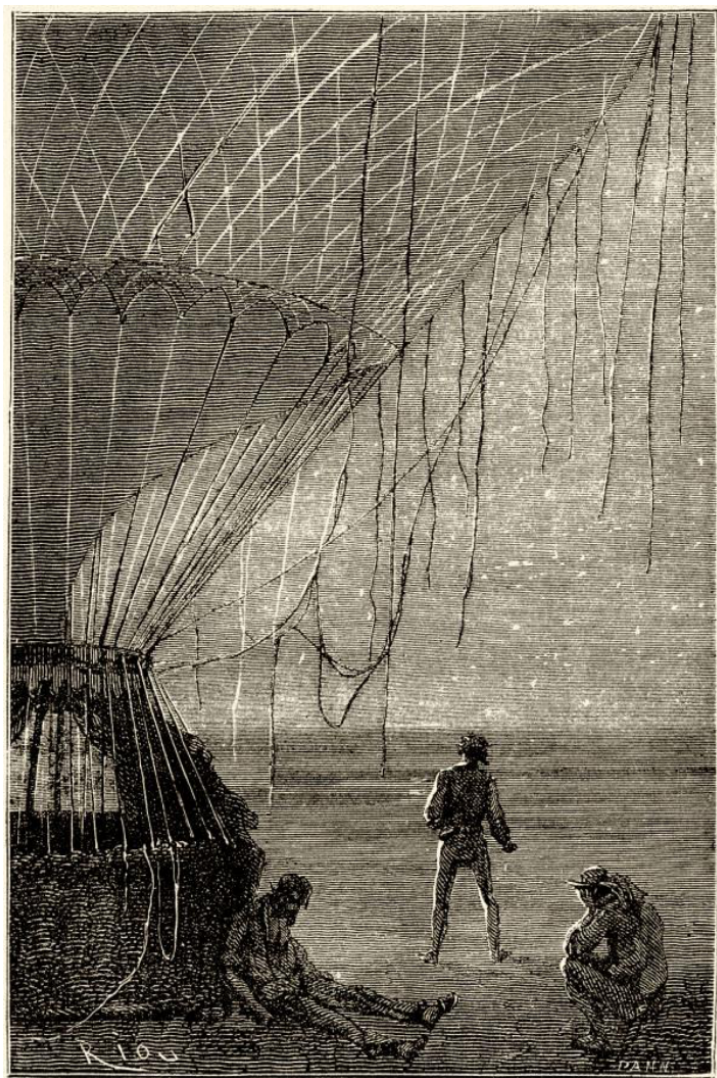
—Nos detenemos —dijo el escocés.

—No hay más remedio —respondió Samuel con gravedad.

Sus compañeros lo comprendieron. El nivel del suelo se encontraba entonces, por su constante depresión, al nivel del mar; así pues, el globo se mantuvo en un perfecto equilibrio y en una absoluta inmovilidad.

El peso de los viajeros se reemplazó por una carga equivalente de arena, y bajaron a tierra; cada uno se absorbió en sus pensamientos, y, durante varias horas, no hablaron. Joe preparó la cena, compuesta de galletas y de *pemmican*, que apenas se tocó; un sorbo de agua caliente completó la triste comida.

Durante la noche nadie veló, pero nadie durmió. El calor fue sofocante. Por la mañana sólo quedaba media pinta de agua; el doctor la reservó, y decidieron tocarla solamente en último extremo.



—¡Me ahogo, el calor aumenta! —gritó enseguida Joe—. ¡No me extraña! —dijo tras consultar el termómetro—. ¡Ciento cuarenta grados[103]!

—La arena quema —respondió el cazador— como si saliera de un horno. ¡Y ni una sola nube en ese cielo lleno de fuego! ¡Es para volverse loco!

—No nos desesperemos —dijo el doctor—; en esta latitud, a los grandes calores suceden inevitablemente tempestades, y éstas llegan con la rapidez del rayo; pese a la desesperanzadora serenidad del cielo, en menos de una hora pueden producirse grandes cambios.

—¡Pero bueno! —prosiguió Kennedy—. ¡Habría algún indicio!

—Bien —dijo el doctor—, me parece que el barómetro tiene una ligera tendencia a bajar.

—¡Que el cielo te oiga, Samuel, porque aquí estamos clavados a este suelo como un pájaro con las alas rotas!

—Con la diferencia, no obstante, mi querido Dick, de que nuestras alas están intactas, y espero que todavía puedan servirnos.

—¡Ah, viento, viento! —gritó Joe—. Que nos lleve a un río, a un pozo y no nos faltará nada. ¡Nuestros víveres son suficientes, y con agua esperaremos un mes sin sufrir! Pero la sed es una cosa cruel.

La sed, pero también la incesante contemplación del desierto fatigaba el ánimo; no había ni un solo accidente en el terreno, ni un montículo de arena, ni una piedra donde la mirada pudiera detenerse. Aquella llanura descorazonaba y ocasionaba ese malestar llamado el mal del desierto. La impasibilidad del azul árido del cielo y del inmenso amarillo de la arena acababa por asustar. En esa atmósfera incendiada, el calor parecía vibrar, como si estuviera encima de una hoguera incandescente; el ánimo se desesperaba al ver esa inmensa calma, y no había ninguna razón para que cesara semejante estado de cosas, ya que la inmensidad es una especie de eternidad.

De este modo, los desgraciados, privados de agua bajo esa tórrida temperatura, comenzaron a sentir síntomas de alucinación; sus ojos se agrandaban, su mirada se tornaba borrosa.

Cuando llegó la noche, el doctor resolvió combatir aquella inquietante disposición con una rápida marcha; quiso recorrer la llanura de arena durante algunas horas, no para buscar, sino para caminar.

—Venid —les dijo a sus compañeros—, creedme, esto os sentará bien.

—Imposible —respondió Kennedy—, no podría dar un paso.

—Prefiero dormir —dijo Joe.

—Pero, amigos míos, reaccionad contra ese sopor. El sueño y el reposo serán funestos. Vamos, venid.

El doctor no pudo obtener nada de ellos, y partió solo en medio de la transparencia estrellada de la noche.

Sus primeros pasos, los pasos de un hombre debilitado y desacostumbrado a caminar, fueron penosos; pero pronto se dio cuenta de que el ejercicio sería saludable; avanzó unas cuantas millas hacia el oeste, y ya su ánimo se reconfortaba, cuando de repente el vértigo lo asaltó; se creyó inclinado sobre un abismo; sintió que sus rodillas se doblaban; la vasta soledad lo aterró; era el punto matemático, el centro de una infinita circunferencia, es decir, ¡nada! El *Victoria* desaparecía enteramente en las sombras. El doctor se sintió invadido por un invencible terror, ¡él, el impasible, el audaz viajero! Quiso volver sobre sus pasos, pero en vano. ¡Llamó! Ni siquiera un eco le respondió, y su voz cayó en el espacio como una piedra en un abismo sin fondo. Se tumbó, desfallecido, sobre la arena, solo, en medio de los grandes silencios del desierto.



A medianoche, volvió en sí en los brazos de su fiel Joe; éste, inquieto por su prolongada ausencia, había seguido sus pasos netamente impresos en el suelo; lo había encontrado desvanecido.

—¿Qué le ha ocurrido, señor? —preguntó.

—No será nada, mi buen Joe; un momento de debilidad, eso es todo.

—En efecto, no será nada, señor; pero levántese; apóyese en mí y volvamos al *Victoria*.

El doctor, del brazo de Joe, volvió por el camino que había seguido.

—Ha sido una imprudencia, señor; no se aventura uno así. Habrían podido desvalijarlo —añadió, riéndose—. Vamos, señor, hablemos en serio.

—¡Habla, te escucho!

—Hay que tomar absolutamente una decisión. Nuestra situación no puede durar más de unos días, y si el viento no llega, estamos perdidos.

El doctor no respondió.

—¡Pues bien! ¡Es necesario que alguien se sacrifique por el bien común y es muy natural que ese alguien sea yo!

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál es tu proyecto?

—Un proyecto muy sencillo: coger víveres y caminar siempre hacia adelante hasta que llegue a alguna parte, lo que no puede dejar de ocurrir. Durante ese tiempo, si el cielo les envía un viento favorable, no me esperen, váyanse. Por mi parte, si llego a un poblado, me las arreglaré con algunas palabras de árabe que me dará usted por escrito, ¡y vendré en su ayuda o me dejaré la piel! ¿Qué piensa usted de mi proyecto?

—Es insensato, pero digno de tu buen corazón, Joe. Pero es imposible, no nos dejarás.

—Pero, bueno, señor, hay que intentar algo. ¡Esto no puede perjudicarlos en nada, puesto que, se lo repito, no me esperarán, y, además, puedo conseguirlo!

—¡No, Joe, no! ¡No nos separaremos! Sería añadir un nuevo dolor a los demás. Estaba escrito que esto sería así, y muy probablemente está escrito que será de otro modo más tarde, así que lo que haremos será esperar con resignación.

—Sea, señor; pero le advierto una cosa: le doy todavía un día; no esperaré más; hoy es domingo, o, mejor dicho, lunes, ya que es la una de la mañana; si el martes no partimos, intentaré la aventura; es un proyecto irrevocablemente decidido.

El doctor no respondió; no tardaron en llegar a la barquilla, en la que se instaló junto a Kennedy. Éste estaba inmerso en un absoluto silencio, que no debía de ser el del sueño.

XXVII

Calor aterrador. Alucinaciones. Las últimas gotas de agua. Noche de desesperación. Tentativa de suicidio. El simún. El oasis. León y leona.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo el doctor fue consultar el barómetro. La columna de mercurio apenas si había marcado un descenso apreciable.

—¡Nada! —se dijo—. ¡Nada!

Salió de la barquilla, y examinó el tiempo; el mismo calor, la misma pureza, la misma implacabilidad.

—¿Habrá que desesperar? —gritó.

Joe no dijo nada, absorto en su pensamiento. Meditaba en su proyecto de exploración.

Kennedy se levantó muy enfermo, preso de una inquietante sobreexcitación. Sufría horriblemente con la sed. Su lengua y sus labios tumefactos apenas podían articular un sonido.

Quedaban todavía allí algunas gotas de agua; todos lo sabían, todos pensaban en ellas y se sentían atraídos por ellas; pero nadie osaba dar el paso.

Los tres compañeros, los tres amigos, se miraban con ojos adustos, con un sentimiento de avidez bestial, que se revelaba sobre todo en Kennedy; su potente organismo sucumbía más fácilmente a aquellas intolerables privaciones; durante todo el día fue presa del delirio; iba y venía, lanzando gritos roncoss, mordiéndose los puños, presto a abrirse las venas para beberse la sangre.

—¡Ah! —gritó—. ¡País de la sed, te iría bien llamarte país de la desesperación!

Luego se sumió en una profunda postración; no se oía más que el silbido de su respiración entre sus labios alterados.

Hacia el atardecer, Joe fue presa a su vez de un comienzo de locura; el vasto oasis de arena se le antojaba ser un inmenso

estanque, con aguas claras y límpidas; en más de una ocasión se precipitó al suelo inflamado para bebérselo; y se levantaba con la boca llena de polvo.

—¡Maldición! —dijo, encolerizado—. ¡Es agua salada!

Entonces, mientras Fergusson y Kennedy permanecían tumbados sin movimiento, le dominó el invencible pensamiento de beberse las gotas de agua reservadas. Fue más fuerte que él; se dirigió a la barquilla arrastrándose de rodillas, contempló la botella en la que se agitaba el líquido, le dirigió una mirada desmesurada, la cogió y se la llevó a los labios.

En ese momento, las palabras: «¡Agua, agua!» fueron pronunciadas con un acento desgarrador.

Era Kennedy que se arrastraba junto a él; el desdichado daba pena, suplicaba de rodillas, lloraba.

Joe, llorando también, le ofreció la botella, y Kennedy agotó su contenido hasta la última gota.

—Gracias —dijo.

Pero Joe no le oyó; estaba como él caído sobre la arena.

Lo que pasó durante esa noche horrible se ignora. Pero el día siguiente, martes por la mañana, bajo la ducha de fuego que vertía el sol, los infortunados sintieron que sus miembros se resecaban poco a poco. Cuando Joe quiso levantarse, le fue imposible, no pudo.

Miró a su alrededor. En la barquilla, el doctor, abrumado, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba un punto imaginario en el espacio con una estúpida fijación. Kennedy daba miedo; balanceaba la cabeza de derecha a izquierda como una fiera enjaulada.

De repente, las miradas del cazador se detuvieron en su carabina, cuya culata sobresalía del borde de la barquilla.

—¡Ah! —gritó, levantándose con un esfuerzo sobrehumano.

Se precipitó sobre el arma, desesperado, loco, y dirigió el cañón hacia su boca.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo Joe, precipitándose sobre él.

—¡Déjame! ¡Vete! —dijo, con un estertor, el escocés.

Los dos luchaban encarnizadamente.

—Vete, o te mato —repetía Kennedy.

Pero Joe se aferraba a él con fuerza, se debatieron de este modo,

sin que el doctor pareciera verlos, y durante casi un minuto; en la lucha, la carabina se disparó de repente; al oír la detonación, el doctor se irguió, derecho como un espectro; miró a su alrededor.

Pero, de repente, su mirada se animó, su mano apuntó al horizonte y, con una voz que ya no tenía nada de humana, gritó:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Allí!

Había tal energía en su gesto, que Joe y Kennedy se separaron, y los dos miraron.

La llanura se agitaba como un mar embravecido en un día de tempestad; olas de arena se enzarzaban en medio de una intensa polvareda; una inmensa columna venía desde el sureste girando con una extremada rapidez; el sol desaparecía tras una nube opaca, cuya sombra desmesurada se alargaba hasta el *Victoria*; las motitas de fina arena rodaban con la facilidad de moléculas líquidas, y esta creciente marea se acercaba poco a poco.

Una mirada de enérgica esperanza brilló en los ojos de Fergusson.

—¡El simún[104]!

—¡El simún! —repitió Joe, sin comprender de qué se trataba.

—Tanto mejor —gritó Kennedy con una rabia desesperada—. ¡Tanto mejor! ¡Vamos a morir!

—¡Tanto mejor! —replicó el doctor—. ¡Al contrario, vamos a vivir!

Y empezó a arrojar rápidamente la arena que lastraba la barquilla.

Sus compañeros le comprendieron por fin y se unieron a él.

—Y ahora, Joe —dijo el doctor—, ¡echa fuera unas cincuenta libras de tu mineral!

Joe no lo dudó, y, sin embargo, sintió una pena rápidamente desvanecida. El globo se elevó.

—Ya era hora —gritó el doctor.

El simún llegaba efectivamente con la rapidez del rayo. Un poco más y el *Victoria* se habría desgarrado, destrozado, aniquilado. La inmensa tromba iba a alcanzarlo; un granizo de arena lo cubrió.

—¡Más lastre! —gritó el doctor a Joe.

—Ya está —respondió éste, al tiempo que tiraba un enorme fragmento de cuarzo.

El *Victoria* subió rápidamente por encima de la tromba; pero,

envuelto en el inmenso desplazamiento de aire, fue arrastrado a una incalculable velocidad por encima del mar de arena.

Samuel, Dick y Joe no hablaban; esperaban, miraban, refrescados, por otra parte, por el viento del torbellino.

A las tres, la tormenta cesó; la arena, al recaer, formaba una innumerable cantidad de montículos; el cielo recobraba su tranquilidad.

El *Victoria*, de nuevo inmóvil, planeaba sobre un oasis, isla cubierta de árboles verdes, surgida en la superficie de aquel océano.

—¡El agua! ¡El agua está ahí! —gritó el doctor.

Inmediatamente, abrió la válvula superior, dio paso al hidrógeno, y descendió suavemente a doscientos pasos del oasis.

En cuatro horas, los viajeros habían hecho un recorrido de doscientas cuarenta millas[105].

La barquilla se equilibró enseguida, y Kennedy, seguido de Joe, se precipitó al suelo.

—¡Vuestros fusiles! —gritó el doctor—. Vuestros fusiles, y sed prudentes.

Dick se precipitó sobre su carabina y Joe se apoderó de uno de los fusiles. Avanzaron rápidamente hasta los árboles, y se adentraron bajo la fresca vegetación que les anunciaba abundantes fuentes; no prestaron atención a las grandes pisadas, a las frescas marcas impresas aquí y allá en el suelo húmedo.

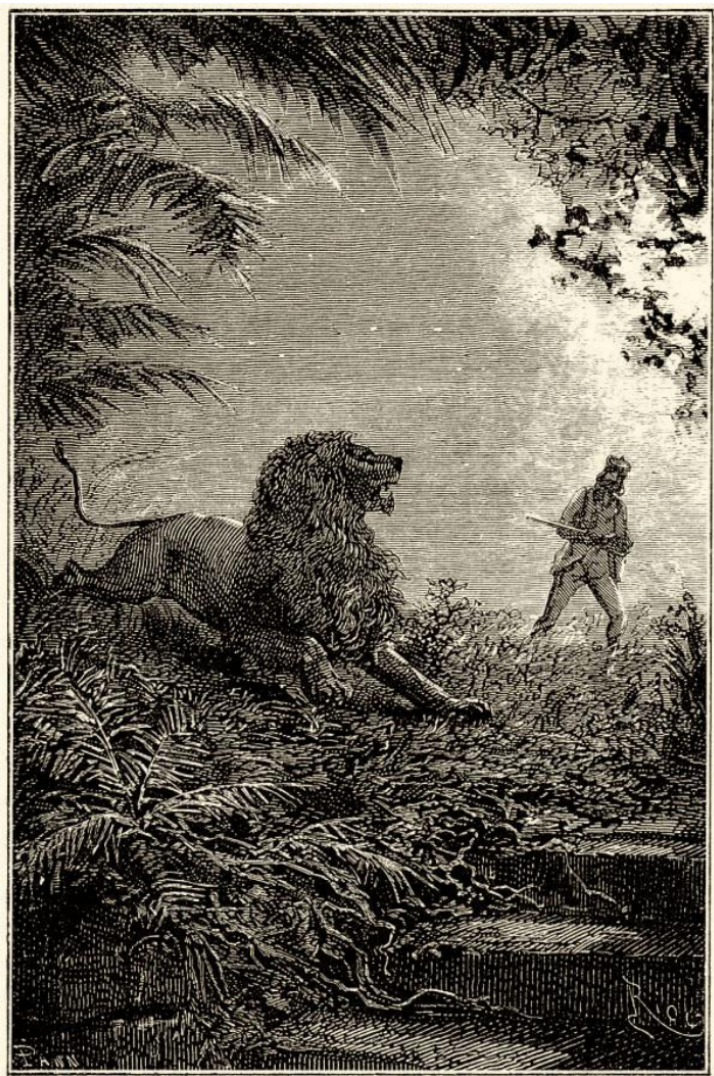
De repente, un rugido resonó a veinte pasos de ellos.

—¡El rugido de un león! —dijo Joe.

—¡Tanto mejor! —replicó, exasperado, él cazador—. ¡Pelearnos! Uno sólo es fuerte cuando pelea.

—¡Prudencia, señor Dick, prudencia! De la vida de uno depende la de todos.

Pero Kennedy no lo escuchaba; avanzaba con los ojos brillantes, la carabina cargada, terrible en su audacia. Bajo una palmera, un enorme león de crines oscuras se hallaba en posición de ataque. Nada más ver al cazador, saltó; pero antes de que tocara tierra le fulminó una bala en el corazón; el gran felino cayó muerto.



—¡Hurra, hurra! —gritó Joe.

Kennedy se precipitó hacia el pozo, resbaló en las húmedas escaleras, y se tumbó ante una fresca fuente, en la que mojó ávidamente sus labios; Joe le imitó, y durante un buen rato no se oyó más que los ruidos de lengua, propios de los animales cuando beben.

—Cuidado, señor Dick —dijo Joe, respirando—. ¡No abusemos!

Pero Dick, sin responder, seguía bebiendo. Hundía su cabeza y sus manos en el agua bienhechora; literalmente, se emborrachaba.

—¿Y el señor Fergusson? —dijo Joe.

Esta sola palabra devolvió a Kennedy a la realidad; llenó una botella que había traído y se lanzó inmediatamente sobre las escaleras del pozo.

¡Pero cuál fue su estupefacción! Un cuerpo opaco, enorme, cerraba la entrada. Joe, que seguía a Dick, tuvo que retroceder con él.

—¡Estamos encerrados!

—¡Es imposible! ¿Qué será esto?...

Dick no concluyó; un rugido terrible le hizo comprender a qué nuevo enemigo tenía que enfrentarse.

—¡Otro león! —gritó Joe.

—No, ¡una leona! ¡Ah, maldita bestia, espera! —dijo el cazador, recargando velozmente su carabina.

Un instante más tarde, disparaba, pero el animal había desaparecido.

—¡Adelante! —gritó.

—No, señor Dick, no la ha matado usted; su cuerpo habría rodado hasta aquí; está ahí, dispuesta a saltar sobre el primero que aparezca, ¡y éste está perdido!

—Pero ¿qué hacer? ¡Hay que salir! ¡Y Samuel que nos espera!

—Atraigamos al animal; tome mi fusil y deme su carabina.

—¿Cuál es tu proyecto?

—Ahora lo verá.

Joe, quitándose su chaqueta, la puso en la boca del arma, y la presentó como cebo por encima de la entrada.

La bestia, furiosa, se precipitó encima; Kennedy la esperaba, y de un balazo le rompió la paletilla. La rugiente leona rodó por la escalera, y derribó a Joe.

Éste creía ya sentir las enormes patas del animal abatirse sobre él, cuando resonó una segunda detonación, y el doctor Fergusson apareció en la entrada, con su fusil en la mano humeante todavía.

Joe se levantó rápidamente, pasó por encima del cuerpo del animal, y entregó a su señor la botella llena de agua.

Llevarla a sus labios y vaciar la mitad de su contenido fue para Fergusson todo uno, y los tres viajeros dieron gracias de todo corazón a la providencia que tan milagrosamente los había salvado.

XXVIII

Delicioso atardecer. La cocina de Joe. Disertación sobre la carne cruda. La historia de James Bruce. La acampada. Los sueños de Joe. Baja el barómetro. Sube el barómetro. Preparativos para la partida. El huracán.

La tarde fue encantadora bajo las frescas sombras de las mimosas, tras una reconfortante comida; y no economizaron el té ni el ponche.

Kennedy recorrió todos los rincones de aquel pequeño terreno, explorando hasta los arbustos; los viajeros eran los únicos seres animados de aquel paraíso terrestre; se tumbaron bajo sus mantas y pasaron una noche tranquila que les hizo olvidar los pasados sufrimientos.

Al día siguiente, 7 de mayo, el sol brillaba con todo su fulgor, pero sus rayos no podían atravesar la espesa cortina del follaje. Como tenían víveres en cantidad suficiente, el doctor resolvió esperar en aquel lugar un viento favorable.

Joe se había traído su cocina portátil y se dedicaba a un sinfín de combinaciones culinarias, consumiendo agua con pródiga despreocupación.

—¡Qué extraña sucesión de penas y alegrías! —exclamó Kennedy—. ¡Esta abundancia después de la privación, este lujo tras la miseria! ¡Ah, y qué cerca he estado de la locura!

—Mi querido Dick —le dijo el doctor—, sin Joe, no estarías aquí discurriendo sobre la inestabilidad de las cosas humanas.

—¡Mi buen amigo! —dijo Kennedy, tendiéndole la mano a Joe.

—No hay de qué —respondió éste—. Puede usted desquitarse, señor Dick, ¡pero espero que no se le presente la ocasión!

—¡Nuestra naturaleza es más bien pobre! —prosiguió Fergusson—. ¡Dejarse abatir por tan poca cosa!

—¡Por tan poca agua, querrá usted decir, señor! ¡Este elemento

es muy necesario para vivir!

—Sin duda, Joe, y la gente privada de alimento resiste mucho más tiempo que la gente privada de agua.

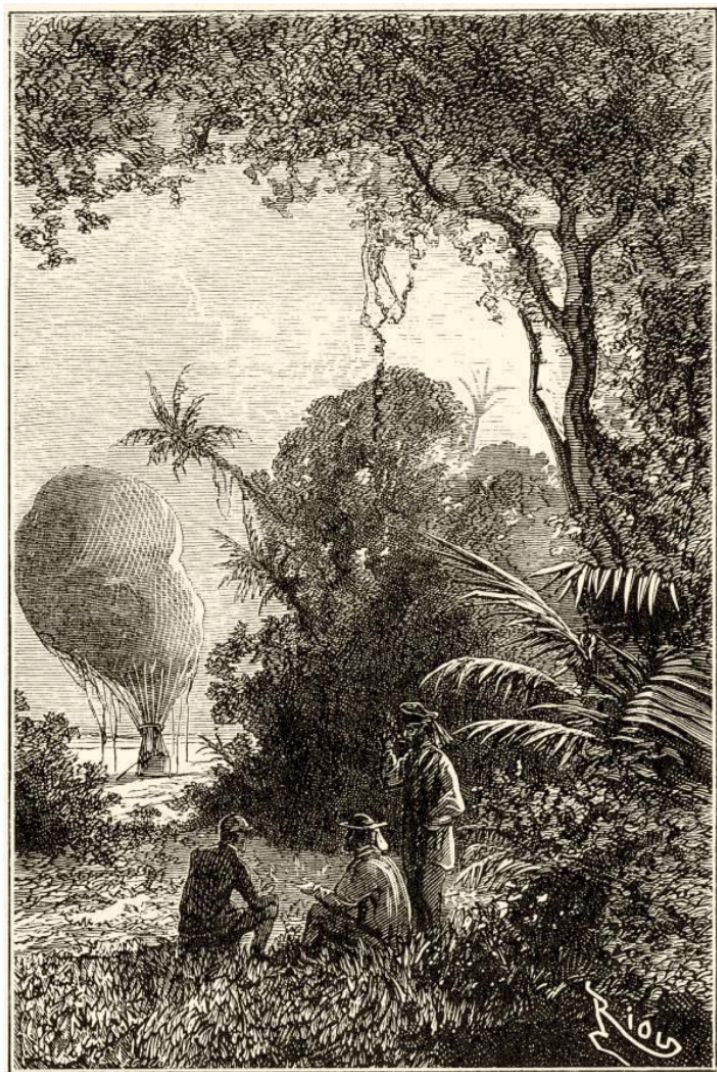
—Lo creo; además, en caso de necesidad, uno se come lo que encuentre, incluso a su semejante, ¡aunque eso debe de ser una comida que pesará largo tiempo en el corazón!

—No obstante, los salvajes no le hacen ascos —dijo Kennedy.

—Sí, pero son salvajes y están acostumbrados a la carne cruda. ¡Es una costumbre repugnante!

—Es bastante repugnante, en efecto —prosiguió el doctor—, así que nadie dio crédito a los relatos de los primeros viajeros de África; éstos contaron que los habitantes de los poblados se alimentaban generalmente de carne cruda, y la gente se negó a admitir este hecho. En estas circunstancias, a James Bruce le ocurrió una singular aventura.

—Cuéntenosla, señor; tenemos tiempo de escucharle —dijo Joe, tumbándose voluptuosamente en la fresca hierba.



—Con mucho gusto. James Bruce era un escocés de Stirling, que, de 1768 a 1772, recorrió toda Abisinia hasta el lago Tana, a la búsqueda de las fuentes del Nilo; después, volvió a Inglaterra, donde publicó sus viajes en 1790. Sus relatos fueron acogidos con una extremada incredulidad, incredulidad que sin duda también espera a los nuestros. Las costumbres de Abisinia parecían tan diferentes de los usos y costumbres inglesas, que nadie quería creerlas. Entre otros detalles, James Bruce dijo que los pueblos del África oriental comían carne cruda. Esto levantó a todo el mundo en contra suya. ¡Podía contar lo que quisiera! ¡Como nadie iría a verlo! Bruce era un hombre muy valiente y muy colérico. Estas dudas lo irritaban profundamente. Un día, en un salón de Edimburgo, un escocés abordó en su presencia el tema de las cotidianas bromas, y sobre la carne cruda declaró firmemente que la cosa no era ni posible ni real. Bruce no dijo nada; salió, y entró instantes después con un filete crudo, espolvoreado con sal y pimienta, al estilo africano. «Señor —le dijo al escocés—, al dudar de mis palabras, me ha ofendido usted muy gravemente; creyéndolas imposibles, se ha equivocado usted completamente. Y para probárselo a todo el mundo, va usted a comerse de inmediato este filete crudo o me rendirá cuentas por sus palabras». El escocés tuvo miedo, y obedeció, no sin hacer grandes muecas. Entonces, con la mayor sangre fría, James Bruce añadió: «Admitiendo incluso que esto no fuera cierto, por lo menos ya no mantendrá que es imposible».

—Bien dicho —dijo Joe—. Si el escocés atrapó una indigestión, tuvo lo que se merecía. Y si, de vuelta a Inglaterra, se pone en duda nuestro viaje...

—¿Qué harás tú, Joe?

—¡Les haré comer a los incrédulos los pedazos del *Victoria*, sin sal y sin pimienta!

Rieron de la ocurrencia de Joe. El día transcurrió así, con agradables conversaciones; con la salud, volvía la esperanza; con la esperanza, la audacia. El pasado se borraba ante el futuro con una providencial rapidez.

Joe no hubiera querido abandonar nunca aquel refugio encantador; era el reino de sus sueños; se sentía en su casa; fue necesario que su señor le diera su situación exacta, y él la inscribió en sus notas de viaje con gran seriedad: 15° 43' de longitud y 8° 32'

de latitud.

Kennedy tan sólo lamentaba una cosa: no poder cazar en ese bosque en miniatura; según él, a la situación le faltaban unos cuantos animales feroces.

—Mi querido Dick, olvidas muy deprisa. ¿Y ese león, y esa leona?

—¡Eso! —dijo con el desprecio del verdadero cazador por el animal abatido—. Pero, de todos modos, su presencia en este oasis puede indicar que no estamos muy lejos de las comarcas fértiles.

—Es una prueba mediocre, Dick; estos animales, empujados por el hambre y la sed, recorren a menudo considerables distancias; durante la próxima noche, haremos bien en vigilar más atentamente y en encender fogatas.

—¡Con esta temperatura! —dijo Joe—. En fin, si es necesario, se hará. Pero me dará mucha pena quemar un bosque que nos ha sido tan útil.

—Cuidemos de no incendiarlo —respondió el doctor—, para que otros puedan encontrar algún día un refugio en medio del desierto.

—Tendremos cuidado, señor. ¿Pero piensa usted que este oasis es conocido?

—Ciertamente. Es un lugar de acampada para las caravanas que frecuentan el centro de África, y su visita podría no gustarte, Joe.

—¿Es que todavía andan por aquí esos horribles Nyam-Nyam?

—Sin duda es el nombre genérico de todas estas poblaciones, y, bajo el mismo clima, las mismas razas deben de tener costumbres parecidas.

—¡Puah! —dijo Joe—. Claro que, después de todo, ¡es muy natural! Si los salvajes tuvieran los gustos de los *gentlemen*[106], ¿dónde estaría la diferencia? Por ejemplo, estas gentes no se habrían hecho de rogar para comerse el filete del escocés, y probablemente también al escocés.

Tras su sensata reflexión, Joe fue a recoger la leña para las hogueras nocturnas, que dispuso con las mayores precauciones posibles. Afortunadamente, tales precauciones fueron inútiles, y cada uno durmió alternativamente con un profundo y apacible sueño.

Al día siguiente tampoco cambió el tiempo; se mantenía obstinadamente en calma. El globo permanecía inmóvil, sin que

ninguna oscilación denunciara el menor soplo de viento.

El doctor comenzó a inquietarse otra vez; si el viaje se prolongaba, los víveres serían insuficientes. Tras haber estado a punto de sucumbir por falta de agua, ¿estarían condenados a morir de hambre?

Pero se tranquilizó al ver que el mercurio bajaba muy sensiblemente en el barómetro; había evidentes signos de un próximo cambio en la atmósfera; resolvió, pues, comenzar sus preparativos de partida para aprovechar la primera ocasión; y llenó las cajas de agua y de alimentos.

Fergusson tuvo después que restablecer el equilibrio de su aerostato, y Joe se vio obligado a sacrificar de nuevo una buena parte de su precioso mineral. Con la salud, había vuelto su ambición; hizo más de un gesto contrito antes de obedecer a su señor; pero éste le demostró que no podía elevar un peso tan considerable; le dio a escoger entre el oro y el agua; Joe no dudó más, y arrojó sobre la arena una gran cantidad de sus preciosos guijarros.

—Esto para los que lleguen después de nosotros —dijo—; les extrañará encontrar una fortuna en semejante lugar.

—¡Eh! —dijo Kennedy—. ¿Y si algún sabio viajero encuentra esas muestras?...

—No dudes, mi querido Dick, que se sorprenderá enormemente, y que publicará su sorpresa en un considerable volumen. ¡Algún día, oiremos hablar de un maravilloso yacimiento de cuarzo aurífero en medio de las arenas de África!

—Y Joe será el culpable.

Durante el resto del día, el doctor esperó en vano un cambio en la atmósfera. La temperatura subió, y sin las sombras del oasis hubiera sido inaguantable. El termómetro marcó al sol ciento cuarenta y nueve grados[107]. Una verdadera lluvia de fuego atravesaba el aire. Fue el calor más alto registrado hasta el momento.

Joe dispuso, como la víspera, el vivaque de la tarde; y durante las guardias del doctor y de Kennedy no se produjo ningún nuevo incidente.

Pero, hacia las tres de la mañana, y con Joe de guardia, la temperatura descendió súbitamente, el cielo se cubrió de nubes y la

oscuridad aumentó.

—¡Alerta! —gritó Joe, despertando a sus dos compañeros—. ¡Alerta, aquí está el viento!

—Por fin —dijo el doctor, mirando al cielo—. ¡Es una tormenta! ¡Al *Victoria*, al *Victoria*!

Ya era tiempo de subir. El *Victoria* se combaba bajo la fuerza del huracán, y arrastraba a la barquilla, que rayaba la arena. Si, por casualidad, una parte del lastre se hubiera caído al suelo, el globo se habría marchado, y toda esperanza de recuperarlo hubiera sido inútil.

Pero el ágil Joe corrió con la mayor celeridad y detuvo la barquilla, mientras el aerostato, con riesgo de romperse, se tumbaba sobre la arena. El doctor se instaló en su sitio habitual, encendió su soplete y arrojó el exceso de peso.

Los viajeros miraron por última vez los árboles del oasis que se plegaban bajo la tempestad, y pronto, envueltos por el viento del este a más de doscientos pies del suelo, desaparecieron en la noche.



XXIX

Síntomas de vegetación. La fantástica idea de un autor francés. Magnífico país. El reino de Adamoua. Las exploraciones de Speke y Burton ligadas a las de Barth. Los montes Atlantika. El río Benué. La ciudad de Yola. El Bagelé. El monte Mendif.

Desde su partida, los viajeros avanzaron con una gran rapidez; ansiaban dejar atrás ese desierto que había estado a punto de serles funesto.

Hacia las nueve y cuarto de la mañana entrevieron algunos síntomas de vegetación, hierbas que flotaban sobre aquel mar de arena y que les anunciaban, como a Cristóbal Colón, la proximidad de la tierra; tallos verdes asomaban tímidamente entre las piedras que iban a convertirse en las rocas de ese océano.

Unas colinas no muy altas ondulaban el horizonte; su perfil, borrado por la bruma, se dibujaba vagamente; la monotonía desapareció.

El doctor saludaba con alegría a la nueva comarca, y, como un vigía, se sentía a punto de gritar:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Una hora más tarde el continente se extendía bajo sus ojos, con un aspecto todavía salvaje pero menos llano, menos desnudo, con algunos árboles que se perfilaban en el cielo gris.

—¿Estamos en un país civilizado? —dijo el cazador.

—¿Civilizado, señor Dick? Es un modo de hablar; todavía no se ven habitantes.

—No tardaremos en verlos —respondió Fergusson—, a la marcha que llevamos.

—¿Estamos todavía en el país de los negros, señor Samuel?

—Todavía, Joe, en espera de llegar al país de los árabes.

—¿Árabes, señor, verdaderos árabes, con sus camellos?

—No, sin camellos; estos animales son raros, por no decir desconocidos, en estas comarcas; hay que remontar unos cuantos grados al norte para encontrarlos.

—Es una lástima.

—¿Por qué, Joe?

—Porque, si el viento se torna adverso, podrían servirnos.

—¿Cómo?

—Señor, es una idea que tengo: podríamos atarlos a la barquilla y que nos remolcaran. ¿Qué me dice?

—Mi pobre Joe, esta idea la tuvo otro antes que tú; ha sido explotada por un divertido autor francés[108] en una novela, es cierto. Unos camellos arrastran a unos viajeros en globo; llega un león que devora a los camellos, se traga la cuerda, y los remolca a su vez; y así todo el tiempo. Como ves, esto es pura fantasía y no tiene nada que ver con nuestro modo de locomoción.

Joe, un poco humillado al pensar que su idea ya había servido, buscó al animal que hubiera podido devorar al león; pero no lo encontró y se puso a mirar el paisaje.

Un lago de mediana extensión se extendía bajo sus miradas, con un anfiteatro de colinas que todavía no podían llamarse montañas; allí serpenteaban numerosos y fecundos valles con sus inextricables macizos de variados árboles; el corozo dominaba esa masa con sus hojas de quince pies de longitud sobre su tallo erizado de agudas espinas; el bombax lanzaba al viento la fina pelusa de sus semillas; los perfumes activos del pandan oloroso, el «kenda» de los árabes, embalsamaban el aire hasta la zona que atravesaba el *Victoria*; la papaya de hojas palmeadas, la kola, que produce la nuez del Sudán, el baobab y los bananos completaban esa lujuriosa flora de las regiones intertropicales.



—El paisaje es soberbio —dijo el doctor.

—Hay animales —dijo Joe—; los hombres no están lejos.

—¡Ah, qué magníficos elefantes! —gritó Kennedy—. ¿No podríamos cazar un poco?

—¿Y cómo pararnos, mi querido Dick, con una corriente tan violenta? Degusta un poco el suplicio de Tántalo. Ya te desquitarás más tarde.

Había en efecto con qué excitar la imaginación de un cazador; el corazón de Dick se agitaba en su pecho, y sus dedos se crispaban sobre la culata de su Purdey.

La fauna de este país no desmerecía a la flora. El buey salvaje se revolcaba en una espesa hierba bajo la que desaparecía por completo; elefantes grises, negros o parduzcos, del mayor tamaño, pasaban como una tromba en medio de los bosques, rompiendo y saqueando, marcando su paso con la devastación; por la boscosa vertiente de las colinas se filtraban las cascadas y los ríos arrastrados hacia el norte; allí, los hipopótamos se bañaban ruidosamente, y unos manatíes[109] de doce pies de largo, de cuerpo pisciforme, se extendían en las orillas levantando hacia el cielo sus redondas mamas hinchadas de leche.

Formaban un extraño zoo en un maravilloso invernadero, donde innumerables pájaros de mil colores se reflejaban a través de las plantas arborescentes.

Gracias a esta prodigalidad de la naturaleza, el doctor reconoció el soberbio reino de Adamoua.

—Nos adentramos —dijo— en los modernos descubrimientos; seguimos la pista interrumpida de los viajeros; es una feliz fatalidad, amigos míos; vamos a poder ligar los trabajos de los capitanes Burton y Speke con las exploraciones del doctor Barth; hemos dejado atrás a los ingleses para encontrarnos con un hamburgués, y pronto llegaremos al punto extremo alcanzado por ese audaz sabio.

—Me parece —dijo Kennedy— que entre esas dos exploraciones hay una vasta extensión de terreno, a juzgar por el camino que hemos recorrido.

—Es fácil de calcular; coge el mapa, y mira cuál es la longitud de la punta meridional del lago Ukereue alcanzada por Speke.

—Se encuentra casi sobre el grado treinta y siete.

—Y la ciudad de Yola, que veremos esta tarde, y a la que Barth llegó, ¿cómo está situada?

—Aproximadamente sobre el grado doce de longitud.

—Eso nos da veinticinco grados; a sesenta millas cada uno, da mil quinientas millas [110].

—Un bonito paseo —dijo Joe— para la gente que fuera a pie.

—Eso se hará. Livingstone y Moffat suben hacia el interior; el Nyasa, que ellos han descubierto, no está muy lejos del lago Tanganika, reconocido por Burton; antes de que acabe el siglo, esas inmensas comarcas estarán exploradas seguramente. Pero —añadió el doctor, consultando su brújula— lamento que el viento nos lleve al oeste; me hubiera gustado subir más al norte.

Tras doce horas de marcha, el *Victoria* se encontró en los confines de la Nigricia [111]. Los primeros habitantes de aquella tierra, árabes chuas, apacentaban sus rebaños nómadas. Las vastas cimas de los montes Atlantika sobresalían en el horizonte, montañas que ningún pie europeo ha pisado todavía, y cuya altitud se calcula alrededor de unas trescientas toesas. Su pendiente occidental determina el curso de todas las aguas de esa parte de África hacia el océano; son las montañas de la Luna de esta región.

Por fin, un auténtico río apareció a los ojos de los viajeros, y por los inmensos hormigueros de sus orillas, el doctor reconoció el Benué, uno de los grandes afluentes del Níger, al que los indígenas

llaman «la fuente de las aguas».

—Este río —dijo el doctor a sus compañeros— será algún día la vía natural de comunicación con el interior de Nigricia; bajo el mando de uno de nuestros valientes capitanes, el vapor *La Pléiade* lo remontó hasta la ciudad de Yola; como veis, estamos en un país conocido.

Numerosos esclavos trabajaban en el campo, cultivando el sorgo, especie de mijo que es la base de su alimentación; los asombros más estúpidos se sucedían tras el paso del *Victoria*, que corría como un meteoro. Por la tarde se detuvo a cuarenta millas de Yola, y ante él, pero más lejos, se erguían los dos agudos conos del monte Mendif.

El doctor arrojó las anclas y se aferró a la copa de un árbol muy alto; pero un viento muy fuerte zarandeaba al *Victoria* hasta recostarlo horizontalmente, y ponía a veces en peligro la posición de la barquilla. Fergusson no pegó ojo en toda la noche; en varias ocasiones estuvo a punto de cortar el cable que lo retenía, y huir de la tormenta. Por fin la tempestad se calmó, y las oscilaciones del aerostato no fueron ya inquietantes.

Al día siguiente, el viento se moderó, pero alejó a los viajeros de la ciudad de Yola, que, reconstruida por los fuhlahs, excitaba la curiosidad de Fergusson; no obstante, hubo que resignarse a elevarse hacia el norte, e incluso un poco hacia el este.

Kennedy propuso una parada en aquel país de caza; Joe decía que se necesitaba carne fresca; pero las costumbres salvajes de ese país, la actitud de la población y unos cuantos disparos dirigidos al *Victoria* incitaron al doctor a continuar su viaje. Atravesaban una región escenario de matanzas y de incendios, donde las luchas guerreras son continuas, y donde los sultanes reinan en medio de las más atroces carnicerías.

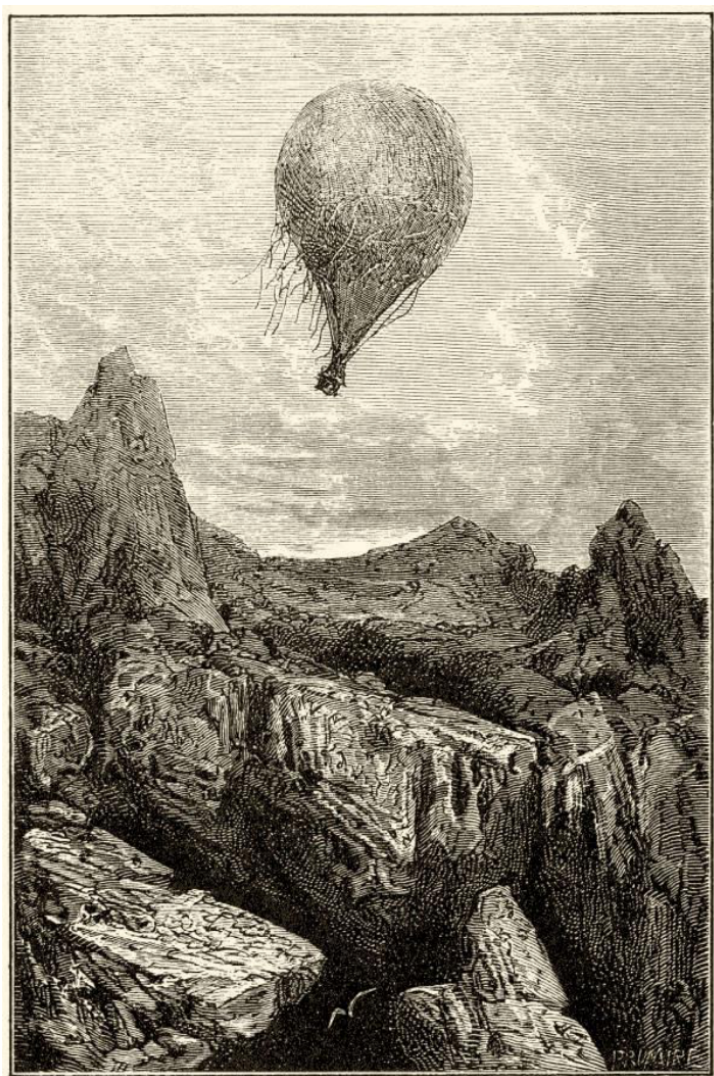
Numerosos poblados de grandes chozas se extendían entre inmensos pastizales, cuya espesa hierba estaba sembrada de flores violetas; las chozas, parecidas a grandes colmenas, se refugiaban tras erizadas empalizadas. Las vertientes salvajes de las colinas recordaban los «glen»[112] de las altas tierras de Escocia, y Kennedy así lo hizo notar varias veces.

Pese a los esfuerzos del doctor, se veían arrastrados hacia el nordeste, hacia el monte Mendif, que desaparecía entre las nubes; las altas cimas de sus montañas separan la cuenca del Níger de la

del lago Chad.

Pronto apareció el Bagelé, con sus dieciocho poblados agarrados a sus flancos, como un montón de niños en el seno de su madre, suponiendo un magnífico espectáculo para sus ojos, que dominaban y recogían este conjunto; los barrancos estaban cubiertos de arrozales y de cacahuetes.

A las tres, el *Victoria* se encontraba frente al monte Mendif. No se le pudo evitar y hubo que franquearlo. El doctor aumentó el calor en ciento ochenta grados[113], y dio al globo una nueva fuerza ascensional de casi mil seiscientas libras; subió más de ocho mil pies. Fue la altura más grande alcanzada durante el viaje, y la temperatura bajó tanto que el doctor y sus compañeros tuvieron que recurrir a sus mantas.



Fergusson se dio buena prisa en descender, pues la envoltura del aerostato tendía a romperse; no obstante, tuvo tiempo de comprobar el origen volcánico de la montaña, cuyos cráteres apagados no son más que profundos abismos. Grandes aglomeraciones de excrementos de pájaros prestaban a las lomas del Mendif la apariencia de rocas calcáreas y había allí con qué abonar las tierras de todo el Reino Unido.

A las cinco, el *Victoria*, al abrigo de los vientos del sur, subía lentamente las pendientes de la montaña, y se detenía en un vasto claro alejado de toda civilización; en cuanto tocó el suelo, se tomaron precauciones para retenerlo fuertemente, y Kennedy, fusil en mano, se lanzó por la llanura inclinada; no tardó en volver con media docena de patos salvajes y una especie de agachadiza, que Joe preparó con sus mejores artes. La cena fue agradable, y la noche transcurrió en un profundo reposo.

XXX

Mosfeya. El jeque. Denham, Clapperton, Oudney. Vogel. La capital de Loggum. Toole. Calma sobre Kernak. El gobernador y su corte. El ataque. Las palomas incendiarias.

Al día siguiente, 11 de mayo, el *Victoria* prosiguió su carrera aventurera; los viajeros tenían en él la confianza de un marinero en su barco.

Había salido indemne de terribles huracanes, de calores tropicales, de peligrosos despegues, de descensos más peligrosos todavía. Se puede decir que Fergusson lo guiaba con un gesto; así que, sin conocer su destino, el doctor no alimentaba temores sobre el feliz término del viaje. Únicamente, en ese país de bárbaros y de fanáticos, la prudencia le obligaba a tomar las más severas precauciones; recomendó, pues, a sus compañeros que vigilaran atentamente en todo momento.

El viento volvió a llevarlos hacia el norte, y hacia las nueve entrevieron la gran ciudad de Mosfeya, construida sobre un promontorio encajado sobre dos altas montañas; su posición era inexpugnable; un estrecho camino entre un pantano y un bosque era el único acceso posible.

En ese momento, un jeque acompañado por una escolta a caballo, vestido con ropas de vivos colores, precedido por trompeteros y batidores que, a su paso, apartaban las ramas, entraba en la ciudad.

El doctor descendió a fin de contemplar más de cerca a los indígenas; pero a medida que el globo se agrandaba a sus ojos, dieron muestras de un profundo terror y no tardaron en desaparecer con toda la velocidad que les permitían sus piernas o las de sus caballos.

Sólo el jeque se quedó quieto; cogió su largo mosquete, lo cargó

y esperó fieramente. El doctor se acercó a unos ciento cincuenta pies, y, con su mejor voz, lo saludó en árabe.

Pero ante estas palabras descendidas del cielo, el jeque desmontó, se postró sobre el polvo del camino, y el doctor no pudo sacarlo de su adoración.

—Es imposible —dijo— que esta gente no nos tome por seres sobrenaturales, puesto que, cuando llegaron los primeros europeos, los tomaron por una raza sobrehumana. Y cuando este jeque hable de este encuentro, no dejará de ampliar el hecho con todos los recursos de una imaginación árabe. Juzgad un poco lo que las leyendas harán de nosotros cualquier día.

—Será más bien un fastidio —respondió el cazador—; desde el punto de vista de la civilización, más valdría que nos tomaran por simples hombres; esto les daría a los negros una idea bien distinta de la potencia europea.

—De acuerdo, mi querido Dick; ¿pero qué podemos hacer? Por mucho que explicaras a los sabios del país el mecanismo de un aerostato, no te comprenderían, y continuarían creyendo en una intervención sobrenatural.

—Señor —preguntó Joe—, ha hablado usted de los primeros europeos que han explorado este país. ¿Quiénes fueron, por favor?

—Mi querido muchacho, estamos precisamente en la ruta del mayor Denham; en Mosfeya lo recibió el sultán de Mandara; había abandonado Bornu, acompañaba al jeque en una expedición contra los fellatahs, asistió al ataque de la ciudad, que resistió valientemente con sus flechas a las balas árabes, y obligó a huir a las tropas del jeque; todo esto no era más que un pretexto para los asesinatos, los saqueos, y las *razzias*; el mayor quedó completamente despojado, desnudo, y si no llega a ser por un caballo bajo el que se escondió y que le permitió huir de los vencedores, jamás hubiera vuelto a Kuka, la capital del Bornu.

—¿Pero quién era ese mayor Denham?

—Un intrépido inglés, que de 1822 a 1824 capitaneó una expedición al Bornu en compañía del capitán Clapperton y del doctor Oudney. Salieron de Trípoli en el mes de marzo, llegaron a Murzuk, capital del Fezzan, y, siguiendo el camino que más tarde debía tomar el doctor Barth para regresar a Europa, llegaron el 16 de febrero de 1823 a Kuka, cerca del lago Chad. Denham hizo

diversas exploraciones en el Bornu, en el Mandara y en las orillas orientales del lago; mientras tanto, Clapperton y el doctor Oudney penetraban en el Sudán hasta Sackatu; Oudney moriría de agotamiento y de cansancio en la ciudad de Murmur.

—Esta parte de África —preguntó Kennedy— ¿ha pagado, pues, un pesado tributo de víctimas a la ciencia?

—Sí, esta comarca es fatal. Vamos directamente hacia el reino de Baguirmi, que Vogel atravesó en 1856 para adentrarse en Wadaï, donde desapareció. Este joven, a los veintitrés años, fue enviado para cooperar en los trabajos del doctor Barth; se encontraron ambos el 1 de diciembre de 1854; después Vogel comenzó las exploraciones del país; hacia 1856, anunció en sus últimas cartas su intención de conocer el reino de Wadaï, que ningún europeo había pisado todavía; parece ser que llegó a Wara, la capital, donde según unos fue apresado y según otros fue condenado a muerte, por haber intentado el ascenso de una montaña sagrada de los alrededores; pero no hay que admitir a la ligera la muerte de los viajeros, porque esto impide ir en su busca. ¡Cuántas veces no se anunció oficialmente la muerte del doctor Barth, lo que frecuentemente le ha producido una legítima irritación! Es muy posible que Vogel esté prisionero del sultán de Wadaï, quien tal vez espera obtener un rescate. El barón de Neimans se ponía en marcha para el Wadaï, cuando en 1855 murió en El Cairo. Sabemos ahora que De Heuglin, con la expedición enviada desde Leipzig, se ha lanzado tras los pasos de Vogel. Así que debemos de estar cerca de saber la verdad sobre el destino de este joven e interesante viajero [114].

Hacía ya tiempo que Mosfeya había desaparecido en el horizonte. El Mandara desplegaba bajo las miradas de los viajeros su asombrosa fertilidad con sus acacias, sus árboles de rojas flores y las plantas herbáceas de los campos de algodóneros e indigoterios; el Chari, que desagua en el Chad, ochenta millas más lejos, corría impetuosamente.

El doctor mostró su camino a sus compañeros en los mapas de Barth.

—Como veis —dijo—, los trabajos de este sabio son de una gran precisión; nos dirigimos en línea recta al distrito de Loggum, y tal vez a su misma capital, Kernak. Allí es donde murió el pobre Toole, que apenas contaba veintidós años: era un joven inglés, abanderado

en el ochenta regimiento, que hacía unas semanas se había reunido con el mayor Denham en África, y allí no tardó en encontrar la muerte. ¡Ah; se puede realmente llamar a esta comarca el cementerio de los europeos!

Unas cuantas canoas, de cincuenta pies de largo, descendían por el curso del Chari; el *Victoria*, a mil pies de altura, no atraía demasiado la atención de los indígenas; pero el viento, que hasta ese momento soplaba con una cierta fuerza, tendía a disminuir.

—¿Es que de nuevo vamos a caer en una calma chicha? —dijo el doctor.

—Bueno, señor, ahora no tenemos que temer ni a la falta de agua ni al desierto.

—No, pero sí a unos pueblos más peligrosos todavía.

—He ahí —dijo Joe— algo que se parece a una ciudad.

—Es Kernak. Los últimos soplos del viento nos llevan a ella, y, si eso nos conviene, podremos levantar un mapa exacto.

—¿No nos acercaremos? —preguntó Kennedy.

—Nada más fácil, Dick; estamos justo encima de la ciudad; permíteme girar la espita del soplete, y no tardaremos en bajar.

El *Victoria*, media hora más tarde, permanecía inmóvil, a doscientos pies del suelo.

—Estamos más cerca de Kernak —dijo el doctor— que lo estaría de Londres un hombre encaramado sobre la bola de San Pablo. De este modo podemos verla tranquilamente.

—¿Qué es ese ruido de mazos que se oye por todas partes?

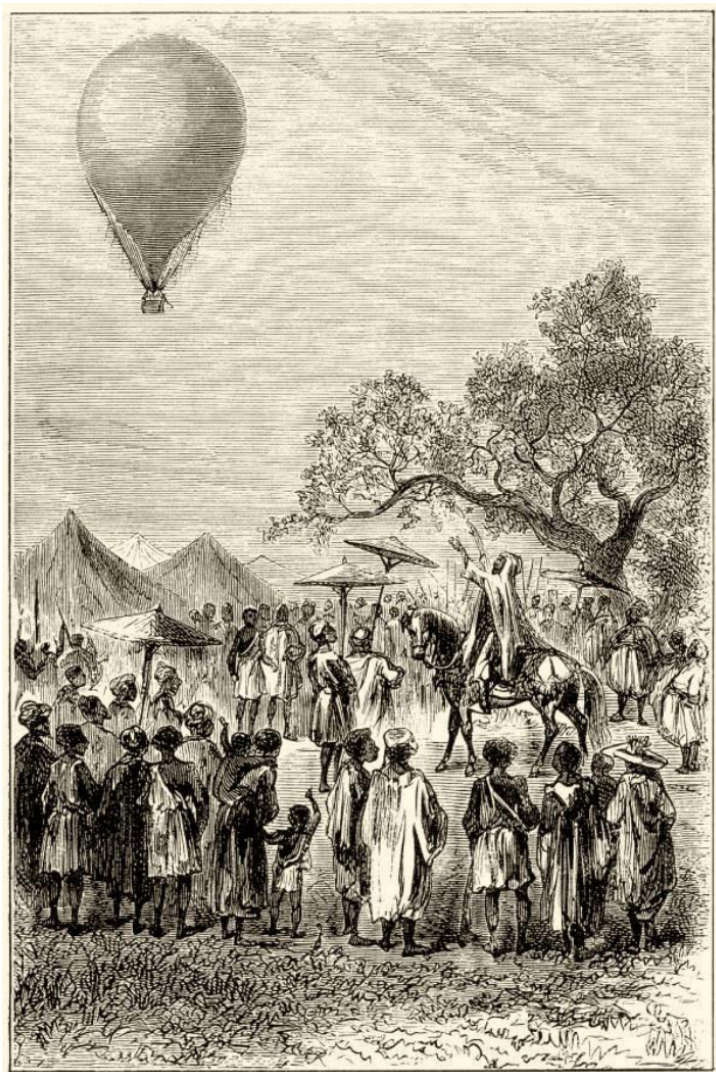
Joe miró atentamente y vio que ese ruido era producido por numerosos tejedores que golpeaban al aire libre sus telas extendidas sobre gruesos troncos de árboles.

La capital del Loggum se dejaba ver entera, como si fuera un plano; era una auténtica ciudad, con casas alineadas y calles bastante largas; en el centro de una gran plaza había un mercado de esclavos; había mucha afluencia de chalanes, ya que los esclavos mandarenses, de pies y manos muy pequeños, son muy buscados y se venden ventajosamente.

Al ver al *Victoria*, el efecto tantas veces producido se repitió una vez más: primero los gritos, después una profunda estupefacción; los negocios fueron abandonados, los trabajos suspendidos; el ruido cesó. Los viajeros permanecían completamente inmóviles y no

perdían detalle de la populosa ciudad; descendieron incluso a sesenta pies del suelo.

Entonces el gobernador de Loggum salió de su casa, desplegando su estandarte verde, y acompañado de sus músicos que soplaban hasta romperse los pulmones en unos roncros cuernos de búfalo. El gentío se arremolinó a su alrededor. El doctor Fergusson quiso hacerse oír; no lo logró.



Esta población de frente alta, de cabellos rizados, de nariz casi aguileña, parecía orgullosa e inteligente; pero la presencia del *Victoria* la turbaba singularmente; se veían jinetes corriendo en todas las direcciones; pronto fue evidente que las tropas del gobernador se reunían para combatir a un enemigo tan extraordinario. Joe, pese a que desplegó pañuelos de todos los colores, no obtuvo ningún resultado.

No obstante, el jeque, rodeado de su corte, reclamó silencio y pronunció un discurso que el doctor no pudo comprender; árabe mezclado con baguirmi; únicamente entendió, con el universal idioma de los gestos, una expresa invitación a que se fueran; no deseaba otra cosa, pero sin viento era imposible. Su inmovilidad exasperó al gobernador, y sus cortesanos comenzaron a aullar para obligar al monstruo a que se fuera.

Los cortesanos eran unos personajes singulares, con sus cinco o seis camisas de colorines sobre sus cuerpos; tenían enormes vientres, algunos de los cuales parecían postizos. El doctor sorprendió a sus compañeros al decirles que era su modo de agradar al sultán. La redondez del abdomen indicaba la ambición de la gente. Los gruesos hombres gesticulaban y gritaban, sobre todo uno de ellos que debía de ser primer ministro, si es que se recompensaba con justicia la obesidad. La masa de los negros unía sus aullidos a los gritos de la corte, repitiendo sus gestos como monos, lo que producía un movimiento único e instantáneo de diez mil brazos.

Cuando estos medios de intimidación fueron juzgados insuficientes, añadieron otros más temibles. Unos soldados armados con arcos y flechas se colocaron en orden de combate; pero ya el *Victoria* se hinchaba y se elevaba tranquilamente fuera de su alcance. El gobernador cogió un mosquete y apuntó al globo. Pero Kennedy le vigilaba, y con una bala de su carabina destruyó el arma en la mano del jeque.

Tras este ruido inesperado, la huida fue general; cada uno regresó lo más rápidamente posible a su choza, y, durante el resto del día, la ciudad permaneció absolutamente desierta.

Llegó la noche. El viento no soplabá. Hubo que resignarse a permanecer inmóviles a trescientos pies del suelo. Ni una sola fogata brillaba en la oscuridad; reinaba un silencio de muerte. El doctor redobló la vigilancia; esa calma podía ocultar una trampa.

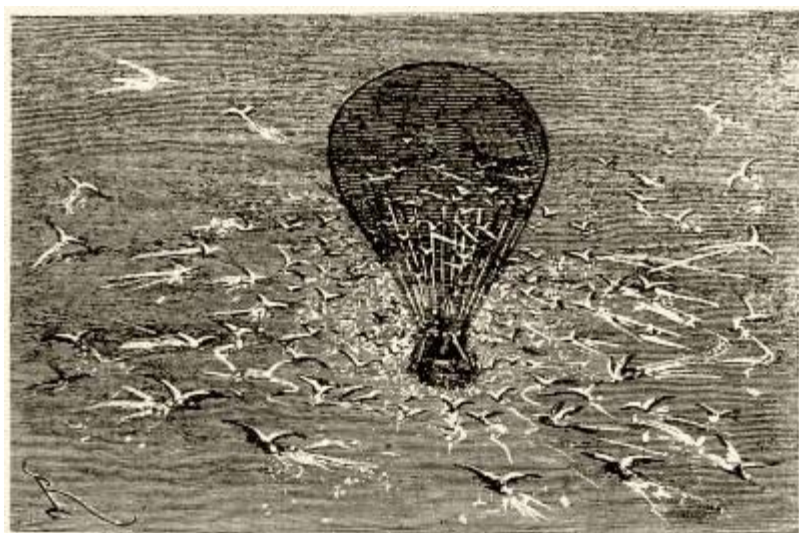
Y Fergusson tenía razón. A medianoche, toda la ciudad pareció incendiarse; centenares de rayas de fuego se cruzaban como cohetes formando una red de llamas.

—¡Esto sí que es extraño!

—Pero, Dios me asista —replicó Kennedy—, se diría que el incendio sube y se acerca a nosotros.

En efecto, entre horribles gritos y disparos de mosquetes, la masa de fuego se elevaba hasta el *Victoria*. Joe se dispuso a arrojar lastre. Fergusson no tardó en comprender el fenómeno.

Millares de palomas, con materias combustibles atadas en la cola, habían sido lanzadas contra el *Victoria*; espantadas, subían trazando en el aire sus zigzag de fuego. Kennedy se puso a disparar todas sus armas sobre aquella masa. ¿Pero qué podía contra tan innumerable ejército? Las palomas rodeaban ya la barquilla y el globo, cuyas paredes, que reflejaban la luz, parecían envueltas en una redecilla de fuego.



El doctor no dudó y, arrojando un fragmento de cuarzo, se mantuvo fuera del alcance de los peligrosos pájaros. Durante dos horas, se los vio volando aquí y allá en la noche; poco a poco su número disminuyó y se apagaron.

—Ahora ya podemos dormir tranquilos —dijo el doctor.

—¡No está mal pensado para unos salvajes! —dijo Joe.

—Sí, emplean bastante estas palomas para incendiar las chozas de los poblados. ¡Pero esta vez su poblado volaba todavía más alto que sus alados incendiarios!

—Decididamente un globo no tiene enemigos a los que temer —dijo Kennedy.

—Sí —replicó el doctor.

—¿Cuáles?

—A los imprudentes que lleva en su barquilla; así que amigos míos, mucha vigilancia siempre y en todas partes.

XXXI

Partida durante la noche. Los tres. Los instintos de Kennedy. Precauciones. El curso del Chari. El lago Chad. El agua del lago. El hipopótamo. Una bala perdida.

Hacia las tres de la mañana, Joe, que estaba de guardia, vio por fin que la ciudad se movía a sus pies. El *Victoria* reemprendía su marcha. Kennedy y el doctor se despertaron.

Este último consultó la brújula, y vio con satisfacción que el viento los llevaba hacia el nornordeste.

—Estamos de buenas —dijo—; todo nos sale bien, hoy mismo descubriremos el lago Chad.

—¿Es muy grande? —preguntó Kennedy.

—Considerable, mi querido Dick; en su mayor extensión, a lo largo y a lo ancho, ese lago puede medir ciento veinte millas.

—Nuestro viaje variará un poco al pasearnos sobre una llanura líquida.

—Pues me parece que no nos podemos quejar; es muy variado, y sobre todo hemos tenido las mejores condiciones posibles.

—Sin duda, Samuel; salvo las privaciones del desierto, no hemos corrido ningún peligro serio.

—Es cierto que nuestro buen *Victoria* se ha comportado siempre maravillosamente. Hoy es 12 de mayo; salimos el 18 de abril; llevamos pues veinticinco días de camino. Unos diez más y llegaremos.

—¿Adónde?

—No lo sé; pero ¿eso qué importa?

—Tienes razón, Samuel. ¡Dejemos que la Providencia nos guíe y nos mantenga con buena salud como hasta ahora! ¡No parece que hayamos atravesado los países más pestilentes del mundo!

—Podíamos elevarnos, y es lo que hemos hecho.

—¡Vivan los viajes aéreos! —gritó Joe—. Aquí estamos, veinticinco días después, con buena salud, bien alimentados, bien descansados, demasiado quizá, ya que mis piernas empiezan a oxidarse y no me disgustaría desentumecerlas durante unas treinta millas.

—Ya harás eso en las calles de Londres, Joe; pero, para concluir, salimos tres como Denham, Clapperton y Overweg, como Barth, Richardson y Vogel, y, más afortunados que nuestros predecesores, ¡los tres seguimos juntos! Por eso es muy importante no separarse. Si cuando uno de nosotros está en tierra, el *Victoria* tuviera que elevarse para evitar un súbito peligro imprevisto, ¿quién sabe si lo volveríamos a ver? Así que, se lo digo francamente a Kennedy, no me gusta que se aleje con el pretexto de la caza.

—No obstante, me permitirás, amigo Samuel, darme este gusto; no hay nada de malo en renovar nuestras provisiones; además, antes de nuestra salida, me dijiste que habría una soberbia serie de cacerías y hasta ahora poco he hecho en la vía de los Anderson y de los Cumming.

—Pero, mi querido Dick, no tienes buena memoria, o tu modestia te hace olvidar tus proezas; me parece que sin hablar de la caza menor, ya tienes un antílope, un elefante y dos leones sobre tu conciencia.

—¡Bueno! ¿Y qué es eso para un cazador africano que ve pasar a todos los animales de la creación bajo la mira de su fusil? ¡Mira, mira! ¡Mira esa manada de jirafas!

—¡Jirafas! —dijo Joe—. ¡Pero si son tan grandes como la palma de mi mano!

—Porque estamos a mil pies por encima de ellas; pero de cerca verías que son tres veces más grandes que tú.

—¿Y qué me dices de esa manada de gacelas? —prosiguió Kennedy—. ¿Y de esos avestruces que huyen con la rapidez del viento?

—¡Avestruces! —dijo Joe—. Son gallinas como mucho.

—Vamos, Samuel, ¿no podemos acercarnos?

—Podemos acercarnos, Dick, pero no bajar a tierra. Así que, ¿para qué disparar sobre esos animales que no te servirán para nada? Si se tratara de destruir a un león, a un chacal, a una hiena, lo entendería; siempre sería una fiera menos; pero un antílope, una

gacela, sin otra ventaja que la vana satisfacción de tus instintos de cazador, no vale la pena. Después de todo, amigo mío, vamos a bajar a cien pies, y si ves algún animal salvaje, le enviarás una bala al corazón.

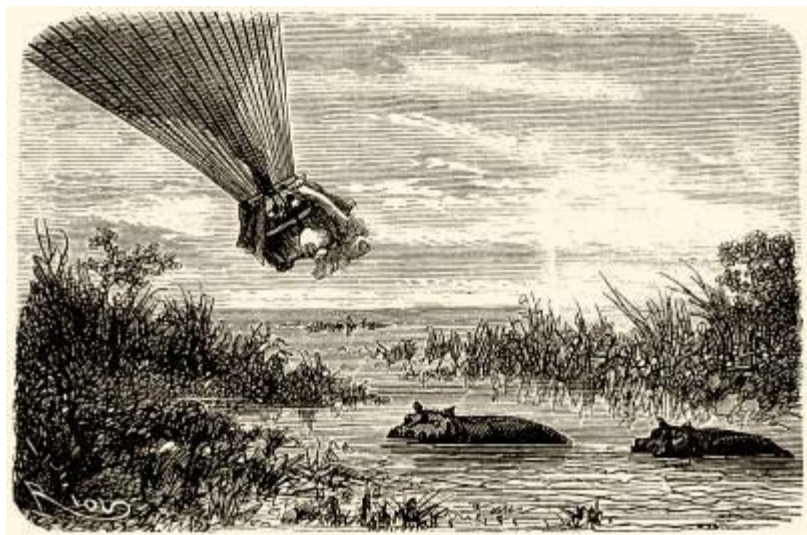
El *Victoria* descendió poco a poco, pero se mantuvo a una altura conveniente. En esa comarca salvaje y muy habitada había que desconfiar de los peligros inesperados.

Los viajeros seguían directamente el curso del Chari; las hermosas orillas de este río desaparecían bajo las sombras de árboles de tonalidades diversas; lianas y plantas trepadoras serpenteaban por todas partes y producían curiosas redecillas de colores. Los cocodrilos estaban tumbados al sol o se zambullían en el agua con una vivacidad de lagartos y abordaban las numerosas islas verdes que rompían la corriente del río.

De este modo, pasó el distrito de Maffatay, en medio de una naturaleza exuberante y verdeante. Sobre las nueve de la mañana, el doctor Fergusson y sus amigos alcanzaron por fin la orilla meridional del lago Chad.

Allí estaba aquel mar Caspio de África, cuya existencia fue relegada durante mucho tiempo al rango de las fábulas, ese mar interior que solamente alcanzaron las expediciones de Denham y de Barth.

El doctor intentó fijar su actual situación, muy diferente de la de 1847; en efecto, es imposible trazar el mapa de ese lago; está rodeado de pantanos fangosos y casi infranqueables, en los que Barth creyó morir; de un año para otro, esos pantanos, cubiertos de cañaverales y de papiros de quince pies de altura, se convierten en el lago mismo; frecuentemente, las ciudades que se extienden en sus orillas son semiinundadas, como le ocurrió a Ngornu en 1856, y actualmente los hipopótamos y los aligátore[s]^[115] se zambullen en los mismos lugares donde se elevaban las casas del Bornu.



El sol vertía sus rayos resplandecientes sobre las tranquilas aguas, y al norte los dos elementos se confundían en un mismo horizonte.

El doctor quiso comprobar la naturaleza del agua, que durante mucho tiempo se creyó salada; no era peligroso acercarse a la superficie del lago, y la barquilla la rozó como un pájaro a cinco pies de distancia.

Joe hundió una botella y la llenó a medias; probaron el agua y la declararon poco potable, con un cierto gusto a natrón.

Mientras el doctor escribía el resultado de su experiencia, un tiro resonó a su lado. Kennedy no había podido resistirse y había disparado a un monstruoso hipopótamo; éste, que respiraba tranquilamente, desapareció al oír la detonación, y la bala del cazador no pareció molestarlo demasiado.

—Habría sido mejor arponearlo —dijo Joe.

—¿Y cómo?

—Con una de nuestras anclas. Hubiera sido un buen arpón para semejante animal.

—Pero —dijo Kennedy— este Joe tiene unas ideas...

—¡Que os ruego no ejecutéis! —replicó el doctor—. El animal nos hubiera arrastrado a donde no tenemos nada que hacer.

—Sobre todo ahora que sabemos la calidad del agua del Chad. ¿Se come ese pescado, señor Fergusson?

—Tu pescado, Joe, es simplemente un mamífero de la familia de los paquidermos; dicen que su carne es excelente y que las tribus ribereñas del lago comercian mucho con ella.

—Lamento entonces que el disparo del señor Dick no haya alcanzado su objetivo.

—Ese animal sólo es vulnerable en el vientre y entre las patas; la bala de Dick ni siquiera le habrá penetrado. Pero, si el terreno me parece propicio, nos detendremos en la extremidad septentrional del lago; allí, Kennedy se encontrará en pleno zoo, y podrá despacharse a sus anchas.

—¡Bien! —dijo Joe—. ¡Que el señor Dick cace un hipopótamo! Me gustaría probar la carne de este anfibio. ¡No es normal llegar hasta el centro de África para alimentarse de agachadizas y de perdices como en Inglaterra!

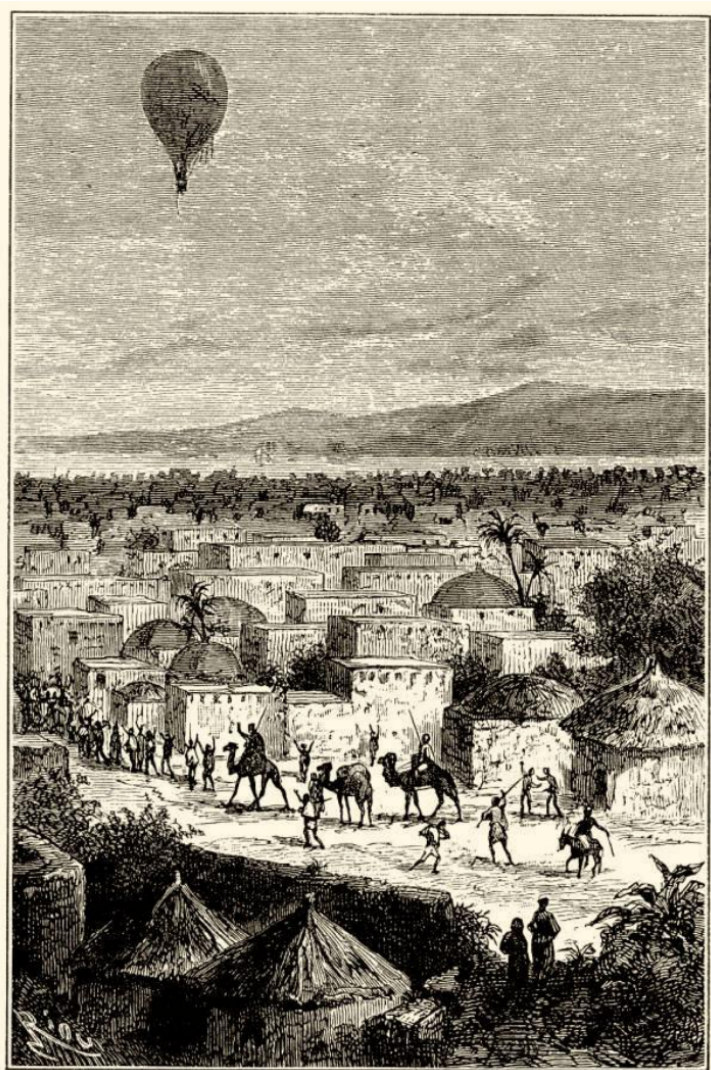
XXXII

La capital del Bornu. Las islas de los biddiomahs. Los gipaetos. Las inquietudes del doctor. Sus precauciones. Un ataque aéreo. Desgarro de la envoltura. La caída. Sublime abnegación. La costa septentrional del lago.

Tras su llegada al lago Chad, el *Victoria* había encontrado una corriente que se inclinaba más al oeste; algunas nubes moderaban el calor del día; además, corría un poco de aire sobre la vasta extensión de agua; pero, hacia la una, el globo, que había soslayado esta parte del lago, se adentró nuevamente en el interior durante siete u ocho millas.

El doctor, disgustado al principio por esta dirección, dejó de quejarse cuando vio la ciudad de Kuka, la célebre capital del Bornu; pudo entreverla un instante, rodeada de sus murallas de arcilla blanca; algunas mezquitas bastante toscas sobresalían pesadamente por encima de esa multitud de dados que forman las casas árabes. En los patios de las casas y en las plazas públicas crecían las palmeras y los árboles del caucho, coronados por una cúpula de follaje de más de cien pies. Joe señaló que esas inmensas sombrillas eran las más indicadas contra la intensidad de los rayos del sol, y extrajo conclusiones elogiosas para la Providencia.

Kuka se compone realmente de dos ciudades distintas, separadas por el «dendal», largo bulevar de trescientas toesas, en ese momento abarrotado de peatones y de jinetes. Por un lado está la ciudad rica, con sus casas altas y aireadas; por otro, se apiña la ciudad pobre, triste reunión de chozas bajas y cónicas, donde vegeta una indigente población, ya que Kuka no es ni comerciante ni industrial.



Kennedy le encontró algún parecido con un Edimburgo que se extendiera sobre una llanura, con sus dos ciudades perfectamente determinadas.

Pero apenas si pudieron los viajeros distinguir el conjunto en su totalidad, ya que, con la rapidez que caracteriza a las corrientes de esta comarca, un viento contrario se apoderó bruscamente de ellos y volvió a llevarlos durante unas cuarenta millas hacia el Chad.

Aquello fue un nuevo espectáculo; podían contar las numerosas islas del lago, habitadas por los biddiomahs, sanguinarios piratas muy temidos, cuya vecindad es tan peligrosa como la de los tuaregs del Sahara. Estos salvajes se preparaban para recibir valientemente al *Victoria* con flechas y piedras, pero éste pronto dejó atrás a las islas, sobre las que parecía mariposear como un gigantesco escarabajo.

En ese momento, Joe miraba el horizonte y, dirigiéndose a Kennedy, le dijo:

—Vaya, señor Dick, usted que siempre está soñando con ir de caza, ahí tiene usted la oportunidad.

—¿Qué es, Joe?

—Y esta vez, el señor no se opondrá a sus deseos.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Ve usted allí esa manada de grandes pájaros que se dirigen a nosotros?

—¡Pájaros! —dijo el doctor cogiendo su catalejo.

—Ya los veo —replicó Kennedy—; son por lo menos una docena.

—Catorce, mejor dicho —respondió Joe.

—¡Quiera el cielo que sean de una especie lo bastante maligna como para que el tierno Samuel no tenga nada que objetar!

—¡No diré nada —respondió Fergusson—, pero preferiría ver a esos pájaros muy lejos de nosotros!

—¡Le dan a usted miedo esos volátiles! —exclamó Joe.

—Son gipaetos, quebrantahuesos, Joe, y muy grandes; y si nos atacan...

—¡Bueno, pues nos defenderemos, Samuel! ¡Tenemos todo un arsenal para recibirlos! ¡No creo que esos animales sean muy temibles!

—¿Quién sabe? —respondió el doctor.

Diez minutos después, la bandada se puso a tiro; los catorce

pájaros estremecían el aire con sus gritos roncós; avanzaban hacia el *Victoria*, más irritados que asustados ante su presencia.

—¡Cómo gritan! —dijo Joe—. ¡Qué escándalo! ¿Es que acaso no les gusta que nos paseemos por sus dominios y que volemos como ellos?

—Realmente —dijo el cazador— tienen un terrible aspecto y casi me darían miedo si tuvieran una carabina de Purdey Moore.

—No la necesitan —respondió Fergusson, que empezaba a preocuparse seriamente.

Los gipaetos volaban trazando inmensos círculos, y sus órbitas se estrechaban poco a poco alrededor del *Victoria*; cruzaban el cielo con una rapidez fantástica, y se precipitaban a veces con la rapidez de un bólido, rompiendo su línea de proyección con un ángulo brusco y audaz.

El doctor, inquieto, resolvió subir para escapar a tan peligrosa vecindad; dilató el hidrógeno del globo, que no tardó en subir.

Pero los gipaetos subieron con él, poco dispuestos a abandonarlo.

—Parece que no les gustamos —dijo el cazador, cargando su carabina.

En efecto, los pájaros se aproximaban, y más de uno, acercándose a cincuenta pies, parecía desafiar las armas de Kennedy.

—Estoy deseando dispararles —dijo éste.

—¡No, Dick, no! ¡No los pongamos furiosos sin razón! Sería incitarlos a que nos atacaran.

—Pero acabaría rápidamente con todos ellos.

—Te equivocas, Dick.

—Tenemos una bala para cada uno.

—Y si se lanzan hacia la parte superior del globo, ¿cómo los alcanzarás? ¡Imagínate que te encuentras con un grupo de leones en tierra o de tiburones en pleno océano! Para los aeronautas, la situación es igual de peligrosa.

—¿Hablas en serio, Samuel?

—Muy en serio, Dick.

—Entonces esperemos.

—Espera. Estate preparado en caso de ataque, pero no dispires sin orden mía.

Los pájaros se agruparon a poca distancia; se distinguía perfectamente su garganta pelada, tensa por el esfuerzo de sus gritos, su cresta cartilaginosa, provista de papilas violetas, que se erguía con furor. Eran de gran tamaño; su cuerpo sobrepasaba los tres pies de largo, y la parte baja de sus alas blancas resplandecía al sol; tenían un formidable aspecto de tiburones alados.

—Nos siguen —dijo el doctor al verlos elevarse con él—. ¡Y por mucho que subamos, su vuelo los llevaría todavía más arriba que nosotros!

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Kennedy.

El doctor no respondió.

—Escucha, Samuel —prosiguió el cazador—, esos pájaros son catorce; disponemos de diecisiete balas, disparando todas nuestras armas. ¿No hay ningún medio de destruirlos o dispersarlos? Yo me encargo de unos cuantos.

—No dudo de tu habilidad, Dick; tengo por muertos a todos los que pasen ante tu carabina, pero te repito que si atacan el hemisferio superior del globo no podrás verlos; agujerearán la envoltura que nos sostiene, ¡y estamos a tres mil pies de altura!

En ese instante, uno de los más feroces se lanzó sobre el *Victoria*, con el pico y las garras abiertos, presto a morder, presto a desgarrar.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó el doctor.

Apenas había acabado de hablar, cuando el pájaro, herido de muerte, caía girando en el espacio.

Kennedy había cogido uno de los fusiles de dos cañones. Joe apuntaba con otro.

Asustados por la detonación, los gipaetos se alejaron un instante; pero casi inmediatamente volvieron a la carga completamente rabiosos. Kennedy, con una primera bala, cortó limpiamente el cuello del más cercano. Joe le rompió el ala a otro.

—Ya quedan sólo once —dijo.

Pero entonces los pájaros cambiaron de táctica, y, de común acuerdo, se elevaron por encima del *Victoria*. Kennedy miró a Fergusson.

Pese a su energía y a su impasibilidad, éste palideció. Hubo un momento de silencio aterrador. Después se oyó un estridente desgarrar como seda arrancada, y la barquilla descendió

vertiginosamente.

—¡Estamos perdidos! —gritó Fergusson mirando el barómetro, que subía con rapidez.

Después añadió:

—¡Abajo el lastre, abajo!

Segundos después todos los fragmentos de cuarzo habían desaparecido.

—¡Nos caemos!... ¡Vaciad las cajas de agua!... ¡Joe!, ¿me oyes?... ¡Nos caemos al lago!

Joe obedeció. El doctor se inclinó. El lago se aproximaba como una marea alta; los objetos se agrandaban; la barquilla estaba a menos de doscientos pies de la superficie del Chad.

—¡Las provisiones, las provisiones! —exclamó el doctor.

Y la caja que las contenía fue arrojada al espacio.

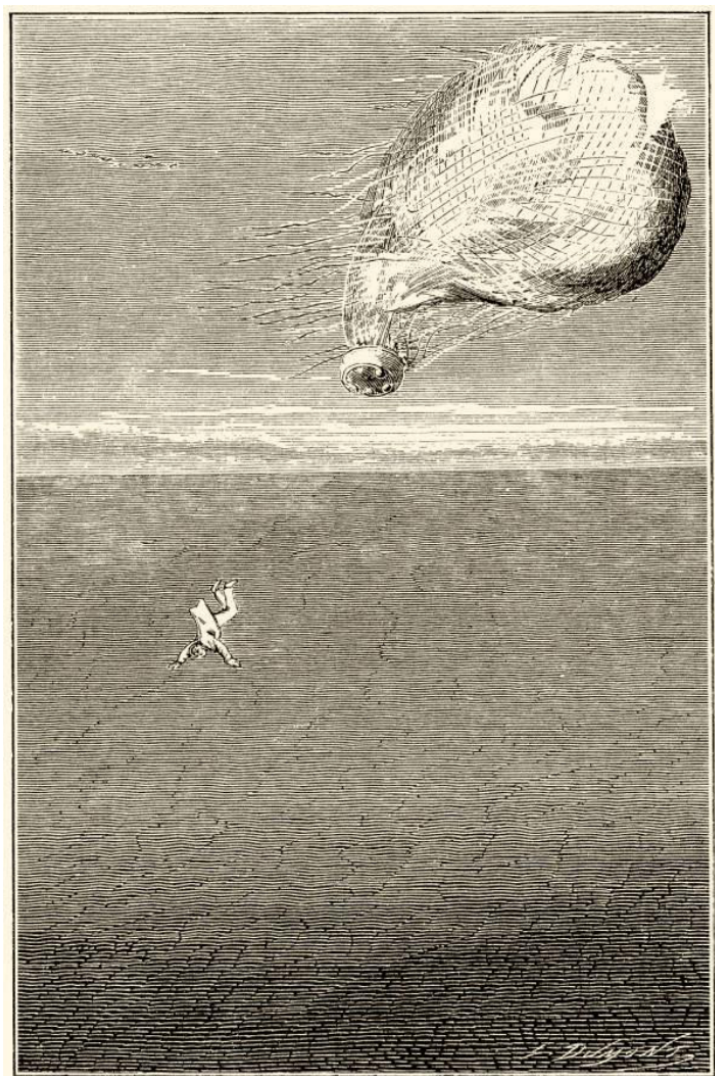
La caída se hizo menos rápida, ¡pero los desdichados seguían descendiendo!

—¡Tirad, tirad más! —gritó por última vez el doctor.

—Ya no queda nada —dijo Kennedy.

—¡Sí! —respondió lacónicamente Joe, persignándose rápidamente.

Y desapareció por el borde de la barquilla.



—¡Joe, Joe! —gritó el doctor, aterrorizado.

Pero Joe ya no podía oírle. El *Victoria* deslastrado recuperaba su marcha ascensional, subía a mil pies, y el viento, que se colaba por la envoltura deshinchada, lo empujaba a las costas septentrionales del lago.

—¡Perdido! —dijo el cazador con un gesto de desesperación.

—¡Perdido por salvarnos! —respondió Fergusson.

Y aquellos hombres tan intrépidos sintieron que dos gruesas lágrimas manaban de sus ojos. Se inclinaron, en un intento de distinguir algún rastro del desdichado Joe, pero ya estaba demasiado lejos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kennedy.

—Bajar, en cuanto nos sea posible, Dick, y esperar.

Tras una marcha de sesenta millas, el *Victoria* se desplomó sobre una costa desierta al norte del lago. Las anclas se agarraron a un árbol más bien bajo, y el cazador las sujetó fuertemente.

Llegó la noche, pero ni Fergusson ni Kennedy pudieron hallar un instante de reposo.

XXXIII

Conjeturas. Restablecimiento del equilibrio del Victoria. Nuevos cálculos del doctor Fergusson. Caza de Kennedy. Exploración completa del lago Chad. Tangalia. Regreso. Lari.

Al día siguiente, 13 de mayo, los viajeros inspeccionaron en primer lugar la parte de la costa que ocupaban. Era una especie de isla de tierra firme en medio de un inmenso pantano. Alrededor de aquella extensión de terreno sólido crecían unos juncos tan grandes como los árboles de Europa, que se extendían hasta perderse de vista.

Estas inaccesibles ciénagas hacían más segura la posición del *Victoria*; había que vigilar únicamente la costa del lago; la vasta superficie de agua se alargaba, sobre todo al este, y no aparecía nada en el horizonte, ni continentes ni islas.

Los dos amigos todavía no se habían atrevido a hablar de su infortunado compañero. Kennedy fue el primero en informar de sus conjeturas al doctor.

—Joe quizás no esté perdido —dijo—. Es un muchacho hábil, un nadador como pocos. No le arredraba atravesar el Firth of Forth [116] en Edimburgo. Volveremos a verlo; cuándo y cómo, lo ignoro; pero, por nuestra parte, hagamos todo lo posible para que tenga ocasión de reunirse con nosotros.

—Dios te oiga, Dick —respondió el doctor con emocionada voz—. ¡Haremos todo lo posible para encontrar a nuestro amigo! Orientémonos primero. Pero antes desembaracemos al *Victoria* de esta envoltura exterior, que ya no sirve para nada; nos libramos de un peso considerable, seiscientas cincuenta libras, que vale la pena.

El doctor y Kennedy pusieron manos a la obra; tuvieron grandes dificultades; hubo que arrancar trozo por trozo el tafetán, que era

muy resistente, y cortarlo en delgadas tiras para separarlo de las mallas de la red. El desgarrón producido por el pico de los pájaros de presa tenía una longitud de varios pies.

La operación duró por lo menos cuatro horas; pero por fin el globo interior, completamente libre, pareció no haber sufrido en absoluto. El *Victoria* había disminuido una quinta parte. La diferencia asombró a Kennedy.

—¿Será suficiente? —preguntó al doctor.

—No temas nada a este respecto, Dick; restableceré el equilibrio y, si vuelve nuestro pobre Joe, podremos proseguir con él nuestra ruta.

—En el momento de nuestra caída, Samuel, si mis recuerdos son exactos, no debíamos de estar lejos de una isla.

—Ya me acuerdo, en efecto; pero esa isla, como todas las del Chad, está sin duda habitada por una raza de piratas y asesinos; esos salvajes habrán sido ciertamente testigos de nuestra catástrofe, y si Joe cae en sus manos, a no ser que lo proteja la superstición, ¿qué será de él?

—Sabe cuidarse por sí mismo, te repito; confío en su habilidad y en su inteligencia.

—Eso espero. Ahora, Dick, vas a cazar en los alrededores, sin alejarte; hay que renovar con urgencia nuestros víveres, cuya mayor parte ha sido sacrificada.

—Bien, Samuel; no me ausentaré demasiado tiempo.

Kennedy cogió un fusil de dos cañones y se adentró en las crecidas hierbas hacia un bosque cercano; el doctor supo, por las frecuentes detonaciones, que su caza era fructuosa.



Mientras tanto, éste se ocupó de hacer balance de los objetos conservados en la barquilla, y de restablecer el equilibrio del segundo aerostato; quedaban unas treinta libras de *pemmican*, algunas provisiones de té y de café, aproximadamente un galón y medio de aguardiente, una caja de agua vacía; toda la carne seca había desaparecido.

El doctor sabía que, tras la pérdida de hidrógeno del primer globo, su fuerza ascensional se había visto reducida en unas novecientas libras; tuvo, pues, que basarse en esta diferencia para restablecer su equilibrio. El nuevo *Victoria* tenía una capacidad de sesenta y siete mil pies y contenía treinta y tres mil cuatrocientos ochenta pies cúbicos de gas; el aparato de dilatación parecía estar en buen estado; ni la pila ni el serpentín se habían estropeado.

La fuerza ascensional del nuevo globo rondaba las tres mil libras; juntando el peso del aparato, de los viajeros, de la provisión de agua, de la barquilla y de sus accesorios, embarcando cincuenta galones de agua y cien libras de carne fresca, el doctor sumaba un total de dos mil ochocientas treinta libras. Podía, pues, llevar ciento setenta libras de lastre para los casos imprevistos, y el aerostato se encontraría equilibrado con el aire que lo rodeaba.

Tomó sus disposiciones en consecuencia, y reemplazó el peso de Joe por un suplemento de lastre. Empleó el día entero en estos diversos preparativos que concluyeron cuando Kennedy regresó. El cazador había hecho una buena caza; traía un auténtico cargamento de ocas, de patos salvajes, de agachadizas, de cercetas y de chorlitos. Preparó y ahumó las piezas. Cada una de éstas, ensartada en una delgada vara, se suspendió sobre una hoguera de leña verde. Cuando la preparación le pareció conveniente a Kennedy, experto en cocina, las piezas se almacenaron en la barquilla.

Al día siguiente, el cazador debía completar sus aprovisionamientos.

El anoecer sorprendió a los viajeros trabajando. Su cena se compuso de *pemmican*, de galletas y de té. La fatiga les había abierto el apetito y dado sueño. Ambos interrogaron a las tinieblas, durante su guardia, y a veces creyeron percibir la voz de Joe; pero ¡ay!, ¡estaba muy lejos esa voz que tanto hubieran querido oír!

Al alba, el doctor despertó a Kennedy.

—He meditado mucho —le dijo— sobre lo que hay que hacer

para encontrar a nuestro compañero.

—Sea cual fuere tu proyecto, Samuel, lo acepto; habla.

—Antes que nada, es importante que Joe tenga noticias nuestras.

—¡Por supuesto! ¡Si ese buen muchacho se figurara que le abandonamos...!

—¡Él! ¡Nos conoce demasiado! Jamás se le ocurriría semejante idea; pero tiene que saber dónde estamos.

—¿Y cómo?

—Vamos a meternos en la barquilla y a elevarnos en el aire.

—¿Pero y si nos arrastra el viento?

—No ocurrirá nada de eso, felizmente. Mira, Dick; la brisa nos devuelve sobre el lago, y esta circunstancia, que ayer nos habría fastidiado, hoy nos es propicia. Nos limitaremos pues a mantenernos sobre el agua durante todo el día. Como Joe no perderá de vista el lago, no dejará de vernos. Quizás pueda incluso informarnos de su situación.

—Seguramente lo hará, si está solo y en libertad.

—Y si está prisionero —prosiguió el doctor—, como los indígenas no acostumbran a encerrar a sus cautivos, nos verá y comprenderá el objetivo de nuestra búsqueda.

—Pero, en fin —prosiguió Kennedy—, puesto que hay que prever todos los casos, si no encontramos ningún indicio, si no ha podido dejar huellas de su paso, ¿qué haremos?

—Intentaremos regresar a la parte septentrional del lago, manteniéndonos lo más a la vista posible; allí esperaremos, exploraremos las orillas, las batiremos, ya que Joe intentará seguramente llegar a ellas, y no nos marcharemos sin haber hecho todo lo posible por encontrarlo.

—Marchemos, pues —respondió el cazador.

El doctor trazó el plano exacto del punto que pronto iba a abandonar; según su mapa, estimó que se encontraba al norte del Chad, entre la ciudad de Lari y el poblado de Ingemini, ambos visitados por el mayor Denham. Entretanto, Kennedy completó su aprovisionamiento de carne fresca. Pese a las marcas dejadas en los pantanos de los alrededores por los rinocerontes, los manatíes y los hipopótamos, no pudo hallar ni uno solo de estos enormes animales.

A las siete de la mañana, no sin grandes dificultades, en las que se notaba la ausencia del pobre Joe, desengancharon el ancla del

árbol. El gas se dilató y el nuevo *Victoria* alcanzó los doscientos pies de altura. Dudó un instante girando sobre sí mismo; pero finalmente, llevado por una intensa corriente, se dirigió al lago y pronto fue arrastrado a una velocidad de veinte millas por hora.

El doctor se mantuvo constantemente a una altura que variaba entre los doscientos y los quinientos pies. Kennedy disparaba frecuentemente su carabina. Sobre las islas, los viajeros se aproximaban, a veces hasta imprudentemente, escrutando con la mirada los arbustos, la maleza, todos los rincones donde algunas sombras, algunas fisuras de las rocas, hubieran podido facilitar un asilo a su compañero. Descendían cerca de las largas piraguas que surcaban el lago. Los pescadores, al verlos, se arrojaban al agua y regresaban a sus islas con un miedo no disimulado.

—No vemos nada —dijo Kennedy, tras dos horas de búsqueda.

—Esperemos, Dick, y que no decaiga nuestro valor; no debemos de estar muy lejos del lugar del accidente.

A las once, el *Victoria* había avanzado noventa millas; halló entonces una nueva corriente, que, en un ángulo casi recto, lo empujó hacia el este unas sesenta millas. Planeaba por encima de una isla muy grande y muy poblada que, según el doctor, debía de ser Farha, donde se encuentra la capital de los biddiomahs. Esperaba ver surgir a Joe de cada arbusto; escapándose, llamándolo. En libertad, se le hubiera recogido con facilidad; prisionero, repitiendo la maniobra que se empleó para el rescate del misionero, pronto se habría reunido con sus amigos. ¡Pero no vieron nada, nada se movía! Era desesperante.

A las dos y media, el *Victoria* llegaba a Tangalia, ciudad sita en la orilla oriental del Chad, último punto alcanzado por Denham en la época de su exploración.

Esta insistente dirección del viento inquietó al doctor. Se sentía empujado hacia el este, impelido al centro de África, hacia interminables desiertos.

—Hay que pararse —dijo— e incluso tomar tierra; por Joe, debemos volver al lago; pero antes intentemos encontrar una corriente opuesta.

Durante más de una hora buscó en diferentes zonas. El *Victoria* derivaba siempre a tierra firme; pero felizmente, a mil pies de altura, un soplo muy violento lo devolvió al noroeste.

Era imposible que Joe estuviera retenido en una de las islas del lago; con toda seguridad habría encontrado el medio de manifestar su presencia; quizás lo hubieran llevado a tierra. Así razonó el doctor, cuando volvió a ver la orilla septentrional del Chad.

Era inadmisibles pensar que Joe se hubiera ahogado. Una idea horrible, desde luego, atravesó el pensamiento de Fergusson y de Kennedy: ¡los caimanes abundan en estos parajes! Pero ni uno ni otro se atrevieron a formular ese temor. No obstante, se les vino tantas veces a la cabeza, que el doctor dijo sin preámbulos:

—Los cocodrilos sólo se encuentran en las orillas de las islas o en las del lago; Joe podrá evitarlos fácilmente; además, no son muy peligrosos, y los africanos se bañan impunemente sin temer sus ataques.

Kennedy no respondió; prefería callarse antes que discutir esta terrible posibilidad.

Hacia las cinco de la tarde el doctor señaló la ciudad de Lari. Los habitantes recolectaban el algodón ante unas cabañas de juncos trenzados, en medio de recintos limpios y cuidadosamente mantenidos. Este conjunto de unas cincuenta cabañas ocupaba una ligera depresión del terreno en un valle situado entre bajas montañas. La violencia del viento los empujaba más allá de lo que le convenía al doctor; pero una vez más cambió su dirección y lo devolvió precisamente a su punto de partida, en esa especie de isla donde había pasado la noche anterior. El ancla, en vez de engancharse en las ramas del árbol, se aferró a un haz de cañas entremezcladas con el espeso fango del pantano, dotadas de una considerable resistencia.

El doctor tuvo muchas dificultades para contener al aerostato; pero por fin el viento cesó con la llegada de la noche, y los dos amigos velaron juntos, casi desesperados.

XXXIV

El huracán. Salida forzada. Pérdida de un ancla. Tristes reflexiones. Resolución tomada. La tromba. La caravana enterrada. Viento contrario y favorable. Vuelta al sur. Kennedy en su puesto.

A las tres de la mañana el viento soplaba con una violencia tal que el *Victoria* no podía permanecer cerca del suelo sin peligro; las cañas rozaban su envoltura y amenazaban con desgarrarla.

—Tenemos que marcharnos —dijo el doctor—; no podemos permanecer en esta situación.

—¿Y Joe, Samuel?

—¡No lo abandono, no! ¡Y, aunque el huracán me lleve a cien millas hacia el norte, volveré! Pero aquí comprometemos la seguridad de todos.

—¡Marcharnos sin él! —gritó el escocés, profundamente dolorido.

—¿Acaso crees —prosiguió Fergusson— que no se me encoge el corazón como a ti? ¿Es que acaso no obedezco a una imperiosa necesidad?

—Estoy a tus órdenes —respondió el cazador—. Partamos. Pero la salida presentaba grandes dificultades. El ancla, profundamente hincada, se resistía a todos los esfuerzos, y el globo, tirando en sentido inverso, aumentaba todavía más su resistencia. Kennedy no logró arrancarla; además, en la actual posición, su maniobra era muy peligrosa, ya que el *Victoria* podía elevarse antes de que hubiera podido subirse.

El doctor, que no quería correr semejante riesgo, hizo entrar al escocés en la barquilla, y se resignó a cortar la cuerda del ancla. El *Victoria* dio en el aire un salto de trescientos pies y se dirigió directamente al norte.

Fergusson no podía más que dejarse llevar por la tormenta; se

cruzó de brazos y se hundió en tristes reflexiones.

Tras algunos instantes de profundo silencio, se volvió a Kennedy con gesto taciturno.

—Tal vez hemos tentado a Dios —dijo—. ¡Semejante viaje no es para hombres!

Y de su pecho escapó un suspiro de dolor.

—¡Hace tan sólo unos días, nos felicitábamos por haber escapado a tantos peligros! —respondió el cazador—. ¡Los tres nos dábamos la mano!

—¡Pobre Joe! ¡Qué naturaleza tan excelente la suya! ¡Qué corazón tan franco y valiente! ¡Deslumbrado un momento por sus riquezas, sacrificó espontáneamente sus tesoros! ¡Ahora está lejos de nosotros! ¡Y el viento nos lleva a toda velocidad!

—Veamos, Samuel: admitiendo que haya encontrado asilo entre las tribus del lago, ¿no podría hacer lo mismo que los viajeros que los visitaron antes que nosotros, como Denham, como Barth? Éstos regresaron a su país.

—¡Eh, mi pobre Dick! ¡Joe no sabe una palabra de su lengua! ¡Está solo y sin recursos! Los viajeros de que me hablas avanzaban con numerosos presentes y regalos para los jefes, con escoltas, armados y preparados para estas expediciones. ¡Y de todos modos sufrieron humillaciones y padecimientos de la peor especie! ¿Qué quieres que le ocurra a nuestro infortunado compañero? ¡Es horrible, uno de los disgustos más grandes que he tenido!

—Pero volveremos, Samuel.

—¡Volveremos, Dick, aunque tengamos que abandonar el *Victoria*, volver a pie al lago Chad y ponernos en contacto con el sultán de Bornu! Los árabes no pueden tener mal recuerdo de los primeros europeos.

—Te seguiré, Samuel —respondió el cazador con energía—, ¡puedes contar conmigo! ¡Antes renunciaremos a acabar este viaje! ¡Joe se ha desvivido por nosotros, nosotros nos sacrificaremos por él!

Esta resolución les devolvió el ánimo. Se sintieron fuertes. Fergusson hizo todo lo posible para encontrar una corriente que los acercara al Chad; pero en aquel momento era imposible, e incluso el descenso era impracticable por la desnudez del terreno y la violencia del huracán.

El *Victoria* cruzó el país de los tibúes; atravesó el Velad-el-Djerit, espinoso desierto que conforma la frontera del Sudán, y se adentró en el desierto de arena, surcado por las numerosas huellas de las caravanas; pronto la última línea de vegetación se confundió con el cielo en el horizonte meridional, no muy lejos del principal oasis de esta parte de África, cuyos cincuenta pozos están sombreados por magníficos árboles; mas no fue posible detenerse. Un campamento árabe, tiendas de telas listadas, algunos camellos que estiraban sus cabezas de víbora sobre la arena, animaban aquella soledad, pero el *Victoria* pasó como una estrella fugaz y en tres horas recorrió una distancia de sesenta millas, sin que Fergusson lograra dominar su rumbo.



—¡No podemos detenernos! —dijo—. ¡No podemos bajar, no hay ni un árbol, ni siquiera un saliente de terreno! ¿Vamos a cruzar el Sahara? ¡Decididamente el cielo está en contra nuestra!

Así hablaba con la rabia de un desesperado, cuando vio que en el norte las arenas del desierto se levantaban entre una espesa polvareda y se arremolinaban bajo el impulso de los vientos opuestos.

En el centro del torbellino, una caravana entera desaparecía bajo el alud de arena, rota, partida, derribada; los camellos revueltos unos con otros lanzaban sordos y lastimeros gemidos; gritos y

aullidos se escapaban de la sofocante bruma. A veces, una abigarrada vestimenta irrumpía con sus vivos colores en medio del caos, y el mugido de la tempestad dominaba sobre aquella escena de destrucción.

Rápidamente la arena se acumuló en compactas masas, y allí donde antaño se extendiera la llanura, se levantó una colina, inmensa tumba de una caravana engullida.

Pálidos, el doctor y Kennedy asistían al horrible espectáculo; ya no podían maniobrar el globo, que giraba sumido en medio de corrientes contrarias y no obedecía ya a las diferentes dilataciones del gas. Envuelto en el torbellino, giraba con una vertiginosa rapidez; la barquilla oscilaba peligrosamente; los instrumentos colgados de las paredes de la tienda chocaban unos con otros, los tubos del serpentín se curvaban hasta casi romperse, las cajas de agua se desplazaban estrepitosamente; los viajeros, a dos pies de distancia, no se oían y se aferraban a las cuerdas con las manos crispadas, intentando resistir ante las furiosas acometidas del huracán.

Kennedy, con los cabellos revueltos, miraba sin hablar; el doctor había recobrado su audacia en medio del peligro y su rostro no reflejó ni una sola de sus violentas emociones, ni tan siquiera cuando, tras un último vuelco, el *Victoria* se detuvo en una inesperada calma; el viento del norte dominaba y lo arrastraba en sentido inverso por el camino de la mañana, con no menos rapidez.

—¿Adónde vamos? —gritó Kennedy.

—Dejemos que decida la providencia, mi querido Dick; he hecho mal en dudar de ella; ella sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y aquí nos tienes, regresando a los lugares que no esperábamos volver a ver.

El terreno tan llano a la ida, estaba tan revuelto como las olas después de una tempestad; una serie de pequeños montículos, apenas asentados, jalonaban el desierto; el viento soplaba violentamente y el *Victoria* volaba en el espacio.

La dirección seguida por los viajeros difería un poco de la que habían tomado por la mañana; de este modo, sobre las nueve, en lugar de las orillas del Chad, vieron una vez más extenderse ante ellos las arenas del desierto.

Kennedy señaló el hecho.

—Eso importa poco —respondió el doctor—; lo importante es volver al sur; encontraremos de nuevo las ciudades de Bornu, Wondie o Kuka, y no vacilaré en detenerme en ellas.

—Si tú estás satisfecho, yo también lo estoy —respondió el cazador—. ¡Pero quiera Dios que no tengamos que atravesar el desierto como esos pobres árabes! Lo que hemos visto es horrible.

—Y muy frecuente, Dick. Atravesar el desierto es todavía más peligroso que atravesar el océano; el desierto tiene los mismos peligros que el mar, y, por si fuera poco, privaciones y fatigas insostenibles.

—Me da la impresión —dijo Kennedy— de que el viento tiende a calmarse; el polvo del suelo es menos compacto, sus ondulaciones disminuyen, el horizonte se aclara.

—Mejor. ¡Hay que examinarlo todo atentamente con nuestro catalejo, para que no se nos escape ningún punto!

—Yo me encargo de ello, Samuel, y no aparecerá ni un árbol sin que te avise.

Y Kennedy, con el catalejo en la mano, se acomodó en la parte delantera de la barquilla.

XXXV

La historia de Joe. La isla de los biddimahs. La adoración. Las orillas del lago. El árbol de las serpientes. Viaje a pie. Sufrimientos. Mosquitos y hormigas. El hambre. Paso del Victoria. Desaparición del Victoria. Desesperación. El pantano. Un último grito.

¿Qué había sido de Joe durante la vana búsqueda de su señor? Cuando se arrojó al lago, lo primero que hizo fue levantar la vista; vio al *Victoria*, ya bastante alto, subir rápidamente, disminuir poco a poco su marcha, y pronto, envuelto en una rápida corriente, desaparecer hacia el norte. Su señor, sus amigos, estaban a salvo.

«Arrojarme al Chad —se dijo— ha sido una buena idea; al señor Kennedy no hubiera tardado en ocurrírsele, y, ciertamente, no habría dudado en hacerlo, porque es muy natural que un hombre se sacrifique para salvar a otros dos. Es matemático».

Tranquilizado a este respecto, Joe se puso a pensar en él; estaba en el centro de un lago inmenso, rodeado de tribus desconocidas y probablemente feroces. Razón de más para salir airoso de la situación contando únicamente con sus propias fuerzas; esta idea no lo asustó.

Poco antes de la embestida de las aves de presa, que a su entender se habían comportado como verdaderos gipaetos, había divisado una isla en el horizonte; decidió encaminarse a ella, y, tras desembarazarse de algunas prendas incómodas, puso en práctica todos sus conocimientos de natación; un paseo de cinco o seis millas no le preocupaba en absoluto; así pues, mientras estuvo en el lago, sólo pensó en nadar vigorosa y directamente.

Al cabo de hora y media, la distancia que lo separaba de la isla había disminuido considerablemente.

Pero a medida que se acercaba a tierra, un pensamiento, primero fugaz, luego tenaz, se apoderó de él. Sabía que enormes

aligátos habitan las orillas del lago y conocía la voracidad de estos animales.

Pese a su manía de encontrar naturales todos los sucesos del mundo, el buen muchacho no pudo evitar sentirse atemorizado; temía que la carne blanca les resultara especialmente apetitosa, y avanzó con grandes precauciones, ojo avizor. Estaba a menos de cien brazadas de una ribera sombreada por verdes árboles, cuando le llegó una bocanada de aire cargado de penetrantes olores a almizcle.

«Bueno —se dijo—. ¡Lo que me temía! El caimán no está lejos».

Y se zambulló rápidamente, mas no lo bastante para evitar rozar un cuerpo enorme cuya epidermis rugosa le arañó al pasar; se creyó perdido y empezó a nadar desesperadamente; salió de nuevo a la superficie, respiró y desapareció otra vez. Pasó así un cuarto de hora terriblemente angustioso, que toda su filosofía no pudo acallar, y a cada instante creía oír tras él los ruidos de la gran mandíbula dispuesta a devorarlo. Nadaba entonces entre dos aguas, con la mayor suavidad posible, cuando sintió que le agarraban primero por un brazo, después por la cintura.



El pobre Joe dedicó un último pensamiento a su señor, y empezó a luchar con desesperación, sintiendo que lo arrastraban no al fondo del lago, como acostumbran a hacer los cocodrilos para devorar a sus presas, sino a la misma superficie.

En cuanto le fue posible respirar y abrir los ojos, se vio entre dos negros de color de ébano; los africanos lo sujetaban vigorosamente y lanzaban extraños gritos.

—¡Vaya! —no pudo dejar de exclamar Joe—. ¡Negros en lugar de caimanes! ¡La verdad, lo prefiero así! Pero ¡cómo se atreverán estos tipos a bañarse en estos parajes!

Joe ignoraba que los habitantes de las islas del Chad, como muchos negros, se zambullen impunemente en las aguas infectadas de aligátores, sin que su presencia les preocupe lo más mínimo; los anfibios de este lago gozan asimismo de una bastante merecida reputación de saurios inofensivos.

¿Pero había evitado un peligro para caer de bruces en otro? Los acontecimientos decidirían, y, como no podía hacer otra cosa, se dejó conducir a la ribera sin mostrar ningún temor.

«Evidentemente —se decía— esta gente ha visto al *Victoria* rozar las aguas del lago como un monstruo de los aires; han sido testigos lejanos de mi caída y es imposible que no tengan miramientos para con un hombre caído del cielo. ¡Dejémosles hacer!».

Así razonaba Joe, cuando pisó tierra en medio de un inmenso gentío vociferante, de ambos sexos, de todas las edades, pero no de todos los colores. Se hallaba en medio de una tribu de biddiomahs, de un soberbio color negro. Ni tan siquiera tuvo que avergonzarse ante la ligereza de su vestimenta; estaba «desvestido» a la última moda del país.

Antes incluso de comprender su situación, no pudo sustraerse a las adoraciones de que era objeto. Pese al recuerdo de la historia de Kazeh, esto lo tranquilizó.

«¡Presiento que me voy a convertir en un Dios, en un hijo de la Luna cualquiera! Bueno, más vale este oficio que otro cuando no se tiene elección. Lo importante es ganar tiempo. Si el *Victoria* vuelve a pasar, aprovecharé mi nueva posición para dar a mis adoradores el espectáculo de una milagrosa ascensión».

Mientras así reflexionaba Joe, la gente se apretujaba en torno a

él; se prosternaban, aullaban, lo palpaban, se iban familiarizando rápidamente con él; pero, al menos, se les ocurrió ofrecerle un magnífico festín, compuesto de leche agria y de miel con arroz machacado; el buen muchacho, que a todo le sacaba partido, hizo entonces una de las mejores comidas de su vida, y dio a su pueblo una elevada idea sobre el modo como devoran los dioses en las grandes ocasiones.

Llegada la noche, los hechiceros de la isla le tomaron respetuosamente la mano y le condujeron a una especie de choza rodeada de talismanes; antes de entrar, Joe paseó una mirada bastante inquieta sobre unos montones de huesos que se apilaban junto al santuario; por otra parte, cuando lo encerraron en la cabaña, tuvo todo el tiempo del mundo para pensar en su nueva situación.

Durante el anochecer y una parte de la noche, oyó cánticos de fiesta, percusiones de tambor y un entrechocar de objetos metálicos, muy grato para oídos africanos; unos coros vocingleros acompañaban a unas interminables danzas que enlazaban a la cabaña sagrada con sus gestos y con sus contorsiones.

Joe podía captar el ensordecedor conjunto a través de las paredes de barro y de cañas de la cabaña; quizás, en otras circunstancias, le hubieran gustado bastante esas extrañas ceremonias; pero no pudo evitar sentirse atormentado por negras ideas. Aun tomando las cosas por su lado bueno, le parecía estúpido, incluso triste, estar perdido en aquella salvaje región, entre semejantes tribus. Pocos viajeros de los que osaron adentrarse en esas regiones habían vuelto a ver su patria. Además, ¿acaso podía fiarse de aquella adoración? Tenía buenas razones para creer en la vanidad de las grandezas humanas. ¡Se preguntó si en ese país la adoración implicaría comerse al adorado!

Pese a tan desagradable perspectiva, tras algunas horas de reflexiones, el cansancio pudo más que las negras ideas y Joe sucumbió a un sueño bastante profundo, que, sin duda, se habría prolongado hasta el amanecer si no le hubiera despertado una inesperada humedad.

Pronto la humedad se convirtió en agua, y el agua subió tanto que le llegó hasta la cintura.

«¿Qué es esto? —se dijo—. ¡Una inundación, una tromba, un

nuevo suplicio de estos negros! ¡Por supuesto, no pienso esperar a que el agua me llegue al cuello!».

Y mientras así decía, derribó las paredes a empujones y se encontró, ¿dónde?, ¡en pleno lago! ¡La isla ya no existía! ¡Se había hundido durante la noche! ¡En su lugar sólo quedaba la inmensidad del Chad!

«¡Mal país para los propietarios!», se dijo Joe, y reanudó vigorosamente la práctica de sus facultades natatorias.

Un fenómeno bastante frecuente en el lago Chad había liberado al buen muchacho; más de una isla, que aparentaba una solidez de roca, había desaparecido de este modo, y más de una vez las poblaciones ribereñas tuvieron que recoger a los desdichados escapados a esas terribles catástrofes.

Joe ignoraba esta particularidad, pero no dejó de aprovecharla. Avistó una barca abandonada y la atrajo rápidamente hacia sí. Era una especie de tronco de árbol toscamente tallado. Felizmente, tenía un par de remos y Joe, aprovechando una corriente muy rápida, se dejó llevar a la deriva.

«Orientémonos —se dijo—. La estrella polar, que tan honestamente realiza su trabajo, es decir, indicar el camino del norte a todo el mundo, me ayudará con toda seguridad».

Observó con satisfacción que la corriente lo llevaba a la orilla septentrional del Chad, y la dejó hacer. Hacia las dos de la mañana desembarcó en un promontorio cubierto de juncos espinosos, que, aun a un filósofo como él, se le antojaron hartos inoportunos; pero allí crecía un árbol expresamente para cobijarlo y ofrecerle un lecho entre sus ramas. Joe trepó hasta arriba para más seguridad, y allí esperó, sin conciliar muy bien el sueño, los primeros rayos del día.

La mañana llegó con la rapidez propia de las regiones ecuatoriales, y Joe lanzó una mirada al árbol que lo había albergado durante la noche; un espectáculo bastante inesperado lo aterrorizó. Sus ramas estaban literalmente cubiertas de serpientes y de camaleones; el follaje desaparecía bajo sus entrelazamientos; parecía una nueva especie de árbol que produjera reptiles; bajo los primeros rayos del sol, todo reptaba y se retorecía. Joe experimentó un fuerte sentimiento de terror y de asco, y saltó al suelo entre los silbidos de la bandada.



—Esto no lo querrá creer nadie jamás —dijo.

No sabía que las últimas cartas del doctor Vogel habían revelado esta característica de las orillas del Chad, donde los reptiles son más numerosos que en ningún otro país del mundo.

Después de lo que había visto, Joe decidió ser más circunspecto en el futuro, y, orientándose con el sol, se puso en camino hacia el nordeste. Rehuía cuidadosamente las cabañas, las casetas, las chozas, los cubiles, en una palabra todo aquello que puede servir de receptáculo a la raza humana.

¡Cuántas veces levantó la vista! Esperaba ver al *Victoria* y, pese a haberlo buscado en vano durante toda la jornada de marcha, su confianza en su señor no disminuyó; necesitaba una gran energía para tomarse tan filosóficamente la situación. A la fatiga se unía el hambre, ya que un hombre no se reconforta con raíces, médulas de arbustos, como el «mele», con frutas de palmera dum; y no obstante, según sus cálculos, había avanzado unas treinta millas hacia el oeste. Su cuerpo llevaba en veinte lugares diferentes las huellas de los millares de espinas que erizan las cañas del lago, las acacias y las mimosas, y sus pies ensangrentados tornaban su caminar extremadamente doloroso. Pero por fin reaccionó contra sus sufrimientos, y por la tarde se decidió a pasar la noche en las orillas del Chad.

Allí tuvo que sufrir las atroces picaduras de miríadas de insectos: moscas, mosquitos, hormigas de media pulgada de largo cubren literalmente el suelo. Al cabo de dos horas, a Joe no le quedaba ni siquiera un jirón de las pocas ropas que lo cubrían: ¡los insectos habían devorado todo! Fue una noche terrible, en la que el pobre viajero no pegó ojo; durante ese tiempo, los jabalíes, los búfalos salvajes, los ajubs, una especie muy peligrosa de manatí, se agitaban en los arbustos y bajo las aguas del lago; el concierto de las fieras resonaba en medio de la noche. Joe no se atrevió a moverse. Su resignación y su paciencia apenas pudieron hacerle soportar una situación semejante.

Por fin volvió el día; Joe se levantó precipitadamente, y júzguese cuál sería su asco al ver al inmundito animal que había compartido su lecho: ¡Un sapo de cinco pulgadas de largo!, una bestia monstruosa, repulsiva, que lo contemplaba con sus grandes ojos redondos. Joe sintió que el estómago se le revolvía, y, recuperando

algunas fuerzas en medio de su repugnancia, corrió con grandes zancadas a zambullirse en las aguas del lago. El baño calmó un poco las desazones que lo torturaban, y, tras mascar algunas hojas, prosiguió su camino con una obstinación, una testarudez de las que él mismo no se daba cuenta; ya no tenía conciencia de sus actos y no obstante sentía en su interior un poder superior a la desesperación.

Un hambre terrible lo torturaba; su estómago, menos resignado, se quejaba; tuvo que apretar fuertemente una liana alrededor de su cuerpo; felizmente podía a cada paso apagar su sed y, al recordar los sufrimientos del desierto, hallaba una relativa felicidad al no soportar los tormentos de esa imperiosa necesidad.

«¿Dónde puede estar el *Victoria*? —se preguntaba...—. ¡El viento viene del norte! ¡Debería volver al lago! Sin duda el señor Samuel habrá procedido a una nueva instalación para restablecer el equilibrio; pero el día de ayer tuvo que bastarles; no sería imposible que hoy... Pero debo actuar como si nunca más volviera a verlo. Por otra parte, si llego a una de las grandes ciudades del lago, estaré como los viajeros de que nos ha hablado el señor, en su misma situación. ¿Por qué no había yo de salir indemne, como ellos? Los hay que han vuelto, ¡qué diablos!... ¡Vamos, valor!».

Mas hablando así y caminando sin cesar, el intrépido Joe apareció en pleno bosque en el centro de un grupo de salvajes. Se detuvo a tiempo, y no lo vieron. Los negros se dedicaban a envenenar sus flechas con el zumo del euforbio, gran ocupación de las tribus de esta comarca, que se hace con una especie de solemne ceremonia.

Joe, inmóvil, conteniendo la respiración, se ocultaba tras unos espesos matorrales, cuando al levantar la vista, por un claro del follaje, vio al *Victoria*, al *Victoria* mismo en dirección al lago y a tan sólo cien pies por encima de él. ¡Y le era imposible gritar o mostrarse!



Una lágrima resbaló por su mejilla, no de desesperación, sino de gratitud: ¡su señor lo buscaba, su señor no lo abandonaba! Tuvo que esperar la partida de los negros; pudo entonces dejar su escondrijo y correr hacia las orillas del Chad.

Pero el *Victoria* se perdía a lo lejos, en el cielo. Joe decidió esperarlo: ¡con toda seguridad volvería a pasar! Lo hizo, en efecto, pero más al este. Joe corrió, gesticuló, gritó... ¡Todo en vano! Un viento violento arrastraba al globo con una irresistible velocidad.

Por primera vez, la energía y la esperanza abandonaron el corazón del infortunado; se vio perdido; creyó que su señor no volvería; no se atrevía a pensar, no quería reflexionar.

Caminó durante todo el día y parte de la noche, como un loco, con los pies ensangrentados, el cuerpo magullado. Se arrastraba, ora de rodillas, ora con las manos; veía venir el momento en que las fuerzas lo abandonarían y en que moriría.

Avanzando de este modo, acabó por hallarse frente a un pantano, o, mejor dicho, ante lo que no tardó en saber que era un pantano, ya que hacía algunas horas que había anochecido; cayó en un barro tenaz; pese a todos sus esfuerzos, pese a una desesperada resistencia, se hundió poco a poco en aquel terreno cenagoso; minutos después, se había hundido hasta la cintura.

«¡Esto es la muerte! —se dijo—. ¡Y qué muerte!...».

Se debatió rabiosamente; pero sus esfuerzos sólo servían para apresararlo aún más en la tumba que el mismo desdichado se cavaba. ¡No había ni un pedazo de madera que lo detuviera, ni una caña que lo retuviera! ¡Comprendió que aquello era el final!... Sus ojos se cerraron.

—¡Señor, señor, socorro! —gritó.

Y aquella voz, desesperada, sola, ahogada ya, se perdió en la noche.

XXXVI

Un grupo en el horizonte. Una tropa de árabes. La persecución. ¡Es él! Caída del caballo. El árabe estrangulado. Una bala de Kennedy. Maniobra. Rescate al vuelo. Joe salvado.

Desde que Kennedy había vuelto a tomar su puesto de vigía en la proa de la barquilla, no dejaba de observar el horizonte con gran atención.

Al cabo de un tiempo, se volvió al doctor y dijo:

—Si no me equivoco, allí hay un grupo que se mueve, son hombres o animales; todavía no se los puede distinguir. En cualquier caso, se agitan violentamente, ya que levantan nubes de polvo.

—¿Será otra vez algún viento contrario —dijo Samuel—, una tromba que nos empuje al norte?

Se levantó para examinar el horizonte.

—No lo creo, Samuel —respondió Kennedy—; es una manada de gacelas o de bueyes salvajes.

—Quizás, Dick; pero ese grupo está al menos a nueve o diez millas y, por mi parte, incluso con el catalejo, no puedo distinguir nada.

—En cualquier caso, no lo perderé de vista; hay allí algo raro que me tiene intrigado; se diría que son maniobras de caballería. ¡Eh, no me equivoco, son jinetes! ¡Mira!

El doctor observó atentamente el grupo indicado.

—Creo que tienes razón —dijo—; es un destacamento de árabes o de tibúes; van en la misma dirección que nosotros; pero nosotros vamos más deprisa y los alcanzaremos fácilmente. En media hora podremos ver lo que pasa realmente y juzgar si hay que hacer algo.

Kennedy había vuelto a coger el catalejo y escrutaba atentamente el horizonte.

La masa de los jinetes se hacía más visible; algunos de ellos se separaban.

—Evidentemente —prosiguió Kennedy—, o se trata de maniobras o de una cacería. Parece como si persiguieran algo. Me gustaría saber qué.

—Ten paciencia, Dick. En poco tiempo los alcanzaremos y los dejaremos incluso atrás, si continúan en la misma dirección; llevamos una media de veinte millas por hora y no hay caballo que pueda mantener esta marcha.

Kennedy volvió a su puesto, e instantes después dijo:

—Son árabes lanzados a toda velocidad. Los veo perfectamente. Son unos cincuenta. Veo sus chilabas ahuecadas por el viento. Es un ejercicio de caballería; su jefe los precede a unos cien pasos y todos se precipitan tras él.

—Sean quienes fueren, Dick, no son de temer y, si es necesario, me elevaré.

—¡Espera, espera un poco, Samuel! ¡Qué extraño! —añadió Dick tras una nueva ojeada—. Hay algo que no me explico; a juzgar por sus esfuerzos, y por la irregularidad de su marcha, estos árabes parecen perseguir en vez de seguir.

—¿Estás seguro, Dick?

—Desde luego. ¡No me equivoco! ¡Es una cacería, pero van a la caza de un hombre! ¡No les precede un jefe sino un fugitivo!

—¡Un fugitivo! —dijo Samuel con emoción.

—¡Sí!

—No lo perdamos de vista y esperemos.

Pronto acortaron la distancia que los separaba de los jinetes en unas tres o cuatro millas, pero éstos corrían con una velocidad prodigiosa.

—¡Samuel, Samuel! —gritó Kennedy con voz temblorosa.

—¿Qué te ocurre, Dick?

—¿Es una alucinación? ¿Es posible?

—¿Qué quieres decir?

—Espera.

Y el cazador limpió apresuradamente los vidrios del catalejo y siguió mirando.

—¿Y bien? —preguntó el doctor.

—¡Es él, Samuel!

—¡Él! —gritó este último.

¡«Él» lo explicaba todo, no era necesario nombrarlo!

—¡Es él a caballo, apenas a cien pasos de sus enemigos! ¡Va huyendo!

—¡Es Joe! —dijo el doctor, palideciendo.

—¡No puede vernos en su huida!

—Nos verá —respondió Fergusson disminuyendo la llama de su soplete.

—¿Pero cómo?

—En cinco minutos estaremos a cincuenta pies del suelo; dentro de quince, estaremos justo sobre él.

—¡Hay que avisarlo con un disparo!

—¡No! No puede volver atrás, le cortarían la retirada.

—¿Qué hacemos entonces?

—Esperar.

—¡Esperar! ¿Y esos árabes?

—¡Los alcanzaremos! ¡Los dejaremos atrás! Estamos a menos de dos millas de ellos ¡y con tal de que el caballo de Joe aguante todavía!...

—¡Dios mío! —dijo Kennedy.

—¿Qué pasa?

Kennedy había lanzado un grito de desesperación al ver que Joe caía al suelo.

Su caballo, evidentemente rendido, agotado, se había caído, arrojando al suelo a su jinete.

—¡Nos ha visto! —exclamó el doctor—. ¡Al levantarse nos ha hecho señas!

—¡Pero los árabes van a alcanzarlo! ¿A qué espera? ¡Ah, el valiente! ¡Hurra! —gritó el cazador, que ya no podía contenerse.

Joe, que tras su caída se levantó inmediatamente, dio un salto de pantera para evitar a uno de los más rápidos jinetes que se precipitaba sobre él, se lanzó a la grupa de su caballo, cogió al árabe por la garganta con sus manos nerviosas, con sus dedos de hierro lo estranguló, lo arrojó sobre la arena, y prosiguió su estremecedora carrera.

Los árabes lanzaron un grito estentóreo; pero, afanados en la persecución, ninguno de ellos había visto al *Victoria*, a quinientos pasos tras ellos, apenas a treinta pies del suelo; ellos mismos

distaban del perseguido menos de veinte cuerpos de caballo.

Uno de ellos se aproximó peligrosamente a Joe, y ya iba a traspasarle con su larga lanza, cuando Kennedy, ojo avizor y mano firme, lo detuvo con un certero disparo y lo arrojó al suelo.

Joe ni siquiera se volvió al oír el ruido. Una parte del grupo suspendió su carrera y cayó de rodillas en el suelo al ver al *Victoria*; la otra continuó la persecución.

—Pero ¿qué hace Joe? —gritó Kennedy—. ¡No se detiene!

—Hace algo más inteligente, Dick. ¡Ya comprendo! Se mantiene en la dirección del aerostato. ¡Cuenta con nuestra inteligencia! ¡Ah, el buen muchacho! ¡Lo rescataremos ante las mismísimas barbas de esos árabes! Nos faltan tan sólo doscientos pasos.

—¿Qué hacemos?

—Deja a un lado tu fusil.

—Eso ya está —dijo el cazador depositando su arma.

—¿Puedes sostener ciento cincuenta libras de lastre?

—Y más todavía.

—No, es suficiente.

Y el doctor apiló unos sacos de arena en los brazos de Kennedy.

—Mantente en la popa de la barquilla y prepárate para tirar este lastre de un golpe. ¡Pero, por tu vida, no lo hagas antes de que yo te lo diga!

—¡Tranquilo!

—De otro modo, no lo lograríamos, ¡y Joe estaría perdido!

—Cuenta conmigo.

El *Victoria* se cernía casi totalmente sobre la tropa de jinetes que a galope tendido se abalanzaban tras los pasos de Joe. El doctor, en la proa de la barquilla, sujetaba la escala desplegada, dispuesto a arrojarla en el momento oportuno. Entre Joe y sus perseguidores seguía habiendo unos cincuenta pies de distancia. El *Victoria* los dejó atrás.

—¡Atención! —dijo Samuel a Kennedy.

—Estoy listo.

—¡Joe, alerta!... —gritó el doctor con su potente voz, y tiró la escala, cuya extremidad, golpeando contra el suelo, levantó remolinos de polvo.

Al oír la llamada del doctor, Joe, sin detener su caballo, se volvió; la escala llegó cerca de él y se agarró a ella. En ese

momento, el doctor gritó a Kennedy:



—¡Arrójalo ya!

—Ya está.

Y el *Victoria*, liberado de un peso superior al de Joe, se elevó a ciento cincuenta pies.

Joe se aferró fuertemente a la escala al sentir las grandes oscilaciones que describía; luego hizo un indescriptible gesto a los árabes, trepó con la agilidad de un mono, y llegó arriba, donde sus compañeros lo abrazaron y todos se entregaron a grandes expresiones de alegría.

Los árabes lanzaron un grito de sorpresa y de rabia. El fugitivo les había sido robado al vuelo y el *Victoria* se alejaba rápidamente.

—¡Señor! ¡Señor Dick! —había dicho Joe.

Y, sucumbiendo a la fatiga y a la emoción, se desvaneció mientras Kennedy, casi delirante, gritaba:

—¡Salvado, salvado!

—Por supuesto —dijo el doctor, que había recobrado su tranquila impasibilidad.

Joe estaba casi desnudo; sus brazos ensangrentados, su cuerpo magullado daban cuenta de sus sufrimientos. El doctor vendó sus heridas y lo acostó bajo la tienda. El fiel Joe no tardó en sumirse en un profundo sopor.

Joe no tardó en volver en sí y pidió un vaso de aguardiente, que el doctor no le negó, ya que no era un hombre al que se le pudiera tratar como a cualquier otro.

Después de beber, estrechó la mano a sus dos compañeros y se dispuso a contar su historia.

Mas no le permitieron hablar, y el buen muchacho recayó en un profundo y reparador sueño, que parecía necesitar imperiosamente.

Por entonces el *Victoria* se dirigía rápida y oblicuamente hacia el oeste.

Bajo el impulso de un viento muy fuerte, volvió a ver las orillas del desierto espinoso, sobre las palmeras dobladas o encorvadas por la tempestad; y después de recorrer casi doscientas millas de camino desde el rescate de Joe, cruzó al anochecer el décimo grado de longitud.

XXXVII

El camino del oeste. El despertar de Joe. Su terquedad. Final de la historia de Joe. Tegelel. Inquietudes de Kennedy. Rumbo al norte. Una noche cerca de Agades.

Durante la noche, el viento cesó en la violencia que había desplegado durante el día y el *Victoria* permaneció apaciblemente en la copa de un gran sicomoro; el doctor y Kennedy se repartieron las guardias, y Joe aprovechó para dormir profundamente y de un tirón veinticuatro horas seguidas.

—Esto es lo que necesita —dijo Fergusson—; su naturaleza se encargará de curarlo.

Con la llegada del día el viento se tornó rudo, pero caprichoso; tan pronto los empujaba hacia el norte como hacia el sur, pero finalmente los condujo al oeste.

El doctor, con ayuda del mapa, reconoció el reino de Damergú, fértil terreno ondulado, con poblados cuyas chozas están hechas con largas cañas entremezcladas con ramas de asclepia; en los campos de cultivo las hacinas de cereales se apilaban encima de unos pequeños andamios destinados a preservarlos de las invasiones de los ratones y de las termitas.

Pronto alcanzaron, la ciudad de Zinder, fácilmente reconocible por su gran plaza de las ejecuciones; en el centro se levanta el árbol de la muerte; al pie de éste vela el verdugo, ¡y todo el que pasa bajo su sombra es ahorcado inmediatamente!

Al consultar la brújula, Kennedy no pudo evitar decir:

—¡Otra vez vamos al norte!

—¿Y eso qué importa? Si vamos a Tombuctú, no es como para quejarse. ¡Nunca se habrá hecho un viaje tan magnífico en tan buenas circunstancias!...

—Ni con mejor salud —replicó Joe, que asomaba su rostro

fresco y alegre entre las cortinas de la tienda.

—¡Aquí está nuestro buen amigo, nuestro salvador! —gritó el cazador—. ¿Cómo estás?

—¡Pues estupendamente, señor Kennedy, estupendamente! ¡Nunca me he sentido mejor! ¡Nada le sienta mejor a un hombre que un pequeño viaje de recreo precedido de un baño en el Chad! ¿No es cierto, señor?

—¡Qué gran corazón tienes! —respondió Fergusson estrechándole la mano—. ¡Las angustias e inquietudes que nos has causado!

—Vaya, y ustedes, ¿qué me dicen de ustedes? ¿Acaso creen que lo que pudiera sucederles me tenía muy tranquilo? ¡Pueden afirmar que me han tenido en vilo!

—Joe, si te tomas las cosas de esta manera, nunca nos entenderemos.

—Veo que su caída no lo ha cambiado —añadió Kennedy.

—Tu abnegación ha sido sublime, muchacho, y nos ha salvado; porque el *Victoria* se caía al lago y, una vez allí, nadie hubiera podido sacarlo.

—Pero si mi abnegación, como llaman ustedes a mi voltereta, los ha salvado, ¿acaso no me ha salvado a mí también, puesto que aquí estamos los tres y con buena salud? Así que en todo esto no cabe ningún reproche mutuo.

—Jamás nos entenderemos con este muchacho —dijo el cazador.

—La mejor manera de entenderse —replicó Joe— es no hablar más del tema. ¡Lo hecho, hecho está! ¡Bueno o malo, no hay por qué hablar de ello!

—¡Qué testarudo! —dijo el doctor, riéndose—. ¿Querrás al menos contarnos tu aventura?

—¡Ya que insisten! Pero antes voy a preparar esta oca, pues ya veo que el señor Dick no ha perdido el tiempo.

—Como quieras, Joe.

—¡Bien! Vamos a ver cómo se comporta este animal africano en un estómago europeo.

La oca no tardó en asarse al calor de la llama del soplete, y enseguida la devoraron. Joe, como un hombre que no ha comido en varios días, tomó una buena ración. Después del té y de los ponches, les contó sus aventuras a sus compañeros; habló con cierta

emoción, aunque consideró los acontecimientos con su filosofía particular. El doctor no pudo evitar la efusión de estrecharle la mano en varias ocasiones, al sentirlo a través de sus palabras más preocupado por la vida de él que por la suya propia; a propósito de la inmersión de la isla de los biddimahs, le explicó la frecuencia de este fenómeno en el lago Chad.

Por fin Joe, en el curso de su relato, llegó al momento en que, hundido en el pantano, lanzó un último grito de desesperación.

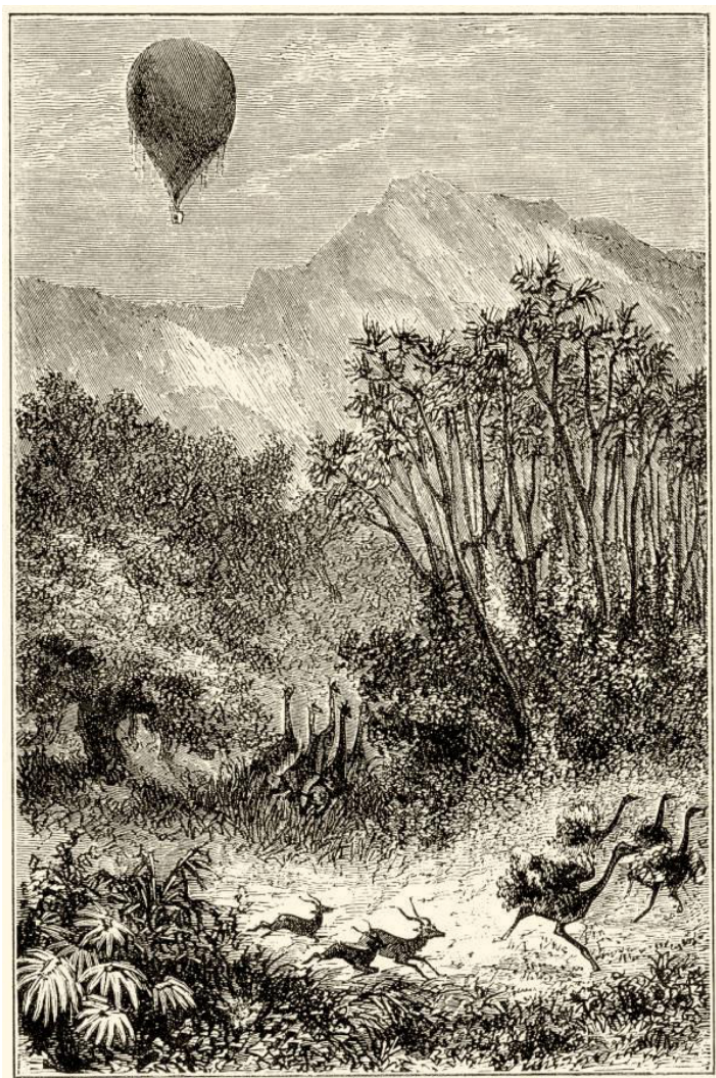
—Me creía perdido, señor —dijo—, y pensaba en usted. Me resistí a desfallecer. ¿Cómo? No podría decírselo; estaba decidido a no dejar que esta tierra me tragara sin lucha, y de repente, a dos pasos de mí, ¿qué veo? Un pedazo de cuerda recién cortada; hago un último esfuerzo y, mal que bien, llego al cable; tiro; se resiste; me aferro a él ¡y por fin me veo en tierra firme! ¡Al final de la cuerda encuentro un ancla!... ¡Ah, señor! Creo que puedo llamarle el ancla de la vida, si no ve usted inconveniente. ¡La reconozco, es un ancla del *Victoria*! ¡Había bajado usted a ese lugar! Sigo la dirección de la cuerda, que me daba la de ustedes, y, después de muchos esfuerzos, salgo del atolladero. Habían renacido mis fuerzas y mi ánimo y caminé durante una parte de la noche, alejándome del lago. Llegué por fin a la entrada de un inmenso bosque. Allí, en un cercado pastaban tranquilamente unos caballos. Hay momentos en la vida en los que todo el mundo sabe montar a caballo, ¿verdad? No me paro a pensarlo, salto sobre uno de esos cuadrúpedos, y ahí nos tienen corriendo a toda velocidad hacia el norte. No les hablaré de los pueblos que no he visto ni de las aldeas que evité. No. Atravieso campos sembrados, me adentro en la maleza, salto zanjas, empujo a mi bestia, la excito. Llego al límite de las tierras cultivadas. ¡Bueno! ¡El desierto! Tanto mejor, me digo; así veré más y mejor por delante de mí. A cada minuto esperaba ver al *Victoria* dando bordadas en mi busca. Pero nada. Al cabo de tres horas, ¡caí como un tonto en un campamento de árabes! ¡Ah, qué cacería! ¿Ve usted, señor Kennedy? ¡Un cazador no sabe lo que es cazar hasta que no lo cazan a él mismo! ¡Y, no obstante, si es posible, yo aconsejo que no lo intente! Mi caballo se caía de agotamiento; me seguían de cerca; me caigo; ¡saltó sobre un árabe! ¡Yo no tenía nada contra él, y espero que no me guarde rencor por haberlo estrangulado! ¡Pero yo ya los había visto! Y el resto... ya lo

conocen. El *Victoria* vuela tras mis pasos y me cogen ustedes al vuelo como se coge una sortija en el juego de este nombre. ¿No tenía yo razón al contar con ustedes? Ya ve, señor Samuel, qué sencillo es todo. ¡Nada hay más natural en el mundo! ¡Volvería a hacerlo, si de nuevo fuera necesario! Y además, como ya le decía antes, señor, no merece la pena hablar de ello.

—¡Mi buen Joe! —respondió, emocionado, el doctor—. ¡No en vano confiábamos en tu inteligencia y en tu destreza!

—¡Bah, señor, sólo hay que seguir el hilo de los acontecimientos y uno sale airoso de todo! Lo más seguro, ya ve usted, es aceptar las cosas tal y como se presentan.

Durante el relato de Joe, el globo había atravesado una buena parte del país.



Pronto Kennedy divisó en el horizonte una amalgama de chozas que aparentaban ser una ciudad. El doctor consultó su mapa y dedujo que debía tratarse de la ciudad de Tagelel, en el Damergú.

—Aquí volvemos a encontrar la ruta de Barth —dijo—. Ahí se separó de sus dos compañeros, Richardson y Overweg. El primero tomó el camino de Zinder, el segundo el de Morad, y ya recordaréis que, de los tres viajeros, Barth es el único que volvió a ver Europa.

—Así que —dijo el cazador siguiendo en el mapa la dirección del *Victoria*—, según todos los indicios, ¿subimos directamente hacia el norte?

—Directamente, mi querido Dick.

—¿Y eso no te preocupa un poco?

—¿Por qué?

—Porque esa ruta nos lleva a Trípoli y al gran desierto.

—¡Oh, no iremos tan lejos, amigo mío! Al menos, eso espero.

—¿Pero dónde pretendes detenerte?

—Veamos, Dick, ¿no tienes ganas de visitar Tombuctú?

—¿Tombuctú?

—Sin duda —prosiguió Joe—. ¡No puede uno permitirse un viaje a África sin visitar Tombuctú!

—Serás el quinto o el sexto europeo que vea esa misteriosa ciudad.

—¡Andando a Tombuctú!

—Entonces, déjanos llegar a un punto entre los 17º y 18º de latitud y allí buscaremos un viento favorable que nos empuje hacia el oeste.

—Bien —respondió el cazador—, ¿pero nos queda aún mucho camino por hacer hacia el norte?

—Por lo menos ciento cincuenta millas.

—Entonces —replicó Kennedy— voy a dormir un poco.

—Duerma usted, señor —respondió Joe—; usted también, señor, imite al señor Kennedy; necesitará usted reposo, ya que le he hecho velar por mí de un modo desconsiderado.

El cazador se tumbó bajo la tienda; pero Fergusson, que raramente se cansaba, permaneció en su puesto de observación.

Al cabo de tres horas el *Victoria* cruzaba con extremada rapidez un terreno pedregoso, con hileras de altas y desnudas montañas de base granítica; algunos picos aislados alcanzaban incluso los cuatro

mil pies de altura; las jirafas, los antílopes, los avestruces saltaban con maravillosa agilidad entre los bosques de acacias, de mimosas, de guamos y de palmeras; tras la aridez del desierto, la vegetación recobraba su imperio. Era el país de los kailúas, que ocultan su rostro tras un velo de algodón, como sus peligrosos vecinos, los tuaregs.

A las diez de la noche, y tras una soberbia travesía de doscientas cincuenta millas, el *Victoria* se detuvo sobre una ciudad importante; la luna dejaba entrever una parte medio en ruinas; los alminares de algunas mezquitas surgían aquí y allá iluminados por un blanco rayo de luz; el doctor tomó la altura de las estrellas y supo que se hallaba sobre la latitud de Agades.

Esta ciudad, antiguamente centro de un intenso comercio, estaba ya en ruinas en la época en que la visitó el doctor Barth.

El *Victoria*, inadvertido en la oscuridad, bajó a tierra, a unas doscientas millas por encima de Agades, en un vasto campo de mijo. La noche fue bastante tranquila y desapareció a las cinco de la mañana, al tiempo que un viento ligero empujaba al globo hacia el oeste, incluso levemente hacia el sur.

Fergusson no desaprovechó semejante oportunidad. Se elevó rápidamente y desapareció envuelto en los rayos del sol.

XXXVIII

*Travesía rápida. Prudentes resoluciones. Caravanas. Continuos chubascos. Gao.
El Níger. Golberry, Geoffroy, Gray. Mungo-Park. Laing. René Caillié.
Clapperton. John y Richard Lander.*

La jornada del 17 de mayo discurrió tranquila y sin incidentes; comenzaba nuevamente el desierto; un viento moderado devolvía al *Victoria* al suroeste; no se desviaba ni a derecha ni a izquierda; su sombra trazaba en la arena una línea rigurosamente recta.

Antes de su partida, el doctor había renovado prudentemente su provisión de agua; temía no poder descender en esas comarcas infestadas por los tuaregs auelimminien. La meseta, a mil ochocientos pies sobre el nivel del mar, sufría una ligera depresión hacia el sur. Los viajeros, que habían cortado el camino de Agades a Murzuk, frecuentemente trillado por las patas de los camellos, llegaron al anochecer a 16º de latitud y a 4º 55' de longitud, tras franquear ciento noventa monótonas millas.

Durante esa jornada, Joe dispuso las últimas piezas de la caza, que tan sólo habían recibido una preparación sumaria; para comer sirvió unas brochetas de agachadizas muy apetitosas. Como el viento les era favorable, el doctor decidió continuar la ruta en una noche que la luna, todavía casi llena, tornaba resplandeciente. El *Victoria* subió a unos quinientos pies y, durante esta travesía nocturna de aproximadamente sesenta millas, nada hubiera podido ni tan siquiera turbar el sueño de un niño.

El domingo por la mañana hubo un nuevo cambio en la dirección del viento; los llevó al noroeste; algunos cuervos volaban por los aires, y divisaron en el horizonte a una manada de buitres, que afortunadamente se mantuvo alejada.

La visión de estos pájaros impulsó a Joe a felicitar a su señor por su idea de hacer dos globos.

—¿Dónde estaríamos —dijo— con una sola envoltura? Este segundo globo es como la lancha de un buque; en caso de naufragio, siempre se puede recurrir a ella para salvarse.

—Tienes razón, amigo mío; pero mi lancha me inquieta un poco; no vale tanto como el buque.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kennedy.

—Quiero decir que el nuevo *Victoria* es peor que el antiguo; ya sea porque el tejido se haya resentido, ya sea porque la gutapercha se haya fundido con el calor del serpentín, compruebo una cierta pérdida de gas; por ahora no es muy importante, pero, en fin, hay que tenerla en cuenta; tenemos tendencia a descender y, para mantenerme, me veo obligado a dilatar más el hidrógeno.

—¡Diablos! —dijo Kennedy—. No veo ningún remedio posible.

—No lo hay, mi querido Dick; haremos bien en apresurarnos, evitando incluso las paradas nocturnas.

—¿Estamos todavía lejos de la costa? —preguntó Joe.

—¿De qué costa, muchacho? ¿Sabemos adónde nos conducirá el destino? Lo más que puedo decirte es que Tombuctú se encuentra todavía a cuatrocientas millas al oeste.

—¿Y cuánto tardaremos en llegar?

—Si el viento no nos aleja demasiado, cuento con llegar allí el martes por la noche.

—En ese caso —dijo Joe, señalando a una larga fila de hombres y de animales que serpenteaba en pleno desierto—, llegaremos antes que esa caravana.

Fergusson y Kennedy se inclinaron y divisaron un gran conjunto de hombres y seres de todas las especies; había más de ciento cincuenta camellos, de los que por doce «mutkals» de oro [117] van de Tombuctú a Tafilet con una carga de quinientas libras; todos llevaban en la cola un pequeño saco destinado a recibir sus excrementos, único combustible con que se puede contar en el desierto.

Estos camellos de los tuaregs son de la mejor raza; resisten de tres a siete días sin beber y dos días sin comer; son más veloces que los caballos y obedecen inteligentemente a la voz del jabir, guía de la caravana. Se los conoce en el país bajo el nombre de «meharis».

Tales fueron los detalles dados por el doctor, mientras sus compañeros observaban aquella multitud de hombres, mujeres y

niños, que caminaban dificultosamente sobre una arena casi movediza, apenas contenida por algunos cardos, hierbas agostadas y arbustos raquíuticos. El viento, casi instantáneamente, borraba las huellas de sus pasos.

Joe preguntó cómo podían los árabes orientarse en el desierto y alcanzar los pozos dispersos en esa inmensa soledad.

—Los árabes —respondió Fergusson— han sido dotados por la naturaleza con un maravilloso instinto para reconocer su camino; allí donde un europeo estaría desorientado, ellos no dudan jamás; una piedra insignificante, un guijarro, un matojo de hierbas, la diferente tonalidad de las arenas les basta para caminar con seguridad; durante la noche, se guían por la estrella polar; no hacen más de dos millas por hora y durante los grandes calores del mediodía descansan; imaginaos, pues, el tiempo que tardan en atravesar el Sahara, un desierto de más de novecientas millas.

Pero ya el *Victoria* había dejado atrás las asombradas miradas de los árabes, que envidiarían su rapidez. Por la tarde pasaba a los 2º 20' de longitud[118] y durante la noche franqueaba más de un grado.

El lunes el tiempo cambió por completo; la lluvia comenzó a caer violentamente; hubo que resistir al diluvio y al exceso de peso con que sobrecargaba al globo y a la barquilla; este fuerte chaparrón explicaba los pantanos y las charcas que componen únicamente la superficie del país; la vegetación reaparecía con las mimosas, con los baobabs y los tamarindos.

Tal era el Sonray con sus poblados cubiertos de tejados vueltos como gorros armenios; había pocas montañas, tan sólo las suficientes para formar colinas y barrancos, que las pintadas y las agachadizas cruzan con su vuelo; aquí y allá un impetuoso torrente cortaba los caminos; los indígenas lo atravesaban agarrándose a una liana tendida de un árbol a otro; los bosques se convertían ya en selvas, donde se agitaban los aligátores, los hipopótamos y los rinocerontes.

—No tardaremos en ver el Níger —dijo el doctor—; la comarca cambia con la cercanía de los grandes ríos. Los grandes ríos, que, como se dice, son caminos que andan, han traído la vegetación y más tarde traerán la civilización. Así, en su recorrido de dos mil quinientas millas, el Níger ha creado en sus orillas las más

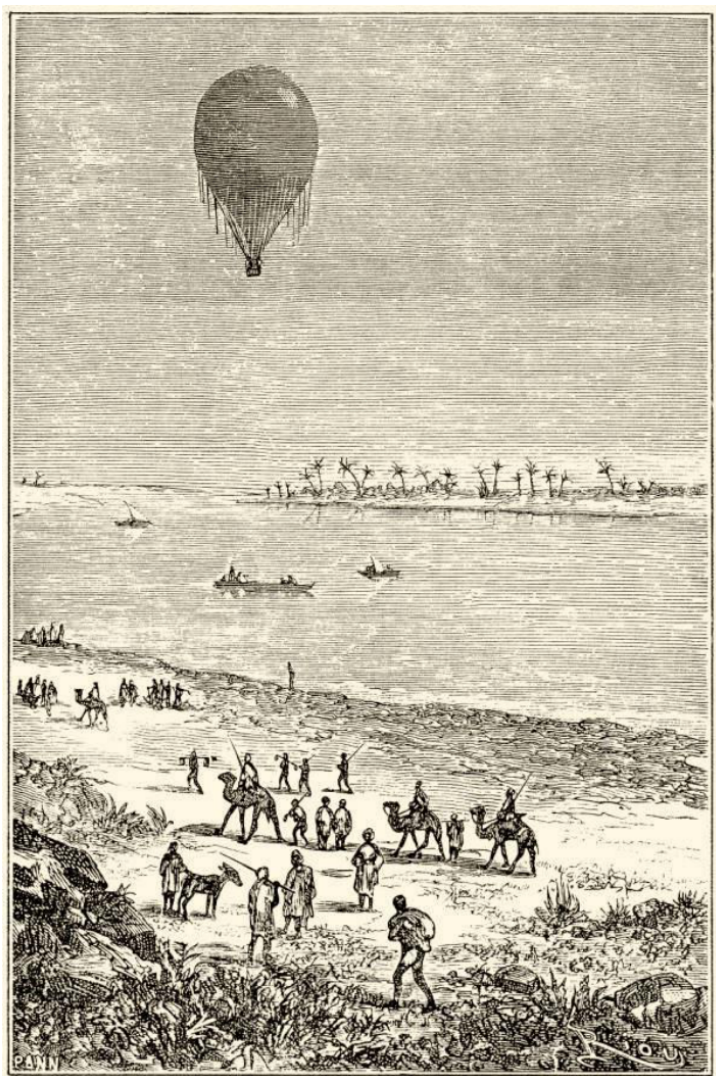
importantes ciudades de África.

—Vaya —dijo Joe—, eso me recuerda la historia de ese gran admirador de la Providencia, que la elogiaba porque, según decía, había tenido buen cuidado en hacer pasar los ríos por las grandes ciudades.

Al mediodía, el *Victoria* sobrepasaba una población compuesta por unas cuantas chozas miserables, llamada Gao, antiguamente una gran capital.

—Aquí —dijo el doctor— atravesó Barth el Níger, a su regreso de Tombuctú; éste es el otro famoso río de la antigüedad, el rival del Nilo, al que la superstición pagana atribuyó un origen celeste; como éste, llamó la atención de los geógrafos de todos los tiempos; y su exploración ha costado también numerosas víctimas.

El Níger corría entre dos orillas muy separadas; sus aguas corrían violentamente hacia el sur; pero los viajeros, impulsados a toda velocidad, apenas si pudieron captar sus curiosos contornos.



—¡Quería hablaros de ese río —dijo Fergusson— y ya se ha alejado! Con los nombres de Dhivleba, Mayo, Egghirreva, Quorra y muchos otros, recorre una enorme extensión de país, y es casi tan largo como el Nilo. Sus nombres, según las comarcas que atraviesa, significan simplemente «el río».

—¿Es que el doctor Barth siguió ese camino? —preguntó Kennedy.

—No, Dick; dejó el lago Chad, cruzó las ciudades principales del Bornu y pasó el Níger por el Sau, cuatro grados por debajo de Gao; después se adentró en las inexploradas comarcas que el Níger guarda en su recodo, y tras ocho meses de nuevas fatigas, llegó a Tombuctú; lo que, con un viento tan rápido como éste, haremos nosotros en tres días.

—¿Se han descubierto las fuentes del Níger? —preguntó Joe.

—Hace bastante tiempo —respondió el doctor—. La exploración del Níger y de sus afluentes atrajo numerosas expediciones, y voy a indicaros las principales. De 1749 a 1753, Adanson reconoce el río y visita Gorea; de 1785 a 1788, Golberry y Geoffroy recorren los desiertos de la Senegambia[119] y suben hasta el país de los moros, que asesinaron a Saugnier, Brisson, Adam, Riley, Cochelet y a muchos otros infortunados. Llegamos al caso del ilustre Mungo-Park, el amigo de Walter Scott, también escocés. Enviado por la Sociedad Africana de Londres en 1795, alcanza Bambarra, ve el Níger, recorre quinientas millas con un mercader de esclavos, reconoce el río Gambia y regresa a Inglaterra en 1797; vuelve a África el 30 de enero de 1805, con su cuñado Anderson, el dibujante Scott y una tropa de obreros; llega a Gorea, donde se le une un destacamento de treinta y cinco soldados; vuelve al Níger el 19 de agosto; mas por la fatiga, las privaciones, las inclemencias del clima, la insalubridad del país, de cuarenta europeos tan sólo quedan once vivos; el 16 de noviembre llegaban a su mujer las últimas cartas de Mungo-Park, y un año más tarde se supo por un traficante del país que en Bonza, sobre el Níger, el infortunado viajero perdió su barca en las cataratas del río y fue asesinado por los indígenas.

—¿Y este terrible fin no detuvo a los exploradores?

—Al contrario, Dick; puesto que ya no se trataba sólo de reconocer el río, sino de encontrar los papeles del viajero. En 1816,

se organiza en Londres una expedición, en la que participa el mayor Gray; llega al Senegal, se adentra en el Futa-Djallon, visita las poblaciones fullahs y mandingas, y retorna a Inglaterra sin ningún resultado. En 1822, el mayor Laing explora toda la parte del África occidental colindante con las posesiones inglesas y llega el primero a las fuentes del Níger; según sus documentos, en sus orígenes este inmenso río no tiene dos pies de anchura.

—Fácil de saltar —dijo Joe.

—¡Sí, sí, fácil! —replicó el doctor—. Si nos atenemos a la tradición, todo el que intenta cruzar la fuente saltándola se ahoga inmediatamente; y el que quiere coger agua se siente rechazado por una mano invisible.

—¿Me está permitido no creer una palabra de eso? —preguntó Joe.

—Te está. Cinco años más tarde, el mayor Laing se adentraba en el Sahara, hasta Tombuctú, y unas millas más arriba moría estrangulado por los uladshiman, que querían obligarlo a hacerse musulmán.

—¡Una víctima más! —dijo el cazador.

—Es entonces cuando un valeroso joven sin recursos emprendió el más asombroso de los viajes modernos; hablo del francés René Caillié. Tras diversas tentativas en 1819 y en 1824, salió nuevamente de Río-Núñez el 19 de abril de 1827; el 3 de agosto llegó a Timé, tan extenuado y tan enfermo, que no pudo reemprender su viaje hasta seis meses después, hasta enero de 1828; se unió entonces a una caravana, y protegido por su vestimenta oriental alcanzó el Níger el 10 de marzo, entró en la ciudad de Yenne, embarcó y descendió hasta Tombuctú, donde llegó el 30 de abril. Otro francés, Imbert, en 1670, y un inglés, Robert Adams, en 1810, habían visto quizás esa misteriosa ciudad; pero René Caillié fue el primero en dar una información exacta; el 4 de mayo dejó esta tierra, reina del desierto; el 9 reconoció el lugar en que fue asesinado el mayor Laing; el 19 llegó a El-Arnuan y abandonó esta ciudad comerciante para franquear, con mil peligros, las vastas soledades comprendidas entre el Sudán y las regiones septentrionales de África; por fin entró en Tánger y el 28 de septiembre se embarcó hacia Toulon; en diecinueve meses, pese a ciento noventa días de enfermedad, había atravesado África de

oeste a norte. ¡Ah, si Caillié hubiera nacido en Inglaterra, se lo habría considerado como al más intrépido de los viajeros modernos, al igual que Mungo-Park! Pero, en Francia, no le apreciaron en su justa medida [120].

—Era un valiente compañero —dijo el cazador—. ¿Y qué ha sido de él?

—Murió a los treinta y nueve años, de cansancio; creyeron que hacían mucho por él dándole el premio de la Sociedad Geográfica en 1828. ¡En Inglaterra se le habrían tributado los mayores honores! Por otra parte, mientras realizaba este maravilloso viaje, un inglés concebía el mismo proyecto y lo intentaba, no con tanta fortuna, pero sí con el mismo valor. Era el capitán Clapperton, el compañero de Denham. En 1829 regresó a África por la costa oeste, desembarcando en el golfo de Benin; siguió las huellas de Mungo-Park y de Laing, encontró en Bussa los documentos relativos a la muerte del primero, llegó el 20 de agosto a Sacatu, y allí, retenido prisionero, expiró en los brazos de su fiel criado Richard Lander.

—¿Y qué fue de Lander? —preguntó Joe, muy interesado.

—Logró alcanzar la costa y volvió a Londres con los papeles del capitán y una exacta relación de su propio viaje; ofreció entonces sus servicios al gobierno para completar el reconocimiento del Níger; su hermano John, el segundo de los hijos de una pobre familia de Cornualles, se le unió y los dos, de 1829 a 1831, descendieron el curso del río, desde Bussa a su desembocadura, describiéndolo poblado por poblado, ciudad por ciudad.

—¿Así que esos dos hermanos escaparon a la suerte común? —preguntó Kennedy.

—Sí, al menos durante esa exploración, ya que en 1833 Richard emprendió un tercer viaje al Níger y murió herido por un tiro perdido cerca de su desembocadura. Como veis, ¡el país que atravesamos ha sido testigo de nobles sacrificios que con frecuencia no han tenido otra recompensa que la muerte!

XXXIX

*El país en el recodo del Níger. Vista fantástica de los montes Hombori. Kabra.
Tombuctú. Plano del doctor Barth. Decadencia. Adonde quiera el cielo.*

Durante el desagradable día del lunes, el doctor dio a sus compañeros mil detalles sobre las comarcas que atravesaban. El suelo llano no ofrecía ningún obstáculo a la marcha. La única preocupación del doctor era ese maldito viento del nordeste que soplaba rabiosamente y lo alejaba de la latitud de Tombuctú.

El Níger, tras subir al norte hasta esta ciudad, se redondea como un inmenso chorro de agua y desemboca en el océano Atlántico en un delta muy abierto; en ese recodo el país es muy variado, desde una fertilidad lujuriosa a una extrema aridez; las llanuras sin cultivar suceden a los campos de maíz, reemplazados por grandes extensiones cubiertas de retama; todas las especies de pájaros acuáticos, el pelícano, la cerceta, el martín pescador viven en numerosas bandadas en las orillas de los torrentes y de los pantanos.

De vez en cuando aparecía un campamento de tuaregs, refugiados en sus tiendas, mientras las mujeres se dedicaban a los trabajos exteriores, ordeñando a las camellas y fumando sus gruesas pipas.

El *Victoria*, hacia las ocho, había avanzado más de doscientas millas hacia el oeste y los viajeros fueron testigos de un magnífico espectáculo.

Unos rayos de luna se fraguaron un camino por entre una fisura en las nubes y, deslizándose entre las barreras de lluvia, cayeron sobre las cordilleras Hombori. Nada hay más extraño que estas crestas de apariencia basáltica; se perfilaban en fantásticas siluetas sobre el cielo oscuro; parecían las legendarias ruinas de una ciudad medieval, como en las noches oscuras los bancos de hielo de los

mares glaciares se presentan a las asombradas miradas.

—He aquí un lugar digno de *Los misterios de Udolfo* [121] —dijo el doctor—; Ann Radcliffe no hubiera pintado estas montañas con un aspecto más aterrador.

—¡A fe —respondió Joe—, que no me gustaría pasearme solo y de noche por este país de fantasmas! Ya ve usted, señor, si no pesara tanto, me llevaría todo este paisaje a Escocia. Quedaría muy bien en las orillas del lago Lommond, y los turistas vendrían como moscas.

—Nuestro globo no es lo bastante grande como para permitirte esta fantasía. Pero me parece que cambia nuestra dirección. ¡Bueno!, los duendes del lugar son muy amables; nos envían un vientecito del sudeste que nos devolverá al buen camino.

En efecto, el *Victoria* volvía rumbo al norte, y el 20 por la mañana pasaba por encima de una inextricable red de canales, de torrentes, de ríos, el entramado completo de los afluentes del Níger. Varios de estos canales, cubiertos por una espesa hierba, parecían grandes praderas. Allí encontró el doctor la ruta de Barth, cuando éste se embarcó en el río para descender hasta Tombuctú. Con una anchura de ochocientas toesas, el Níger corría aquí entre dos orillas cubiertas de crucíferas y de tamarindos; las manadas de gacelas mezclaban sus cuernos retorcidos con la hierba, entre la cual el aligátor las espiaba en silencio.

Largas filas de asnos y de camellos, cargados con mercancías de Yenne, desaparecían bajo árboles magníficos; pronto un anfiteatro de casas bajas apareció en un recodo del río; en los tejados y en las azoteas se apilaba todo el heno recogido en las comarcas circundantes.

—Es Kabra —exclamó alegremente el doctor—; es el puerto de Tombuctú. ¡La ciudad está a menos de cinco millas!

—¿Está usted satisfecho, señor? —preguntó Joe.

—Encantado, muchacho.

—Entonces, todo va bien.

En efecto, dos horas más tarde, la reina del desierto, la misteriosa Tombuctú, que tuvo, como Roma y Atenas, sus escuelas de sabios y sus cátedras de filosofía, se desplegó ante la mirada de los viajeros.

Fergusson siguió los menores detalles en el plano dibujado por

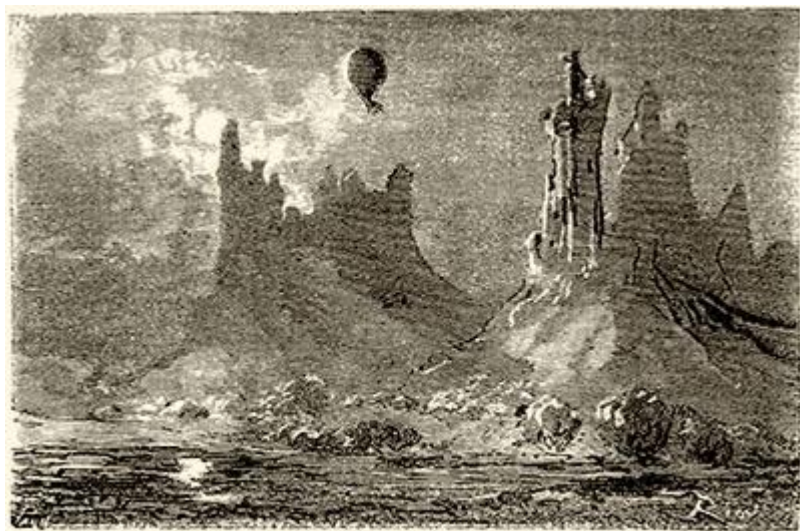
Barth, y reconoció su extremada exactitud.

La ciudad forma un vasto triángulo inscrito en una inmensa llanura de arena blanca; su punta se dirige hacia el norte y toca un rincón del desierto; no hay nada en los alrededores; apenas algunas gramíneas, unas mimosas enanas y unos arbustos secos y retorcidos.

Tombuctú, vista desde arriba, parece un montón de bolas de billar y de dados apilados; las calles, bastante estrechas, están bordeadas por casas de una sola planta, construidas con ladrillos cocidos al sol, y por chozas de paja y de cañas, cónicas las primeras, cuadradas las otras; en las terrazas están indolentemente tumbados algunos habitantes envueltos en brillantes túnicas, con la lanza o el mosquete en la mano; a esa hora no se veía ninguna mujer.

—Dicen que son bellas —añadió el doctor—. Veis las tres torres de las tres mezquitas, las únicas que quedan. ¡El antiguo esplendor de la ciudad se acabó! En la cima del triángulo se levanta la mezquita de Sankore, con sus galerías sostenidas por arcadas de un dibujo bastante puro; más lejos, cerca del barrio Sane-Gugu, está la mezquita de Sidi-Yahia y algunas casas de dos pisos. No busquéis palacios ni monumentos. El jeque es un simple traficante y su alcázar real es un almacén.

—Me parece —dijo Kennedy— ver murallas semiderruidas.



—Las destruyeron los fullahs en 1826; entonces la ciudad era

tres veces mayor, porque Tombuctú, siempre objeto de la codicia general, ha pertenecido sucesivamente a los tuaregs, a los kaurayanos, a los marroquíes, a los fullahs; y este gran centro de civilización, donde un sabio como Ahmed-Baba poseía en el siglo xvi una biblioteca de mil seiscientos manuscritos, ahora es sólo un depósito comercial en el África central.

La ciudad parecía completamente abandonada; revelaba la indolencia epidérmica de las ciudades que decaen; inmensos escombros se amontonaban en los arrabales, y formaban, con la colina del mercado, los únicos accidentes visibles del terreno.

Al pasar el *Victoria*, se registró algún que otro movimiento, algún sonido de tambor; pero apenas pudo el último sabio del lugar observar el nuevo fenómeno; los viajeros, empujados por el viento del desierto, siguieron el sinuoso curso del río y pronto Tombuctú se convirtió en un rápido recuerdo de su viaje.

—Y ahora —dijo el doctor— ¡que el cielo nos lleve adonde quiera!

—¡Ojalá nos lleve al oeste! —replicó Kennedy.

—¡Bah! —dijo Joe—. Aunque volviéramos a Zanzíbar por el mismo camino y tuviéramos que atravesar el océano hasta América, ¡no me asustaría!

—No podríamos, Joe.

—¿Y qué necesitaríamos?

—Gas, muchacho. La fuerza ascensional del globo disminuye continuamente y tendremos que economizar para llegar a la costa. Voy a tener incluso que arrojar lastre. Pesamos demasiado.

—¡Eso es porque no hacemos nada, señor! De estar todo el día tumbado como un vago en una hamaca, uno engorda. El nuestro es un viaje de perezosos, y a la vuelta van a encontrarnos horriblemente gordos.

—Estas reflexiones son muy propias de Joe —respondió el cazador—, pero espera a ver el final. ¿Acaso sabes lo que el cielo nos reserva? Todavía estamos lejos del fin del viaje. ¿Dónde crees encontrar la costa de África, Samuel?

—Me pones en un aprieto, Dick; estamos a la merced de vientos muy variables; pero, bueno, me daré por contento si llego entre Sierra Leona y Portendick; allí hay un trecho de país donde encontraremos amigos.

—Y será agradable estrecharles la mano; pero ¿seguimos al menos en la buena dirección?

—No demasiado, Dick, no demasiado; mira la aguja imantada; vamos al sur y seguimos al Níger hasta sus fuentes.

—Una buena ocasión para descubrirlas —apostilló Joe—, si no lo estuvieran ya. ¿No podríamos encontrar otras?

—No, Joe, pero tranquilízate; espero no ir hasta allí.

Al caer la noche, el doctor arrojó los últimos sacos de lastre; el *Victoria* se elevó; el soplete, aunque funcionaba al máximo, podía mantenerlo a duras penas; se encontraban a sesenta millas al sur de Tombuctú y, al día siguiente, se despertaron en las orillas del Níger, no lejos del lago Debo.

XL

Preocupaciones del doctor Fergusson. Persistente dirección hacia el sur. Una nube de langostas. Vista de Yenne. Vista de Sego. Cambio de viento. Lamentaciones de Joe.

El lecho del río estaba dividido por grandes islas en estrechos brazos de rápida corriente. Sobre una de ellas se agrupaban algunas chozas de pastores; pero anotar su situación exacta fue imposible, ya que el *Victoria* iba cada vez más deprisa. Desgraciadamente, cada vez se inclinaba más al sur, y en pocos minutos, el lago Debo quedó atrás.

Fergusson buscó a diferentes alturas, forzando al máximo la dilatación del gas, una corriente favorable, pero fue inútil. Pronto abandonó su intento, que aumentaba aún más la pérdida del gas, y lo comprimía contra las fatigadas paredes del globo aerostático.

No dijo nada, pero se inquietó mucho. Esta obstinación del viento en precipitarlo hacia la parte meridional de África echaba por tierra todos sus cálculos. Ya no sabía dónde depositar la esperanza. Si no alcanzaba los territorios ingleses o franceses, ¿qué sería de ellos entre los bárbaros que infestaban las costas de Guinea? ¿Cómo esperar allí un navío para regresar a Inglaterra? La actual dirección del viento lo llevaba al reino de Dahomey, entre las más feroces tribus, a la merced de un rey que sacrificaba en las fiestas públicas a millares de víctimas humanas. Allí estarían perdidos.

Por otra parte, el globo se deterioraba visiblemente y el doctor sentía que se le iba de las manos.

Sin embargo, esperó que con el fin de la lluvia habría un cambio de tiempo en las corrientes atmosféricas, y que mejorarían las condiciones.

Así, pues, el comentario de Joe le devolvió desagradablemente a

la realidad de la situación.

—¡Vaya! —decía éste—. ¡Va a llover aún más y esta vez será el diluvio, a juzgar por la nube que se nos echa encima!

—¡Una más! —dijo Fergusson.

—¡Y muy grande! —respondió Kennedy.

—Como nunca he visto —replicó Joe—, con unas aristas que parecen trazadas a cordel.

—Es un alivio —dijo el doctor, dejando el catalejo—, no es una nube.

—¡Vaya! —dijo Joe.

—No, ¡es un nubarrón!

—¿Y qué?

—Pero un nubarrón de langostas.

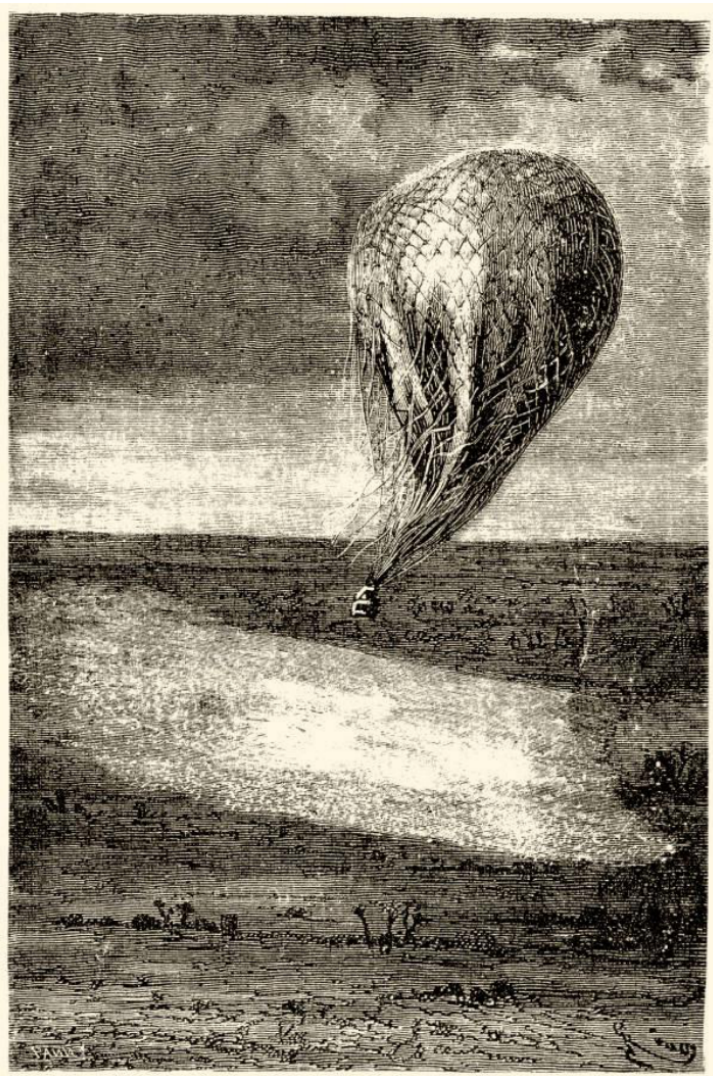
—¡Eso: langostas!

—Millares de langostas que van a pasar sobre este país como una tromba y pobre de él si aterrizan, ¡porque lo devastarían!

—¡Me gustaría verlo!

—Espera un poco, Joe; dentro de diez minutos, el nubarrón nos alcanzará y juzgarás por tus propios ojos.

Fergusson tenía razón; el espeso nubarrón, opaco, con un tamaño de varias millas, llegaba con un ruido ensordecedor, paseando su inmensa sombra por el suelo; era una innumerable legión de esas langostas llamadas cigarrones.



A cien pasos del *Victoria* se abatieron sobre un terreno verde; un cuarto de hora más tarde levantaron el vuelo y los viajeros pudieron ver los árboles y los arbustos completamente desnudos y las praderas segadas. Se diría que un súbito invierno acababa de sumir a la campiña en la más desoladora esterilidad.

—¿Qué te parece, Joe?

—¡Pues bien, señor! Es muy curioso, pero muy natural. Lo que una langosta haría en pequeño, a millares lo hacen a lo grande.

—Es una lluvia terrible —dijo el cazador— y más devastadora que el granizo.

—Es imposible defenderse contra ellas —respondió Fergusson—; algunas veces, los habitantes han pensado en incendiar los bosques e incluso las cosechas para detener el vuelo de estos insectos; pero la primera fila se lanza contra las llamas, las apaga con su masa y el resto pasa irresistiblemente. Afortunadamente, por estos parajes hay una compensación a sus estragos; los indígenas recogen esos insectos en grandes cantidades y se los comen con mucho placer.

—Son las gambas del aire —dijo Joe, que lamentó no haberlas probado, «para instruirse».

Por la noche, el país se tornó pantanoso; los bosques desaparecieron y en su lugar aparecieron grupos aislados de árboles; en las orillas del río se veían algunas plantaciones de tabaco y charcas rodeadas de follaje.

En una gran isla apareció entonces la ciudad de Yenne, con las dos torres de su mezquita de adobe y con el olor infecto que se escapaba de los millones de nidos de golondrinas acumulados en sus muros.

Algunas copas de baobabs, de mimosas y de palmeras sobresalían entre las casas. Incluso de noche, la actividad parecía muy grande.

Yenne es efectivamente un importante centro de comercio; provee a Tombuctú de todo lo necesario; sus barcas por el río, sus caravanas por los frondosos caminos, transportan los diversos productos de su industria.

—Si eso no prolongara nuestro viaje —dijo el doctor—, me hubiera gustado descender en esta ciudad; debe de haber más de un árabe que haya viajado a Francia o a Inglaterra que no desconozca nuestro medio de locomoción. Pero no sería prudente.

—Pospongamos la visita a nuestra próxima excursión —dijo Joe, riéndose.

—Además, si no me equivoco, amigos míos, el viento tiene una cierta tendencia a soplar del este; no podemos perder semejante ocasión.

El doctor arrojó algunos objetos inútiles, botellas vacías y una caja de carne que ya no servía para nada; logró mantener al *Victoria* en una zona más favorable a sus proyectos. A las cuatro de la mañana, los primeros rayos del sol iluminaban Sego, capital del Bambarra, perfectamente reconocible por las cuatro ciudades que la componen, por sus mezquitas moriscas y por el continuo vaivén de las barcazas que transportaban a los habitantes de un barrio a otro. Pero los viajeros ni vieron ni fueron vistos; volaban rápidamente hacia el noroeste y las inquietudes del doctor se calmaban poco a poco.

—Dos días más en esta dirección y con esta velocidad, y alcanzaremos el río Senegal.

—¿Y estaremos entre amigos? —preguntó el cazador.

—Todavía no; pero si el *Victoria* nos fallara, podríamos llegar a los establecimientos franceses. Pero ojalá aguante algunos centenares más de millas, y llegaremos sin fatigas, sin temores, sin peligros a la costa occidental.

—¡Y se acabará todo! —dijo Joe—. Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Si no fuera por el placer de contarle, no querría bajarme nunca. ¿Cree usted que nos crearán, señor?

—¡Quién sabe, mi buen Joe! Pero, bueno, de todos modos siempre habrá un hecho innegable; mil testigos nos habrán visto partir de una parte de África, mil testigos nos verán llegar al otro lado.

—¡En ese caso —respondió Kennedy—, me parece difícil que digan que no la hemos atravesado!

—¡Ah, señor Samuel! —prosiguió Joe con hondos suspiros—. ¡Echaré de menos más de una vez mis pedruscos de oro macizo! Esto habría dado consistencia y realismo a nuestras historias. ¡Con un gramo de oro por oyente, me habría hecho con un buen gentío para escucharme e incluso para admirarme!

XLI

Las cercanías del Senegal. El Victoria desciende cada vez más. Siguen tirando y tirando. El morabito Al-Hadji. Pascal, Vincent, Lambert. Un rival de Mahoma. Las montañas difíciles. Las armas de Kennedy. Una maniobra de Joe. Alto encima de un bosque.

El 27 de mayo, hacia las nueve de la mañana, el paisaje presentó un nuevo aspecto; las rampas, muy extendidas, desaparecían dando paso a colinas que presagiaban próximas montañas; tendrían que franquear la cordillera que separa la cuenca del Níger de la del Senegal y que determina que el curso de las aguas desemboque ya en el golfo de Guinea, ya en la bahía de Cabo Verde.

Hasta el Senegal, esta parte de África está considerada peligrosa. El doctor Fergusson lo sabía por sus predecesores; habían sufrido un sinnúmero de privaciones y corrido mil peligros entre esos negros bárbaros; el funesto clima se llevó a la mayor parte de los compañeros de Mungo-Park. Fergusson decidió, más que nunca, no descender en aquella inhóspita comarca.

Pero no tuvo un instante de reposo; el *Victoria* descendía sensiblemente; hubo que arrojar de nuevo un montón de objetos más o menos inútiles, especialmente al franquear una cima. Y así fue durante más de ciento veinte millas; se cansaron con tanta subida y bajada; el globo, nuevo peñasco de Sísifo [122], recaía incesantemente; las formas del aerostato se deshinchaban; se alargaba y el viento formaba grandes bolsas en su relajada envoltura.

Kennedy no pudo resistirse.

—¿No tendrá el globo alguna fisura? —dijo.

—No —respondió el doctor—; pero la gutapercha se ha ablandado o fundido con el calor, y el hidrógeno se escapa a través del tafetán.

—¿Cómo impedir el escape?

—Es imposible. Aligerémonos; es la única manera; tiremos todo lo que se pueda tirar.

—¿Pero qué? —dijo el cazador, mirando la barquilla ya muy desguarnecida.

—Desembaracémonos de la tienda, cuyo peso es bastante considerable.

Joe, a quien le correspondía ejecutar la orden, subió por encima del círculo que reunía las cuerdas de la red; allí no le fue difícil desatar las gruesas cortinas de la tienda, y lo arrojó todo afuera.



—Esto hará feliz a toda una tribu de negros —dijo—; hay con qué vestir a un millar de indígenas, ya que usan tan poca tela en los vestidos.

El globo se había elevado un poco, pero pronto fue evidente que de nuevo se acercaba al suelo.

—Bajemos —dijo Kennedy— y veamos qué se puede hacer con esta envoltura.

—Te repito, Dick, que nos es imposible repararla.

—¿Qué haremos entonces?

—Sacrificaremos todo lo que no sea estrictamente indispensable; quiero evitar a toda costa un alto en estos lugares; los bosques cuyas copas estamos rozando en este momento son muy poco seguros.

—¡Bah! ¿Leones, hienas? —dijo Joe con desprecio.

—Peor aún, muchacho: hombres, y los más crueles de África.

—¿Y cómo se sabe eso?

—Por los viajeros que nos han precedido; además, los franceses que ocupan la colonia del Senegal han tenido forzosos contactos con la población vecina; bajo el mando del coronel Faidherbe, se han hecho exploraciones muy adentro en estos países; oficiales como Pascal, Lambert, Vincent trajeron importantes documentos sobre sus expediciones. Exploraron esas comarcas formadas por el recodo del Senegal, allí donde la guerra y el saqueo tan sólo dejaron ruinas.

—¿Qué ocurrió?

—Os lo diré. En 1854, un morabito del Futa senegalés, Al-Hadji, afirmando ser un inspirado como Mahoma, empujó a todas las tribus a la lucha contra los infieles, es decir, los europeos. Destruyó todo entre el río Senegal y su afluente el Falemé. Tres hordas de fanáticos, con él a la cabeza, surcaron el país hasta no dejar ni un poblado, ni una choza, saqueando y matando; llegó Incluso hasta el valle del Níger, hasta la ciudad de Sego, que estuvo largo tiempo amenazada. En 1857 subió más al norte y atacó el fuerte de Medina, construido a orillas del río por los franceses; el fuerte lo defendió un héroe, Paul Holl, que resistió varios meses sin comida, casi sin municiones, hasta que el coronel Faidherbe lo liberó. Al-Hadji y su banda volvieron entonces al Senegal, y luego a Kaarta para continuar con sus rapiñas y sus matanzas; y éstas son las comarcas a las que huyó y en las que se refugia con sus hordas de bandidos. Os

digo con toda seriedad que no me gustaría caer en sus manos.

—No caeremos —dijo Joe—, aunque haya que sacrificar hasta los zapatos para mantener al *Victoria*.

—No estamos lejos del río —dijo el doctor—; pero preveo que nuestro globo no podrá llevarnos más allá.

—Vayamos de todos modos a la orilla —replicó el cazador—; siempre habremos ganado terreno.

—Es lo que estamos intentando —dijo el doctor—; pero hay algo que me inquieta.

—¿Qué?

—Habrá que cruzar montañas, y será difícil, puesto que no puedo aumentar la fuerza ascensional del aerostato, incluso produciendo el máximo calor posible.

—Esperemos —dijo Kennedy—, y ya veremos.

—¡Pobre *Victoria*! —dijo Joe—. Le he tomado tanto cariño como un marinero a su navío; no me separaré de él sin pena. Es cierto que ya no es lo que era, pero no hay que criticarlo. Nos ha hecho muchos favores, y la idea de abandonarlo me rompe el corazón.

—Tranquilízate, Joe; si lo abandonamos será porque no habrá más remedio. Nos servirá hasta que no pueda más. Le pido aún veinticuatro horas.

—¡Pobre globo! —dijo Joe mirándolo—. Se agota, adelgaza, se le va la vida.

—Si no me equivoco —dijo Kennedy—, ahí en el horizonte están las montañas de que hablabas, Samuel.

—Son ellas —dijo el doctor, tras examinarlas con el catalejo—; me parecen muy altas, nos va a costar trabajo franquearlas.

—¿No podríamos evitarlas?

—No lo creo, Dick; mira qué inmenso espacio ocupan: ¡casi la mitad del horizonte!

—Parece incluso como si se cerraran sobre nosotros —dijo Joe—; aumentan a derecha e izquierda.

—Hay que pasar por encima.

Los peligrosos obstáculos parecían acercarse a una velocidad inusitada, o mejor dicho, el viento, muy fuerte, precipitaba al *Victoria* contra los afilados picos. Había que subir a toda costa, para no chocar con ellos.

—Vaciamos nuestra caja de agua —dijo Fergusson—; dejemos tan sólo lo necesario para un día.

—¡Ya está! —dijo Joe.

—¿Se levanta el globo? —preguntó Kennedy.

—Un poco, unos cincuenta pies —respondió el doctor, que no quitaba los ojos de encima al barómetro—. Pero no es bastante.

En efecto, las altas crestas llegaban como si fueran a precipitarse sobre los viajeros; estaban lejos de dominarlas; faltaban todavía unos quinientos pies. Tiraron asimismo la provisión de agua del soplete; conservaron tan sólo algunas pintas; pero no era suficiente.

—Pues tenemos que pasar —dijo el doctor.

—Tiremos las cajas, puesto que están vacías —dijo Kennedy.

—Tiradlas.

—¡Ya está! —dijo Joe—. Es triste irse así trozo a trozo.

—En cuanto a ti, Joe, ¡no vayas a renovar tu sacrificio del otro día! Suceda lo que suceda, júrame que no nos dejarás.

—Esté tranquilo, señor, no nos separaremos.

El *Victoria* había ganado una veintena de toesas de altura, pero la cima de la montaña lo dominaba todavía. Era una arista recta que terminaba en una verdadera muralla cortada a pico. Se levantaba aún a unos doscientos pies sobre los viajeros.

—¡Dentro de diez minutos —se dijo el doctor—, si no las sobrepasamos, nuestra barquilla se estrellará contra estas rocas!

—¿Y ahora, señor Samuel? —dijo Joe.

—Guarda sólo nuestra provisión de *pemmican*, y tira la carne, todo lo que pese.

El globo se liberó de unas cincuenta libras; subió bastante, pero poco importaba, si no llegaba por encima de las montañas. La situación era muy grave; el *Victoria* corría con gran rapidez; se presentía que iba a despedazarse; el golpe sería terrible.

El doctor miró a su alrededor.

La barquilla estaba casi vacía.

—Si es necesario, Dick, sacrificarás tus armas.

—¡Sacrificar mis armas! —respondió el cazador con emoción.

—Amigo mío, si te lo pido es porque es necesario.

—¡Samuel, Samuel!

—Tus armas y tus municiones pueden costarnos la vida.

—¡Nos acercamos! —gritó Joe—. ¡Nos acercamos!

¡Diez toesas! La montaña estaba todavía a diez toesas por encima del *Victoria*.

Joe cogió las mantas y las arrojó fuera. Sin decir nada a Kennedy, tiró también varios sacos de balas y de plomo.

El globo volvió a subir, sobrepasó la cima peligrosa y su parte superior se iluminó con los rayos del sol. Pero todavía la barquilla se encontraba por debajo de las paredes de roca contra las que inevitablemente iba a estrellarse.

—¡Kennedy! ¡Kennedy! —gritó el doctor—. ¡Tira tus armas o estamos perdidos!

—¡Espere, señor Dick! —dijo Joe—. ¡Espere!

Y Kennedy, al volverse, lo vio desaparecer por el borde de la barquilla.

—¡Joe! ¡Joe! —gritó.

—¡El desdichado! —dijo el doctor.

La cima de la montaña podía tener en ese lugar unos veinte pies de anchura y, del otro lado, la rampa presentaba un mínimo declive. La barquilla llegó justo al nivel de esa meseta; resbaló por un suelo compuesto por agudos guijarros que rechinaban bajo su paso.

—¡Pasamos, pasamos! ¡Estamos pasando! ¡Hemos pasado! —gritó una voz que sobresaltó el corazón de Fergusson.

El intrépido muchacho se sujetaba con las manos al borde inferior de la barquilla; él corría a pie sobre la cima, deslastrando así al globo de la totalidad de su peso; lo sujetaba incluso fuertemente, ya que tendía a escapársele.



Cuando llegó a la vertiente opuesta y el abismo se presentó ante él, Joe, con un empuje vigoroso, se elevó, se agarró a las cuerdas, y subió junto a sus compañeros.

—Nada más fácil —dijo.

—¡Mi valiente Joe, amigo mío! —dijo el doctor, efusivamente.

—¡Oh, lo que he hecho no era por usted! —respondió éste—. ¡Era por la carabina del señor Dick! Después de lo del árabe, estaba en deuda con él. Me gusta pagar mis deudas, y ahora estamos en paz —añadió mientras le daba al cazador su arma predilecta—. Me hubiera dado mucha pena verlo separado de ella.

Kennedy le estrechó vigorosamente la mano, sin poder pronunciar una palabra.

El *Victoria* tenía solamente que descender; esto le era fácil; pronto estuvo a doscientos pies del suelo y se equilibró. El suelo parecía convulso; tenía numerosos accidentes difíciles de evitar de noche con un globo que ya no obedecía. La noche llegaba rápidamente, y pese a sus aprensiones, el doctor tuvo que decidirse a hacer un alto hasta el día siguiente.

—Vamos a buscar un sitio favorable para detenernos —dijo.

—¿Por fin te decides? —dijo Kennedy.

—Sí, he meditado mucho un proyecto que vamos a ejecutar; son sólo las seis, Tenemos tiempo. Tira las anclas, Joe.

Joe obedeció y las dos anclas oscilaron fuera de la barquilla.

—Distingo grandes bosques —dijo el doctor—, vamos a pasar sobre ellos y nos engancharemos a algún árbol. Nada en el mundo me haría pasar una noche en tierra.

—¿Podremos bajar? —preguntó Kennedy.

—¿Para qué? Os repito que separarnos sería peligroso. Además, necesito vuestra ayuda para un trabajo difícil.

El *Victoria*, que rozaba las copas de unos bosques inmensos, no tardó en detenerse; sus anclas se engancharon. El viento cesó con el anochecer y permaneció casi inmóvil por encima de la vasta techumbre frondosa formada por las copas de un bosque de sicomoros.

XLII

Combate de generosidad. Último sacrificio. El aparato de dilatación. La destreza de Joe. Medianoche. La guardia del doctor. La guardia de Kennedy. Se duerme. El incendio. Los gritos. Fuera del alcance.

El doctor Fergusson comenzó por fijar su posición según la altura de las estrellas; se encontraba a menos de veinticinco millas del Senegal.

—Lo único que podemos hacer, amigos míos —dijo tras repasar su mapa— es cruzar el río; mas, como no hay ni puentes ni barcas, no hay más remedio que cruzarlo en globo; para esto, debemos aligerarnos aún más.

—Pues no veo cómo lo lograremos —respondió el cazador, que temía por sus armas—; a no ser que uno de nosotros decida sacrificarse, quedarse atrás... y, a mi vez, reclamo este honor.

—¡Vaya! —respondió Joe—. Como si yo no estuviera acostumbrado...

—No se trata de quedarse, amigo mío, sino de ganar a pie la costa de África; soy un buen caminante, un buen cazador...

—¡Nunca lo consentiré! —replicó Joe.

—Vuestro combate de generosidad es inútil, amigos míos —dijo Fergusson—; espero no tener que llegar a ese extremo; además, si fuera necesario, lejos de separarnos nos quedaríamos juntos para atravesar el país.

—Bien dicho —dijo Joe—; un paseíto no nos vendrá mal.

—Pero antes —prosiguió el doctor— vamos a emplear un último medio de aligerar a nuestro *Victoria*.

—¿Cuál? Tengo curiosidad por conocerlo —dijo Kennedy.

—Tenemos que desembarazarnos de las cajas del soplete, de la pila Bunsen y del serpentín; tenemos aquí casi novecientas libras demasiado pesadas como para arrastrarlas por los aires.

—Pero, Samuel, ¿cómo obtendrás después la dilatación del gas?

—No la obtendré; me pasará sin ella.

—Pero, bueno...

—Escuchadme, amigos míos; he calculado muy exactamente lo que nos queda de fuerza ascensional; es suficiente para transportarnos a los tres con los pocos objetos que nos quedan; apenas si llegaremos a las quinientas libras, incluidas las dos anclas, que me interesa conservar.

—Mi querido Samuel —respondió el cazador—, eres más competente que nosotros en este asunto; eres el único juez de la situación; dínos qué tenemos que hacer y lo haremos.

—A sus órdenes, señor.

—Os lo repito, amigos míos: por muy grave que sea esta decisión, hay que sacrificar nuestro aparato.

—¡Sacrifiquémoslo! —replicó Kennedy.

—¡Manos a la obra! —dijo Joe.

No fue un trabajo sencillo; hubo que desmontar el aparato pieza a pieza; quitaron en primer lugar la caja de mezcla, después la del soplete y, finalmente, la caja en la que se operaba la descomposición del agua; fue necesaria la fuerza reunida de los tres viajeros para arrancar los recipientes del fondo de la barquilla, donde estaban fuertemente incrustados; pero Kennedy era tan vigoroso, Joe tan diestro y Samuel tan ingenioso, que vencieron todas las dificultades; las diversas piezas se arrojaron sucesivamente fuera y desaparecieron agujereando en su caída el follaje de los sicomoros.

—Los negros se extrañarán mucho —dijo Joe— cuando encuentren semejantes objetos en los bosques. ¡Son capaces de hacer de ellos ídolos!

Tuvieron que ocuparse después de los tubos metidos en el globo y que se conectaban con el serpentín. Joe logró cortar, a algunos pies por encima de la barquilla, las articulaciones de caucho; en cuanto a los tubos, la operación fue más difícil, porque estaban retenidos por su extremidad superior y sujetos con alambres al círculo mismo de la válvula.

Desplegó entonces Joe una maravillosa habilidad; con los pies descalzos, para no rayar la envoltura del globo, logró, con ayuda de la red, y pese a las oscilaciones, trepar hasta la cima exterior del

aerostato; y allí, tras mil dificultades, agarrado con una mano a la resbaladiza superficie, desató las tuercas exteriores que retenían los tubos. Éstos se soltaron entonces con facilidad, y los retiraron por el apéndice inferior, que cerraron herméticamente con una fuerte ligadura.

El *Victoria*, liberado de un peso tan considerable, se irguió en el aire y tensó con fuerza la cuerda del ancla.

A medianoche concluyeron afortunadamente estos trabajos, al precio de una fatiga considerable; tomaron rápidamente una cena fría, ya que el doctor no tenía más calor para proporcionárselo a Joe, compuesta por *pemmican* y ponches.

Por otra parte, éste y Kennedy no se tenían en pie de cansancio.

—Acostaos y dormid, amigos míos —les dijo Fergusson—; yo haré la primera guardia; a las dos despertaré a Kennedy; a las cuatro Kennedy despertará a Joe; a las seis nos marcharemos, ¡y que Dios nos proteja en el último día!

Sin hacerse de rogar, los dos compañeros del doctor se tendieron en el suelo de la barquilla y pronto se sumieron en un sueño tan rápido como profundo.

La noche era tranquila; algunas nubes se aplastaban contra el último cuarto de luna, cuyos rayos indecisos apenas rompían la oscuridad. Fergusson, acodado en el borde de la barquilla, paseaba sus miradas en derredor suyo; vigilaba atentamente el sombrío cortinaje de follaje que se extendía a sus pies, impidiéndole ver el suelo; el menor ruido le parecía sospechoso e intentaba explicarse hasta el más ligero crujido de las hojas.

Se hallaba en esa disposición de espíritu que la soledad agudiza aún más y en la cual se apoderan del cerebro confusos terrores. Al final de semejante viaje, tras haber pasado tantos obstáculos, en el momento de alcanzar la meta, los temores son más vivos, las emociones más fuertes y el punto de llegada parece escaparse ante los ojos.

Por otra parte, la situación actual no era nada tranquilizadora, en medio de un país bárbaro, y con un medio de transporte que, en definitiva, podía fallar en cualquier momento. El doctor no confiaba ya en su globo ciegamente; había pasado el tiempo en que lo maniobraba con audacia porque estaba seguro de él.

Con estas impresiones, el doctor creyó recoger en varias

ocasiones algunos rumores vagos en el inmenso bosque; creyó incluso distinguir el brillo de un fuego rápido entre dos árboles; miró vivamente y dirigió su catalejo de noche en aquella dirección; pero no vio nada, e incluso el silencio pareció tornarse más profundo.

Fergusson había tenido, sin duda, una alucinación; escuchó sin llegar a sorprender el más mínimo ruido; cuando su guardia concluyó, despertó a Kennedy, le recomendó que vigilara atentamente y se instaló junto a Joe, que dormía a pierna suelta.

Kennedy encendió tranquilamente su pipa, frotándose los ojos, que le costaba mantener abiertos. Se acodó en un rincón y se puso a fumar vigorosamente para sacudirse el sueño.

El más absoluto silencio reinaba en torno a él; un viento ligero agitaba la copa de los árboles y balanceaba suavemente la barquilla, como invitando al cazador a un sueño, que le invadía pese a sus esfuerzos; quiso resistirse, abrió varias veces los párpados, paseó por la noche una de esas miradas que no ven y, por fin, sucumbió a la fatiga y se durmió.

¿Cuánto tiempo estuvo sumido en ese estado de inercia? No lo sabía cuando se despertó bruscamente por un inesperado crepitar.

Se frotó los ojos, se levantó. Un intenso calor le quemó el rostro. El bosque ardía en llamas.

—¡Fuego, fuego! —gritó, sin comprender demasiado el suceso.

Sus dos compañeros se levantaron.

—¿Qué sucede? —preguntó Samuel.

—¡Un incendio! —dijo Joe...—. Pero ¿quién puede...?

En ese momento unos alaridos estallaron bajo el follaje violentamente iluminado.

—¡Ah, qué salvajes! —gritó Joe—. ¡Le han prendido fuego al bosque para incendiarnos mejor!

—¡Los talibas! ¡Los morabitos de Al-Hadji, sin duda! —dijo el doctor.

Un círculo de fuego rodeaba al *Victoria*; los estallidos de la leña seca se unían a los gemidos de las ramas verdes; las lianas, las hojas, toda la parte viva de la vegetación se retorció en el elemento destructor; la mirada abarcaba tan sólo un océano de llamas; los grandes árboles se recortaban en negro en el horno, con sus ramas cubiertas de carbones incandescentes; el bosque inflamado y sus

brasas se reflejaban en las nubes, y los viajeros se creyeron envueltos en una esfera de fuego.

—¡Huyamos! —gritó Kennedy—. ¡Al suelo! ¡Es nuestra única posibilidad!



Pero Fergusson le detuvo con mano firme, se precipitó sobre la cuerda del ancla y la cortó de un hachazo. Las llamas, que se alargaban hacia el globo, lamían ya sus paredes iluminadas; pero el *Victoria*, libre de sus ataduras, subió más de mil pies.

Gritos espantosos estallaron en el bosque, así como ruidosas detonaciones; el globo, envuelto en una corriente que se levantaba con el día, se dirigió hacia el oeste.

Eran las cuatro de la mañana.

XLIII

Los talibas. La persecución. Un país devastado. Viento moderado. El Victoria baja. Las últimas provisiones. Los saltos del Victoria. Disparos defensivos. El viento refresca. El río Senegal. Las cataratas de Güina. El aire caliente. Travesía del río.

—Si anoche no llegamos a librarnos de todo ese peso —dijo el doctor—, estaríamos perdidos y sin recurso.

—Esto nos enseña la importancia de hacer las cosas a su tiempo —replicó Joe—; nos hemos salvado del modo más natural.

—No estamos todavía fuera de peligro —replicó Fergusson.

—¿Qué temes? —preguntó Dick—. El *Victoria* no puede bajar sin tu permiso y, aunque descendiera, ¿qué podría ocurrir?

—¿Qué? ¡Dick, mira!

Acababan de dejar atrás las lindes del bosque, y los viajeros pudieron ver a una treintena de jinetes, vestidos con un ancho pantalón y unas chilabas flotantes; iban armados, unos con lanzas, otros con largos mosquetes; seguían la senda del *Victoria*, que llevaba una velocidad moderada, al galope de sus caballos ardorosos.

Al ver a los viajeros, lanzaron gritos salvajes, blandiendo sus armas; la cólera y las amenazas se leían en sus rostros atezados, que una barba rala pero erizada tornaba aún más feroces; cruzaban sin dificultad las mesetas en declive y las suaves pendientes que descienden al Senegal.

—¡Son ellos! —dijo el doctor—. ¡Los crueles talibas, los siniestros morabitos de Al-Hadji! Preferiría hallarme en plena selva, rodeado de fieras, que caer en las manos de esos bandidos.

—¡Su aspecto no es muy agradable! —dijo Kennedy—. ¡Y son unos tipos vigorosos!

—Afortunadamente, esos bestias no vuelan —respondió Joe—;

ya es algo.

—¡Mirad —dijo Fergusson— esos poblados en ruinas, esas chozas incendiadas! Es obra suya; allí donde se extendían vastos cultivos, han sembrado la aridez y la devastación.

—Bueno, no pueden alcanzarnos —replicó Kennedy—, y si logramos interponer el río entre ellos y nosotros, estaremos a salvo.

—Perfectamente, Dick; pero no tenemos que caernos —respondió el doctor mirando el barómetro.

—En cualquier caso, Joe —prosiguió Kennedy—, no estaría mal preparar nuestras armas.

—No nos puede hacer ningún daño, señor Dick; nos alegraremos de no haberlas dejado en el camino.

—¡Mi carabina! —exclamó el cazador—. Espero no tener que separarme nunca de ella.

Y Kennedy la cargó cuidadosamente; tenía pólvora y balas en cantidad suficiente.

—¿A qué altura nos mantenemos? —preguntó a Fergusson.

—A unos setecientos cincuenta pies; pero hemos perdido la facultad de buscar las corrientes favorables, subiendo o bajando; estamos a merced del globo.

—Eso es un fastidio —continuó Kennedy—; el viento es mediocre y, si hubiéramos encontrado un huracán como el de los días anteriores, hace tiempo que esos horribles bandidos estarían lejos.

—Los malditos nos siguen al galope sin cansarse —dijo Joe—; un verdadero paseo.

—Si estuvieran a tiro —dijo el cazador—, me divertiría en desmontarlos uno tras otro.

—¡Quia! —respondió Fergusson—. También nosotros estaríamos a tiro, y nuestro *Victoria* sería un blanco demasiado fácil para las balas de sus mosquetes; y, si lo rompieran, te dejo que adivines cuál sería nuestra situación.

La persecución de los talibas duró toda la mañana. Sobre las once los viajeros apenas habían ganado una quincena de millas hacia el oeste.

El doctor espiaba las menores nubes del horizonte. Seguía temiendo un cambio en la atmósfera. ¿Qué sucedería si el viento los arrastraba al Níger? Por otra parte, comprobaba que el globo tendía

a descender sensiblemente; desde su partida había perdido más de trescientos pies, y el Senegal debía de estar a una docena de millas; con la velocidad actual, había que contar todavía con tres horas de viaje.

En ese momento, nuevos gritos le llamaron la atención; los talibas se agitaban y apresuraban a sus caballos.

El doctor consultó el barómetro y comprendió la causa de sus gritos:

—Bajamos —dijo Kennedy.

—Sí —respondió Fergusson.

«¡Demonios!», pensó Joe.

Al cabo de un cuarto de hora, la barquilla estaba a menos de ciento cincuenta pies del suelo, pero el viento soplaba con más fuerza.

Los talibas, sin detenerse, lanzaron una descarga.

—Demasiado lejos, ¡imbéciles! —gritó Joe—. Creo que es buena cosa mantener a esos cretinos a distancia.

Y apuntando a uno de los primeros jinetes, disparó; el taliba rodó por el suelo; sus compañeros se detuvieron y el *Victoria* avanzó.

—Son prudentes —dijo Kennedy.

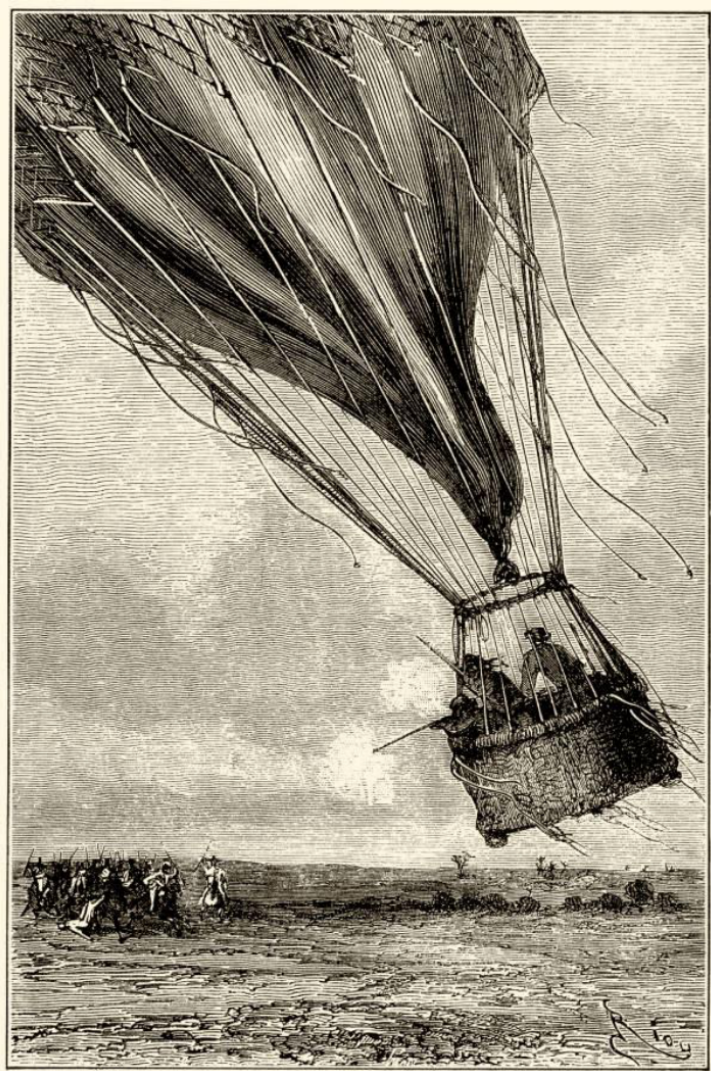
—Porque están seguros de cogernos —respondió el doctor—. ¡Y lo lograrán si seguimos bajando! ¡Hay que subir!

—¿Pero qué tiramos? —preguntó Joe.

—¡Todo lo que nos queda de la provisión de *pemmican*! ¡Son treinta libras!

—¡Ya está, señor! —dijo Joe, obedeciendo las órdenes de su señor.

La barquilla, que casi tocaba el suelo, se elevó entre los gritos de los talibas; pero media hora más tarde, el *Victoria* volvía a descender con rapidez; el gas huía por los poros de la envoltura.



Pronto la barquilla rozó el suelo; los negros de Al-Hadji se arrojaron sobre ella; pero como sucede en semejantes circunstancias, apenas había tocado el suelo y ya se levantaba de un salto para recaer nuevamente una milla más lejos.

—¡No podremos escapar! —dijo Kennedy con rabia.

—¡Tira nuestra reserva de aguardiente, Joe —gritó el doctor—, nuestros instrumentos, todo lo que puede tener un peso cualquiera y nuestra última ancla, si es necesario!

Joe arrancó los barómetros y los termómetros; pero aquello era tan poca cosa que el globo, que se elevó un instante, volvió a caer al suelo. Los talibas volaban tras él, y ya estaban a menos de doscientos pasos.

—¡Tira los dos fusiles! —gritó el doctor.

—No sin haberlos descargado, al menos —respondió el cazador.

Y cuatro disparos sucesivos hirieron a la masa de los jinetes; cuatro talibas cayeron entre los frenéticos gritos de la banda.

El *Victoria* se elevó de nuevo; daba saltos enormes, como una inmensa pelota elástica saltando sobre el suelo. ¡Era un extraño espectáculo el de aquellos infortunados intentando huir con gigantescos saltos, que, como Anteo [123], parecían recobrar fuerzas en cuanto tocaban el suelo! Pero había que poner fin a aquella situación. Era casi mediodía. El *Victoria* se agotaba, se vaciaba, se alargaba; su envoltura se tornaba débil y flotante; los pliegues del tafetán arrugado crujían.

—El cielo nos abandona —dijo Kennedy—. ¡Caeremos!

Joe no respondió nada, miraba a su señor.

—¡No! —dijo éste—. Aún podemos arrojar más de ciento cincuenta libras.

—¿Qué? —preguntó Kennedy, que pensó que el doctor se había vuelto loco.

—¡La barquilla! —respondió éste—. ¡Agarrémonos a la red! Podemos sujetarnos a las mallas y alcanzar el río. ¡Deprisa, deprisa!

Y los audaces hombres no dudaron en intentar este medio de salvación. Se suspendieron de las mallas de la red, tal y como había indicado el doctor, y Joe, sujetándose con una mano, cortó las cuerdas de la barquilla; ésta cayó en el momento en que el aerostato iba a abatirse definitivamente.

—¡Hurra, hurra! —gritó, mientras el globo, liberado, subía a

unos trescientos pies.

Los talibas excitaban a sus caballos; corrían con el vientre pegado al suelo; pero el *Victoria*, que encontró un viento más activo, los dejó atrás y voló rápidamente hacia una colina que cortaba el horizonte al oeste. Esta circunstancia les fue favorable a los viajeros, ya que pudieron sobrepasarla mientras la horda de Al-Hadji se veía obligada a girar al norte para afrontar el nuevo obstáculo.

Los tres amigos se mantenían agarrados a la red; habían podido atarla por debajo de ellos y parecía un bolsillo flotante.

De repente, tras franquear la colina, el doctor gritó:

—¡El río, el río! ¡El Senegal!

A dos millas, efectivamente, el río corría sumamente caudaloso: la orilla opuesta, baja y fértil, ofrecía un seguro refugio y era un lugar favorable para iniciar el descenso.

—Un cuarto de hora más y estamos salvados —dijo Fergusson.

Pero no iba a ser así; el globo vacío recaía sobre un terreno casi completamente desprovisto de vegetación. Lo conformaban unas largas pendientes y unas llanuras rocosas; apenas si había algunos arbustos, y una hierba espesa y reseca por el ardor del sol.

El *Victoria* tocó en varias ocasiones el suelo y se levantó; sus saltos disminuían en altura y en extensión; en el último, la parte superior de la red se enganchó a un baobab, a sus elevadas ramas, el único y aislado árbol en medio de aquella desierta comarca.

—Se acabó —dijo el cazador.

—Y a cien pasos del río —dijo Joe.

Los tres desdichados descendieron y el doctor arrastró a sus dos compañeros al Senegal.

En ese lugar, el río rugía prolongadamente; ya en la orilla, Fergusson reconoció las cataratas de Güina. No había ni una sola barca en la orilla; no había nadie.

El Senegal, con una anchura de dos mil pies se precipitaba desde una altura de ciento cincuenta, con un ruido atronador. Corría de este a oeste y la hilera de rocas que cortaban su curso se extendía de norte a sur. En medio de la catarata, se levantaban unos peñascos de formas extrañas, como enormes animales antediluvianos petrificados en medio de las aguas.

Era evidente que no se podía atravesar el abismo; Kennedy no

pudo retener un gesto de desesperación.

Pero el doctor Fergusson gritó con voz enérgica:

—¡No está todo perdido!

—Ya lo sabía —dijo Joe, que nunca podía perder totalmente la confianza en su señor.

La vista de la hierba seca había inspirado una idea al doctor. Era la única posibilidad de salvación. Condujo rápidamente a sus compañeros a la envoltura del aerostato.

—Les llevamos a esos bandidos por lo menos una hora de adelanto —dijo—; no perdamos el tiempo, amigos míos; recoged una gran cantidad de esta hierba seca; necesito por lo menos cien libras.

—¿Para qué? —preguntó Kennedy.

—Ya no tengo gas. ¡Pues bien, atravesaré el río con aire caliente!

—¡Ah, mi buen Samuel! —exclamó Kennedy—. ¡Eres verdaderamente un gran hombre!

Joe y Kennedy pusieron manos a la obra, y pronto apilaron un enorme haz junto al baobab.

Mientras tanto, el doctor había agrandado el orificio del aerostato, cortándole por su parte inferior; en un primer lugar se ocupó de expulsar por la válvula los posibles restos de hidrógeno; después amontonó una cierta cantidad de hierbas bajo la envoltura y le prendió fuego.

No hace falta mucho tiempo para hinchar un globo con aire caliente; un calor de ciento ochenta grados[124] basta para disminuir a la mitad el peso del aire que contiene, al enrarecerlo; el *Victoria* empezó a recobrar su forma redondeada; no faltaban las hierbas; el doctor avivaba el fuego y el aerostato engordaba por minutos.

Era la una menos cuarto.

En ese momento, a dos millas al norte, apareció la banda de los talibas; oían sus gritos y el galope de sus caballos lanzados a toda velocidad.

—Dentro de veinte minutos estarán aquí —dijo Kennedy.

—¡Dame hierbas, hierbas, Joe! ¡Dentro de diez minutos estaremos en el aire!

—Aquí tiene, señor.

Los dos tercios del *Victoria* estaban ya inflados.

—¡Amigos míos, agarrémonos a la red, como ya habíamos hecho antes!

—Ya está —respondió el cazador.

Al cabo de diez minutos, las oscilaciones del globo indicaron que se iban a mover. Los talibas se acercaban; no estaban ni a cien pasos.

—¡Agarraos bien! —gritó Fergusson.

—¡No se preocupe, señor, no se preocupe!

Y con el pie el doctor empujó una nueva cantidad de hierba.

El globo, completamente dilatado por la fuerte temperatura, ascendió rozando las ramas del baobab.

—¡En marcha! —gritó Joe.

Una descarga de mosquetes le respondió; una bala le arañó incluso la espalda; pero Kennedy se inclinó, descargó con una mano su carabina y derribó a un enemigo más.

Gritos de rabia imposibles de describir acogieron la subida del aerostato, que subió casi ochocientos pies. Un viento rápido lo envolvió y le comunicó inquietantes oscilaciones, mientras el intrépido doctor y sus compañeros contemplaban el abismo de las cataratas abierto bajo sus pies.



Diez minutos más tarde, sin haber intercambiado una sola palabra, los intrépidos viajeros descendían poco a poco hacia la otra orilla del río.

Allí, sorprendido, maravillado, espantado, había un grupo de una decena de hombres que llevaban uniforme del ejército francés. Júzguese su asombro al ver elevarse el globo del otro lado del río. Casi creían que era un fenómeno celeste. Pero sus jefes, un teniente de marina y un alférez de navío, sabían por los periódicos de Europa la audaz tentativa del doctor Fergusson y enseguida comprendieron lo que acontecía.

El globo, desinflándose poco a poco, descendía con los audaces aeronautas sujetos a su red; pero no podría, casi seguramente, tocar tierra firme; así pues los franceses se arrojaron al río y recibieron en los brazos a los tres ingleses en el momento justo en que el *Victoria* se abatía a algunas toesas de la orilla izquierda del Senegal.

—¡El doctor Fergusson! —exclamó el lugarteniente.

—El mismo —respondió tranquilamente el doctor— y sus dos amigos.-

Los franceses condujeron a los viajeros más allá del río, mientras el globo semidesinflado, arrastrado por una rápida corriente, corría como una inmensa pompa, con las aguas del Senegal, a zambullirse en las cataratas del Güina.



—¡Pobre *Victoria*! —dijo Joe.

El doctor no pudo retener una lágrima; abrió sus brazos, y sus dos amigos, bajo el impulso de una gran emoción, se arrojaron a ellos.

XLIV

Conclusión. El acta. Los establecimientos franceses. El puesto de Medina. Le Basilic. Saint Louis. La fragata inglesa. Regreso a Londres.

La expedición que se encontraba a orillas del río había sido enviada por el gobernador del Senegal; la componían dos oficiales, los señores Dufraisse, teniente de infantería de marina, y Rodamel, alférez de navío, un sargento y siete soldados. Desde hacía dos días su ocupación consistía en localizar un lugar favorable para establecer un puesto en Güina, y en ello estaban cuando presenciaron la llegada del doctor Fergusson.

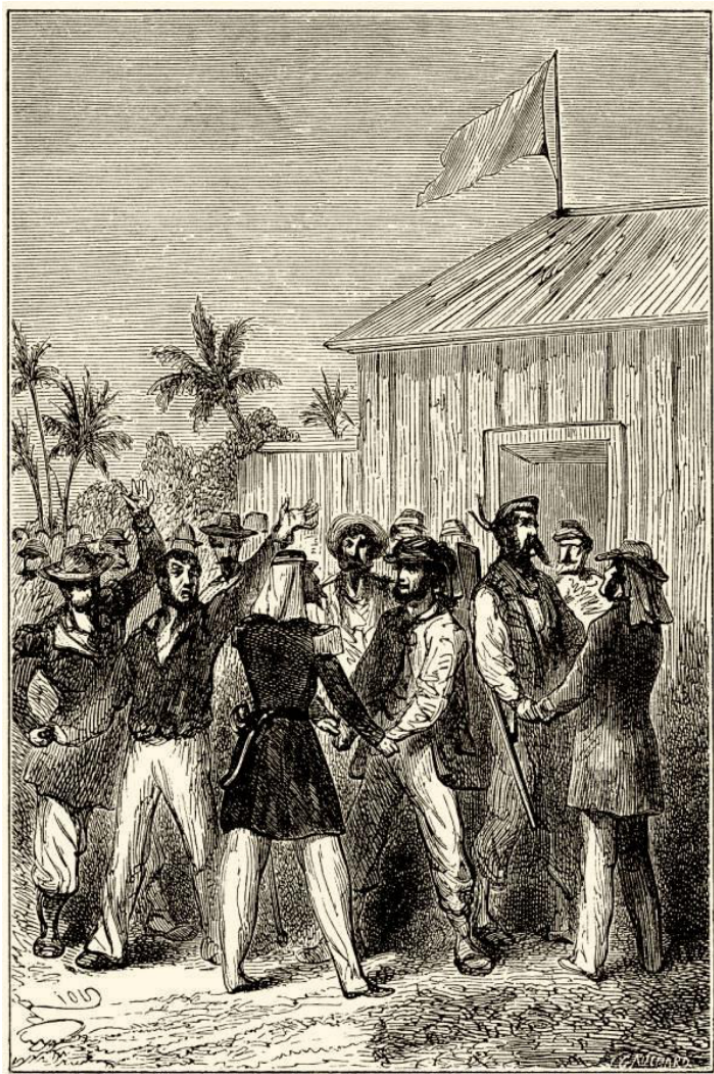
Se puede imaginar fácilmente las felicitaciones y los abrazos que abrumaron a los tres viajeros. Los franceses, al haber comprobado la ejecución de tan audaz proyecto, se convertían en los testigos naturales de Samuel Fergusson.

Por esta razón el doctor les pidió en primer lugar que certificaran oficialmente su llegada a las cataratas de Güina.

—¿No se negarán a firmar el acta? —le preguntó al teniente Dufraisse.

—Estamos a sus órdenes —respondió este último.

Condujeron a los ingleses a un puesto provisional establecido en la orilla del río; allí los rodearon de atenciones y les dieron abundantes provisiones. Y allí redactaron en estos términos el acta que figura hoy en los archivos de la Sociedad Geográfica de Londres:



Nosotros, los abajo firmantes, declaramos que en el día de hoy hemos visto llegar suspendidos a la red de un globo al doctor Samuel Fergusson y a sus dos compañeros Richard Kennedy y Joseph Wilson[125]; que el globo ha caído a unos pasos de nosotros, en el lecho mismo del río, y que, arrastrado por la corriente, ha desaparecido en las cataratas de Güina. Dando fe de ello hemos firmado esta acta en unión de dichos viajeros, para que valga lo que de derecho sea. Escrito en las cataratas de Güina, el 24 de mayo de 1862.

SAMUEL FERGUSSON, RICHARD KENNEDY, JOSEPH WILSON; DUFRAISSE: teniente de infantería de marina; RODAMEL, alférez de navío; DUFAYS, sargento; FLIPPEAU, MAYOR, PÉLISSIER, LOROIS, RASCAGNET, GUILLON, LEBEL, soldados.

Aquí finaliza la asombrosa travesía del doctor Fergusson y de sus valientes compañeros, comprobada por testimonios irrefutables; estaban entre amigos en medio de tribus más civilizadas cuyos contactos son frecuentes con los establecimientos franceses.

Habían llegado al Senegal el sábado 24 de mayo, y el 27 del mismo mes alcanzaban el puesto de Medina, situado un poco más al norte del río.

Allí los oficiales franceses los recibieron con los brazos abiertos y les ofrecieron toda su hospitalidad; el doctor y sus compañeros pudieron embarcar casi inmediatamente en un pequeño barco de vapor llamado *Le Basilic*, que descendía hasta la desembocadura del Senegal.

Catorce días después, el 10 de junio, llegaron a Saint Louis, donde el gobernador los recibió magníficamente; se habían repuesto por completo de sus emociones y de sus fatigas. Además Joe decía a quien quisiera oírle:

—Es un absurdo viaje y no se lo aconsejo al que esté ávido de emociones; al final se hace aburrido y, sin las aventuras del lago Chad y del Senegal, ¡creo que nos habríamos muerto de tedio!

Una fragata inglesa estaba a punto de zarpar; los tres viajeros se instalaron a bordo; el 25 de junio llegaron a Portsmouth y, al día

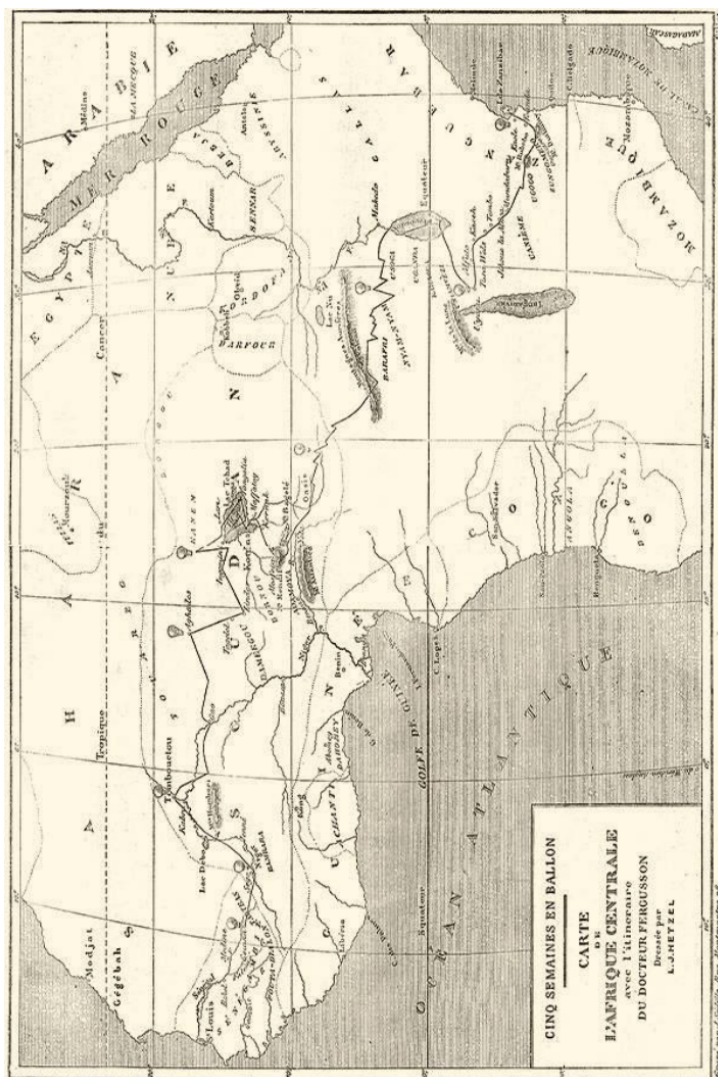
siguiente, a Londres.

No es necesario describir el recibimiento que les dispensó la Real Sociedad Geográfica ni el entusiasmo que los rodeó; Kennedy se marchó enseguida a Edimburgo con su famosa carabina; tenía prisa por tranquilizar a su ama de llaves.

El doctor Fergusson y su fiel sirviente Joe siguieron siendo los mismos hombres que hemos conocido. Pero algo había cambiado entre ellos.

Se habían convertido en amigos.

Los diarios de toda Europa no escatimaron los elogios sobre los audaces exploradores, y el *Daily Telegraph* tuvo una tirada de novecientos setenta y siete mil ejemplares el día que publicó un extracto del viaje.



El doctor Fergusson relató su expedición aeronáutica en una sesión pública de la Real Sociedad Geográfica, y junto con sus dos compañeros obtuvo la medalla de oro a la mejor exploración del año 1862.

El viaje del doctor Fergusson ha servido en primer lugar para comprobar con precisión las observaciones geográficas realizadas por Barth, Burton, Speke y otros. Gracias a las expediciones actuales de Grant y Speke, de Heuglin y Munzinger, que siguen a las fuentes del Nilo o se dirigen al centro de África, podremos dentro de poco controlar los propios descubrimientos del doctor Fergusson en esa inmensa comarca comprendida entre los 14º y los 33º de longitud.



Apéndice

La época

*La Francia
de Verne*

Jules Verne nace en 1828 y muere en 1905. Su vida atraviesa los últimos años de la Restauración borbónica (1815-1830) con Carlos X, la monarquía burguesa de Luis Felipe (1830-1848), la revolución del 48 y la Segunda República (1848-1851), el Segundo Imperio de Napoleón III (1851-1870), la guerra franco-prusiana y la Comuna (1871) y una buena parte de la Tercera República, desde Thiers hasta Loubet, bajo cuya presidencia un socialista, Millerand, entra en el gobierno por vez primera en la historia.

La curva de la vida de Verne es la que media entre los balbuceos del tren y del avión, de la fotografía y del cine, del telégrafo y de la radio, del vapor y del submarino.

El período en que se desarrolla su obra novelística, de 1863 a 1905, es el del desarrollo del capitalismo, desde la creación de sus bases industriales fuera de Inglaterra hasta su tránsito a la fase imperialista, pasando por las etapas de la fusión del capital industrial y financiero, del asentamiento de las burguesías nacionales con las luchas de emancipación de las nacionalidades, y de la colonización de los pueblos del hoy llamado Tercer Mundo.

Ninguna otra obra literaria ha reflejado tan planetariamente como la de Verne la historia de la época.

Basado fundamentalmente en una feroz explotación del proletariado, sin más límites que los que fijaba la propia supervivencia y reproducción de éste, el rápido desarrollo del

capitalismo en el siglo XIX está también ligado a los progresos de la ciencia y de la técnica.

*Una era
de inventos y
descubrimientos*

En el siglo XIX el progreso —que entonces se escribía con mayúscula— es un bólido lanzado, propulsado por la competencia industrial que exigía incesantemente nuevos métodos, máquinas y materias. Estos datos son ilustrativos: en Estados Unidos se registraron 276 patentes de invención entre 1790 y 1800; 25.000 entre 1850 y 1860; 235.000 entre 1890 y 1900.

Una rápida e incompleta enunciación de inventos y descubrimientos técnicos realizados durante el período de la vida de Verne dará idea de esa marcha: telégrafo (1837); caucho vulcanizado (1839); convertidor siderúrgico Bessemer (1855); máquina de coser (1857); primer cable submarino entre Europa y América (1858); horadación del primer pozo petrolífero, en Pennsylvania (1859); fotoimpresión, celuloide y descubrimiento de la asepsia en cirugía (1867); canal de Suez (1869); dinamo (1871); teléfono (1876); fonógrafo (1877); explotación de la energía hidroeléctrica y desfosforilización del hierro (1878); bombilla y tranvía eléctricos (1879); cosechadoras mecánicas (1880); transporte de la energía eléctrica (1881); turbina de vapor (1884); primera travesía del Atlántico por un petrolero y vacuna antirrábica (1885); electrólisis (1887); alternador y transformador eléctricos y motor de gasolina (1888); primer «vuelo» del avión de Ader y primer neumático para ruedas (1890); rayos X, radiofonía y cinematógrafo (1895); dirigibles (1896); ultramicroscopio (1903).

*Los avances
de la ciencia*

Los avances de la ciencia durante ese mismo período podrían esquematizarse, muy incompletamente, así: síntesis por vez primera

de un cuerpo orgánico: la urea (1828); descubrimiento por Faraday de la inducción electromagnética (1831); primer principio de la termodinámica enunciado por Mayer (1841); descubrimiento, por cálculos matemáticos, de Neptuno, por Le Verrier (1846); segundo principio de la termodinámica, por Clausius (1850); el evolucionismo, con el *Origen de las especies*, de Darwin (1859); el análisis espectral, de Kirchhof y Bunsen, que imprime un impulso gigantesco a la astronomía y a la astrofísica (1860); experimentos de Pasteur que destruyen las teorías de la generación espontánea, la *Introducción a la medicina experimental*, de Claude Bernard, y leyes de la herencia, de Mendel (1861, 1865 y 1866 respectivamente); *El Capital*, de Marx (1867); ley periódica de los elementos, de Mendeleiev (1869); *El origen del hombre*, de Darwin (1871); descubrimiento de los bacilos de la tuberculosis, por Koch, y del tifus, por Gaffaky (1882 y 1884); ondas hertzianas (1888); descubrimiento del radio, por los Curie (1897); teoría de los quanta, de Planck (1899); radiactividad, de Rutherford (1902); teoría de la relatividad restringida de Einstein (1905).

*Optimismo
científico
y fe en el
progreso*

Es un largo y extraordinario viaje el contenido en estas enumeraciones. Con él se opera el tránsito de la ciencia y de la tecnología artesanas, desarrolladas por investigadores aislados en miserables laboratorios, a su etapa de organización industrial. Y también el tránsito —poderosamente reflejado en la evolución de la obra de Verne— del optimismo científico y de la fe en el poder omnímodo y benéfico de la ciencia a una visión de la misma desencantada y sombría.

Ese optimismo y la concepción del Progreso como una marcha lineal e invariable, sin discontinuidad, que hoy nos parecen tan ingenuos, encuentran en la primera mitad del siglo su marco doctrinal en la filosofía del industrialismo de Saint-Simon y en el positivismo de Auguste Comte.

*La idea
central
de Verne*

La idea central del proyecto literario de Verne —el dominio de la naturaleza por el hombre y su apropiación— tiene una filiación sansimoniana. Saint-Simon fue un hombre genial, cuyo socialismo utópico tuvo menos fortuna que la vertiente práctica de sus doctrinas sobre el industrialismo y la explotación del Globo terrestre. Los sansimonianos sustraen el mito de la Edad de Oro al pasado y lo proyectan al futuro.

La fecundidad de los métodos experimentales con que se dota la ciencia bajo el influjo del positivismo, la rescata de la irracionalidad romántica, la restaura en su dignidad y da a los científicos e ingenieros un protagonismo de primer plano.

Los periódicos abren generosamente sus páginas a la divulgación científica, y los libros de vulgarización de autores como Flammarion y Louis Figuier conocen grandes éxitos editoriales, tanto mayores cuanto que presentan a la ciencia bajo un aura casi mágica.

*Las
condiciones de
una literatura
científica*

El espíritu científico se orienta en esa época —en los años en que Verne lee insaciablemente textos de divulgación— al determinismo e invade los terrenos de la filosofía y de la literatura. Una obra como la *Introducción a la medicina experimental*, de Claude Bernard, no sólo pone de moda la fisiología, sino que también induce a trasplantarla a otros muchos campos de actividad. Así, Taine expresa su deseo de «dotar a la Historia de una anatomía y de una fisiología» y a buscar «las reglas de la vegetación humana». El naturalismo de Zola y sus discípulos sale directamente de la citada obra de Bernard.

Las condiciones para la aparición de una literatura que tuviera a

la ciencia y la técnica por objeto estaban, pues, creadas. Un sansimoniano, el doctor Guepin, que había vivido varios años en Nantes, la ciudad natal de Verne, había reclamado ya explícitamente una literatura de la ciencia. Era, como he dicho en mi libro *El desconocido Julio Verne* (CVS, Madrid, 1974), una literatura en busca de autor, como los personajes de Pirandello. Jules Verne fue el primero en acudir al reclamo.

*Ruptura con
el
Romanticismo*

Ese nuevo espíritu científico suponía una ruptura definitiva con el romanticismo, cuyo anticientifismo halló su máxima expresión en la hostilidad a las matemáticas manifestada por Madame de Staël, Chateaubriand y, sobre todo, por Lamartine, autor de la famosa frase: «*Las matemáticas eran las cadenas del pensamiento humano; respiro, ya están rotas*». Lo que, bien o mal mirado, es una barbaridad, por mucho que pueda gustar a los sufridos estudiantes alérgicos a esa asignatura.

Pero ninguna ruptura es nunca tan total como para clausurar automática y definitivamente una ideología, sobre todo cuando está sustentada en una literatura tan importante como la del movimiento romántico francés. El romanticismo se prolonga todavía —y en la obra de Verne y en su concepción de la ciencia está muy presente—, pero toma otras direcciones, determinadas por las nuevas condiciones económicas.

*El
Romanticismo
de la
geografía*

Ninguna ciencia tan romántica en la época como la geografía. La formidable expansión de los ferrocarriles y de las líneas de navegación, a la que contribuyen poderosamente los avances

tecnológicos en la siderurgia y en la propulsión a vapor, ensanchan el horizonte de la sociedad de la época, estimulan la curiosidad por las amplias zonas del Globo aún desconocidas y fomentan los viajes de los exploradores a esas regiones. Sus relaciones de viaje aparecen en revistas de gran difusión como *Le Tour du Monde* («La vuelta al mundo») o en la prensa de información general y suscitan un enorme interés.

La geografía es la verdadera pasión de Verne. No hay una sola de sus obras en la que no encuentre expresión. Es lógico. El proyecto inicial de los *Viajes extraordinarios* se anuncia como una descripción total del Globo terráqueo. Por eso, sus anticipaciones científicas se insertan casi siempre en un dominio —el de la tecnología de la comunicación y del transporte— subordinado a la geografía, puesto que su función es la de hacernos conocer mejor la Tierra.

Exploración y colonialismo

Pero la era romántica de los viajes de exploración quiebra y se cierra con el colonialismo, o el «colonismo», como se decía en la época. Esos románticos exploradores y misioneros eran en realidad las avanzadillas de reconocimiento y de preparación del terreno para las expediciones militares de conquista y expolio, bajo la hipócrita «justificación» de «civilizar a los pueblos primitivos». Para ello había que afirmar que esos pueblos primitivos eran «inferiores». Jules Ferry, el gran impulsor del colonialismo francés, no se abstuvo de hacerlo y proclamó que «las razas superiores tienen el deber de civilizar a las razas inferiores». Lenguaje tan odioso como las motivaciones que lo determinaban. Pero en esa época se hablaba más claro que ahora, y así, en 1885, el mismo Jules Ferry desvelaba las verdaderas razones de su «apostolado civilizador», al decir estas palabras: «Las colonias son para los países ricos una de las más ventajosas inversiones de capitales», y también: «La paz social es una cuestión de mercados exteriores».

De ahí la gravedad, en la medida en que da un soporte ideológico a estos desmanes, de una «página negra» en esta obra

que presentamos y a la que más adelante nos referiremos.

El autor

*Una familia
acomodada*

Jules Verne nació en Nantes, Bretaña, el 8 de febrero de 1828. Su padre, Pierre, era abogado. Su madre, Sophie Allotte de la Fuye, descendía de una familia de armadores bretones. Quien dice Nantes y armadores evoca obligadamente el comercio colonial que enriqueció al puerto del Loira, un comercio que a su vez evoca el azúcar de las Antillas, pero también, y sobre todo, la trata de negros. Así, en las numerosas páginas antiesclavistas que escribió Verne no sólo hay que ver un eco de los ideales de la revolución de 1848, sino también una especie de reparación moral de los desafueros de sus antepasados.

*La pasión
por el mar*

De las tres pasiones de toda su vida —el mar, la música y la libertad— fue la marinera la que más madrugó en él. A los once años de edad se fugó del hogar paterno para embarcarse como grumete en un velero que se disponía a zarpar rumbo a la India. El padre consiguió agarrarlo en el último momento, y cuenta la pía tradición familiar que, tras de la severa flagelación paterna, debió jurar que «*no volvería a viajar más que en sueños*».

La ley del mayorazgo y el autoritarismo paterno decretaron que el pequeño Jules sería abogado y heredaría el bufete. «Yo no puedo ver un navío, buque de guerra, barco de carga o simple chalupa de pesca sin que todo mi ser se embarque a bordo. Yo creo que estaba hecho para ser marino, y lamento cada día que esta carrera no haya sido la mía», escribió años después en *El rayo verde*.

A su hermano Paul sí se le consintió la vocación marinera que a él se le negó.

La vocación literaria también se manifestó muy precozmente.

*Estudios
y primeros
trabajos*

En 1848, cuatro meses después del aplastamiento de la insurrección de los obreros parisienses, se instala en París para seguir sus estudios de Derecho, aunque dedica mucho más tiempo a leer y a escribir teatro que a estudiar. En uno de los salones literarios de París conoce y hace amistad con Alexandre Dumas, quien le estrena una obrita en un acto en el teatro que dirige. Es a Dumas al primero a quien expone su idea de la «*novela de la ciencia*», proyecto que Dumas califica de «inmenso». En ese mismo año de 1851 publica en «Le Musée des Familles» sus primeros trabajos: *Un viaje en globo* y *Los primeros navíos de la marina mexicana*.

Terminados sus estudios, el padre le conmina a regresar a Nantes. Jules le anuncia su decisión irrevocable de permanecer en París y de dedicarse a la literatura. Escribe durante esos años varias obritas de teatro, algunas de las cuales consigue estrenar gracias a su trabajo como secretario del Teatro Lírico, y se inicia en la narrativa con *Martín Paz* (1852) y *Maestro Zacarías* (1854), a la vez que estudia intensamente en la Biblioteca Nacional tratados de botánica, zoología, física, mecánica, balística, geología, etc., cimientos de la ambiciosa obra proyectada.

En 1857 contrae matrimonio en Amiens con Honorine de Vyane, viuda con dos hijas, y para poder mantener a su «familia numerosa», que pronto aumentará con el nacimiento de su hijo Michel, tiene que asociarse con un agente de bolsa de París.

*Un encuentro
decisivo*

La verdadera carrera literaria de Verne comienza en 1863 con el éxito inmediato de *Cinco semanas en globo*, publicada por Jules

Hetzel. Su encuentro con Hetzel fue decisivo, pues éste se convirtió no sólo en su editor sino también en su mentor literario y en su «padre espiritual». Para Hetzel, el descubrimiento de Verne fue el de una mina de oro, y además muy oportuno, pues tenía la intención de lanzar una publicación —*Le Magasin d'Education et Récréation*— y no había podido hacerlo a falta de redactores idóneos. Verne lo era.

El contrato vitalicio a que Hetzel somete a Verne —tres volúmenes al año— hace de éste un escritor profesional y prácticamente asalariado, pero además condiciona decisivamente su obra en proyecto, al enmarcarla en los límites y limitaciones de la literatura infantil y juvenil.

Dotado de una férrea voluntad y de una capacidad de trabajo prodigiosa, Verne no sólo cumplió hasta el último día de su vida las obligaciones a que le sometía ese contrato, sino que incluso fue siempre por delante del mismo, con varias obras en reserva.

Las obras maestras

El período que va de 1863 a 1876 es el de la máxima capacidad creadora del autor, el de sus grandes obras maestras: *Viaje al centro de la Tierra*, *Hatteras*, *Los hijos del capitán Grant*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la Luna*, *La vuelta al mundo en 80 días*, *La isla misteriosa*, etc. Hacia 1879, con *Los 500 millones de la Begun* se opera una inflexión en la obra de Verne y en su concepción de la ciencia, que irá ensombreciéndose paulatinamente.

Verne viajero

Tras un breve viaje a Estados Unidos con su hermano, a bordo del mayor transatlántico de la época, el «Great Eastern», viaje apenas novelado en *Una ciudad flotante*, Verne se instala definitivamente, en 1872, en Amiens.

Los veranos los dedicaba a efectuar largos cruceros a bordo de

sus tres barcos sucesivos, el último de los cuales era un verdadero yate que pudo adquirir gracias a la fortuna que le depararon los inmensos éxitos de las adaptaciones teatrales de *La vuelta al mundo en 80 días* y de *Miguel Strogoff*. Verne viajó mucho —no está, pues, fundada la leyenda de un Verne «viajero en su sillón»—, pero afortunadamente no demasiado, pues son muy superiores las descripciones de los lugares por él imaginados a las de los directamente observados.

El año 1886 fue doblemente dramático para Verne. Un sobrino suyo, presa de enajenación mental, disparó sobre él. Una de las balas se le alojó en un pie y no pudo nunca serle extraída. Quedé cojo. Unos días después moría Hetzel.

Con la venta de su barco, Verne renuncia al mar.

En 1889 escandaliza a propios y sorprende a extraños al presentar su candidatura a una concejalía de Amiens en la lista radical, ultra-roja en la época, pero que tenía el mérito a los ojos del escritor de ser la única con posibilidades de salir elegida. Durante muchos años Verne participó asiduamente en las tareas municipales.

Los últimos años

Condenado a la vida sedentaria por su claudicación física —a su cojera se añaden los achaques y secuelas de la diabetes que acabará con él— se refugia más que nunca en el trabajo. Su carácter se ensombrece y se hace taciturno, abrumado por disgustos familiares y por el malentendido sobre el que basa su celebridad universal. Ese malentendido es el que le cierra las puertas de la Academia Francesa, que quiere abrirle Dumas hijo, y el que desvía a la crítica literaria de su obra, pese a la admiración manifestada hacia ésta por un Tolstoi, un Turguenév y otros muchos grandes escritores.

El desengaño de la ciencia

Ese ensombrecimiento de su carácter se refleja en el pesimismo de sus obras de los últimos años de su vida, en las que abundan las visiones terroríficas del uso que de la ciencia y la técnica, como terribles instrumentos de destrucción, puede hacer el hombre. Las estremecedoras premoniciones del terror y del totalitarismo del universo nazi y de la bomba atómica son mucho más notables que las más famosas de los vehículos (submarino, helicóptero, nave espacial, etc.) y establecen con más fundamento la modernidad de la obra.

Tras su muerte, acaecida el 24 de marzo de 1905, Verne ha continuado gozando del favor masivo del público, como autor insustituible para niños y adolescentes. De ese encasillamiento lo ha sacado en los últimos años la crítica literaria, en un proceso de revaloración determinado por el descubrimiento de los valores poéticos y simbólicos de su obra. Gracias a esto, Verne está recuperando ahora a los lectores adultos que sí tuvo en su época. Pero la dirección en que se mueve la mayor parte de los estudios críticos a él dedicados en los últimos años, arriesga mutilar la significación de su obra, al ignorar su muy importante dimensión histórica, tan importante, que es imprescindible para el mejor conocimiento del siglo XIX.

La influencia de su obra

Pero la valoración de la obra verniana desborda con mucho los límites de la estricta literatura. No se puede ignorar su enorme influencia en la historia de la cultura, a partir de las vocaciones suscitadas por un Nemo, un Ardan, un Robur. Innumerables son los marinos, exploradores, científicos, ingenieros que han surgido de la apasionada lectura de los *Viajes extraordinarios*. Podría traer aquí un larguísimo desfile de testimonios, desde Georges Claude hasta el comandante Cousteau, desde Simon Lake a La Cierva, desde Mendeleiev hasta Obrutchev. Baste citar a Gagarin, el primer hombre en haber seguido por el espacio cósmico las huellas de Ardan y de Servadac: «Fue Verne quien me decidió a la astronáutica».

El éxito de Verne ha sido tan inmenso en la Unión Soviética, que ésta le tributó el mayor honor con que podía soñar el autor de *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna*: dar su nombre a una de las montañas de la cara oculta de la Luna, descubierta por vez primera por uno de los *sputniks* rusos. Monte Jules Verne. Viaje al mundo desconocido de la Luna.

La novela

*Un género
nuevo*

Con *Cinco semanas en globo*, cuya primera edición apareció el 31 de enero de 1863, no sólo se inicia la serie de los *Viajes extraordinarios*, que constará de 64 títulos, sino que también irrumpe un género nuevo en la literatura.

Ese género nuevo lo definió así Hetzel años después: «*Las obras publicadas y las que se publicarán abarcarán en su conjunto el proyecto que se propuso el autor al dar por subtitulo a su obra el de Viaje a los mundos conocidos y desconocidos. Su objetivo es, en efecto, el de resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos, astronómicos, amasados por la ciencia moderna y rehacer, en la forma atrayente que les es propia, la historia del universo... No hay entre las producciones contemporáneas ninguna que responda mejor a la generosa necesidad que impulsa a la sociedad moderna a conocer, por fin, las maravillas de este universo en el que se agitan sus destinos*».

*Interés por la
aerostática*

Si en el siglo XIX hay todavía mundos desconocidos es porque se carece aún de los medios necesarios para su exploración. Lo que hará Verne es anticipar esos medios. Sus comienzos son tímidos, sin

embargo. Verne empieza recurriendo a un medio cuyos orígenes datan del siglo XVIII: el globo.

El interés de Verne por la aerostática databa de hacía muchos años y lo había avivado la lectura de Edgar Allan Poe, cuya influencia en él es decisiva y al que, en el estudio que le dedica en 1864, sólo reprocha la transgresión de las leyes más elementales de la física.

*Las razones
del éxito*

El éxito inmediato —cinco ediciones en 1863— conseguido por *Cinco semanas en globo* se debe no tanto a la novedad del género que él inauguraba como a la doble actualidad del tema. Por una parte, la gran popularidad de las ascensiones de Nadar a bordo de *Le Géant* («El Gigante») y la apasionada polémica entre los partidarios de «lo-más-ligero-que-el-aire» y «lo-más-pesado-que-el-aire», como fórmulas alternativas para la conquista del espacio aéreo. Por otra parte, el interés con que la opinión pública seguía la expedición de Stanley en busca de Livingstone, perdido en la selva virgen del continente africano, así como por la búsqueda por Speke de las misteriosas fuentes del Nilo, cuya localización por Verne en la novela se verá confirmada al retorno de Speke.

Verne había hecho amistad en el Círculo de la Prensa científica con Nadar, seudónimo de Felix Tournachon, curioso y polifacético personaje (periodista, caricaturista, fotógrafo, aeronauta) que siempre estaba en candelero. Nadar habría pasado a la historia, aunque sólo fuera por el hecho de haberse realizado en su estudio, años después, la primera exposición de los impresionistas. Pero fue Verne quien lo inmortalizó bajo los rasgos de Ardan (anagrama de Nadar) en *De la Tierra a la Luna*.

La popularidad de Nadar en ese año de 1863 estaba ligada a sus espectaculares ascensiones en *Le Géant*, un globo de más de seis mil metros cúbicos, que Verne toma como modelo, aunque le dé al suyo el nombre de un globo de Poe: el *Victoria*.

Lo curioso es que ni Verne ni Nadar creen en el futuro de la aerostática. Uno y otro, como Ponton d'Amécourt, creen en el

principio de lo más pesado que el aire, puesto en práctica por la naturaleza con los pájaros, que no son «*aerostatos, sino una máquina admirable*», como decía el manifiesto sobre la autolocomoción aérea publicado el 31 de julio de 1863 por la «Sociedad de estimulación a la locomoción aérea por medio de aparatos más pesados que el aire», sociedad de la que formaba parte Verne.

El futuro les daría la razón, aunque no del todo. Pues Verne y Fergusson se equivocaron al negar la posibilidad de la dirigibilidad de los globos. Los dirigibles del alemán Zeppelin demostraron ese error. Ciertamente es que la inflamabilidad de sus materiales, y sobre todo el avión, los retiraron pronto de la circulación. Pero ahora vuelven. La crisis de la energía y los riesgos de la catástrofe ecológica que se avecina aconsejan la utilización auxiliar de los dirigibles para el transporte limpio y barato de mercancías, y no tardaremos en verlos surcar de nuevo los aires.

*Lo
geográfico,
determinante
en Verne*

Nada hubiera impedido a Verne anticipar el helicóptero, su Albatros de Robur, para la travesía del cielo africano, puesto que ya Ponton d'Amécourt recomendaba el empleo de la hélice para la navegación aérea. Pero lo determinante para Verne es siempre lo geográfico y la utilización directa de los recursos de la naturaleza. Al igual que un fenómeno natural —la profunda penetración del Amazonas en el océano— le inspira por sí solo *El Chancellor*, es otro fenómeno natural el que le induce a utilizar el globo y a asegurarle la dirigibilidad que le faltaba: los vientos alisios. Era el huevo de Colón. En realidad, la idea no era de Verne. La impulsión motriz de los alisios se la había sugerido una comunicación hecha por el capitán Meusnier a la Academia de Ciencias de París.

Cinco semanas en globo anuncia y contiene muchos de los temas y elementos estructurales que, con unas u otras variaciones, irá desarrollando Verne a lo largo de los *Viajes extraordinarios*.

*Desafío
a la rutina*

La presentación de la aventura como un desafío a las ideas convencionales y rutinarias; la precisión casi maníaca en la descripción de máquinas, mecanismos y dispositivos técnicos; la implacable relación de los antecedentes y predecesores de la aventura, que da siempre al viaje una doble y opuesta dirección en el tiempo, hacia el futuro y hacia el pasado, porque el héroe sigue siempre en pos de otras huellas; la somera presentación del héroe bajo rasgos arquetípicos que excluyen toda interioridad psicológica; la caracterización estereotipada del sirviente como un personaje abnegado hasta el sacrificio y para quien la mayor recompensa consiste en un buen apretón de manos, reflejo del paternalismo burgués de la época; el fetichismo del oro, los temas del volcán y del apocalipsis aquí sólo sugeridos; el desencadenamiento de los furores de la naturaleza, etc.

*Una
«página negra»
en Verne*

Hay un aspecto que importa destacar y que empañía considerablemente la aureola de educador de la juventud que siempre ha planeado sobre Verne. Es el repugnante racismo que asoma aquí en varios pasajes, contradictorio con la resuelta posición antiesclavista del autor y con la ardiente defensa de la lucha de emancipación de los pueblos oprimidos, que expresará a lo largo de su obra. Ciertamente es que en esa contradicción incurren también otros demócratas de la época, y aun mucho menos ambiguos que Verne, como es el caso del historiador Michelet, cuyo generoso liberalismo no lo es tanto como para incluir a los hombres de raza negra.

Si se deja de lado, y es difícil hacerlo, esta «página negra», *Cinco semanas en globo* se lee hoy con tanto placer como en su época, pese a que el continente africano haya sido despojado, junto a tantas otras cosas, de su misterio, y pese a que la aerostática se

haya convertido hoy en un deporte como otro cualquiera. El misterio aquí ya no está en África, sino en el autor. Lograr interesar así con una obra de la que está ausente toda intriga sentimental y con unos personajes sin interés psicológico es un misterio cuya explicación viene dada por otro misterio: el de la poesía natural. Es ésta y no las anticipaciones científicas, hoy retrospectivas, la que asegura la pervivencia de Verne como un gran escritor y no sólo como un «conteur». Es su capacidad prodigiosa de hacer brotar lo maravilloso de lo real. Lo habrá podido comprobar el lector a lo largo de sus páginas.

El mapa que acompaña a esta edición marca la trayectoria seguida por el *Victoria* a través del continente africano. Creemos que este mapa ilustra elocuentemente la pasión por la geografía, de que se habló en páginas anteriores.

Miguel SALABERT

Bibliografía

* Prepublicadas en la revista *Le Magasin illustré d'éducation et de récréation*.

** Prepublicadas en la revista *Musée des familles*.

Con «s.a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

Además de las novelas y el teatro, escribió Verne letras de canciones —de las que se conservan poco más de veinte— discursos, artículos y otro tipo de ensayos. En momentos de distracción, hizo incluso textos de logogrifos y crucigramas: entre sus papeles se han encontrado de tres a cuatro mil de estos divertimentos.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Narrativa	
1863	<i>Cinq semaines en ballon</i>	<i>Cinco semanas en globo</i> (s.a.)
1864	<i>Voyage au centre de la Terre</i>	<i>Viaje al centro de la Tierra</i> (1867)
1865	<i>De la Terre à la Lune</i>	<i>De la Tierra a la Luna</i> (1882)
1866	<i>Voyages et Aventures du capitaine Hatteras</i> (2 t.)*	<i>Aventuras del capitán Hatteras</i> (s.a.)
67/68	<i>Les Enfants du Capitaine Grant</i> (3t.)*	<i>Los hijos del capitán Grant</i> (s.a.)
69/70	<i>Vingt Mille Lieues sous les mers</i> (2 t.)*	<i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> (1868-70).
1870	<i>Autour de la Lune</i>	<i>Alrededor de la Luna</i> (1921)
1871	<i>Une Ville flottante</i>	<i>Una ciudad flotante</i> (1880)
1872	<i>Aventures de trois</i>	<i>Aventuras de tres</i>

	<i>Russes et de trois Anglais*</i>	<i>rusos y tres ingleses en el África Austral (1879)</i>
1873	<i>Le Tour du Monde en quatre-vingts jours</i>	<i>La vuelta al mundo en ochenta días</i> (1873)
1873	<i>Le pays des fourrures (2 t.)*</i>	<i>El país de las pieles (1873)</i>
1874	<i>Le Docteur Ox — Contiene además: Maître</i>	<i>El Doctor Ox —Contiene además: Maese</i>
	<i>Zacharius: Un drame dans les airs: Un hivernage dans les glaces: Les Forceurs de blocus</i>	<i>Zacarías: Un drama en los aires: Un invierno entre los hielos: Los forzadores del bloqueo</i> (1886)
1874	<i>L'Ile mystérieuse</i> (2 t.)*	<i>La isla misteriosa (1883)</i>
1875	<i>Le «Chancellor»</i>	<i>El «Chancellor»</i> (s.a.)
1876	<i>Un Drame au Mexique</i>	<i>Un drama en México (1879)</i>
1876	<i>Michel Strogoff</i> (2 t.)*	<i>Miguel Strogoff. De Moscú a Irkutsk</i> (1876)
1877	<i>Les Indes Noires</i>	<i>Las Indias negras (1877)</i>
1877	<i>Hector Servadac</i> (2 t.)*	<i>Héctor Servadac (1877)</i>
1877	<i>Martin Paz**</i>	<i>Martín Paz</i> (1880)
1878	<i>Un capitaine de quinze ans</i> (2 t.)*	<i>Un capitán de quince años</i> (1878)
1878	<i>La Découverte de la Terre</i>	<i>Los descubrimientos del globo</i> (1879)
1879	<i>Les Grands Navigateurs du XVIII siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes navegantes del siglo XVIII</i> (1888)
1879	<i>Les Tribulations d'un Chinois en Chine</i>	<i>Las tribulaciones de un chino en China (s.a.)</i>
1879	<i>Les Cinq Cents Millions de la Bégum*</i>	<i>Los quinientos millones de la</i>

		<i>princesa</i> (1879)
1880	<i>Les Voyageurs du XIX siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes exploradores del siglo XIX</i> (1881)
1880	<i>La Maison à vapeur</i> (2 t.)*	<i>La casa de vapor</i> (1882)
80/81	<i>La Jangada</i> (2 t.)	<i>La Jangada</i> (s.a.)
1882	<i>Le Rayon vert</i>	<i>El rayo verde</i> (1884)
1882	<i>Dix Heures en Chasse</i>	<i>Diez horas de caza</i> (1888)
1882	<i>L'École des Robinsons</i> *	<i>Escuela de tos Robinsones</i> (1884)
1883	<i>Kéranban le Têtu</i> (2 t.)*	<i>Kerabán el testarudo</i> (s.a.)
1884	<i>L'Archipel en feu</i>	<i>El archipiélago de fuego</i> (s.a.)
1884	<i>L'Etoile du Sud</i> *	<i>La estrella del Sur</i> (1886)
1885	<i>Mathias Sandorf</i>	<i>Matías Sandorf</i> (1894)
1885	<i>L'Épave du «Cynthia»</i> (con André Laurie)	<i>El naufragio del «Cynthia»</i> (1887)
1886	<i>Robur-le-Conquérant</i>	<i>Robur el conquistador</i> (s.a.)
1886	<i>Un billet de loterie</i> — Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i>	<i>Un billete de lotería</i> — Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i> (s.a.)
1887	<i>Nord contre Sud</i> (2 t.)*	<i>Norte contra Sur</i> (s.a.)
1887	<i>Le Chemin de France</i> —Contiene además: <i>Gil</i>	<i>El camino de Francia</i> —Contiene además: <i>Gil</i>
	<i>Braltar</i>	<i>Braltar</i> (s.a.)
1888	<i>Deux Ans de vacances</i> (2 t.)*	<i>Dos años de vacaciones</i> (1888)
88/89	<i>Famille-Sans-Nom</i> (2 t.)	<i>Familia sin nombre</i> (1889)
1889	<i>Sans Dessus Dessous</i>	<i>El secreto de Maston</i> (1967)
1890	<i>César Cascabel</i> (2 t.)*	<i>César Cascabel</i> (s.a.)
1891	<i>Mistress Branican</i> (2 t.)*	<i>Mistress Branican</i> (s.a.)

1892	<i>Le Château des Carpathes</i> *	<i>El castillo de los Cárpatos</i> (s.a.)
1893	<i>Claudius Bombarnac</i>	<i>Claudio Bombarnac</i> (1956)
1893	<i>P'tit Bonhomme</i> (2 t.)*	<i>Aventuras de un niño irlandés</i> (1894)
1894	<i>Mirifiques aventures de Maître Antifer</i> (2 t.)*	<i>Maravillosas aventuras de Antifer</i> (1895)
1895	<i>L'Ile à hélice</i> (2 t.)*	<i>La isla de hélice</i> (s.a.)
1896	<i>Face au drapeau</i> *	<i>Ante la bandera</i> (s.a.)
1896	<i>Clovis Dardentor</i> *	<i>Clovis Dardentor</i> (s.a.)
1897	<i>Le Sphinx des glaces</i> (2 t.)*	<i>La esfinge de los hielos</i> (s.a.)
1898	<i>Le Superbe Orénoque</i> (2 t.)*	<i>El soberbio Orinoco</i> (s.a.)
1899	<i>Le Testament d'un excentrique</i> (2 t.)*	<i>El testamento de un excéntrico</i> (s.a.)
1900	<i>Seconde Patrie</i> (2 t.)*	<i>Segunda patria</i> (s.a.)
1901	<i>Le Village aérien</i> *	<i>El pueblo aéreo</i> (s.a.)
1901	<i>Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin</i>	<i>Las historias de Juan María Cabidoulin</i> (1911)
1902	<i>Les Frères Kip</i> (2 t.)*	<i>Los hermanos Kip</i> (s.a.)
1903	<i>Bourse de voyage</i> (2 t.)*	<i>Beca de viaje</i>
1904	<i>Un drame en Livonie</i> *	<i>Un drama en Livonia</i> (1911)
1904	<i>Maître du Monde</i> *	<i>El dueño del mundo</i> (s.a.)
1905	<i>L'invasion de la mer</i> *	<i>La invasión del mar</i> (s.a.)
1905	<i>Le Phare du bout du monde</i> *	<i>El faro del fin del mundo</i> (s.a.)
1906	<i>Le Volcan d'or</i> (2 t.)	<i>El volcán de oro</i> (s.a.)
1907	<i>L'Agence Thompson and C^o</i> (2 t.)	<i>La agencia Thompson y Cía</i> (1910)
1908	<i>La Chasse au météore</i>	<i>La caza del meteoro</i> (1910)

1908	<i>Le Pilote du Danube</i>	<i>El piloto del Danubio</i> (1910)
1909	<i>Les Naufragés du «Jonathan»</i> (2 t.)	<i>Los naufragos del «Jonathan»</i> (s.a.)
1910	<i>Le Secret de Wilhelm Storitz</i>	<i>El secreto de Wilhelm Storitz</i> (1958)
1910	<i>Hier et Demain —</i> Contiene: <i>La Famille</i>	<i>Ayer y mañana —</i> Contiene: <i>La familia</i>
	<i>Raton: M. RéDiéze et Mlle Mi-Bémol: La Destinée de Jean Morenas: Le Humbug, Au XXIX A-siècle: La Journée d'un journaliste américain en 2889: L'Étemel Adam:</i>	<i>Ratón: El Señor Re- Sostenido y la Señorita Mi-Bemol: El destino de Jean Morenas: El Humbug; Siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889: El eterno Adán:</i>
1919	<i>L'Étonnante Aventure de la mission Barsac:</i>	<i>La impresionante aventura de la misión Barsac</i> (s.a.).
	Ensayos	
1863	<i>A Propos du «Géant»</i>	<i>A propósito del «Gigante»</i>
1864	<i>Edgar Poe et ses œuvres</i>	<i>Edgar Poe y sus obras</i>
1864	<i>Le Comte de Chanteleine</i>	<i>El Conde de Chanteleine</i> (1884)
1879	<i>Les Révoltés de «La Bounty»</i>	<i>Los amotinados de «La Bounty»</i> (1879)

**Teatro (no
representado)**

1847	<i>Alexandre VI</i> 1850 (tragedia en verso)
47/48	<i>La Conspiration</i> 1853

**Teatro
(representado)**

<i>Les Pailles rompues</i> (en verso)
<i>Le Colin-</i>

	<i>des poudres</i> (tragedia en verso)		<i>Maillard</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Une promenade en mer</i> (vodevil)	1855	<i>Les Compagnons de la Marjolaine</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Le Quart d'heure de Rabelais</i> (comedia en verso)	1858	<i>Monsieur de Chimpanzé</i> (opereta. Verne- Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Un drame sous Louis XV</i> (también titulada <i>Un drame sous la Régence</i>) (tragedia en verso)	1860	<i>L'Auberge des Atdennes</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Abdallah</i> (vodevil)	1861	<i>Onze Jours de siège</i> (comedia Verne-Wallut)
1850	<i>La Cuimard</i> (comedia)	1873	<i>Un neveu d'Amérique ou Les Deux Frontignac</i> (comedia)
1850	<i>Quiridine et Quidineri</i> (en verso)	1874	<i>Le Tour du monde en 80 jours</i> (Verne- d'Ennery. Música: Debillemont)
1851	<i>Les Savants</i> (comedia en verso)	1877	<i>Le Docteur Ox</i> (ópera bufa, sacada de la obra de Verne por Ph. Gille. Música: J. Offenbach)
1851	<i>De Charybde en Scylla</i> (comedia en verso)	1878	<i>Les Enfants du capitaine Grant</i> (Verne-d'Ennery.

51/53	<i>Léonard de Vinci</i> —también titulada <i>La Joconde y Monna Lisa</i>— (comedia en verso)	1880	Música: Debillemont) <i>Michel Strogoff</i> (Verne-d'Ennery)
1852	<i>Les Châteaux en Californie ou Pierre qui roule n'amasse pas mousse</i> (comedia de Verne y Pitre Chevalier)	1882	<i>Voyage à travers l'impossible</i> (Verne-d'Ennery)
1852	<i>La Tour de Montlhéry</i> (drama de Verne y Charles Wallut)	1883	<i>Kéraban le Têtu</i>
1853	<i>Un fils adoptif</i> (comedia Verne-Wallut)	1887	<i>Mathias Sandorf</i> (drama. Verne-Busnach-Maurens)
1854	<i>Guerre aux Tyrans</i> (comedia en verso)		
1855	<i>Les Heureux du jour</i> (en verso)		
1856	<i>Au bord de l'Adour</i> (comedia)		
1857	<i>Les Sabines</i> (opereta. Verne-Wallut)		



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] Arma de guerra de los indios americanos, especie de hacha erizada de puntas. < <

[2] La Casa de la Moneda en Londres. (*N. del A.*). < <

[3] Sesenta y dos mil quinientos francos. (*N. del A.*). < <

[4] La equivalencia en pesetas de la época sería, aproximadamente, 75.000. Para darnos una idea de su valor, tengamos en cuenta que un viaje de Barcelona a Berlín, con varios días de estancia, salía por unas ochocientas pesetas. < <

[5] Boletines de la Real Sociedad Geográfica de Londres. (N. del A.).
< <

[6] *Mungo-Park*, médico y explorador escocés (1771-1806) que remontó el río Gambia y exploró la cuenca del Níger. James *Bruce* (1730-1794), explorador escocés que recorrió Abisinia y encontró las fuentes del Nilo Azul, creyendo que eran las del Nilo (véase pág. 208). René *Caillié* (1799-1838), explorador francés, que recorrió el Senegal y la cuenca del Níger. François *Levaillant* (1753-1824), viajero y ornitólogo francés, hizo dos viajes de exploración al sur de África. Fue él quien llevó la primera jirafa a Francia. < <

[7] Alexander Serlkirk (1676-1721), marino inglés, fue desembarcado en la isla de Juan Fernández, en el Pacífico, donde vivió cinco años en solitario. Su aventura inspiró a Daniel Defoe para escribir *Robinson Crusoe*. < <

[8] Charles Sturt (1795-1869), explorador inglés, que descubrió el río Darling en Australia, país que recorrió varias veces. < <

[9] Antiguo nombre de Australia. < <

[10] Sir Robert John Le Mesurier (1807-1873), llamado MacClure, marino y explorador británico que llevó a cabo diversas exploraciones y viajes. De 1850 a 1854 dirigió una expedición por el océano Artico, recorriendo las tierras e islas septentrionales de Canadá. < <

[11] Los hermanos Schlagintweit: Herman (1826-1882), Adolf (1829-1857), de origen alemán, y Robert (1838-1885), llevaron a cabo diversas expediciones por el Himalaya y el Kuenlún, hasta el Turquestán, donde Adolf falleció a manos de los musulmanes. Hermann y Robert publicaron el resultado de su misión, realizada por encargo de la Compañía de Indias. < <

[12] Heinrich *Barth* (1821-1865), geógrafo alemán que exploró, junto con Richardson y Overweg, el Sudán, llegando hasta el lago Chad y Tombuctú. Dixon *Denham* (1786-1828), británico, junto con Oudney y Clapperton, recorrió el Sudán, llegando también hasta el lago Chad, explorando desde allí, solo, la orilla oriental del lago y el curso inferior del Chari y del Lagone. Hugh *Clapperton* (1778-1827), explorador escocés que junto a Oudney y Denham recorrió el África central, fueron los primeros europeos que llegaron al lago Chad. David *Livingstone* (1813-1873), misionero escocés que recorrió gran parte del África central, desde 1849 hasta su muerte, descubriendo las cataratas Victoria en el río Congo. Richard Francis *Burton* (1821-1890), junto con Speke, realizó una expedición en busca de las fuentes del Nilo y descubrió, en 1858, el lago Tanganika. John Hanning *Speke* (1827-1864), explorador inglés, descubrió, en 1858, el lago Victoria y, con ello, las fuentes del Nilo hasta entonces desconocidas. < <

[13] Phileas Taylor Barnum (1810-1891), célèbre charlatán norteamericano. < <

[14] Los *Petermanns Mittheilungen* (*Informes de Petermann*) del geógrafo y cartógrafo alemán August Petermann (1822-1878), fundados en 1855 en Gotha, llegaron a ser una de las publicaciones sobre geografía más importantes y prestigiosas. Su autor fue promotor de varias expediciones a África, entre ellas la de Barth y Richardson. Hacemos notar que Verne escribe, erróneamente, *Mittheilungen*, con h después de las tes. < <

[15] Revista de Geografía general. < <

[16] Sociedad geográfica de París. < <

[17] Revista de Norteamérica. < <

[18] Diario de las Misiones evangélicas; Revista argelina y colonial; Anales de la Propagación de la fe, y Noticias de la Iglesia Misionera, respectivamente. < <

[19] Ciudad de Inglaterra al SO de Londres, mundialmente conocida por sus carreras de caballos: el *derby de Epsom* se celebra a finales de mayo o principios de junio. < <

[20] Tierras altas. Región de las altas mesetas de Gran Bretaña, en la parte septentrional de Escocia. < <

[21] Apodo de Edimburgo, *Auld Reekie*. (N. del A.). < <

[22] El novelista inglés Walter Scott (1771-1832), que dio un auge decisivo a la novela histórica, publicó en 1820, *El Monasterio*, novela que también tiene un trasfondo histórico. Halbert y Edward, protagonistas masculinos de la acción, son hijos de Simon Glendinning. Verne alude a la descripción que su madre, Elspeth, hace del primero: «Halbert no se parece en nada a los hijos de los vecinos. Aunque mucho más alto y robusto que los demás jóvenes de su edad, no deja de ser menos apto para hacer una vida tranquila y retirada. Si no es aficionado a los libros, tampoco lo es a llevar el bieldo o el arado: ha limpiado la espada de su padre, se la ha puesto al cinto y rara vez sale sin ella». (*El Monasterio*, cap. 11). < <

[23] Cerca de cinco pies, ocho pulgadas. (*N. del A.*). [O sea, más de 1,82 m]. < <

[24] Manicomio londinese. (*N. del A.*). < <

[25] Eduard *Vogel* (1829-1856), alemán que, en 1853, por encargo del gobierno británico, exploró la meseta del Camerún y la costa oriental del lago Chad. *Oudney* (1791-1824), viajero escocés que exploró el Sudán central y llegó hasta el lago Chad y a Kuka, capital del Bornu. Alexander Gordon *Laing* (1793-1826), viajero y escritor inglés, emprendió una exploración para descubrir el nacimiento del Níger, y llegó a Tombuctú el 18 de agosto de 1826, siendo el primer europeo que llegaba a esa ciudad. Albert *Koscher* (1836-1860), joven viajero alemán, estudió historia y lenguas orientales con el fin de recorrer África; llegó a Zanzíbar y descubrió el lago Nvassa. < <

[26] Ciento setenta y dos leguas. (*N. del A.*). < <

[27] Adolf *Overweg* (1822-1852), viajero y explorador alemán, tomó parte con Barth en la expedición capitaneada por Richardson en 1849. Fue el primer europeo que llegó a Gober y emprendió la exploración del lago Chad, donde murió, víctima de unas fiebres. James *Richardson* (1806-1851), viajero y misionero inglés que luchó por la abolición de la esclavitud. Con Barth y Overweg emprendió una exploración por el Sahara, Sudán y el lago Chad.

< <

[28] Seiscientas veinticinco leguas. (*N. del A.*). < <

[29] Se trata del meridiano inglés, que pasa por el observatorio de Greenwich. (*N. del A.*). < <

[30] Mehemet-Alí o Mehmet Alí (1769-1849), de origen albanés, fue virrey de Egipto, donde llegó para combatir a Napoleón. En 1823 fundó la ciudad de Jartum en el Sudán. Se le considera el fundador del Egipto moderno. < <

[31] Antoine *Brun-Rollet* (1810-1858), viajero francés que realizó sus primeros viajes comerciales a Egipto con el nombre de «el mercader Yakub». Recorrió el Sudán y el Alto Nilo, llegando hasta Bahr el-Gazal, que confundió con el Nilo. La relación de sus últimos viajes apareció en los *Mitteilungen* de Petermann. Andrea *De Bono*, citado más abajo, fue a África en busca de marfil. Intentó remontar el Nilo, primero en compañía del veneciano Giovanni *Miani* (1810-1872), luego con el francés A. *Peney*, y por último solo. Dejó una relación de sus viajes y murió en El Cairo hacia 1870. < <

[32] Guillaume *Lejean* (1828-1871), geógrafo y explorador francés, estuvo en los Balcanes, cuya geografía y etnografía estudió. También exploró el Alto Nilo y fue cónsul de Abisinia hasta 1863. Exploró el valle de Cachemira en la India y realizó otras exploraciones en Europa. Stanislas *Escayrac de Lauture* (1826-1868), viajero y escritor francés. El gobierno le confió una expedición para buscar las fuentes del Nilo, pero el mismo gobierno la anuló antes de realizarse. Realizó también algunos viajes a China.

< <

[33] Se refiere a los dos centuriones que el emperador romano Nerón (37-68) envió en busca de los hipotéticos «montes de la luna» — donde se creía que nacía el Nilo—. La expedición no pudo pasar de las zonas pantanosas de los «sadd» (los islotes de vegetación que impiden la fluidez de la corriente, formando una inmensa cubeta pantanosa en el Sudán meridional). < <

[34] El Tigré es una región del N de Abisinia frente a la Eritrea italiana, separada del Ambara por el Takash. Su capital es Adua, punto de paso para el tráfico desde el mar Rojo a Ambara. < <

[35] Johann Ludwig *Krapf* (1810-1881) y Johannes *Kebmann* (1820-1876), misioneros alemanes ambos, realizaron una expedición al África oriental; en ella descubrieron los montes Kenia y Kilimanjaro. Theodor von *Heuglin* (1824-1876), viajero alemán que recorrió Egipto, Arabia y Etiopía; fue cónsul austríaco en Jartum, y desde allí recorrió el Nilo Blanco y el Kordofán y, después, Sudán y Somalia; en 1870 emprendió una expedición geológica y zoológica a través de Spitzberg y Nueva Zelanda. < <

[36] Cincuenta leguas. (*N. del A.*). < <

[37] James August *Grant* (1827-1892), oficial y viajero escocés, acompañó a Speke en su expedición de 1860 y encontró las fuentes de Nilo en el lago Victoria. John *Petherick*, (1813-1882), viajero y explorador inglés, estuvo al servicio de Mehemet-Alí, recorriendo el Alto Egipto, Nubia y la costa del mar Rojo y el Kordofán; en 1861 fue nombrado cónsul inglés del Sudán. < <

[38] Ministerio inglés de Asuntos Exteriores. < <

[39] Karl Nikolas *Decken* (1833-1865), famoso africanista alemán, realizó diversas exploraciones, entre ellas al Kilimanjaro, y, partiendo de Zanzíbar, intentó llegar a la desembocadura del Djuba, pero fue asesinado en Berdera. < <

[40] Tras la partida del doctor Fergusson, se ha podido saber que el señor Heuglin, después de ciertas discusiones, ha tomado una ruta diferente a la asignada a su expedición, cuya dirección le ha sido encomendada al señor Muzinger (*N. del A.*). < <

[41] Jardín zoológico. < <

[42] *Michael Mästlin* o Maestling, astrónomo y matemático alemán (1550-1631), uno de los más celosos defensores del sistema copernicano. Combatió la reforma del calendario gregoriano contra Kepler, con quien mantuvo abundante correspondencia. Johannes *Kepler* (1571-1630), astrónomo alemán, fue iniciado en la astronomía por Mästlin; fue discípulo y asistente de Tycho Brahe en Praga, a quien sucedió como astrónomo imperial; es autor de las leyes experimentales del movimiento de los planetas alrededor del sol, y uno de los creadores de la astronomía moderna. < <

[43] Arrabal meridional de Londres. (*N. del A.*). < <

[44] Antigua unidad de medida, equivalente aproximadamente a quinientos gramos, aunque esta equivalencia varía según los lugares en que se usa. < <

[45] 1.661 metros cúbicos. (*N. del A.*). < <

[46] Esta disposición no tiene nada de extraordinario: en 1784, en Lyon, M. Montgolfier construyó un aerostato cuya capacidad era de 340.000 pies cúbicos, o 20.000 metros cúbicos, que podía elevar un peso de 20 toneladas, es decir, 20.000 kilos. (*N. del A.*). < <

[47] La pila o mechero Bunsen —llamado así por su inventor, el químico alemán Robert Wilhelm Eberhard Bunsen (1811-1899)—, muy usado en los laboratorios, funciona a base de una mezcla de aire y gas, que pasa a través de un tubo con pequeños orificios. Arde en su extremo con una tenue luz azulada, pudiendo alcanzar hasta 7.000 °C. < <

[48] *Altazimut*: instrumento con que se mide a la vez la altura y el acimut de un astro. *Sextante*: instrumento óptico empleado en la navegación marítima y aeronáutica. *Horizonte artificial* o giroscopio: aparato que permite conocer la inclinación de un avión, o de un globo en este caso, y sus movimientos en relación con el horizonte real, cuando éste no es visible. < <

[49] Por este observatorio, situado al SO de Londres, pasa el meridiano 0, a partir del cual se cuentan los husos horarios y se mide la longitud geográfica. < <

[50] Carne concentrada y seca, cecina. < <

[51] Más o menos 100 litros. El galón, que contiene 8 pintas, equivale a 4,453 litros. (*N. del A.*). < <

[52] Sir James Clark Ross (1800-1862), marino inglés que realizó diversos viajes al Antártico, descubriendo la Tierra Victoria y el mar que lleva su nombre. < <

[53] Célebre armero inglés, a cuyas armas se da su nombre. < <

[54] André Jacques *Garnerin* (1769-1823), aeronauta francés que vivió prácticamente dedicado a esta afición, acompañando incluso a los ejércitos franceses como observador desde un globo. Aunque no inventó el paracaídas, sí sentó un precedente al lanzarse desde un globo en 1797. < <

[55] Tercer mes del calendario republicano francés, que abarca del 21-23 de noviembre al 21-23 de diciembre. La fecha corresponde al 2 de diciembre de 1804. < <

[56] En el capítulo anterior se fecha la salida de Londres el 21 de febrero: han transcurrido, pues, 37 días, no 27. < <

[57] Constelación del hemisferio austral, compuesta por cuatro estrellas brillantes y siete de menor brillo, dispuestas de forma que semejan una cruz. < <

[58] Un metro y cincuenta centímetros cúbicos. (*N. del A.*). < <

[59] Diez grados. Los gases aumentan por cada grado centígrado el $1/267$ de su volumen. (*N. del A.*). < <

[60] Alrededor de sesenta y dos metros cúbicos. (*N. del A.*). < <

[61] Cien grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[62] Setenta metros cúbicos de oxígeno. (*N. del A.*). < <

[63] Ciento cuarenta metros cúbicos de hidrógeno. (*N. del A.*). < <

[64] Doscientos diez metros cúbicos. (*N. del A.*). < <

[65] Un metro cúbico. (*N. del A.*). < <

[66] Un tercio de un metro cúbico. (*N. del A.*). < <

[67] Doce leguas y media. (*N. del A.*). < <

[68] Tres mil doscientos cincuenta litros. (*N. del A.*). < <

[69] Más de ocho toneladas de hierro. (*N. del A.*). < <

[70] Cerca de cuarenta y un mil doscientos cincuenta litros. (*N. del A.*). < <

[71] Nombre que dan los negros al granizo. (*N. del A.*). < <

[72] Alrededor de cinco centímetros. La depresión es de aproximadamente un centímetro por cada cien metros de elevación. (N. del A.). < <

[73] La *U* significa *comarca* en el idioma del país. (*N. del A.*). < <

[74] Diez grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[75] *El último descubrimiento en África*. Verne escribe mal la palabra alemana *Entdeckungen*. < <

[76] *Las fuentes del Nilo, informe personal general sobre la cuenca de ese río y de sus afluentes principales, con la historia de los descubrimientos en el Nilo por Charles Beke, th. D. < <*

[77] Cincuenta leguas. (*N. del A.*). < <

[78] Montaña elevada de la Martinica. (*N. del A.*). < <

[79] Medida francesa equivalente a 1,946 m. < <

[80] Jean Baptista *Pilot* (1774-1862), al que Verne llama Brioschi, y Louis Joseph *Gay-Lussac* (1778-1850), físicos y químicos franceses, a quienes se deben diversos descubrimientos sobre los gases, entre ellos la ecuación de los gases perfectos (o de Gay-Lussac); en 1804 realizaron una ascensión en globo de más de cuatro mil metros para estudiar las variaciones del magnetismo terrestre. < <

[81] León Barral (1848-1886), explorador francés. Encargado de buscar nuevas vías de penetración para los productos franceses, salió de Ankober al frente de una caravana, y fue asesinado por los danakils que asaltaron la caravana. < <

[82] Catorce grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[83] Cerca de doscientas leguas. (*N. del A.*). < <

[84] Jefe de la caravana. (*N. del A.*). < <

[85] Como el mismo Verne traduce más abajo, significa «¡Adelante!
¡Adelante!». < <

[86] Carl Jan *Anderson* (1827-1867), viajero sueco encargado por la Sociedad Geográfica de Londres de recorrer el África occidental; recorrió el lago Ngami, y el río Okavango, y murió cuando reconocía el Kunene, en el país de los ovampos. Ronaleg Georges *Gordon Cumming* (1820-1866), viajero y cazador escocés, que a los 25 años abandonó el Ejército para dedicarse a la caza mayor. < <

[87] Aunque aquí lo cita Verne, lo cierto es que el jaguar o puma es un felino de la fauna americana. Este lapsus de situar en África animales, y en ocasiones plantas, de otros continentes, lo comete varias veces a lo largo de la obra. < <

[88] Efectivamente, en este lago, al que Speke llamó Victoria, y que es el mayor de África, tiene sus fuentes el Nilo. < <

[89] Nyanza significa lago. (*N. del A.*). < <

[90] Un sabio bizantino veía en Neilos un nombre aritmético. N representaba 50, E 5, I 10, L 30, O 70 y S 200: su suma daba los días del año. (*N. del A.*). < <

[91] Probablemente se refiere a Pierre Méchain, astrónomo francés (1744-1804), que murió en Castellón de la Plana, cuando realizaba trabajos para determinar la exactitud del metro patrón en relación con el meridiano terrestre. < <

[92] Arnaud Bey (1812-1844), explorador francés que vivió varios años en los países ribereños del Nilo. Participó en una expedición enviada por el virrey de Egipto en 1840 para explorar el Nilo Blanco, del que confeccionó un mapa. < <

[93] Más de ciento veinticinco leguas. (*N. del A.*). < <

[94] La tradición cuenta que tiembla desde que un musulmán puso allí el pie. (*N. del A.*). < <

[95] Sophie Armand de *Blanchard* (1778-1818), participaba en los viajes aeronáuticos de su esposo, el francés Jean-Pierre Blanchard (1753-1809), que fue el primero en cruzar el Canal de la Mancha en globo. Murió en la explosión de uno de ellos. < <

[96] Se refiere a la Torre del Parlamento inglés, situada en Londres a orillas del Támesis, y a la pirámide de Keops, la mayor de las conocidas, situada en el Valle de los Reyes de Egipto. < <

[97] La orden de los Lazaristas fue fundada por San Vicente de Paul, en París, en 1625. Sus principales fines son las obras de caridad y la predicación misionera en países infieles. < <

[98] Aproximadamente trece litros y medio. (*N. del A.*). < <

[99] Cincuenta grados centígrados. (*N. del A.*). [Error de Verne: 50 °C son 122 °Fahrenheit]. < <

[100] Paletas que, al girar, ponen en movimiento los barcos que las llevan, o la muela en los molinos; en los modernos aviones son las paletas que llevan las turbinas de los motores. < <

[101] Setenta grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[102] Cuarenta y cinco grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[103] Sesenta grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[104] Viento desértico, cálido y seco, acompañado de tempestades de arena, que sopla en el Sahara y Egipto. Se levanta bruscamente por el paso de depresiones inestables formadas en el seno del alisio o del aire tranquilo de las altas presiones subtropicales. < <

[105] Cien leguas. (*N. del A.*). < <

[106] Caballeros. (En inglés en el original). < <

[107] Sesenta y nueve grados centígrados. (*N. del A.*). [Son 65° C.].
< <

[108] Méry. (*N. del A.*). [Es el escritor marsellés Joseph Méry (1798-1866)]. < <

[109] El manatí es un animal marino que vive cerca de las costas, aunque a veces remonta las corrientes de los ríos. Parece, pues, insólito encontrarlo en el corazón de África. Más adelante será citado nuevamente, siempre lejos del mar. < <

[110] Seiscientas veinticinco leguas. (*N. del A.*). < <

[111] Nigricia es el antiguo nombre del África sudanesa. < <

[112] Valles. (En inglés en el original). < <

[113] Cien grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[114] Desde la salida del doctor, cartas dirigidas desde El Obeid por Nanzinger, el nuevo jefe de la expedición, no dejan desgraciadamente duda alguna sobre la muerte de Vogel. (*N. del A.*). < <

[115] Otra vez, sin razón aparente, Verne sitúa un animal americano en África. El aligátor y el caimán son más pequeños que el cocodrilo y viven en los ríos y lagos de toda América. Más adelante citará varias veces, bien al caimán, bien al aligátor. < <

[116] Estuario donde desemboca el río Forth, en tuya orilla sur está situada la ciudad de Edimburgo, en la costa de Escocia. < <

[117] Ciento veinticinco francos. (*N. del A.*). < <

[118] El grado cero del meridiano de París. (*N. del A.*). < <

[119] Senegambia se llamó a la región del África occidental situada entre las cuencas de los ríos Senegal y Gambia. < <

[120] El doctor Fergusson, en su condición de inglés, exagera un poco; sin embargo, debemos reconocer que René Caillié no goza en Francia, entre los viajeros, de una celebridad digna de su abnegación y de su valor. (*N. del A.*). < <

[121] Novela de la británica Ann Ward Radcliffe (1764-1823), una de las pioneras de la novela gótica o de terror y una de sus mejores representantes. < <

[122] Se refiere al mito griego de Sísifo, quien, por haber engañado a Zeus, fue condenado a subir una enorme piedra a una montaña, de donde caía nuevamente antes de llegar a la cima, teniendo que empezar de nuevo a subirla, indefinidamente. < <

[123] Gigante de la mitología griega, hijo de Gea (personificación de la Tierra) y Poseidón, dios de los mares, que cuando caía en tierra recuperaba instantáneamente las fuerzas perdidas. Fue estrangulado por Hércules, manteniéndolo en el aire hasta su muerte. < <

[124] Cien grados centígrados. (*N. del A.*). < <

[125] Dick es el diminutivo de Richard y Joe el de Joseph. (*N. del A.*). < <